

MARTIN BUBER

CUENTOS JASÍDICOS

LOS PRIMEROS MAESTROS

I



PAIDÓS
ORIENTALIA

Estos cuentos deliciosos, breves, vigorosos, a menudo crípticos, son los textos auténticos del jasidismo, el apasionado movimiento religioso que floreció en Europa oriental durante el siglo XVIII y pervive aún hoy. Son anécdotas legendarias que nos relatan acontecimientos particulares, despojándolos de lo no esencial y logrando que cada uno ilumine todo un destino. Los tzadikim, los maestros, los protagonistas de estos cuentos, son hombres de carne y hueso, pero sus vidas parecen casi simbólicas. Nos expresan —dice Buber— la fuerza y la alegría sagrada con que Dios se hace visible en todas las cosas.

Martin Buber es una figura de primera magnitud en el pensamiento contemporáneo. En esta recopilación y reelaboración de viejos cuentos está la fuente de su filosofía, de su definición de la religión como diálogo íntimo y constante entre el hombre y Dios, de su reafirmación de la creencia jasídica de la conjunción diaria de lo natural y lo divino.

Cuentos jasídicos: Los maestros continuadores (tomos I y II) recopilan los relatos de mayor fascinación acerca de los tzadikim del siglo XIX, completando de tal modo la antología de Cuentos jasídicos: Los primeros maestros (tomos I y II), compilada también por Martin Buber e incluida en la colección PAIDOS ORIENTALIA.

ISBN 84-7509-216-0



PAIDOS

MARTIN BUBER

CUENTOS JASIDICOS

Los primeros maestros. I



EDITORIAL PAIDOS
BUENOS AIRES

PAIDOS ORIENTALIA

Dirigida por Osvaldo Svanascini

Títulos publicados:

1. M. Eliade - *Patánjali y el yoga*
2. H. Wilhelm - *El significado del I Ching*
3. E. Herrigel - *El camino del zen*
4. Tetsugen - *El sermón sobre el zen*
5. Anónimo - *Teatro tibetano. Tres misterios*
6. E. Wood - *Diccionario zen*
7. A. N. Narihira - *Cuentos de Ise*
8. Anónimo - *Cuentos del vampiro*
9. I. Shah - *Cuentos de los derviches*
10. I. Shah - *El monasterio mágico*
11. M. Buber - *Cuentos jasídicos. Los primeros maestros, I*
12. M. Buber - *Cuentos jasídicos. Los primeros maestros, II*
13. M. Buber - *Cuentos jasídicos. Los maestros continuadores, I*
14. M. Buber - *Cuentos jasídicos. Los maestros continuadores, II*

Título original: *Die Erzählungen der Chassidim*

Publicado en alemán por Manesse Verlag, Conzett-Huber, Zurich

Traducción de Salomón Merener

Supervisión de Marshall T. Meyer

Cubierta de Julio Vivas

1.ª reimpresión en España, 1983

© 1949 by Manesse Verlag, Conzett-Huber, Zürich

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Paidós, SAICF;
Defensa, 599; Buenos Aires.

© de esta edición,

Ediciones Paidós Ibérica, S.A.;
Mariano Cubí, 92; Barcelona-21.

ISBN: 84-7509-216-0

Depósito legal: B-10.293/1983

Impreso en I. G. Socitra, S.A.;

Arquímedes, s/n; L'Hospitalet de Llobregat

Impreso en España - Printed in Spain

CUENTOS JASIDICOS

INDICE

- Prefacio, 13*
- Prólogo, 17*
- Introducción, 25*

I. ISRAEL BEN ELIEZER, EL BAAL SHEM TOV

- El Arbol del Conocimiento, 93
- Los sesenta héroes, 93
- La prueba, 93
- Las palabras del padre, 94
- Vanos intentos, 94
- La primera batalla, 94
- Conjuros, 95
- Su boda, 97
- La montaña servicial, 99
- Con ladrones, 99
- Obstáculo para la bendición, 99
- El primero, 100
- Saúl e Iván, 101
- El aldeano y el arroyo, 101
- Ayuno, 102
- El golpe en la ventana, 102
- El llamado, 103
- El Baal Shem se manifiesta, 103
- Ellos mismos, 105
- La Torá es perfecta, 106
- La forma, 106
- Temblores, 106
- Al acercarse el shabat, 107
- Las franjas, 107
- A su cuerpo, 108
- Para ti, 108
- Lo que la boca quiera, 108
- De cómo Ajías le enseñó, 108
- El dinero que quedó en la casa, 108
- Sabiduría, 109
- El baño de inmersión, 109
- Contra la mortificación de la carne, 109
- Sin el mundo venidero, 109
- La danza de los jasidim, 110
- El maestro también danza, 110
- El sordo, 110
- La fuerza de la comunidad, 110
- El nido del pájaro, 111
- La alocución, 112
- Fe, 112
- El narrador de cuentos, 113
- Las setenta lenguas, 116
- La batalla contra Amalek, 117
- El pasaje de los castigos, 117
- Hallar el camino, 118
- El cantor del Baal Shem Tov, 118
- La respuesta equivocada, 119
- El hacha, 120
- La palabra del discípulo, 121
- Cerca y lejos, 121
- Orando en el campo, 121
- Los eruditos, 122
- Los límites del consejo, 122
- Las anotaciones, 122
- Al lado del Arbol de la Vida, 123
- El sermón, 123
- Como langostas, 123
- Bienaventurados, 124

Sencillez, 124
 El fabricante de medias, 124
 La plegaria del hombre atareado,
 125
 El silbato pequeño, 125
 El barrendero de la corte, 126
 En la hora de la duda, 127
 El famoso milagro, 127
 La verdad, 127
 A uno que amonestaba, 127
 Con los pecadores, 128
 Amor, 128
 Falsa hospitalidad, 128
 La casa llena, 129
 El jarro, 129
 En el mundo de las
 transformaciones, 130
 Una pequeña mano, 130
 A través del Dniéster, 130
 El carámbano, 130
 Las criaturas, 131

La visita, 131
 El debate, 131
 A su imagen, 133
 El baño milagroso, 133
 El efecto de la multitud
 mezclada, 134
 La tentación, 134
 Un alto en el camino, 134
 Suena el gran cuerno, 135
 La tercera caída, 136
 Antes de la llegada del Mesías,
 138
 Después de la muerte de su
 esposa, 138
 Omisión, 138
 La muerte del Baal Shem, 139
 El río y la luz, 140
 La montaña encendida, 141
 En los muros, 141
 "El será", 141
 Si, 141

II. BARUJ DE MEZBIZH

Los tres hombres, 142
 La hermana pequeña, 142
 En la casa de su suegro, 143
 Preparación, 143
 Para sí mismo, 143
 Santificanos, 144
 Los dos extranjeros, 144
 Bendito Aquel que habló, 144
 Ante tus propios ojos, 144
 Dádivas, 145
 Dulces, 145
 La tarea cumplida, 146
 Cómo debemos estudiar, 146
 La quincuagésima puerta, 146

Gracias de antemano, 147
 El gran trabajo, 148
 Todo es maravilla, 148
 Remedios, 148
 Aparición, 149
 La discusión, 149
 Bellas palabras, 149
 A un novio, 149
 Alegría sabática, 149
 Olvido, 150
 Bendición de la Luma, 151
 El escondite, 151
 Los dos pábilos, 152
 El doble mundo, 152

III. DOV BER DE MEZRITCH, EL GRAN MAGUID

El árbol familiar, 153
 La maldición, 153
 El suspiro, 154
 Castigo, 154
 La acogida, 154
 La señal, 155
 La sucesión, 155
 La visita, 156

La palmera y el cedro, 156
 Proximidad, 157
 Efecto, 157
 En la casa del maguid, 157
 Enseñanzas, 157
 En el exilio, 158
 Paternidad de Dios, 158
 El estado intermedio, 159

El último milagro, 159
El ladrón fuerte, 159
Los diez principios, 160
El rabí y el ángel, 160
La bola, 161
Cuerpo y alma, 161
Su propio lugar, 162
Decir la Torá y ser la Torá, 162
Cómo decir la Torá, 162

Los fogoneros, 162
Cómo volverse espiritual, 163
La lista de pecados, 164
¿De dónde?, 165
Fracaso, 165
Conjuros, 165
En el estanque, 166
El pie izquierdo, 166
Desde el cielo, 167

IV. ABRAHAM, EL ANGEL

Las madres, 168
Origen, 168
El rostro, 169
Casamiento, 169
El sueño de la esposa, 169
Aniversario, 170
Retirada estratégica, 170

Herencia, 170
El "pekeshe" blanco, 171
La montaña, 171
Sin Dios, 171
Con toda su estatura, 171
El otro sueño, 172
Santificada, 172

V. PINJAS DE KORETZ Y SU ESCUELA

El melamed negro, 173
La sangría, 174
Cuando llegó la cidra, 174
Sin un huésped, 175
La rotura de las vasijas, 176
La enseñanza del alma, 176
El alumno, 176
Sefirot, 177
Esconderse, 177
La duda, 177
En el trono, 177
Antes de hacer sonar el cuerno
de carnero, 178
En el día de la destrucción, 178
En nombre de la renovación, 178
El milagro de la luz, 178
Un hombre en la tierra, 179
El lugar del hombre, 179
La muerte fácil, 179
El es tu salmo, 179
El libro de oraciones, 180
En alabanza del canto, 180
Lo único, 180
Plegaria válida, 180
Cuando dos cantan, 181
El oído que no es oído, 181
La resurrección, 181

Diferencias, 181
En cada uno, 181
El aguatero, 182
Casas de campo, 182
Acerca de la ira, 182
Gog, 183
Lucha sin tregua, 183
Fuera de la red, 183
Las abejas, 184
Gracias a Dios, 184
Lo que persigues, 184
La mayor fuerza, 184
Más amor, 184
Paz, 185
La cualidad más importante, 186
Por la verdad, 186
La inclinación al mal, 187
¿Qué es punible?, 188
El púlpito, 188
La barrera, 188
El alfiler en la camisa, 188
La fama, 189
El hombre que niega a Dios, 189
Los sueños, 189
La lengua de las lenguas, 189
Originalidad, 190

Los eunucos, 190
Todas las alegrías, 190
Los guardianes, 190

La partida, 191
Luto, 191
Testimonio, 192

VI. IEJIEL MIJAL DE ZLOTCHOV

El deseo, 193
En dos rangos, 193
La vaca, 194
El mensajero del Baal Shem, 194
El rechazo, 196
El secreto revelado, 196
A través del sombrero, 196
La vez que Rabí Elimélej se asustó, 197
Pesada penitencia, 197
Para sí mismo, 198
La humildad no es un precepto, 198
La ayuda idónea, 199
El hombre y la inclinación al mal, 199
Multiplicaos, 200
Aprender de todos, 201
La unidad de las cualidades, 201
Imitación de los padres, 202
No por recompensas, 202
Con, 202
La naturaleza de la enseñanza, 203

Nuestra desgracia, 203
El cumplimiento de la ley, 203
En medio, 203
Santificación de Dios, 204
Las plegarias del rabí, 204
El hombre rico, 205
El gran coro, 206
Participación, 206
Los nombres, 206
Dudosa fe, 207
En la montaña, 207
Tentación, 208
El cilicio, 208
Su sueño, 208
El shabat y el descanso, 208
Los jasidim de Satanás, 208
Los soles y la tierra, 209
Destierro y salvación, 209
La bendición, 210
Amor por los enemigos, 210
De buen grado, 210
De mundo en mundo, 211
"Después que había entrado en Betsabé", 211

VII. ZEEV WOLF DE ZBARAZH

En la última hora, 212
Sus lágrimas, 212
La sirvienta, 213
El comedor de rábanos, 213
El cochero, 214
Los caballos, 214

Los pendencieros, 214
Los jugadores, 215
Los ladrones, 215
Renegados, 215
Ayuda, 216

VIII. MORDEJAI DE NESJIZH

¿Qué importa?, 217
Con el príncipe de la Torá, 217
La promesa, 218
Al alba, 218
La norma, 218
Por qué la gente va hacia el tzadik, 218

El pez en el mar, 218
La ofrenda, 219
Ver y oír, 219
El solideo, 219
Lilit, 220
Algo especial, 220

IX. DEL CIRCULO DEL BAAL SHEM TOV

- | | |
|--|------------------------------|
| Dos candelabros, 222 | La danza del "Abuelo", 226 |
| Cuando terminó el shabat, 222 | Juegos de Purim, 226 |
| Así sea, 223 | Lea y Raquel, 227 |
| El libro, 223 | El tzadik y sus jasidim, 227 |
| En el mercado, 224 | Palabras de aliento, 228 |
| Explicar la Torá y ser la Torá,
224 | La cualidad de Dios, 228 |
| El padre y los hijos pequeños,
225 | El jinete y la gallina, 228 |
| | Fuego contra fuego, 229 |
| | El equilibrista, 229 |

Genealogía de los maestros jasídicos, 231

Glosario, 235

PREFACIO

En 1951, siendo estudiante universitario, tuve el privilegio de conocer a Martin Buber. En esa ocasión conducía el automóvil de Eugen Rosenstock-Huessy mi profesor de filosofía y antiguo amigo y colega de Buber. No se veían desde 1933, cuando Rosenstock-Huessy debió partir para los Estados Unidos a raíz de la subida de Hitler al poder. Martin Buber pasó cinco años combatiendo al nazismo hasta que, en 1938, realizó el sueño de su vida: participar en el logro del ideal sionista, cuya meta era la reconstrucción del hogar nacional judío. Presenciar el encuentro de estos dos gigantes del espíritu y el pensamiento humanos fue una experiencia inolvidable. Otro gigante, que integrara con ellos un célebre trío, Franz Rosenzweig, fallecido en 1929, era evocado con frecuencia, y fue durante una de las conversaciones referentes a la famosa traducción de la Biblia de Buber y Rosenzweig que le pregunté cuáles eran las palabras bíblicas que consideraba más trascendentales. Tras una pausa Buber fijó en mí su mirada increíblemente penetrante y dijo en hebreo: *Hithalej lefanai vehie tamim*. "Marcha ante mí y sé íntegro".

En su más verdadero sentido, las inferencias teológicas de estas palabras proporcionan las bases así como la proyección del existencialismo religioso de Martin Buber. Muchos disienten profundamente con lo que se suele describir como su anárquica religiosidad, pero nadie puede negar el colosal impacto espiritual producido por Martin Buber en el hombre del siglo XX. Desde luego hay quienes piensan —entre ellos se incluye el que esto escribe— que si la sociedad ha de sobrevivir y triunfar sobre bases humanísticas, lo que es asunto de urgente relevancia en esta parte del mundo, hemos de construir puentes, de una o de otra manera, para sostener el tráfico de doble vía que es el diálogo fecundo del Yo-Tú entre los hombres de todos los credos, naciones y colores. Hoy, cuando tantos

filósofos pseudopolíticos esgrimen sus panaceas y prescripciones para llegar a las identidades nacionales, basadas más en expresiones de deseos y en prejuicios que en las realidades humanas, el mensaje de Martin Buber atraviesa el éter rarificado de lo superficial con sin igual hondura al explicar su tesis de que el "Yo" emerge como resultado de una confrontación dialógica con el "Tú".

La interpretación de Buber del versículo del Génesis antes citado significa, desde luego, que la capacidad de decisión del hombre está cargada de peligros. En el pensamiento de Buber, Dios está detrás del hombre y no ante él señalando cada vuelta del camino e indicando todas las respuestas correctas. Significa que el hombre marcha delante de Dios con la plena conciencia de que la fe auténtica implica duda, búsqueda, elevación, caída y hasta ocasionalmente la pérdida de la propia fe seguida necesariamente por la lucha para recuperarla con acrecida fuerza y conocimiento.

Martin Buber nació en Viena en febrero de 1878 pero, a consecuencia del divorcio de sus padres, se fue a vivir a Lemberg, en Galizia, Austria, con su abuelo, Salomón Buber, famoso erudito rabínico y estudioso de la midrash. Durante los once años siguientes fue introducido en el mundo del pensamiento bíblico y rabínico, así como en las cadencias del hebreo clásico. Oraba con los jasidim y llevaba la existencia de un piadoso joven estudiante de judaísmo. Poco después de su Bar Mitzvá abandonó la observancia religiosa formal y, a los 14 años, retornó a la casa de su padre. En el verano de 1896 inició sus estudios universitarios en Viena, en las disciplinas de filosofía e historia del arte. Estudió también en Leipzig y finalmente se doctoró en Berlín en 1904. Su afiliación sionista precede a su presencia en el Primer Congreso Sionista de Basilea en 1897, y en 1901 se une al cuerpo de redactores del periódico sionista *Die Welt*. En 1904 Martin Buber trabajó en Berlín con Chaím Weizmann (quien habría de ser el primer presidente del Estado de Israel) en la preparación de la publicación mensual sionista *Der Jude*. Si bien el periódico no llegó a aparecer, la redacción de su manifiesto fue de crucial importancia para la definición de su pensamiento sionista. Ese mismo año Buber refiere que la lectura de un escrito de Rabí Israel ben Eliézer, el fundador del Movimiento Jasídico, en el cual Buber se reconoce a si mismo, lo induce a retirarse de sus actividades periodísticas y a dedicarse durante cinco años al estudio de los textos jasídicos. Finalmen-

te fundó el periódico *Der Jude*, que dirigió desde 1916 hasta 1924 y que fue uno de los primeros órganos de la comunidad judía de Alemania dedicados principalmente al pensamiento sionista. Desde 1926 hasta 1930 co-dirige *Die Kreatur* con el católico Joseph Wittig y el protestante von Weizsacker.

En 1923 publica *Yo y Tú*, después de muchos años de escribirlo y reescribirlo. Desde 1923 hasta 1933 Martin Buber fue profesor de teología judía y de historia de las religiones en la Universidad de Francfort del Meno. Una de sus creaciones más significativas fue la *Freies Jüdisches Lehrhaus* (Academia Judía Libre), que fundó en 1920 con Franz Rosenzweig. La *Lehrhaus* fue la más trascendente institución de la preguerra para la educación del judío adulto y albergó durante su apogeo alrededor de 1100 estudiantes, que representaban más del 4 por ciento de la población judía de Francfort. Martin Buber murió en Jerusalén en 1965, a la edad de 87 años.

Los *Cuentos jasídicos* que la Editorial Paidós y el Seminario Rabínico Latinoamericano tienen el privilegio de editar en 4 volúmenes representan muchos años consagrados a la búsqueda de la verdad espiritual. A Martín Buber se debe, más que a nadie, que el hombre de Occidente haya tenido acceso a la policromática riqueza y a la profundidad del pensamiento jasídico. Hay quienes alegan que la selección hecha por el Profesor Buber traduce sus prejuicios y que sus ideas, tal como se desarrollan en sus numerosos ensayos sobre el jasidismo, son también responsables de determinados acentos.¹ Sin tomar en consideración la propia posición en estas cuestiones académicas, la pureza y el misterio así como la sensibilidad exquisita de la espiritualidad judía son totalmente visibles en estos cuentos. Buber consideraba que el mensaje era de vital importancia para todos los hombres "porque" —dijo— "ésta es la hora en que nos hallamos en peligro de olvidar el propósito de nuestra presencia en la tierra y no sé de otras enseñanzas que nos lo recuerden tan poderosamente".² Buber clasifica al jasidismo como un movimiento "que no intenta ofrecer al hombre la solución del misterio del mundo sino que

¹ Véase Gershom Scholem: *The Messianic Idea in Judaism*. Schocken Books, Nueva York, págs. 228-250. Interpretación de Martin Buber del jasidismo. La respuesta de Martin Buber se encuentra en español en la revista *Comentario*, Buenos Aires, 1964, Nº 38, págs. 9-19.

² Martin Buber: *The Origin and the Meaning of Hasidism*, editado y traducido por Maurice Friedman, Nueva York, Harper Torchbooks, 1966, pág. 22.

lo prepara para vivir de la fuerza del misterio; no desea instruirlo acerca de la naturaleza de Dios pero le señala el camino en el cual puede hallarlo".³ El pluralismo inherente al enfoque jasídico, la unicidad y la santidad de cada una de las vidas humanas, pueden ser percibidos a través de estos relatos: "La primera tarea del ser humano es la afirmación de sus únicas, sin precedentes y jamás repetidas posibilidades y no la reiteración de algo que otro, aun cuando fuera el más grande, haya realizado ya".⁴ Una de las frases más significativas de Martin Buber dice: "Además de ser hijos de Dios, nuestro mayor privilegio reside en ser hermanos el uno del otro".⁵

En estos años cruciales en que tanto el espíritu del hombre como su propio ser se hallan bajo el ataque de fuerzas que tratan de negar la cantidad inherente a cada vida humana, sin hablar de reconocer la mutua fraternidad como un privilegio, es de particular importancia ofrecer al lector latinoamericano esta fuente profundamente espiritual en la esperanza de que un mayor número de personas habrán de hallar en ella la fe y el valor así como la paciencia y el entendimiento para marchar delante de Dios con la intención, cada día más lograda, de llegar a ser íntegro.

Si tan sólo una pequeña parte de esta aspiración pudiera realizarse pienso que Martin Buber se sentiría satisfecho.

MARSHALL T. MEYER

Erev Rosh Hashana 5738
Septiembre de 1977

³ Obra citada, págs. 116-117.

⁴ Martin Buber: *Hasidism and Modern Man*, editado y traducido por Maurice Friedman, Nueva York, Harper Torchbooks, 1966, páginas 139-141.

⁵ Cita de Seymour Siegel en *Martin Buber: An Appreciation of his Life and Thought*, Nueva York, American Friends of the Hebrew University, 1965, pág. 6. Véase también Donald J. Moore: *Martin Buber, Prophet of Religious Secularism*, Filadelfia, Jewish Publication Society of America, 1974.

PROLOGO

Uno de los aspectos más vitales del movimiento jasídico reside en las historias que los jasidim se cuentan unos a otros acerca de sus líderes, los "tzadikim". Grandes cosas sucedieron en su presencia, las vieron con sus propios ojos y por lo tanto se sintieron llamados a referirlas y a prestar testimonio sobre ellas. Las palabras que los jasidim usaron para relatar sus experiencias fueron más que meras palabras: transmitieron lo ocurrido a las generaciones posteriores con tal realismo que las palabras mismas se transformaron en acontecimientos. Y por el hecho de relatar sagrados eventos entrañaron la consagración de las santas acciones. Se cuenta que "el Vidente" de Lublín vio una vez una columna de luz que emergía de una sala de oración. Al penetrar en el recinto descubrió a los jasidim conversando entre ellos sobre sus tzadikim. Según las creencias jasídicas, la primigenia luz de Dios se derramó sobre los tzadikim, se volcó luego sobre sus obras y de ellas pasó a las palabras con que los jasidim las refieren. Se atribuye al Baal Shem, fundador del jasidismo, el haber dicho que cuando un jasid hablaba en alabanza de sus tzadikim equivalía a morar en el misterio de la divina carroza que una vez vio Ezequiel. Y un tzadik de la cuarta generación, Rabí Méndel de Rymanov, amigo del Vidente, agregó como explicación: "Porque los tzadikim son la carroza de Dios."¹ Pero el relato es mucho más que una simple reflexión. La sagrada esencia que atestigua pervive en él. El milagro, al ser narrado, adquiere nueva fuerza; el poder que una vez fuera activo se difunde en la palabra viviente y continúa siendo aún activo a través de las generaciones.

Pidieron una vez a un rabí, cuyo abuelo había sido discí-

¹ Cita del Midrash: Génesis Raba LXXXII, 7. Comentario de Rashi sobre el Génesis: 17:22.

pulo del Baal Shem, que relatara un cuento sobre su maestro. "Un cuento" —dijo— "debe ser contado de tal manera que se convierta en una ayuda por sí mismo." Y continuó: "Mi abuelo era cojo. Una vez le rogaron que refiriera un cuento y él describió cómo el santo Baal Shem acostumbraba a saltar y bailar mientras oraba. Mi abuelo, transportado por sus propias palabras, se puso de pie y comenzó a brincar y a danzar como lo hacía su maestro. Y desde ese instante curó para siempre de su cojera. ¡Es así como un cuento debe ser contado!".

Junto con la transmisión oral viene la transmisión escrita, nacida muy al principio de la historia del movimiento; pero, de los escritos recopilados, correspondientes a las primeras generaciones, sólo se conservan muy pocos textos genuinos. Algunos tzadikim anotaron en su juventud —aparentemente más para su propio uso que para el del público en general— los dichos y hechos de sus maestros. Sabemos también, a través de una fuente digna de confianza, que el rabí de Berditchev —entre todos el más próximo a la grey— escribió minuciosamente lo que su maestro, Dov Ber de Mezritch, el "Gran Maguid", dijo e hizo, incluyendo las expresiones cotidianas. Y leía y releía esas páginas exigiéndose hasta el máximo en su esfuerzo por penetrar el sentido de cada una de las palabras. Pero ese cuaderno se perdió, y son muy pocas las anotaciones semejantes que se preservaron.

Generalmente la leyenda, esa forma tardía del mito, se desarrolla en las literaturas del mundo en épocas en que la narrativa literaria se desenvuelve paralelamente, o bien cuando la evolución de esta última ha sido ya completada en su mayor parte. En el primer caso la estructura de la leyenda es influida; en el segundo, determinada por la forma hermana. Así ocurre con las leyendas budistas y las fábulas de la India, compuestas ambas como literatura, o con las leyendas franciscanas y los cuentos de Italia, que marchan a la par.

Distinta es la situación en el caso de las leyendas jasídicas. Los judíos de la Diáspora transmitieron las leyendas oralmente, de generación en generación, y es sólo en nuestra época cuando adquieren una forma literaria. Los jasidim no pudieron otorgar una hechura literaria a las historias que contaban en alabanza de sus tzadikim, ni en su estructura ni en su esencia, ni pudieron tampoco adaptarlas por completo al estilo corriente en el pueblo. Su *tempo* interior era con fre-

cuencia demasiado apasionado, demasiado vehemente para encerrarlo en la tranquila forma de ese tipo de relatos, una forma incapaz de contener la plenitud de su mensaje. Por eso jamás tallaron sus leyendas como joyas. Con raras excepciones, éstas no fueron ni la obra de un artista individualizado ni tampoco fruto del arte popular. Carecen de estructura, pero el sagrado elemento que las conforma —la vida de los tzadikim y la exaltación jubilosa de los jasidim— son un metal precioso aunque con frecuencia impuro, a menudo cargado de escoria.

Tomando la leyenda del Baal Shem como ejemplo podemos delinear la forma de la transmisión legendaria en el jasidismo. Aun durante el curso de su vida, su familia y sus discípulos propalaron anécdotas que eran ya breves anticipos de su grandeza. Después de su muerte éstas se transformaron en relatos que, un cuarto de siglo más tarde, fueron recogidos en un libro. Las historias familiares se convirtieron en los cuentos que Rabí Moshé Jaím Efraím, nieto y discípulo del Baal Shem, incluyó en su obra *La bandera de Efraím*. Las leyendas perpetuadas por sus discípulos se publicaron también en ese entonces en la primera compilación de los dichos del Baal Shem, titulada *La corona de la buena fama*. Pero debieron pasar otros 25 años antes de que apareciera *En alabanza del Baal Shem Tov*, su primera gran biografía legendaria. Cada una de estas historias nos conduce a alguien perteneciente al círculo inmediato de los amigos y discípulos del Baal Shem. Junto con ésta existen otras tradiciones, como la tradición oral en la familia del Gran Maguid o en la de Rabí Meir Margalioth o la tradición escrita de la escuela de Koretz. Todas ellas difieren de las recopilaciones publicadas y conservan su propia característica vital. En la segunda mitad del siglo XIX la corrupción caracteriza los motivos transmitidos, los que aparecen como débiles y difusas narraciones emparcadas de invenciones posteriores revestidas de una vulgar apariencia de literatura popular. Pero es sólo en nuestra época (alrededor de 1900) que se inicia la compilación y la selección crítica. Este y otros procesos similares son característicos en el desarrollo de la transmisión jasídica.

Al margen de los productos espurios, en los que a menudo resulta imposible encontrar el rastro de los temas originales, existe una gran abundancia de material informe, es decir, de anotaciones breves que por fortuna no intentan modelar el hecho narrado. Con mucha mayor frecuencia nos

encontramos, desgraciadamente, con crudos y confusos esfuerzos para dar al relato la forma de cuento. En esta segunda categoría de esbozos lo dicho es demasiado o demasiado poco, y es difícil hallar una línea narrativa para seguir. Generalmente no llegan a ser ni arte verdadero ni verdadero cuento popular, sino una especie de apunte, de exaltada constancia de un acontecimiento maravilloso.

Quien tiene como yo el propósito de describir a los tzadikim y sus vidas a partir del material escrito (y a veces oral) existente, debe, por sobre todo, para hacer justicia simultáneamente a la verdad y a la leyenda, proporcionar los eslabones perdidos en el relato. Durante el curso de esta larga tarea me pareció más expeditivo empezar por abandonar la forma previa (o, mejor dicho, la falta de forma), los detalles ya escasos, ya excesivos, y las oscuridades y digresiones, para reconstruir los hechos con la mayor exactitud (con ayuda de las diversas variaciones y de otros materiales relevantes cuando fuera posible) y contarlos tan coherentemente como pudiera, dándoles una forma que se ajustara al tema. Entonces volví a las notas e incorporé en mi versión final cualquier frase o giro afortunado que contuvieran. Por otra parte, no consideré ni permisible ni deseable extender los cuentos ni hacerlos más coloridos y variados, método empleado por los hermanos Grimm, por ejemplo, cuando recogieron historias de origen popular.² Sólo en los pocos casos en que las notas manuscritas eran demasiado incompletas compuse un todo coherente mediante la fusión de lo que tenía en mi poder con otros fragmentos, rellenando los huecos con materiales afines.

Existen dos géneros de leyendas que pueden ser denominados por analogía con los géneros de la narrativa sobre los cuales han sido modelados: el cuento legendario y la anécdota legendaria. A fin de ejemplificar comparemos *La leyenda dorada* con *Las florecillas de San Francisco*, o la clásica leyenda de Buda con las fábulas de los monjes de la secta Zen del Asia oriental. También el informe material jasídico puede ser agrupado en esas dos categorías, puesto que la mayor parte de los cuentos son potencialmente anécdotas legendarias. Los verdaderos cuentos son raros, pero existe una especie de hí-

² Véase (especialmente) Leffz: *Maerchen der Brueder Grimm*, publicado en su forma original según los papeles póstumos de Clemens Brentano.

brido entre cuento y anécdota. La preponderancia de la anécdota se debe, en primer lugar, a la general inclinación del espíritu de la Diáspora judía a referir los sucesos, ya sean históricos o actuales, de una manera categórica. Los hechos no son meramente presenciados y difundidos a fin de transmitir su sentido, sino que son limpiamente despojados de todo lo irrelevante y tan recompuestos que la crónica termina por ser un significativo aforismo. En el jasidismo la vida misma favorece esta forma de interpretación. El tzadik expresa sus enseñanzas, deliberadamente o no, en acciones simbólicas que con frecuencia se acompañan de palabras que las complementan y permiten su interpretación.

Por el término cuento quiero significar el relato de un destino que es representado por un episodio singular; la anécdota es el relato de un episodio singular que ilumina ese destino en su totalidad. La anécdota legendaria va aun más allá: el episodio singular en cuestión entraña el sentido de la vida. No conozco en la literatura universal ningún otro grupo de anécdotas legendarias que, como las jasídicas, ilustren lo dicho hasta tal grado, con tanta homogeneidad y, al mismo tiempo, de manera tan variada.

La anécdota, lo mismo que el cuento, constituye una especie de narrativa condensada, es decir, de narrativa concentrada en una forma diseñada claramente. La psicología y el ornato deben ser evitados. Cuanto más "desnuda" es, tanto más adecuadamente cumple su función.

Estas consideraciones determinaron mi actitud hacia el material del que disponía.

El tzadik, sin embargo, no debe ser representado únicamente por medio de acciones que tienden a convertirse en aforismos, sino también por la misma enseñanza a través de la palabra hablada, porque para él el discurso es una parte esencial de la acción. Así, pues, este libro incluye también otras especies. Contiene algunas piezas que he querido llamar "enseñanza por medio de respuestas". El maestro, el tzadik, es invitado a interpretar un versículo de la Biblia o a explicar el significado de un rito. El responde y su respuesta va más allá de lo que el que interroga aspiraba a saber. Los textos de esta especie sobre los que trabajé no emplean con frecuencia la forma dialogada: la respuesta encierra la pregunta. En muchos casos yo he reconstruido las preguntas y restaurado por

lo tanto el diálogo y, puesto que es imposible establecer una estricta diferenciación, debí incluir un cierto número de pasajes en los cuales el que habla se plantea preguntas a sí mismo. Hay además algunas enseñanzas y sermones seleccionados por su profunda significación. Pero ni un solo pasaje proviene de los extensos escritos teóricos de los jasidim; todos han sido tomados de la literatura popular con que ellos complementan los relatos sobre las vidas de los tzadikim. Todos tienen un carácter oral y no literario.

En aquellas selecciones directamente vinculadas con las enseñanzas, traté de mantener las palabras exactas del texto, por lo menos hasta donde fuera compatible con las exigencias de la claridad. Pero en muchos casos los textos eran tan oscuros, llevaban una mezcla tal de elementos extraños, que a menudo fue necesario descartar una serie completa de obvios agregados a fin de llegar hasta los verdaderos conceptos del maestro.

Este libro contiene menos de la décima parte del material recopilado por mí. El criterio inicial para la inclusión de un cuento fue, desde luego, su propia significación, así como su especial importancia para la comprensión de la vida jasídica. Pero muchos pasajes que eran adecuados desde este punto de vista debieron ser dejados de lado porque no servían para caracterizar a uno de los tzadikim en los cuales se centra este libro. Y ése fue el factor determinante.

De manera que, entre las numerosas leyendas transmitidas sobre casi todos los tzadikim, debí elegir aquellas que ofrecían una semblanza mejor del carácter y del estilo de determinado maestro y luego adaptarlas para dar la pauta de su existencia. Algunas veces el material era tan rico que sólo tuve que seleccionar entre relatos y dichos que en su conjunto proporcionaban una casi perfecta descripción de una vida; otras, en cambio, debí rellenar lagunas con mis propias conjeturas, que expongo en la Introducción. En unas pocas ocasiones el material era tan escaso que tuve que resignarme a ofrecer el retrato "estático" de un hombre en lugar de la descripción "dinámica" de una vida humana.

En los capítulos individuales ordené los cuentos a manera de biografías pero no en orden cronológico, ya que esto habría oscurecido más que aclarado el efecto total que me propuse lograr. Con el material disponible me fue fácil componer la imagen de un hombre y su destino proyectando los diversos

elementos de su carácter y de su obra individualmente y, cuando era posible, cada uno a la luz de su particular desarrollo, hasta que todo ello se fundiera en una especie de biografía interior. Por ejemplo, en el capítulo referente al Baal Shem fue observada la siguiente secuencia: 1) el alma del Baal Shem; 2) preparación y revelación; 3) éxtasis y fervor; 4) su comunidad; 5) con sus discípulos; 6) con diversas personas; 7) la fuerza de la visión; 8) santidad y milagros; 9) Tierra Santa y redención; 10) antes y después de su muerte. Cada pasaje llega al punto señalado, aun cuando esto interrumpa ocasionalmente el orden cronológico, y las enseñanzas complementan los cuentos dondequiera que resulte conveniente.

Una primera lectura rápida pareciera revelar cierto número de repeticiones a lo largo del libro, pero no son repeticiones en realidad. Dondequiera que un tema reaparece es porque el sentido es otro o bien tiene una connotación diferente. Se repite, por ejemplo, la mención de los "jasidim de Satán", o sea de los falsos jasidim, que se unieron a los verdaderos amenazando desbaratar la comunidad. Pero el lector cuidadoso advertirá una situación diferente y una forma diferente de expresión en cada caso particular.

Mi tarea de re-contar las leyendas jasídicas se inició hace más de cuarenta años. Sus primeros frutos fueron los libros titulados *Cuentos de Rabí Naham* (1906) y *La leyenda del Baal Shem* (1907). A continuación, sin embargo, descarté mi método de contemporizar con el material transmitido, por considerarlo libre en demasía. Apliqué mis nuevos conceptos acerca de la labor y de los medios para realizarla en los libros *El Gran Maguid y su sucesión* (1921) y *La luz oculta* (1924). El contenido de ambos ha sido reproducido casi por completo en esta obra, la mayor parte de la cual, sin embargo, fue escrita a partir de mi llegada a Palestina en 1938. Junto con muchas otras cosas, debo mi empeño en realizar esta nueva y más completa versión a los aires de esta tierra. Nuestros sabios dicen que esos aires mejoran nuestro juicio; a mí me han otorgado un don diferente: me han dado la fuerza para empezar de nuevo. Yo pensaba que había ya completado mi trabajo sobre las leyendas jasídicas. Este libro es el resultado de un comienzo.

Jerusalén, verano de 1946.

MARTIN BUBER

INTRODUCCION

1

El propósito de este libro es introducir al lector en el mundo de la realidad legendaria. Es necesario llamarla así porque los relatos llegados hasta nosotros —que yo he tratado de presentar aquí apropiadamente— no son auténticos en el sentido en que es auténtica una crónica. Proviene de hombres fervorosos que asentaron sus recuerdos de lo que ellos presenciaron o de lo que, en su exaltación, creyeron presenciar. Es decir, que anotaron muchos sucesos que tuvieron lugar pero que eran visibles sólo para la contemplación ferviente y otros que pudieron no haber ocurrido o que pudieron no ocurrir de la manera en que fueron narrados pero que sus espíritus en éxtasis percibieron como realidad y que, por lo tanto, como realidad fueron relatados. Es por eso que debo llamarla realidad. Una realidad vista por almas fervorosas, una realidad nacida de la inocencia total, exenta de capricho y de falsedad. Estas almas no hablaron de sí mismas sino de aquello que las conmovía y, en consecuencia, lo que sabemos a través de ese relato no es solamente un hecho en el sentido psicológico sino también una realidad vital. Algo sucedió que elevó el espíritu y que tuvo determinado efecto. Al comunicar ese efecto, la tradición revela también la causa: el contacto entre inspiradores e inspirados y la asociación entre ambos. Esa es la verdadera leyenda y ésa es su realidad.

Los hombres que son el tema de estos relatos, los inspiradores, son los tzadikim, término que usualmente se traduce por “los justos”, pero que en realidad significa “aquellos que resistieron la prueba” o “los probados”. Ellos son los líderes de las comunidades jasídicas. Y los narradores¹ cuyos cuentos

¹ He precedido con las palabras “se cuenta que” los así llamados

constituyen el cuerpo de las leyendas transmitidas, los hombres que eran inspirados, son los jasidim, "los devotos" o, más exactamente, los que mantuvieron la fe en el pacto. Ellos son los miembros de esas comunidades. Este libro, pues, se propone describir y documentar la vinculación entre los tzadikim y sus jasidim, y debe ser aceptado como descripción y documentación de sus vidas.

2

La esencia de las enseñanzas jasídicas es el concepto de una vida de fervor, de exaltado júbilo. Pero esta enseñanza no es una teoría que pueda mantenerse haciendo abstracción del modo como fue transferida a la realidad. Es más bien el complemento teórico de una existencia que fue realmente vivida por los tzadikim y los jasidim, especialmente durante las primeras seis generaciones acerca de las cuales tratan los cuatro volúmenes de este libro.

El propósito subyacente en todas las grandes religiones y movimientos religiosos es crear una vida de elevación, de fervor que no pueda ser sofocado por ninguna experiencia y que, por otra parte, deba su origen a la relación con lo eterno, por encima y más allá de toda vivencia individual. Pero como las vinculaciones que el hombre tiene con el mundo y consigo mismo no están con frecuencia destinadas a inspirar fervor, los conceptos religiosos lo refieren hacia otro plano, hacia un universo de perfección en el cual el alma pueda también volverse perfecta. Comparada con este estado de perfección, la vida terrenal parece sólo una antecámara, una mera ilusión, y la perspectiva de una existencia más alta tiene como fin generar el fervor en contraste con decepcionantes experiencias internas y externas y la ardiente convicción de que esa vida superior existe y de que es, o puede ser, gradualmente accesible para el alma humana bajo ciertas condiciones, más allá de los límites de la existencia en la tierra. A pesar de que la fe en la vida futura es inherente al judaísmo, existió siempre una fuerte tendencia a hacer de la residencia en este mundo un lugar para el perfeccionamiento. El gran concepto mesiánico del advenimiento de la perfección en la tierra, que cada uno puede contribuir activamente a preparar, no alcanzó, a pesar del influjo que ejerció sobre las almas, a dotar a la

"cuentos milagrosos", es decir aquellos en los cuales los aspectos no reales de la realidad son especialmente evidentes.

vida diaria de ese constante, intrépido y exaltado júbilo del Aquí y Ahora que nace de la realización en el presente y no de la esperanza en la realización futura. Y esto no se alteró cuando las enseñanzas cabalísticas sobre la transmigración de las almas dieron a cada uno la posibilidad de identificarse con un espíritu de la generación mesiánica y tener, por lo tanto, la sensación de participar en ella. Sólo en los movimientos mesiánicos mismos, que siempre se basaron en la creencia de que se estaba al borde de lograr la perfección, el fervor se abrió paso e impregnó la vida toda. Cuando el último de esos movimientos, el movimiento sabatiano con sus secuelas terminó en la apostasía y la desesperanza, la fuerza vital de la religión fue puesta a prueba. Porque entonces dejó de ser un mero consuelo para los dolores, y sólo una vida de júbilo ferviente pudo ayudar al judío a sobrevivir. El desarrollo del jasidismo indica que esta prueba fue superada.

El movimiento jasídico no debilitó la esperanza en un Mesías, pero inflamó a los seguidores, fueran simples o intelectuales, con el regocijo del mundo tal cual es, de la vida tal cual es y de cada una de las horas de la vida en el mundo, tal como esa hora sea. Sin embotar el aguijón de la conciencia ni disminuir la noción del abismo existente entre el hombre ideal diseñado por su Creador y lo que es en realidad, el jasidismo muestra a los hombres el camino hacia Dios, que mora junto a ellos "en medio de su impureza"; un camino que nace de cada tentación, aun de cada pecado. Sin menoscabar los rigurosos deberes impuestos por la Torá, el movimiento infundió en los tradicionales preceptos una significación jubilosa, y llegó hasta a apartar los muros que separaban lo profano de lo sagrado, enseñando que cada acto profano puede ser transformado en sagrado según el modo como se realice. Nada tiene que ver esto con el panteísmo que destruye o atrofia el más grande de todos los valores: la recíproca relación entre lo humano y lo divino, la realidad del Yo y el Tú que no cesa hasta el umbral de la eternidad. El jasidismo, por otra parte, hizo evidente la manifestación de lo divino, las chispas de Dios, que brillan en todos los seres y en todas las cosas, y enseñó cómo acercarse a ellas, cómo tratarse con ellas, cómo "elearlas" y redimir las y volver a unirlas con su raíz original. La doctrina de la Shejiná contenida en el Talmud y desarrollada en la Cábala, de la Shejiná como Presencia Divina que reside en este mundo, adquiere un nuevo e íntimo significado y una nueva posibilidad de aplicación. Si diriges el poder

sin mengua de tu fervor al mundo-destino de Dios, si haces lo que debes en este mismo momento —¡no importa lo que sea!— con toda tu fuerza y con kavaná, con santa intención, darás lugar a la unión entre Dios y Shejiná, eternidad y tiempo. No necesitas ser un estudioso ni un sabio para lograrlo. Sólo es necesario poseer un alma en armonía consigo misma e indivisiblemente dirigida hacia la meta divina. El mundo en que vives, tal como es y no de otra manera, te depara esa asociación con Dios que habrá de redimirte a ti y a cualquiera de los aspectos divinos del mundo en que estás implicado. Y tu propio carácter, las cualidades mismas que hacen de ti lo que eres, constituye tu particular forma de acercarte a Dios, tu especial utilidad potencial para El. ¡No te enfade tu deleite por las criaturas y las cosas! Pero no permitas que el deleite te encadene a las criaturas y a las cosas; a través de ellas avanza hacia Dios. No te rebeles contra tus deseos; forma con ellos un haz y átalos a Dios. No sofoques tus nacientes poderes; déjalos obrar en la obra santa y reposa en un santo reposo en Dios. Tú eres el único que puede descubrir la intrínseca significación de todas las contradicciones con que el mundo te angustia, y todas las tendencias contrarias que te atormentan en tu interior sólo esperan a ser exorcizadas por tu palabra. Toda innata tristeza sólo anhela desembocar en el fervor de tu alegría.

Pero este júbilo no debe ser el objetivo hacia el que dirijas tus esfuerzos. Te será otorgado si te empeñas en “dar alegría a Dios”. Tu propio júbilo se alzarán cuando tú anheles únicamente la alegría de Dios, cuando sólo anheles el júbilo en sí mismo.

3

¿Pero cómo fue que el hombre —en particular el “hombre simple”— en quien el movimiento jasídico estaba fundamentalmente interesado, pudo llegar a vivir su vida en un júbilo ferviente? ¿Cómo, en medio de los fuegos de la tentación, pudo convertir la inclinación al mal en la inclinación a lo bueno? ¿Cómo, en el voluntario cumplimiento de los preceptos, pudo desarrollar sus exaltados lazos con los mundos superiores? ¿Cómo, en su encuentro con los seres y las cosas, se hizo consciente de la chispa divina que en ellos se oculta? ¿Cómo, a través de la sagrada kavaná, iluminó su vida cotidiana? Sabemos,

por cierto, que sólo es necesario poseer un alma unida en sí misma e indivisiblemente dirigida hacia su divina meta. Pero, ¿cómo podemos, en nuestra caótica existencia terrenal, mantener ante nuestros ojos el sagrado objetivo? ¿Cómo conservar la unidad en medio de los peligros y de los apremios, en medio de millares de frustraciones y de desilusiones? Y una vez perdida la unidad, ¿cómo recobrarla? El hombre necesita socorro y consejo; debe ser sostenido y redimido. Y no lo necesita sólo en relación con su alma, porque de una u otra manera, los dominios del alma están entrelazados con grandes y pequeños cuidados, con los pesares y desesperanzas de la vida misma y, si no se pacta con ellos, ¿cómo podría alcanzarse una aspiración más elevada? Es necesaria una ayuda, un auxiliar para el cuerpo y para el alma, para ambos niveles: el terreno y el celestial. Este auxiliar es el llamado tzadik. El puede curar el cuerpo y el alma dolientes porque sabe cómo el uno está ligado con la otra y ese conocimiento le da el poder para influir sobre ambos. Es él quien puede enseñarte a conducir tus acciones de manera que el alma permanezca libre, así como a mantenerte incólume bajo los golpes del destino. Y una y otra vez te toma de la mano y te guía hasta que puedas aventurarte solo. El no te libera haciendo lo que tú ya eres lo bastante fuerte como para hacer por ti mismo. Ni aligera tu alma en la lucha que ella debe emprender a fin de realizar su particular misión en este mundo. Y todo esto es aplicable también a la comunicación del alma con Dios. El tzadik puede facilitar a sus jasadim la comunicación con Dios, pero no puede tomar el lugar de ellos. Esta es la enseñanza del Baal Shem, y todos los grandes jasadim la obedecieron. Todo lo demás es distorsión y sus síntomas aparecen relativamente temprano. El tzadik fortalece a su jasad en las horas de duda, pero no le insufla la verdad; lo ayuda a conquistarla y reconquistarla por sí mismo, desarrolla en el jasad su propio poder para la oración verdadera, le enseña a dar a las palabras su justa dirección y une su propia plegaria a la de su discípulo y con ello le presta aliento, le confiere un poder mayor, le da alas. En horas de necesidad, él ruega por su alumno en una entrega total, pero jamás permite que el alma del jasad se confíe a él hasta el punto de abandonar su tensión y concentración independientes: en otras palabras, el impulso del alma hacia Dios, sin el cual la vida terrenal está destinada al fracaso. No es solamente en el dominio de las pasiones humanas que el tzadik extrema hasta el colmo su ayuda y su consejo. Lo hace

también en lo que se refiere a la asociación con Dios, pero una y otra vez recalca los límites de la mediación: un hombre puede tomar el lugar de otro sólo hasta el umbral del santuario interior.

Tanto en las enseñanzas como en los cuentos jasídicos leemos con frecuencia acerca de tzadikim que tomaban sobre sí los dolores de los demás, e incluso que expiaban en lugar de los demás sacrificando su propia vida. Pero en muy raras ocasiones (como en el caso de Rabí Najman de Bratzlav) leemos que el verdadero tzadik puede realizar el acto de volver a Dios en lugar de aquellos que le son más próximos y queridos. El autor agrega en seguida que este acto realizado en lugar de los otros facilita el retorno a Dios del propio jasid. El tzadik auxilia a todos pero no releva a nadie de lo que debe realizar por sí mismo. Ayuda al jasid aun por medio de su propia muerte; aquellos que lo rodean en la hora final reciben "una gran iluminación".

Dentro de esos límites el tzadik tiene la máxima influencia posible no sólo en la fe y en la mente del jasid sino también en su actividad cotidiana y hasta en su sueño, que él hace profundo y puro. A través del tzadik todos los sentidos del jasid son perfeccionados, no por una dirección consciente, sino por la proximidad corporal. El hecho de que el jasid mire al tzadik perfecciona su sentido de la vista; el escucharlo, su sentido del oído. En la existencia misma del tzadik y no en sus enseñanzas reside su eficacia, no tanto por el hecho de su presencia en circunstancias extraordinarias como por acompañar el curso corriente de los días, sin énfasis, sin deliberación, inconscientemente; no porque esté allí como un líder intelectual sino como un hombre completo en su existencia terrenal, en la que la totalidad del ser es puesta a prueba. Como dijo una vez un tzadik: "Yo he aprendido la Torá de todos los miembros de mi maestro". Esta era la influencia del tzadik sobre sus verdaderos discípulos. Pero su mera presencia física no bastaba, desde luego, para que ejerciera su ascendiente sobre la mayoría, sobre la gente en general, ese ascendiente que hizo del jasidismo un movimiento popular. Para lograrlo, el tzadik debió trabajar con el pueblo hasta que éste estuvo preparado para recibir lo que él debía darle; debió presentar sus enseñanzas de manera que el pueblo pudiera aceptarlas como propias. Debió "formar parte de la multitud". Tuvo que mezclarse con la gente y, a fin de elevarla hasta donde le era posible llegar, debió descender de su propio

escaño. "Si un hombre cae en un pantano", dijo el Baal Shem, "y su amigo quiere rescatarlo, no debe vacilar en ensuciarse un poco."

Uno de los grandes principios del jasidismo es que el tzadik y el pueblo dependen el uno del otro. Una y otra vez esta relación es comparada con la que existe entre la forma y la substancia en la vida del individuo, entre el cuerpo y el alma. El alma no debe ser considerada más sagrada que el cuerpo, porque únicamente por haber descendido a albergarse en él y a obrar por medio de él puede alcanzar su propia perfección. Por otra parte el cuerpo no debe jactarse de sustentar el alma, puesto que cuando el alma lo abandona, la carne se desintegra. Por lo tanto los tzadikim necesitan a la multitud y la multitud necesita a los tzadikim. La eficacia de las enseñanzas jasídicas reside en esta interrelación. Así pues, el descenso del escalón no es un verdadero descenso. Muy por el contrario: "Si el tzadik sirve a Dios", dijo Rabí Najman de Bratzlav, "pero no acepta la tribulación de enseñar a la multitud, es entonces cuando desciende el peldaño".

Rabí Najman mismo, uno de los más espirituales entre todos los tzadikim, experimentaba un profundo y secreto sentimiento de unión entre él y el "hombre simple". Esta unión fue el punto de partida para las extraordinarias conclusiones que expresó unos dos meses antes de morir. Al principio su alma estaba en tal estado de agotamiento que declaró no ser más que un "hombre simple". Pero cuando ese estado se transformó súbitamente en el más excelso éxtasis espiritual, dijo que en esos períodos de descenso del tzadik estaba imbuido de una fuerza vital que se transfería a todos los "hombres simples" del mundo: no sólo a los de Israel, sino a todos los pueblos. Y esa fuerza vital que penetraba en él, surgía del "tesoro de los dones gratuitos" acumulados en la tierra de Canaán desde tiempos inmemoriales, tiempos anteriores a Israel, y —agregó— este tesoro gratuito consiste en la secreta substancia que le es dada a las almas de los hombres simples y los hace capaces de la sencilla fe.

Llegamos así a los fundamentos mismos del jasidismo, en los que se basa la convivencia de los inspiradores con los inspirados. La quintaesencia de esta vida es la relación del tzadik con sus discípulos, que revela con toda claridad la interacción entre unos y otros. El maestro ayuda a sus discípulos en la búsqueda de sí mismos y, en las horas de desesperanza, los alumnos ayudan a su maestro a reencontrarse otra vez. El

maestro enciende las almas de sus discípulos y ellos lo rodean e iluminan con la llama que él alumbró. El discípulo interroga y su manera de preguntar provoca inconscientemente una respuesta que el espíritu de su maestro no hubiera hallado sin el estímulo de la pregunta.

Dos "cuentos milagrosos" sirven para ilustrar la excelsa función del alumno.

Una vez, cuando finalizaba el Día del Perdón, el Baal Shem estaba grandemente conturbado porque la luna no podía atravesar las nubes y por lo tanto era imposible recitar las bendiciones de la luna nueva, las que, en ese momento —un momento en que pendía sobre Israel un grave peligro—, podrían ejercer un saludable efecto. En vano intentó alterar el estado del cielo. Entonces sus jasidim, que nada sabían de todo ello, comenzaron a danzar tal como lo hacían cada año en esa circunstancia. Y bailaron con jubilosa exaltación acompañando el oficio que realizaba su maestro, un oficio semejante al que el Sumo Sacerdote hacía en el Templo de Jerusalén. Primero danzaron en el exterior de la casa pero, en su vehemencia, penetraron en la sala y bailaron alrededor del Baal Shem. Finalmente, en el apogeo de su éxtasis le rogaron que se uniera a la danza y lo arrastraron al círculo. Y entonces la luna perforó las espesas nubes y resplandeció con maravillosa claridad. El júbilo de los jasidim había logrado lo que el alma del tzadik, exigida hasta el máximo de su fuerza, no había podido conseguir.

Entre los discípulos de Rabí Dov Ber, (el más importante de los alumnos del Baal Shem), Rabí Elimélej fue quien mantuvo viva la esencia de la tradición y preservó la escuela propiamente dicha. Un día en que su alma se elevó al cielo supo que, con su santidad, él estaba reconstruyendo el devastado altar del santuario de la Jerusalén celestial, el cual corresponde al santuario de Jerusalén en la tierra. Al mismo tiempo supo que sus discípulos lo estaban ayudando en esa tarea de restauración. Cierta año dos de ellos se hallaban ausentes en las festividades de Simjat Torá: Rabí Iaacov Itzjac, más tarde rabí de Lublín (llamado el Vidente) y Rabí Abraham Iehoshúa Héshel, luego rabí de Apt. Los cielos habían comunicado a Elimélej que Iaacov Itzjac llevaría el Arca al santuario y que Abraham Iehoshúa Héshel llevaría las tablas de la ley. ¡Y sin embargo ambos estaban ausentes! Entonces el tzadik le habló así a su hijo: "Más de diez y ocho veces podría exclamar: ¡Le-

vántate, oh Dios! (como en la antigüedad clamaba Israel ante el Arca cuando ésta debía precederlos en el combate) y sería inútil.”

En este segundo cuento los discípulos participan en la obra del tzadik como individuos; en el primero intervienen como “comunidad sagrada”. Esta forma de realización colectiva es sin duda la más significativa, si bien tenemos muchos y variados relatos referentes a participaciones individuales. La comunidad de los jasidim de un tzadik, especialmente el círculo estrecho de los que están siempre con él o, por lo menos, que lo visitan con regularidad, es considerada como una unidad poderosamente dinámica. El tzadik se une a su círculo tanto en la oración como en la enseñanza. Ellos son su punto de partida en la plegaria, pero él no ora como quien intercede meramente por ellos sino como un foco en el que la llama de la comunidad se concentra y se eleva fusionándose con el ardor de su propia alma. El sábado, cuando en la tercera comida él explica las Escrituras y revela lo que está oculto, sus enseñanzas les están destinadas; ellos son el campo de fuerza en el cual sus palabras pueden hacer que el espíritu se manifieste en círculos cada vez mas amplios, como los anillos que se expanden en el agua. ¡Y la comida misma! Sólo podemos aproximarnos a su emoción y a su arrobamiento cuando comprendemos que todos —cada uno en una entrega total— están unificados en la exaltación común como sólo puede ocurrir alrededor de un núcleo ardiente, el cual, a través de su propio ser, apunta al centro divino de todos los seres. Esta es la conexión viviente que algunas veces se expresa a sí misma de manera inaudita y hasta grotesca; pero lo grotesco es tan genuino que entraña el testimonio de la autenticidad de los impulsos. Porque el jasidismo no debe ser interpretado como un movimiento esotérico sino como uno cargado de una primitiva vitalidad que —como toda vitalidad primitiva— se revela a veces con bastante crudeza. Es esa energía la que presta particular intensidad a la relación entre un jasid y otro. Su común devoción al tzadik y a la santa vida que él encarna los vincula no sólo en las horas festivas de la plegaria y la cena compartidas sino en todas las horas de la vida cotidiana. En los momentos de exaltación brindan, cantan y bailan juntos y se refieren abstrusos y reconfortantes cuentos milagrosos. Pero también se ayudan. Están preparados para arriesgar su vida por un compañero y esta disposición proviene de la misma profunda fuente de su unión.

Cada cosa que el verdadero jasid hace o deja de hacer refleja su creencia de que, a pesar del intolerable sufrimiento que el hombre debe soportar, el latido de la vida es una santa alegría y siempre y en todas partes puede uno forzar el camino hacia ella a condición de entregarse por entero a su empeño.

Existen muchos aspectos distorsionados del jasidismo que no son de ninguna manera propios únicamente de los últimos períodos del movimiento. Junto al ferviente amor por el tzadik hallamos una burda manifestación de reverencia en aquellos que lo miran como a un gran mago, como a alguien que goza de intimidad con el cielo, que puede volver el mal en bien, que releva a sus jásidim de la tarea de esforzarse por su alma y les asegura un lugar deseable en el más allá. Si bien los jásidim de un tzadik estaban a menudo ligados entre sí por un sentimiento de verdadera fraternidad, se mantenían en cambio apartados —algunas veces hasta llegar a la hostilidad— con respecto a los seguidores de otros tzadikim. Un contraste similar aparece entre la libre vida religiosa de una comunidad y su grosero oportunismo en lo que se refiere a los poderes del Estado. En ocasiones una superstición obtusa convivió lado a lado con la inocente fantasía del espíritu exaltado y desvirtuó su profundidad, y a veces una basta superchería hizo su aparición y la profanó. Muchos de estos fenómenos nos son familiares a través de la historia de otros movimientos religiosos surgidos de la vitalidad popular; otros se vuelven comprensibles si consideramos las premisas patológicas de la vida en el exilio. Mi objetivo no es entrar en ello sino señalar lo que hizo del jasidismo uno de los fenómenos más significativos de la fe viviente y fructífera que conocemos y el —hasta ahora— último gran florecimiento del anhelo judío de servir a Dios en este mundo y consagrarle cada día de su existencia.

Desde su mismo comienzo el jasidismo se desintegró en comunidades separadas cuya vida interna tenía poca relación, y pronto los tzadikim revelaron rasgos dudosos en su historia individual. Pero aun así cada comunidad jasídica contiene el germen del reino de Dios. Un germen —nada más pero también nada menos—, y con frecuencia ese germen vive y crece en una substancia que está al borde de la descomposición. Y el tzadik, que ha derrochado la herencia espiritual de sus mayores, tiene momentos en los que su frente brilla como si la luz primordial la hubiese tocado con su esplendor.

En una crisis de la fe, cuando ésta se renueva, el hombre que inicia y encabeza el renacimiento no es con frecuencia una personalidad espiritual en el sentido corriente del término, sino alguien que obtiene su fuerza de una unión extraordinaria entre los poderes espirituales y telúricos, entre el fuego mundanal y el celestial. Pero es lo sublime lo que determina el marco terrenal. La vida de un hombre semejante es un continuo recibir el fuego y transformarlo en luz. Y esto, que es y ocurre en su interior, es la causa de su doble efecto sobre el mundo: reintegra al ámbito terrenal a quienes en su preocupación por el pensamiento se habían alejado de él, y a aquellos que están abrumados por el peso terrenal los eleva hasta las alturas celestiales.

Israel ben Eliézer de Mezbizh (Miedzyboz), llamado el Baal Shem Tov (1700-1760), fundador del jasidismo, fue ese hombre. Aparece primero simplemente como uno entre la serie de los Baalé Shem, los "Maestros del Nombre", que conocían un Nombre de Dios dotado de fuerza mágica. Podían invocarlo y, con su arte, ayudaban y curaban a los hombres que acudían a ellos, manifestaciones estas de una forma de magia que fue absorbida por la religión. La base real de su acción consistía en su capacidad para percibir las relaciones intrínsecas entre las cosas, relaciones que se asientan más allá de los límites del tiempo y del espacio (y que sólo pueden captarse por medio de lo que usualmente llamamos intuición), y su fuerza peculiar y su poderosa influencia en el núcleo central del alma de sus congéneres les permitía regenerar el cuerpo y la totalidad de la vida. Una fuerza de la cual el así llamado "poder de sugestión" no es más que una distorsión. Ciertos aspectos de la obra de Israel ben Eliézer constituyen una prolongación de la obra de los Baalé Shem, pero con una marcada diferencia, claramente expresada en la transformación del epíteto "Baal Shem" en "Baal Shem Tov". Esta diferencia y lo que ella significa se destacan sin ambages en la tradición legendaria.

Se cuenta que Rabí Guershon, el cuñado del Baal Shem, que lo menospreció al principio por considerarlo un ignorante pero terminó por convertirse en su devoto discípulo (en otra versión, en cambio, el protagonista es un descendiente del Baal Shem), visitó a un gran rabí que vivía muy lejos —en

Palestina o en Alemania— y le habló sobre Rabí Israel Baal Shem. “¿Baal Shem?”, preguntó el rabí. “No conozco a esa persona.” En la versión que hace intervenir al cuñado del Baal Shem el rechazo es aún más pronunciado, porque cuando Rabí Guershon se refiere al Baal Shem como a su maestro recibe la siguiente respuesta: “¿Baal Shem? No existe ningún maestro de ese nombre.” Pero Rabí Guershon —sigue diciendo el relato— se corrigió rápidamente dando el nombre completo: “Baal Shem Tov”. El rabí al que visitaba asumió entonces una actitud totalmente distinta. “¡Oh!”, exclamó, “¡El Baal Shem Tov! El es por cierto un muy grande maestro. Cada mañana lo veo en el templo del paraíso”. El sabio se rehusaba a tener nada que ver con los hombres milagrosos comunes, pero el Baal Shem Tov era un asunto diferente, era algo nuevo. El agregado de una palabra alteró el significado y el carácter del epíteto. “Shem Tov” es el “Buen Nombre”. El Baal Shem Tov, el poseedor del Buen Nombre es el que, por ser lo que es, gana la confianza de sus pares. “Baal Shem Tov” como designación general, se refiere a un hombre en quien la gente deposita su confianza, al confidente de la gente. Con esto el término deja de señalar una ocupación bastante dudosa y viene a aplicarse a una persona fidedigna y, al mismo tiempo, transforma lo que era después de todo una especie de mago, en un religioso en el verdadero sentido de la palabra. Porque el término “Baal Shem Tov” quiere decir el hombre que vive por y para sus semejantes sobre la base de su relación con lo divino.

Se cuenta que Rabí Itzjac de Drohobycz, uno de los jasidim ascéticos que primero se rebelaron contra el Baal Shem, se llenó de hostilidad hacia el innovador cuando oyó decir que éste daba amuletos a las gentes con hojas de papel en las que estaban escritos los nombres secretos de Dios. En una reunión interrogó sobre ello al Baal Shem. Este abrió uno de los amuletos y le mostró que en el papel sólo figuraba su nombre y el de su madre: “Israel ben Sara.” Así pues, el amuleto había perdido por completo sus mágicos atributos. No era más que un signo y una prenda del vínculo personal que existe entre el que ayuda y el que es ayudado, un vínculo basado en la confianza. El Baal Shem Tov auxilia a los que confían en él. Puede ayudarlos porque confían en él. El amuleto es el símbolo permanente de su influjo directo en un momento dado. Contiene su nombre y éste lo representa. Y a través de esa prenda de conexión personal el alma del

receptor es "elevada". El poder actuante es la unión de lo telúrico con lo espiritual en el Baal Shem, y —consecuencia de esa unión— la relación que existe entre él y sus jasidim, la cual abarca ambos dominios.

Esto esclarece su actitud hacia los "Hombres de Espiritu" que él deseaba conquistar para el movimiento jasídico y también el hecho de que la mayoría de ellos estaban deseosos de someterse a él. Por ejemplo, de acuerdo con una versión legendaria, el más grande de sus discípulos, el verdadero fundador de la escuela jasídica de enseñanza: Rabí Dov Ber, el Maguid (predicador errante) de Mezritch (Miedzyrzecze), llegó hasta él para que lo curara de su enfermedad. Sus sufrimientos físicos fueron solamente aliviados, pero sí se curó de "enseñar sin alma". Este ejemplo muestra claramente que la naturaleza, que actúa en la persona del que ayuda, guía al espíritu alejado en su extravío y lo reintegra a su dominio, el único medio en que el alma puede prosperar gracias a un incesante contacto con ella. Y el "Gran Maguid", cuyos poderes como pensador fueron muy superiores a los del Baal Shem, se inclinó ante el fenómeno infinitamente raro: la unión del fuego y de la luz en un ser humano. Lo mismo acontece con otro importante exponente de las enseñanzas jasídicas en la segunda generación: Rabí Iaacov Iosef de Polnoie (Polonnoje). No era un pensador independiente como el Maguid, pero sí muy versado en las enseñanzas, lo que le permitió recibir y exponer las doctrinas del Baal Shem, quien lo sacó de su ascético alejamiento y lo atrajo a la existencia sencilla de sus pares. Hay varias versiones acerca de cómo el Baal Shem lo conquistó, pero todas tienen dos rasgos en común: el Baal Shem no se reveló directamente sino que se manifestó a través de su particular manera encubierta y le relató cuentos (siempre le gustó contar cuentos) que conmovieron al oyente justamente por su carácter primitivo y su falta aparente de cualidad intelectual y que, finalmente, él oyó y aceptó como una referencia a sus propias necesidades secretas. Y vemos aquí otra vez que mediante la narración de historias simples y de parábolas que evocan una fuerte reacción personal, se pone de manifiesto la relación entre el espíritu y la naturaleza, una unión que permite que las imágenes sirvan como símbolos, es decir, como espíritu que asume su forma en la naturaleza misma. Lo que estos dos discípulos dijeron sobre las enseñanzas del Baal Shem y sobre su asociación con él tuvo características coincidentes: el Baal Shem le enseñó al Maguid, entre otras cosas,

a estudiar el lenguaje de los pájaros y de los árboles, y —según lo que el rabí de Polnoie refirió a su yerno— era su “santa costumbre” conversar con los animales. El Gaón de Vilna, el gran opositor del jasidismo que fuera responsable por su proscripción, el hombre que quiso proceder contra el jasidismo como “Elías procedió contra los profetas de Baal”, acusó al Baal Shem de “haber descarriado” al Maguid de Mezritch “por medio de sus artes mágicas”. Lo que aparecía como magia era la unión en una persona de la luz celestial y el fuego terrenal, de espíritu y naturaleza. Dondequiera que esta unión aparece encarnada en una forma humana, esa persona atestigua —con el testimonio de la vida— esa divina unidad y la revela nuevamente al mundo del hombre, que una y otra vez se aleja de ella, y ocasiona extática alegría. Porque el éxtasis verdadero no brota ni de la naturaleza ni del espíritu sino de la unión de ambos.

5

No son muchos los discípulos inmediatos del Baal Shem que perduraron en la tradición legendaria. Es como si, por ese entonces, el poder de la visión extática, que el Baal Shem poseía en grado sumo, se hubiera limitado y concentrado en unas pocas personas amadas por su gente, mientras que acerca de los demás existen sólo aislados aunque con frecuencia muy característicos relatos. Al llegar a la tercera generación la Casa de Estudio del Gran Maguid se convierte en un centro que agrupa una larga serie de tzadikim, cada uno completamente diferente del otro, cuyo recuerdo la leyenda preservó y adornó con veneración. Pero al mismo tiempo nos sorprende un total cambio de tono cuando nos apartamos de las historias que conciernen al Baal Shem para leer las que se refieren a sus discípulos y que no están directamente vinculadas con su vida. Los tres hombres alrededor de los cuales cristalizó principalmente la leyenda: el Maguid de Mezritch, Pinjas de Koretz y Iejiel Míjal de Zlotchov, fueron ante todo maestros. El primero como cabeza de la escuela madre jasídica; el segundo, de un pequeño y cerrado círculo que desarrolló la sabiduría jasídica según sus propias líneas independientes, y el tercero, a través de la poderosa influencia que ejerció en contactos temporarios de amplio alcance pero que no fueron completados por una actividad educacional continuada. Así, en el caso de estos tres hombres la leyenda se ocupa sobre todo

de sus enseñanzas, mientras que en las historias sobre el Baal Shem sus doctrinas sólo figuran como una de sus funciones, como una parte de su vida. En la tercera generación se produce un cambio visible: los cuentos se hacen más variados, más vívidos. Se parecen más a las leyendas del Baal Shem. Otra vez la vida se expresa en toda su plenitud. Sólo el secreto de los principios, el secreto de la prístina magnitud está ausente.

Rabí Dov Ber, el Maguid de Mezritch (fallecido en 1772), fue un pensador dedicado a la enseñanza. Mejor dicho, el Baal Shem, que lo liberó de su soledad, hizo de él un maestro. A partir de entonces la misión de enseñar constituyó el centro de su más profundo pensamiento. Es significativo que su imagen favorita sea la del padre adecuándose a su hijo pequeño, ansioso de aprender. El Maguid ve al mundo como una autoadaptación de Dios a su hijo pequeño, el Hombre, a quien educa con tierno cuidado a fin de que alcance a su Padre. Así pues, bajo le influencia de sus experiencias pedagógicas el concepto cabalístico de la "contracción" de Dios para dar lugar a la creación del mundo cesa de ser cosmogónico para entrar en el dominio de lo antropológico. Esta es la idea que impulsa el Maguid a tratar de comprender el mundo desde el punto de vista de los métodos educativos de Dios. Pero el requisito previo fundamental para cualquier educación es la solidez y la ternura de los lazos que unen al educador con su alumno. Sólo quien experimentó esto, como Rabí Ber, pudo lograr lo que logró. Pudo, como nos cuenta Rabí Shneur Zalman, el más cabal de sus discípulos, unir la misericordia de Dios con el amor del hombre a Dios, y la severidad de Dios con el temor de hombre hacia Dios. En otras palabras, establecer la reciprocidad de esta relación como un principio fundamental. Es necesario comprender la tremenda seriedad que tuvo para el alma del Maguid la experiencia de su aprendizaje para poder apreciar no sólo la intensidad con que él maneja a cada uno de sus discípulos, según su particular carácter y su íntimo destino, sino lo que se dijo de su manera de enseñar. Se cuenta que sus discípulos interpretaban sus palabras de modo divergente y que el Maguid se negaba a decidir entre unas y otras versiones porque, siempre que se mire con espíritu sincero, en cualquiera de las setenta caras de la Torá ha de verse la verdad. Esto aclara otro aspecto del método del Maguid: cuando hablaba no ofrecía asociaciones sistemáticas sino que presentaba una simple sugerencia o

una sencilla parábola, sin entretrejer los hilos de la trama. Los discípulos tenían la tarea —y era una tarea que los absorbía por completo— de trabajar sobre lo dicho, cada uno por su cuenta o estudiando juntos, y proporcionar los eslabones que faltaban. Uno de ellos escribió en una carta: “Estábamos siempre colmados con su relato y por un largo período lo manteníamos vivo en nuestro interior, puro e íntegro, hasta que escuchábamos otro”. El Maguid se preocupaba por despertar la verdad inmanente en el espíritu de sus discípulos, “encendiendo las lámparas”.

Pero no podemos comprender esto en su total significación sin recordar que el Maguid fue obviamente un hombre entregado al éxtasis, pero que, bajo la influencia del Baal Shem, este éxtasis fue desviado de la soledad ascética a la actividad de instruir a sus discípulos. A partir de entonces su éxtasis asume la forma de la enseñanza. Muchos de sus alumnos atestiguaron el carácter extático de sus palabras. Dijeron que no tenía más que abrir los labios para que todos ellos tuvieran la impresión de que no pertenecía ya a este mundo y que la Divina Presencia hablaba por su boca. Y es imposible comprender este fenómeno sin penetrar hasta lo más hondo. Es evidente que, con toda la pasión de que su alma era capaz, el Maguid se empeñó en realizar la voluntad de Dios: elevar a su “hijo pequeño” hasta su altura. A fin de cumplir con esta obligación, se consideró a sí mismo, a sus pensamientos y a sus enseñanzas como simple vehículo de la verdad divina. Para usar sus propias palabras, “transformó el algo en la nada”. Desde este ángulo podemos comprender ese efecto en sus discípulos que el más joven entre todos ellos, más tarde conocido como “el Vidente de Lublín”, describió después de su primera visita al Maguid. “Cuando llegué ante el maestro, ante el Maguid, lo vi en su cama. Yacía en ella como algo que no era sino una simple voluntad: la voluntad del Más Alto”. Por eso fue que sus discípulos aprendieron más —y más grandes cosas— de su ser que de sus palabras.

El fundador del jasidismo, el Baal Shem, no fue un maestro en el sentido específico de la palabra. Comparado con él, el Maguid representa la quintaesencia de lo que conforma al enseñante y ésa es la razón de su especial influencia. El Baal Shem vivió, trabajó, ayudó, sostuvo, oró, predicó y enseñó. Todo ello fue una sola y única función, una parte orgánica de la vida unificada, espontánea, en la que enseñar era una entre tantas manifestaciones naturales de su efectiva ma-

nera de vivir. Diferente era el Maguid. Este no fue, desde luego, un maestro profesional ni un hombre con una función especializada. Sólo en épocas en que el mundo del espíritu está en decadencia, la enseñanza, aun en su más alto nivel, es considerada una profesión. En períodos de florecimiento los discípulos conviven con su maestro, tal como los aprendices de un oficio lo hacían con el suyo, y “aprenden” por estar en su presencia. Aprenden para su trabajo y para su vida porque él así lo quiere o aun cuando no lo quisiera. Así sucedía con los discípulos del Maguid. Con frecuencia repetían que éste, como ser humano, era el vehículo de la enseñanza y, por sus efectos sobre ellos, la personificación de la Torá. En cuanto al Maguid mismo, el afán de enseñar fue el móvil de su existencia. El derramó sobre sus alumnos toda su fuerza, recreada en su contacto con el Baal Shem. Y puso todo el trabajo de su intelecto al servicio de la enseñanza. No escribió un libro, como tampoco lo hizo el Baal Shem. Pero si —a diferencia de este último— permitió que los demás anotaran sus palabras, lo hizo para que sus enseñanzas fueran transmitidas a futuras generaciones de discípulos, como un apoyo indestructible.

El Gran Maguid no fundó una institución para la enseñanza. Su espíritu creó únicamente discípulos, generaciones de discípulos y discípulos de discípulos. Ningún otro movimiento religioso de la era moderna ha producido tantas y tan variadas personalidades independientes en tan breve espacio de tiempo.

En lo que se refiere al hijo del Gran Maguid, Rabí Abraham, “el Angel”, que murió sólo algunos años después que él (1776), Rabí Pinjas de Koretz decía que si hubiera vivido más tiempo todos los tzadikim de su generación se le habrían sometido. Y en la autobiografía de uno de sus contemporáneos, que el día 9 de Av, en el cual se conmemora la destrucción del Templo, lo viera lamentándose durante una noche y un día, leemos: “Entonces comprendí que no era por nada que todos lo llamaban el Angel, porque su fuerza no era la de uno nacido de mujer.” Pero en un aspecto muy significativo no puede ser considerado como discípulo de Rabí Ber ni tampoco del Baal Shem, cuyas enseñanzas abandonó. Se apartó de ellas para realizar “la transformación del algo en la nada” retornando al camino de la soledad ascética. Por consiguiente, no se asoció con la gente en general, como el Baal Shem, ni con discípulos, como el Baal Shem y el Gran Maguid. Rabí Abraham, el Angel, instruyó sobre la Cábala únicamente a una

persona, a Shneur Zalman, un hombre de su misma edad. En el prefacio de su libro póstumo se refiere al hecho de que las verdaderas enseñanzas del Baal Shem y del Gran Maguid “se hicieron oscuras y materiales a nuestros ojos”, en contraste con la inmutabilidad de un tzadik superior, “quien no puede descender de su escaño para elevar a su generación”. Aquí, como en otros ejemplos, los descendientes físicos de un tzadik principal cesan de transmitir las enseñanzas. Ya en la segunda generación el carácter problemático del desenvolvimiento jasídico se hace evidente en su aspecto más sublime.

Rabí Pinjas de Koretz (Korzec, fallecido en 1791) fue el segundo entre los que pertenecían al círculo del Baal Shem que se convirtió en el foco de una tradición. No fue su discípulo en el sentido estricto de la palabra, puesto que se dice que visitó al Baal Shem sólo dos veces, la segunda durante los últimos días de su vida. Aparentemente sus contactos con Rabí Israel ben Eliézer no produjeron ningún cambio fundamental en su puntos de vista, sino sólo los confirmaron y fortalecieron. Con todo, debe ser incluido ciertamente aquí. A pesar de que al mencionar al Baal Shem no lo llama su maestro, Rabí Pinjas, lo mismo que su escuela, ofrecen abundantes datos sobre él y citan importantes dichos suyos para los cuales no tenemos otras fuentes y que, por lo tanto, venían siendo transmitidos oralmente. Uno de ellos es la base de una de las principales enseñanzas de Rabí Pinjas: la de que debemos “amar” al perverso y al que odia “más aún”, a fin de llenar el vacío de amor que él mismo crea en su lugar en el mundo. Y también otras enseñanzas básicas de Rabí Pinjas derivan de palabras del Baal Shem. Para lograr una mejor comprensión de este vínculo debemos recordar que el Baal Shem —como sabemos a través de diversos indicios— halló en su camino tendencias afines a las que su influencia dotó de mayor vitalidad y, a menudo, de una raigambre más profunda. Entre esas tendencias afines, las de Rabí Pinjas (que tenía 32 años cuando el Baal Shem murió) eran las que en mayor grado coincidían con las suyas, y por lo tanto lo consideró más un compañero que un discípulo. Se dice que Rabí Leib, hijo de Sara, que erró sobre la tierra a causa de sus propios y secretos propósitos, llamó a Rabí Pinjas “el cerebro del mundo”. Fue por cierto un sabio verdadero y original. En el período que transcurre entre el Baal Shem y su biznieto Najman de Bratzlav, no tuvo igual por su pensamiento fresco y directo, su expresión vívida y audaz. Sus palabras brotan a menudo de un cono-

cimiento profundo del alma humana y son siempre generosas y espontáneas. Contrariamente al Baal Shem y al Gran Maguid, en el caso de Rabí Pinjas no se habla de éxtasis. El éxtasis se desvanece en el trasfondo y las enseñanzas místicas se reducen al precepto de la renovación constante a través de la sumersión en la nada, una doctrina de morir y renacer que, sin embargo, postula tenazmente una vida de armonía con todas las cosas de la tierra, un mutuo dar y tomar con sus semejantes. El círculo de Rabí Pinjas no tuvo mayor influencia en el mundo exterior pero, tal como es, representa un único e inestimable fenómeno puesto que sus miembros se distinguieron por la sencilla honestidad de su fe personal, la elocuencia sin retórica de sus enseñanzas, a veces teñida de humor, y por su leal disposición para satisfacer las demandas que enfrentaban, aun al precio de sus vidas.

No es posible referirse a Rabí Pinjas sin mencionar su más distinguido discípulo, Rafael de Bershád. En toda la historia del jasidismo, rica en fructíferas relaciones entre maestro y alumno, no existe otro ejemplo de tan pura armonía, de tan positiva continuidad en el trabajo. Al leer las crónicas nos es a veces difícil saber qué debemos atribuir a Rabí Pinjas y qué a Rafael, a pesar de lo cual existen cierto número de dichos de este último que llevan el sello de un pensamiento independiente. Pero más importante que su independencia es la natural devoción con que el discípulo incorporó a su vida las enseñanzas del maestro y —de acuerdo a la tradición— hasta a su muerte, que callada y solemnemente consagró la proclamación del precepto de la verdad, por el cual el maestro había luchado tantos años.

Rabí Iejiel Míjal, el maguid de Zlotchov (fallecido cerca de 1786)² quien estudió primero con el Baal Shem y, después que éste murió, con el Gran Maguid, fue también un fenómeno único, todavía insuficientemente comprendido y difícil de comprender. Provenía de una familia de aquellos jasidim ascético-místicos a los que el nuevo movimiento halló prontos y trató de conquistar para sí porque la seriedad de su fe, que tenía toda su actitud hacia la vida, los hacía particularmente valiosos para la obra de renovación. El padre de Míjal fue aquel Rabí Itzjac de Drohobycz que criticó los amuletos del Baal Shem. Toda clase de misteriosos rumores habían circulado sobre él; por ejemplo, que una vez había hecho un favor al "Príncipe de la floresta", o que devolvía al mundo superior a

² Las fechas dadas para su muerte varían entre 1781 y 1792.

aquellos de sus hijos recién nacidos que le desagradaban. (Se dijo que Míjal permaneció con vida porque su madre impidió que el padre viera su rostro antes de prometer que lo dejaría vivir). La madre de Rabí Itzjac, llamada "Iente, la profetisa", acostumbraba a repetir el triple "santo" del coro de ángeles cuyo canto ella oía. Para comprender a Míjal es necesario conocer su medio. A pesar del hecho de que su padre simpatizaba con el movimiento, él se convirtió en seguidor del Baal Shem únicamente después de algunas vacilaciones. Según lo que se nos ha referido, es bastante evidente que el recelo del padre sobrevivió en él y sólo fue gradualmente superado. Pero nunca pudo vencer totalmente su ascetismo básico.

Siendo todavía joven, Míjal se convirtió en un gran predicador, como lo fue su padre antes que él, y anduvo predicando de pueblo en pueblo. Fascinaba e intimidaba al auditorio a pesar de asegurar que las palabras de reproche de sus sermones estaban dirigidas a él tanto como a ellos. El Baal Shem lo censuraba por imponer penitencias demasiado duras a los pecadores y aparentemente lo indujo a adoptar una actitud más moderada. Pero aun después de su muerte se supo de almas que se presentaron a un tzadik más joven para quejarse de Rabí Míjal quien, como jefe de un tribunal de justicia celeste, castigaba con la mayor severidad involuntarias faltas terrenales porque él —que se había conservado puro— no comprendía las tentaciones de los hombres. A pesar de haber aceptado y absorbido por completo las enseñanzas jasídicas y seguido al Baal Shem en su doctrina de la inclinación al mal como auxilio y de la elevación de la sexualidad, nunca se liberó del ascetismo, cuyas formas extremas sin embargo rechazaba enfáticamente. Según un relato en el cual lo sublime bordea lo ridículo, él nunca se calentaba al lado de una estufa porque ello habría significado una concesión a la pereza, ni se inclinaba hacia su plato de comida para no entregarse a la gula, ni se rascaba porque ese acto podría conducirlo al umbral de la voluptuosidad. Pero los dotes especiales de Rabí Míjal contribuyeron al jasidismo verdadero de manera muy significativa. El ejemplo más notable es que continuó la tradición de aquellos "primeros jasidim" de los que el Talmud dice que esperaban orando hasta que habían preparado la kavaná en el interior de sí mismos. Pero él desarrolló este motivo a fin de lograr que sus plegarias fueran representativas de la comunidad. Se empeñó en reunir al más fuerte y al más humilde para formar una única, continua y poderosa cadena de oraciones y —toman-

do como punto de partida la tradición de su padre y un dicho del Baal Shem— quiso también elevar las plegarias débiles que carecían de energía para alzarse del suelo. Esta actitud, que le atrajo una hostilidad violenta, ejerció una efectiva influencia en generaciones posteriores, que le acordaron una profunda veneración. Pero también un tzadik coetáneo dijo de él que fue un “alma del alma” y, en su propia generación, desempeñó el mismo papel que Rabí Simeón ben Iojái, el fundador de las enseñanzas secretas, en la suya.

Como Rabí Míjal mismo, dos de sus cinco hijos figuran en relatos de extraños viajes del alma al cielo. Pero un tercero, Rabí Zeev Wolf de Zbarazh (fallecido alrededor de 1802)³ que tuvo fama de haber sido un niño turbulento, estaba hecho de un material muy distinto. Como su contemporáneo, Rabí Moshé Leib de Sasov (que perteneció a la cuarta generación), se transformó en uno de los grandes amigos del hombre y la tierra. En contraste con su padre —aunque no debemos olvidar que Rabí Míjal hacía rezar a sus hijos por sus enemigos— se negó obstinadamente a tratar al malvado de modo diferente que al bueno. Wolf prodigó su amor a todos los seres humanos que encontraba en su camino y aun a los animales. Sostenía que el hombre debe amar todo lo que vive y este sentimiento no debe estar determinado por la manera con que el objeto de su amor se conduce a su respecto. Entre los discípulos de Rabí Míjal se cuenta Rabí Mordejái de Nesjizh (Niesuchojce, fallecido en 1800), a quien su maestro llevó consigo en su visita al Gran Maguid. Figura en un gran número de cuentos milagrosos y se dice que hasta los demonios reconocían su poder. El origen de semejante aseveración fue su dominio real sobre almas de los hombres que, en el caso de Rabí Mordejái, brotaba ciertamente de la unidad de su propia existencia. Esta unidad, sin embargo, no encontró una expresión adecuada en el poder, más bien en la unidad de su propia vida. Eso es lo que el Vidente de Lublín habrá querido significar cuando declaró que todas sus actividades eran en realidad una sola.

6

De acuerdo con la tradición jasídica, el Gran Maguid tuvo 300 discípulos. Alrededor de 40 de ellos llegaron hasta nosotros como individuos, con sus personales características, la mayor

³ Las fechas dadas para su muerte varían entre 1800 y 1826.

parte a través de sus escritos. Diez están representados en esta obra pero —como en el caso de los discípulos del Baal Shem— han quedado al margen otros que tuvieron especial significación como seres humanos, por cuanto las leyendas sobre ellos recogidas por el pueblo no bastaban para ofrecer una referencia coherente sobre sus vidas. Estos diez son: Menájem Méndel de Vitebsk (fallecido en 1788), a quien el Maguid presentó al Baal Shem cuando era niño; Aarón de Karlín (fallecido en 1772); Shmelke de Nikolsburg (fallecido en 1778); Meshulam Zusia, en idisch Zishe, de Hanipol (Annopol, fallecido en 1800); su hermano más joven, Elimélej de Lizhensk (Lezajask, fallecido en 1809); Leví Itzjac de Berditchev (fallecido en 1809); Shneur Zalman de Ladi (fallecido en 1813); Shlomó de Karlín (fallecido en 1792); Israel de Koznitz (Kozienice, fallecido en 1814) y Iaacov Itzjac de Lublín (fallecido en 1815).

Lo que da a Rabí Menájem Méndel particular importancia en la historia del jasidismo es que trasplantó el movimiento a Palestina, donde con seguridad otros tzadikim se habían establecido antes que él. Desde los días del Baal Shem, quien de acuerdo con la leyenda debió retroceder desde la frontera, el anhelo jasídico, así como el prejasídico, de redención fue “la Tierra”. Después de haber desempeñado un papel principal en la lucha contra los que habían pronunciado el anatema, Rabí Menájem Méndel convirtió sus anhelos en acción marchando a Palestina (1777) con trescientos de sus jasidim. Se estableció primero cerca de Safed, la antigua ciudad de los cabalistas, y más tarde en Tiberías, colocando así al movimiento en un lugar geográfico que, si no era central en su ubicación, lo era en espíritu y lo vinculaba orgánicamente con el pasado. Y aportó a la Tierra un elemento de vida nueva. Con relación a esto un nieto de su amigo Shneur Zalman (quien no pudo acompañar a Méndel a Palestina) dijo una vez que cuando la Tierra de Israel ocupaba el más alto rango, había tenido el poder de elevar al hombre, pero ahora, que había caído tan bajo y que se mantenía tan extrañamente sumergida, ya no podía elevarlo. Era ahora el hombre quien debía elevar a su patria y sólo uno tan encumbrado como Rabí Méndel podía hacerlo. En una carta de Palestina Rabí Méndel escribió que se veía a sí mismo como un representante enviado al palacio del rey por los gobernadores de provincia, y que no podía perder de vista ni por un solo instante el bienestar físico y espiritual de esas provincias. Permaneció en un contacto espe-

cialmente estrecho y constante con los jasidim que había dejado atrás, en el exilio; tan estrecho que —como uno de sus acompañantes escribiera— cualquier acontecimiento relacionado con ellos, cualquier cosa que ocurriera en sus corazones, se le manifestaba al orar, antes de dormirse.

Entre todos sus discípulos el Maguid eligió como enviado a Aarón de Karlín, porque éste sabía cómo conquistar a las almas mejor que nadie, a pesar de postular las más severas exigencias en relación con su actitud integral hacia la vida. Murió joven, y en el sermón pronunciado en su funeral, Rabí Shlomó de Karlín, su sucesor, dijo que el Señor lo había llamado antes de tiempo porque su poder de encaminar a los hombres a Dios era tal que los privaba de la libertad de elección, que es de máxima importancia. Cuando el Maguid supo de su muerte dijo: “El fue nuestra arma en la guerra. ¿Qué haremos ahora?” Rabí Aarón no quiso contrariar el carácter popular del movimiento, que no sólo persistió en la escuela de Karlín sino que experimentó en ella un desarrollo singular. Sin embargo, lo que obviamente quiso fue crear un grupo selecto dedicado a una vida en la fe. Uno de los principales recursos que utilizó para lograrlo fue implantar un día semanal dedicado a la meditación solitaria, acompañada del ayuno y del baño ritual. Pero esto no debía tener nada que ver con lo ascético, porque Rabí Aarón consideraba al ascetismo como una trampa colocada por el propio Satanás. Sus exigencias se originaban en sus propias experiencias intrínsecas. Su “testamento” señala cuál era su propósito más hondo con respecto a su persona: preparar la adecuada kavaná para la hora en que el alma se separa del cuerpo. Su amigo Shneur Zalman dijo de él que fue una verdadera fuente de amor a Dios y que quienquiera que lo escuchara orar se sentía embargado por el amor divino. Pero la imagen sólo se completa a través de las palabras que el mismo tzadik dijo después de la muerte de Rabí Aarón acerca de su gran temor de Dios.⁴ Su amor fue únicamente el florecimiento de su temor, porque exclusivamente a través de un gran temor —éste era el sentimiento básico de Rabí Aarón— se puede alcanzar el gran amor. Aquel que no experimenta ese temor no ama a Dios mismo, grande y terrible, sino solamente a un pequeño y conveniente ídolo. Una de las frases de su biznieto, que siguió sus pasos, es: “El temor sin amor es algo imperfecto; el amor sin temor no es nada en absoluto.” Y este mundo en

⁴ Véase el cuento “El pequeño temor y el gran temor”.

que vivimos es un lugar en el que, a través del temor, podemos alcanzar el amor, y donde el temor y el amor pueden fusionarse. Es por ello que en otro de sus dichos leemos: "Este mundo es el más bajo y sin embargo el más sublime de todos."

Entre los discípulos del Gran Maguid, Rabí Shmelke de Nikolsburg fue el predicador por excelencia. No un predicador que exhortara, como lo hacía Rabí Mijal en su juventud, sino un verdadero predicador. El sermón era su elemento porque creía fervorosamente que las palabras inspiradas por Dios tenían el poder de convertir, y jamás abandonó esa certeza, ni aun ante los desengaños. Consideraba al sermón como un acto que eleva las plegarias de la congregación al más alto nivel de pureza. Y por eso, en sus sermones, exigía repetidamente dos cosas de aquellos que oraban: primero, que con los ríos de su amor borrarán todos los muros divisorios y se unieran en una verdadera congregación para dar lugar a la unión con Dios; segundo, que desprendieran de sus plegarias los anhelos individuales y se concentraran con toda la fuerza de su ser en la voluntad de reunir a Dios con su Shejiná. Este era el espíritu con que él mismo rezaba en su santo propósito de alcanzar el éxtasis. Por eso, en el medio mismo de la oración, abandonaba los caminos trillados de la memoria y la costumbre y cantaba melodías nuevas, jamás oídas antes. Dejó su congregación de Polonia por Nikolsburg, en Moravia, que era totalmente ajena al mundo jasídico y donde un hombre como él estaba destinado a provocar una permanente molestia. Ejerció una profunda influencia en muchos espíritus aún abiertos y receptivos, pero la mayoría de aquellos a quienes incitaba a apartarse de sus hábitos usuales hicieron intolerable su vida en la comunidad. Existen varias versiones del relato según el cual Rabí Elimélej, su amigo más joven de la Casa de Estudio del Maguid, lo visitó y, en un áspero y vigoroso sermón, dijo a los pobladores que ellos no eran los pacientes apropiados para tan noble doctor; que antes él, Elimélej, el barbero, los haría objeto de un drástico tratamiento. Y al momento, clavando la mirada ya en uno ya en otro, les enrostró la descripción completa de todas sus faltas y vicios secretos. Jamás podría haber hecho Rabí Shmelke nada semejante, aunque más no fuera porque las flaquezas personales carecían de la suficiente importancia a sus ojos. Su actitud básica con respecto a todos los hombres, incluyendo a sus adversarios, era de amor, la vasta marea de amor que él practicaba. Su Casa de Estudio en Nikolsburg se convirtió en uno de los centros principales del movimiento y él ejerció

una gran influencia sobre sus discípulos y amigos y, a través de ellos, en incontables gentes.

En agudo contraste con Rabí Shmelke, Rabí Meshulam Zusia, conocido como el Rabí Reb Zishe, fue un verdadero hombre del pueblo. En los estrechos confines de un gueto oriental, a muchos siglos de distancia, vemos así reaparecer al "tonto de Dios", personaje extraño que conocemos por las leyendas de los budistas chinos, de los sufíes y de los discípulos de San Francisco de Asís. También puede ser interpretado como un tipo judío de "badján" de la Europa oriental, el bufón que figuraba principalmente en los casamientos, pero sublimado ahora en una santa significación. Es un hombre que, a causa de su indemne y directa comunicación con Dios, se ha liberado de los cánones y reglamentaciones del orden social, aunque sigue participando en la vida de sus semejantes. El no se separa, sólo se aleja. Su soledad ante el eterno "Tú" no es la soledad del recluso sino la soledad serena y verdadera en relación con el mundo, que incluye una unicidad intrínseca con todas las criaturas vivientes. El vivió entre sus semejantes, alejado y sin embargo cerca, mirando sus faltas como propias y regocijándose con ellos y con todas las criaturas en la libertad de Dios. Pero, desde el momento en que el hombre está hecho de tal modo que le es imposible soportar una actitud que le impide evadirse de lo eterno, disfruta mofándose del "tonto". Lo hicieron sufrir. No le impusieron martirios rápidos e intensos sino penurias prolongadas de por vida y se regocijaron de ello. No obstante, los hombres también están hechos de tal manera que un destino semejante enciende en ellos el más sublime amor. Y fue con amor sublime que Rabí Zusia fue amado por su gente.

Rabí Elimélej, llamado Rabí Reb Mélej, era hermano de Zusia y compartió con él las andanzas de su juventud. Año tras año vagaron sin objeto, imitando el destierro errabundo de la Presencia de Dios, que vigila las almas despiertas o próximas a despertar. Y entonces sus caminos se separaron. Zusia, sin duda, se sosegó, pero una y otra vez sintió el impulso de vagar y hasta su vejez continuó siendo el muchacho que silba una melodía para Dios. Elimélej era un conductor de hombres por vocación. También él conoció el mundo intemporal del éxtasis, pero su clara e infalible razón le enseñó a protegerse contra sus peligros y le permitió combinar la vida del espíritu con las actividades de un organizador. He aquí otra vez un hombre que dirigió simultáneamente la escuela jasídica y la congrega-

ción y, por lo tanto, Rabí Elimélej debe ser considerado el sucesor del Gran Maguid. Si bien no se le podía comparar en cuanto a originalidad en la enseñanza, fue casi su igual en su capacidad de construir y aun lo sobrepasó en su intuitivo conocimiento de los muchos y diferentes tipos de gentes, de sus imperfecciones y de sus necesidades y de los medios para atender a ello. En la memoria del pueblo, que adquiere formas de leyenda, permanece como un médico de almas, un hombre capaz de exorcizar demonios, un hacedor de milagros, consejero y guía.

Leví Itzjac, el rav de Berditchev, el más original de los discípulos del Maguid y entre todos el más próximo al pueblo, fue muy diferente de Elimélej. Era parecido a Zusia, pero hecho de un material más de esta tierra e integralmente identificado con su nación. El éxtasis impregnaba su vida sólida y fuerte. Los transportes de Rabí Shmelke, cuyo devoto seguidor era, lo traspasaban sólo que traducidos en algo más sustancial si es posible. En lugar de las extraordinarias melodías que brotaban de Rabí Shmelke, el cuerpo de Rabí Itzjac se estremecía en incontables temblores cuando oraba. Gustaba de conversar con gente tosca e ignorante, pero hasta la más insignificante de sus palabras era santa y tenía por objeto "Yijudim", o sea la unión de los mundos superiores. Era bastante duro cuando algo le desagradaba en un hombre, pero siempre quiso aprender de los demás y sintió la mayor reverencia por la simplicidad. Y hasta su comunicación con Dios estaba teñida de una sencilla familiaridad. No sólo lo encaraba como apasionado intercesor por Israel sino que le pedía cuentas, exigía y hasta se atrevía a proferir amenazas, una broma amarga y sublime que en otro hubiera sido blasfemia pero que era irreprochable viniendo de labios de este personaje sin igual. A su manera, sin embargo, también alababa a Dios, y a menudo interrumpía el curso de las plegarias prescritas intercalando tiernas expresiones dirigidas a El.

Rabí Shneur Zalman, el rav de la Rusia Blanca del Norte, llamado simplemente "el rav" o "el Tanya", según el título de su obra principal, intentó viajar a Tierra Santa con Rabí Méndel de Vitebsk. Pero Méndel le pidió que regresara. La leyenda hizo de esto un mandato recibido a través de una visión durante el sueño. Más tarde el rav fundó la escuela lituana de jasidismo, "Jabad", un término formado con las iniciales de los tres superiores de los diez Sefirot que, de acuerdo con las enseñanzas de la Cábala, emanaban de Dios: Jojmá, sabiduría; Biná, inteli-

gencia; Daat, conocimiento. Este mismo nombre que desglosa los Sefirot específicamente intelectuales del resto de la estructura a la que están estrechamente vinculados, señala los principios en que se basa esa escuela: la razón y el intelecto reinstalados como vía para llegar a Dios. La escuela Jabad representa un ensayo de conciliación del rabinismo con el jasidismo mediante la reunión de ambos en un sistema de pensamiento, método que necesariamente debilitaría ciertos conceptos fundamentales del jasidismo. La misma separación de las esferas amenazaba con privar al jasidismo de su base más sólida: la doctrina que dice que las chispas de Dios son inherentes a todas las cosas y las criaturas, a todas las concepciones y tendencias, chispas que desean ser redimidas por nosotros y, vinculada con esta enseñanza, la afirmación del alma-cuerpo como entidad del hombre a condición de que dirija todos sus esfuerzos hacia Dios. No se le pide más al hombre común que transforme "pensamientos ajenos"; se le demanda que se aleje de ellos y esto significa su renuncia a alcanzar una unidad que todo lo abraza. Sólo para los hombres superiores no rige la prohibición de establecer contactos con los poderes de tentación. (Aquí, sin duda, las enseñanzas de Jabad se vinculan con ciertas advertencias de Rabí Efraím de Sadylkov, el nieto del Baal Shem.) Pero, a fin de hacer justicia a la razón del individuo, se priva al tzadik de lo que es su función esencial, de acuerdo a las enseñanzas del Baal Shem y especialmente del Gran Maguid: el gran oficio de ayudante cósmico y de mediador. Las cosas de las que se abusa son descartadas conjuntamente con el abuso. A pesar de todo, la especial posición de Jabad no debe ser interpretada como tendiente al cisma. Por cuanto el rav estuvo expuesto a las hostilidades de los mitnagdim, los antagonistas del jasidismo, no menos y hasta posiblemente más que los otros tzadikim de su tiempo. Los rabíes antijasídicos complotaron contra él y lo hicieron arrestar una y otra vez. Fue confinado en la fortaleza de Petersburgo y sometido a largos interrogatorios. Se lo acusaba de distorsionar las principales enseñanzas del Baal Shem, cuya verdad trataba de preservar. Un tzadik dijo del Jabad, y no estaba en absoluto lejos de la verdad, que se parecía a un revólver cargado en manos de un hombre de buena puntería y conocedor del blanco, pero al que le falta el gatillo. Pero esta rama del movimiento, con su misticismo racionalizado (ayudado y favorecido por las tendencias racionalistas de los judíos lituanos) sigue manifestando todavía el antiguo vuelo

espiritual. La vida del tzadik con sus jasidim es más cálida y más fuerte que la fría doctrina y, además de esto, el rav contaba entre sus discípulos con hombres distinguidos que acercaron nuevamente las enseñanzas a los principios originales del jasidismo. Seguramente la llama jasídica ardió en el rav mismo. Se cuentan ciertos rasgos de su vida que evidencian su apasionada religiosidad, y su apego a Dios está documentado por sus melodías, en particular por aquellas conocidas simplemente como "las melodías del rabí". Algunas están ligadas con el canto cabalístico y otras giran alrededor del "Tateñu" (padrecito), nombre por el cual se designa a Dios. Una y otra vez, en la fiesta o en la soledad, los jasidim de Jabad las cantan expresando su fervor, el que a su turno se renueva por esa expresión.

Rabí Shlomó de Karlín fue instruido por su condiscípulo Aarón de Karlín y más tarde se convirtió en su sucesor. Era un hombre de oración en un sentido aun más estricto que Leví Itzjac, que oraba principalmente por la gente, mientras que Shlomó rezaba solamente por rezar. Rabí Shlomó, como ningún otro, aceptó como propia la doctrina del Baal Shem según la cual antes de rezar el hombre debería estar preparado para morir, porque la intención de rezar demanda la entrega total del ser. Para él rezar era una estupenda aventura a la cual debía uno abandonarse tan por completo que el pensamiento no pudiera ir más allá de ese punto, sin que fuera posible imaginar siquiera lo que podría acontecer después. Desde su juventud esa capacidad de entrega dotó a su plegaria de una fuerza indescriptible. Antes de presentarlo al Gran Maguid, Rabí Aarón le habló de ese joven que, en la víspera del Día de la Expiación, recitó las palabras del salmo: "Cuán glorioso es Tu nombre en toda la tierra" de manera tal que ni una sola de las chispas caídas quedó sin redimir. Se cuenta un significativo relato acerca de una visita que le hicieron algunos jasidim del "Tanya", los cuales entraron en un prolongado éxtasis al oírlo decir el salmo antes de la bendición. El Tanya se expresó con elogio acerca de él diciendo que era "una ancha mano sobre el mundo". Pero también se cuenta que, después de la partida de Rabí Méndel de Vitebsk para Palestina, un grupo de jasidim pensó en unirse a Rabí Shlomó. Entonces el Tanya los disuadió con idénticas palabras: "¿Cómo podéis ir hacia él? Vosotros sabéis que es una ancha mano sobre el mundo." Declaración que implica que si bien los éxtasis de Rabí Shlomó eran loables, no eran en

cambio beneficiosos. Esto da la clave para comprender lo sucedido entre ambos. Durante la crisis de la escuela jasídica de Karlín, causada sobre todo por el creciente poder de atracción del Tanya, Rabí Shlomó concibió la idea de establecerse en la región de Vitebsk, la cual había sido el punto de concentración principal de Rabí Méndel, incluida ahora en la esfera de influencia del Tanya. Rabí Shlomó lo visitó para pedirle su consentimiento. El rav puso tres condiciones: Rabí Shlomó no debería menospreciar a los eruditos; no debería menospreciar la "piedad natural" (esto es, la piedad carente de éxtasis); no debería afirmar nunca más que el tzadik ha de conducir el rebaño (frase que usaba para designar la función de mediador del tzadik). Shlomó aceptó las dos primeras condiciones pero rechazó la tercera, y por lo tanto renunció a su plan. Más tarde visitó al rav y sostuvieron ambos una prolongada discusión, la que (según declaraciones del jasidismo Jabad) "no pudo ser registrada" a causa de su carácter "desagradable". En el período de las desesperadas batallas de Polonia, en 1792, durante las cuales falleció Shlomó, éste rogaba por Polonia mientras que el Tanya (igual que veinte años después, en el curso de las campañas de Napoleón) rezaba por Rusia. De acuerdo con la tradición, que presenta a Shlomó de Karlín como la reencarnación del primer doliente Mesías que reaparece "de generación en generación", fue muerto por la bala perdida de un cosaco mientras oraba, pero continuó rezando más allá de la muerte.

La plegaria del discípulo más joven del Gran Maguid, Rabí Israel, maguid de Koznitz, se manifestaba de manera más suave, más sosegada, que el rezo poderoso de Rabí Shlomó. La leyenda cuenta que el Baal Shem había prometido a un encuadernador y a su mujer el nacimiento de un hijo en su vejez porque el júbilo con que ellos celebraban el shabat había regocijado su corazón. El hijo, Rabí Israel, enfermizo durante toda su vida, llegó a menudo al borde de la muerte, pero sus plegarias poseían tal fuerza que el corro de fieles que contemplaban su frágil figura lo veía como a un general victorioso. Cuando el Gran Maguid murió, Rabí Israel se unió a Rabí Shmelke. Después de su muerte, a Rabí Elimélej, y después de la de éste a Rabí Leví Itzjac. En el zenit mismo de su vida y su obra deseaba continuar siendo discípulo. Siempre que citaba las palabras de los maestros, fueran talmúdicos o de épocas posteriores, decía sus nombres estremecido de temor. En la víspera del Día de la Expiación la congregación

entera, hombres, mujeres y niños, llegaban a su puerta para implorar el perdón entre lágrimas y sollozos. Y él iba llorando a su encuentro y, postrándose en el polvo, clamaba: "¡Yo soy más pecador que todos ustedes!" Luego lloraban todos juntos y marchaban a la Casa de Oración para rezar el Kol Nidré. El poder de la plegaria viviente —acerca de la cual él dijo una vez que su función es despertar y elevar las oraciones muertas— irradiaba constantemente de su lecho de enfermo. Llegaban gentes de todas partes, judíos, campesinos y nobles, para recibir su bendición, para implorar su intervención o simplemente para contemplar su rostro. Ningún tzadik, desde los tiempos del Baal Shem, tuvo en su haber la curación de tantos posesos. Y, según la leyenda, llegó a desempeñar un papel importante en la historia de su época. Se dice que predijo el triunfo de Napoleón y más tarde su derrota, y el resultado de la invasión a Rusia se vincula con la fuerza de la oración de Rabí Israel.

Rabí Iaacov Itzjac de Lublín, amigo de Rabí Israel y su condiscípulo en la escuela del Gran Maguid y luego en las de Rabí Shmelke y Rabí Elimélej, tomó también parte en la batalla cósmica. Fue llamado "el Vidente" porque su intuición era mayor aún que la de su maestro, Rabí Elimélej. Uno de sus discípulos declaró: "Si se me perdona el atrevimiento, diré que ni siquiera Rabí Reb Méelej tuvo los ojos del Vidente de Lublín." Fue el único tzadik a quien el pueblo acordó ese apodo que usó —con una connotación muy diferente— en el caso de los profetas bíblicos. El profeta es el portavoz de la *voluntad* de Dios. El no ve o predice una realidad futura. De hecho, el futuro le concierne sólo en la medida en que no puede todavía ser tomado o visto como una realidad, en tanto permanece latente aún en los designios de Dios, así como en la libre relación del hombre con la voluntad divina, siendo por lo tanto y en cierta manera dependiente de la voluntad intrínseca del hombre. En cambio el vidente, en la acepción jasídica de la palabra, ve y ve únicamente la realidad que está presente en el tiempo y en el espacio, pero su visión llega más allá de la percepción de los sentidos, más allá del límite de la inteligencia, a lo que está en proceso de devenir y a lo que fue, que él reconoce en lo que es y a través de lo que es. Así pues, el Rabí de Lublín podía leer no solamente los caracteres y los hechos sino también el origen de las almas (las cuales, de acuerdo con sus genealogías, tienen sus propias leyes de continuidad) y las migraciones de las almas de sus visitantes.

Y él lo leía en sus frentes y aun en las notas con pedidos y requerimientos que le hacían llegar. Innumerables personas vinieron hacia él para iluminar y bañar sus espíritus en la luz de sus ojos. Y sus alumnos se sentían tan seguros bajo la protección de su resplandor que, mientras permanecieron bajo su amparo, olvidaron el exilio y se creyeron en el Templo de Jerusalén. Pero él no olvidaba el exilio. Estaba colmado de una expectación incesante por la hora de la redención y finalmente inició y tomó parte principal en los ritos secretos que él y algunos otros tzadikim —entre ellos Israel de Koznitz, que se opuso a Napoleón, y Méndel de Rymanov, que lo apoyó— llevaron a cabo con el propósito de convertir las guerras napoleónicas en la batalla final premesianica de Gog y Magog. Los tres líderes de este místico proceso murieron en el curso del año siguiente.⁵ Ellos “forzaron el final” y murieron al llegar éste. La magia, que el Baal Shem mantuviera contenida, rompió los diques y realizó su obra de destrucción.

Baruj de Mezbizh (fallecido en 1811) creció bajo los cuidados del Gran Maguid pero vivió su vida lejos de los otros discípulos del maestro. Era el más joven de los dos hijos de Odel, la hija del Baal Shem. Su hermano mayor, Efraím, a quien su abuelo alcanzó todavía a educar, era un hombre tranquilo y enfermizo al que conocemos únicamente a través de su libro en el cual cita e interpreta las enseñanzas del Baal Shem y cuenta anécdotas sobre él, las que, junto con las notas tomadas por Rabí Iaacov Iosef de Polnoie, constituyen el núcleo de la biografía legendaria. El libro contiene además la descripción de sus sueños, en los cuales el Baal Shem aparecía con frecuencia.

Baruj nos ofrece una imagen del todo diferente, llena de contradicciones y sin embargo íntegra. Hay frecuentes y auténticas menciones de su interés por la opulencia y el poder, de su orgullo y de su amor por lo espléndido, y lo que sabemos de esas características suyas basta para explicar sus querellas con la mayoría de los tzadikim prominentes de su tiempo, pese a que casi nunca fueron iniciadas por él. Sin embargo, sería un error asimilarlo al tipo posterior decadente de tzadik. Muchas cosas que sabemos por él mismo o que nos fueron relatadas acerca de él demuestran que vivió una existencia de genuino y apasionado misticismo. Pero su mística no armonizaba con el mundo del hombre. Esto hizo que contemplara

⁵ He relatado estos sucesos en mi libro *Gog und Magog*.

el universo como una región extraña en la cual era un exiliado, considerando su deber desafiario y oponerse a él. Su preferencia por el Cantar de los Cantares, que recitaba con extraordinario fervor y abandono, nos ayuda a penetrar en su alma. Es también importante el hecho de que describiera en cierta ocasión a Dios y a sí mismo como forasteros en tierra desconocida, dos proscritos que se convierten en amigos. Pero la imagen de su alma, que adquiere forma a través de esas características, se complica por el hecho de que Baruj se inclinaba a interpretar las acciones y los incidentes de su propia vida (aun aquellos que nos parecen triviales) como símbolos de acontecimientos celestes y exigía de los demás que hicieran lo mismo. Una investigación un poco más profunda comprueba sin embargo que, en el análisis final, estaba preocupado con algo totalmente diferente del deseo de reconocimiento. En apariencia creía de verdad en lo que dijo una vez: que prefería enmudecer a "acuñar bellas frases", es decir, a hablar por complacer a sus oyentes en vez de franquear las puertas de la verdad. En general, debemos concordar con lo que Rabí Israel de Rizhyn, biznieto del Gran Maguid, dijo una vez sobre él: "Cuando un sabio se acercaba a Rabí Baruj, bebía el temor de Dios a cucharadas. Pero cuando un tonto lo visitaba, se volvía mucho más tonto." Y esto, desde luego, no se aplica solamente a este tzadik.

7

El período que siguió a las tres primeras generaciones del jasidismo es considerado por lo común como de incipiente decadencia. Pero se trata de una simplificación excesiva de lo que en verdad ocurrió. Frente a esa evolución, debemos preguntarnos siempre qué elementos del movimiento muestran un deterioro que, sin embargo, puede estar acompañado por el enriquecimiento, ramificación e incluso el refuerzo de otros elementos.

No hay duda de que el vigor característico de los comienzos del jasidismo disminuyó durante esta segunda época, la cual ocupa principalmente la primera mitad del siglo XIX, aunque algunos de sus representantes vivieron después de ese tiempo. Los rasgos principales de las primeras enseñanzas y luchas jasídicas se tornan complicados o difusos, y la sagrada pasión de aproximar entre sí el cielo y la tierra a menudo cede su lugar al tipo de religiosidad organizada que podemos

distinguir en cada movimiento religioso importante que persiste generaciones después de su despertar y su rebelión. Pero al mismo tiempo adviene con variedad y abundancia una nueva vida espiritual que por cierto no profundiza las ideas básicas del jasidismo en ningún aspecto esencial, pero amplía la esfera en la que esas ideas pueden llevarse a la práctica y las aplica a los problemas de la vida cotidiana en una extensión mucho mayor que antes. La forma en que esas ideas se expresan tiene menos vigor elemental, pero es a menudo más brillante. Aforismos, parábolas y cuentos de hadas simbólicos que hasta entonces se daban sólo como ingenuas, agudas e inconclusas improvisaciones del genio alcanzan perfección literaria.

Los problemas reales del segundo período no se manifiestan en el espíritu y las enseñanzas del jasidismo, sino en su estructura interna. Surgen en tres diferentes conjuntos de relaciones: la del tzadik con la congregación, la de los tzadikim y sus congregaciones entre sí, y la del tzadik con su escuela. En este segundo período del jasidismo las tres relaciones son afectadas ocasionalmente por notables y serios cambios.

Un rasgo común a ambos períodos es que el tzadik por lo general esté "oculto" al principio, y que sólo posteriormente se "revele", es decir, permita que se sepa que el cielo lo ha llamado a su servicio. Además de este llamado, hay habitualmente un maestro que lo designa para su función y atestigua por él. En otras palabras, la comunidad recibe a su dirigente desde "lo alto", directamente a través de la gracia manifiesta del cielo que desciende sobre él, e indirectamente mediante su elección y designación por su maestro, cuya propia vocación, a su vez proporciona la base para este acto. Sólo cuando uno de los grandes maestros muere y se plantea la cuestión de cuál de sus discípulos lo ha de suceder, supuesto que no haya consenso ni cisma, los jasidim toman la decisión. Esto no se hace de acuerdo con alguna fórmula prescrita, sino siempre de una manera sugerida y determinada por la situación existente. Si hemos de creer a la leyenda —y los incidentes legendarios de que tenemos noticia concuerdan con incidentes similares conocidos en la historia de la religión— una decisión de esa especie se toma y se acepta siempre como algo misterioso. La congregación se fusiona como nunca en una entidad y, como tal, sintiendo en su interior la voluntad del cielo, se atreve a cumplir con esa voluntad. En el segundo período los ejemplos de tales decisiones se multiplican. Ocurre

cuando un tzadik muere sin hijos y también cuando deja tras de sí un hijo al que se considera candidato a la sucesión.

Una conversación cuyo contenido ha llegado hasta nosotros es característica de esta situación modificada. Tuvo lugar entre Rabí Méndel de Kotzk (una grande y trágica figura que sería más exacto incluir en la cuarta generación, aunque en realidad pertenece a la quinta) y el joven Méndel de Vorki, hijo de su amigo el Rabí Itzjac de Vorki, nueve meses después de la muerte de Itzjac. El rabí de Kotzk trata de descubrir quién sucederá a su amigo, porque Méndel más bien ha evitado convertirse en el sucesor en vez de aspirar a ese honor. El rabí de Kotzk pregunta: "¿Qué hay acerca del mundo?" (o sea de la congregación). El discípulo responde: "El mundo está en pie" (o sea que el asunto de la sucesión no ha sido resuelto). Entonces el rabí continúa: "Dicen que tú te harás cargo del mundo." Y el joven Méndel responde: "Si así fuera, un sentimiento debería decírmelo." Por último, el tzadik afirma: "Dicen que son los jasidim los que hacen un rabí." Méndel de Vorki le replica: "Nunca estuve ansioso por aceptar caridad." Con esto quería expresar que no deseaba recibir el don del cielo de manos de la congregación y que no le reconocía a ésta ninguna autoridad, sino que seguía fiel a la gran tradición jasídica.

Lo que objeta en esta forma está expresado muy claramente en una amarga broma atribuida a Rabí Méndel de Rymanov, un tzadik que vivió en la época de transición del primer período al segundo. "Si un millar de jasidim creyentes se reunieran en torno de un trozo de madera —decía— también éste obraría milagros." Es obvio que empleaba la palabra "creyentes" en el sentido de supersticiosos. Esos jasidim no creen que el cielo haya elegido y les haya enviado un tzadik, sino que la congregación tiene el derecho de tener un verdadero tzadik y que, por consiguiente, no sólo lo recibe sino que incluso puede "hacerlo". La consecuencia natural de tal punto de vista es que los tzadikim de dudosa aptitud se multiplican. "Uno no debería tomar el sital hasta no haber oído el llamado de Elías." Esta afirmación ilustra la posición de los tzadikim verdaderos; los dudosos piensan de otra manera.

Un segundo problema surgió del hecho de que había una gran cantidad de tzadikim pero no una autoridad superior; esta multiplicidad debe entenderse como la base principal del movimiento jasídico. Históricamente el jasidismo es la respuesta a la crisis del mesianismo. El camino hacia el jasidismo,

hacia el esfuerzo concentrado por preservar la realidad de Dios para los judíos, fue preparado por el desarrollo extremadamente antinómico del movimiento sabatiano, cuyos seguidores pensaban que podían despojar al Dios de Israel de su carácter de maestro del camino correcto y seguir contando con un Dios judío. La empresa de Jacob Frank, que degeneró grotescamente y dio su salto final hacia una especie de nihilismo con ropajes de mitología, había mostrado a los espíritus vigilantes que no sólo sectores del pueblo judío sino la comunidad entera estaba al borde del abismo, y esta comprensión condujo a las fuerzas más valiosas hacia el jasidismo.

La amarga experiencia señalaba la necesidad de impedir que el pueblo depositara nuevamente su fe en un ser humano único. El jasidismo lo consiguió, por una parte, oponiendo la imagen clásica de la escatología bíblica a los resultados de la teología sabatiana, renovando el concepto de un ejecutor enteramente humano de la voluntad divina hacia la redención. Por otra parte, el jasidismo repudió toda posible tendencia en el sentido de dotar al ser humano de atributos divinos, como había ocurrido en esos últimos movimientos mesiánicos. Ni un asomo de la idea de la encarnación hubo en el Baal Shem, ya fuera respecto de sus enseñanzas o de la leyenda creada en torno a él.

Pero hay más aún: como consecuencia de una percepción no importa si consciente o inconsciente del peligro, la estructura de la comunidad jasídica se caracterizó fundamentalmente por una multiplicidad que no podía fundirse en una unidad. Cada congregación era autónoma y no estaba sujeta a una autoridad superior. Los tzadikim no estaban subordinados a dirigente alguno. Incluso el Gran Maguid, que encabezó una comunidad jasídica compuesta por varias congregaciones, no deseaba ser sino un maestro. Aunque en las generaciones posteriores encontramos tzadikim que compiten por el rango más alto, rivalidad que se refleja en sus congregaciones, nadie pretendía seriamente la validez exclusiva.

No fue sino en el segundo periodo cuando esa rivalidad degeneró en la exclusión mutua. El ejemplo más notable es la disputa entre "Zans" (Rabí Jaím de Zans) y "Sadagora" (Rabí Abraham Iaacov de Sadagora y sus hermanos), que revivió los métodos que predominaron en otro tiempo en el altercado entre los jasidim y sus adversarios (los mitnagdim), incluso hasta el punto de la excomunión mutua.

Lo que había detrás de esto se advierte con claridad en

las inequívocas afirmaciones del Rabí de Zans, quien cita la leyenda de la rivalidad entre el sol y la luna y la aseveración del sol de que no es posible que dos reyes tengan la misma corona. Los tzadikim que comprendieron el peligro adoptaron una posición firme contra tales desviaciones del estilo jasídico. Es desde este punto de vista que debemos interpretar las palabras de Rabí Hirsh de Zhydatchov, un distinguido discípulo del Vidente de Lublín, cuando afirma que, para los jasidim, el hecho de considerar a un rabí como el único verdadero equivale a adorar un ídolo. Pero también encontramos juicios en los que la pluralidad se eleva a un absoluto que linda con el ridículo, como por ejemplo cuando el nieto de un distinguido pensador jasídico dijo que cada tzadik debería ser el Mesías para sus jasidim.

La tercera relación, la del tzadik con su escuela: En los comienzos del jasidismo, la idea de una rivalidad entre maestro y discípulo jamás entraba en la mente de ninguno de los dos. Por una parte, la devoción del discípulo hacia su maestro ejercía un influjo tan poderoso sobre su vida entera que la idea de actuar en contra de la voluntad de éste nunca se le podía ocurrir. Por otro lado, el maestro, lejos de ver a sus discípulos como rivales en potencia, designaba a los que consideraba aptos para tales funciones como jefes de las congregaciones, donde servían al movimiento en cierto modo como sus representantes. Como un ejemplo de esto, véase cómo el Gran Maguid, de una manera verdaderamente bíblica, inviste a Rabí Menájem Méndel con la faja y el bastón y lo nombra rabí.

Hubo un cambio en la generación siguiente, hacia fines del primer período. Rabí Elimélej de Lizhensk, que sucedió al Gran Maguid, no toleraba que sus discípulos dirigieran congregaciones propias mientras él viviese. Cuando uno de éstos, que posteriormente llegó a ser el Vidente de Lublín, asumió a pesar de todo tal dirección, se produjo una tensión profunda y permanente. La leyenda incluso dice que la maldición de Rabí Elimélej tuvo un efecto fatal sobre los que se convirtieron en seguidores de su discípulo.

Pero la misma relación, sólo que en una forma más aguda y complicada, se produjo entre el Vidente de Lublín y algunos de sus discípulos, y culminó en una penosa tragedia cuando el Vidente acusó con falsedad al Iehudí, su más noble discípulo, de competir con él, y finalmente —si hemos de creer a la tradición— lo llevó a la muerte. Según una tradición oral,

el Vidente afirmó en muchas ocasiones que el Iehudí estaba por encima de él ("camina en un plano más alto que el nuestro"), pero que él, el Vidente, había sido nombrado en su puesto por Rabí Elimélej, una afirmación que es muy extraña cuando se la juzga a la luz de todos estos sucesos, pero que indudablemente refleja la conciencia del que hablaba.

En esa época, aunque no se aprobaba el hecho de que un discípulo dirigiera una congregación, se lo toleraba. En la generación siguiente, sin embargo, se aceptó en general casi como una ley que un discípulo no debía fundar su propia congregación en vida de su maestro. De este modo se abandona un principio fundamental del movimiento jasídico, al que podríamos llamar apostolado interno. El maestro ya no envía a sus discípulos probados y seguros a que complementen su trabajo de enseñanza y organización con el de ellos, cada uno en su dominio autónomo; los mantiene encadenados a sí y a su casa, y de este modo perjudica las actividades del movimiento.

Estos y otros fenómenos similares son la razón de la aguda crítica que distinguidos tzadikim del segundo período formularon respecto de los dirigentes de su tiempo. El Iehudí, después de referirse a los tipos de líderes que condujeron a las generaciones anteriores, y que fueron seguidos por los tzadikim, agregó: "Es por eso que suspiro: veo que el presente también será corrupto. ¿Qué hará Israel entonces?"

Otro tzadik se niega a impartir las enseñanzas jasídicas ("decir la Torá") porque observa que la instrucción de ciertos tzadikim ya no guarda la completa pureza original de esas enseñanzas, y que demonios al acecho pueden irrumpir y arrastrarlos a sus dominios. Es particularmente significativo que algunos descendientes de los grandes tzadikim no quieren llegar a ser rabíes; un hijo y un nieto de Rabí Elimélej, por ejemplo.

Un tzadik de la sexta generación, nieto de un nieto del Gran Maguid, expresa con vehemencia su resentimiento ante una declinación que ya estaba a la vista. Fue Rabí Dov Ber de Leva, hijo del famoso Rabí Israel de Rizhyn, quien llegó incluso a dejar el campo jasídico por un tiempo para unirse a los "ilustrados". (Este fue el incidente que inició la disputa entre los seguidores de Zans y los de Sadagora.)

Rabí Dov Ber contaba a menudo una historia que se refería ostensiblemente a su antecesor, el Gran Maguid, pero que en realidad era aplicable a su propia situación, y no a la del

Maguid. “Un arrendatario de una granja —decía— fue una vez a pedir ayuda al Maguid de Mezritch en una cuestión relacionada con sus actividades. “¿A mí me lo pides” —inquirió el Maguid— “¿Realmente a mí?” El hombre respondió: “Pido al rabí que rece por mí en este asunto”. “¿No sería mejor —dijo el Maguid— si me pidieras que te enseñe cómo orar a Dios? Entonces no necesitarías recurrir a mí nunca más.”

En estas palabras, inimaginables en boca del Gran Maguid pero que se parecen a juicios similares de tzadikim del segundo período, el desaliento por la decadencia del tzadikismo deja su lugar a la duda sobre su fundamento. En los primeros tiempos del jasidismo, el tzadik también guiaba a sus jasidim hacia una relación directa con Dios, pero no creía que el mero hecho de que la gente aprendiese a rezar significara que se podía prescindir del hombre que era un intermediario entre el cielo y la tierra. Porque de acuerdo con el concepto jasídico, la ayuda externa como tal no es lo que importa; es sólo la envoltura que hace posible una forma interna de ayuda.

La idea se manifiesta con gran claridad en un relato de Rabí Shalom Shajna, nieto del Gran Maguid y abuelo del rabí de Leva. Nos cuenta cómo un campesino vino hacia él antes del comienzo del shabat y le confió su pena: que uno de sus terneros estaba enfermo. “Y en sus palabras”, dice el rabí, “escuché que imploraba: ‘Usted es un alma excelsa y yo soy un alma humilde. ¡Levánteme hasta usted!’” Por consiguiente, el recurso de la ayuda externa no se ha de abandonar en modo alguno; porque el enseñar a orar no puede ser en sí la verdadera “elevación”, y la experiencia de ser elevado no es evento único. Es por su naturaleza un proceso que sólo se interrumpe con la muerte y, de acuerdo con un concepto que encontramos ocasionalmente, a veces ni siquiera entonces.

El jasidismo entra en declinación cuando los tzadikim ya no dan ayuda interior a sus jasidim juntamente con la externa y a través de ella. Porque aquí todo se basa en la relación entre los tzadikim y los jasidim, una relación viviente que lo abarca todo y que penetra en el núcleo más recóndito. Cuando esto falta, entonces en verdad “el presente también será corrupto”.

8

La serie de tzadikim de esta época, de los que nos ocuparemos ahora, debe comenzar con los descendientes del Maguid

de Mezritch, con la "dinastía de Sadagora". Esta secuencia es esencialmente distinta de la que incluye a los discípulos del Maguid y a los discípulos de éstos. Ya su hijo Abraham, como dijimos, mostró una definida oposición hacia él y sus enseñanzas eligiendo el camino del ascetismo radical.

El hijo de Abraham, Shalom Shajna (fallecido en 1802) se apartó decididamente del camino de su padre, sin retornar, sin embargo, al de su abuelo. Fue educado por Rabí Najum de Tchernobil, uno de los discípulos más fieles del Baal Shem y el Maguid, y posteriormente se casó con su nieta.

Shalom exhibía su afán de innovar en cada uno de sus actos. Sus ricas vestiduras y maneras espléndidas lo apartaron de su ambiente, pero estas manifestaciones externas aparentemente simbolizaban una tendencia definida, y quizá por ello la gente solía decir que su alma era una "chispa" de la del Rey David. Cuando su suegro lo reconvino, le replicó con la parábola de la gallina que después de empollar huevos de pato observaba consternada cómo nadaban los patitos. Rechazaba enfáticamente las curas milagrosas de Najum, porque si bien quería ayudar a los que sufren, debía ser con la fuerza de su alma y de acuerdo con las necesidades del momento antes que con los procedimientos mágicos habituales. Para él toda ayuda que venía de afuera era sólo el punto de partida y la envoltura de una ayuda interna.

Se rodeaba de un grupo de gente joven que le era muy devota. El conflicto entre estos jóvenes y la generación de sus padres estallaba de tanto en tanto, y esto, de acuerdo con sus ideas, era como debía ser, porque Rabí Shalom, según nos cuentan, había dicho: "Lo que es resultado del bien no puede suceder sin oposición." Hay incluso un relato peculiar (que escuché en una versión aun más extraña que la que se ha conservado por escrito) de que Rabí Shalom se presentó en público como pecador con el propósito de ganar en astucia a Satán. Porque se consideraba que Satán era el soberano de Israel en el exilio, pero se suponía que el secreto de la redención también le había sido confiado, de modo que Shalom pretendía ser pecador con el fin de ganar la confianza de Satán y arrancarle su secreto. Se siente la tentación de interpretar esto como un efecto posterior del dogma sabatiano del pecado sagrado.

Hay varios indicios de que Rabí Shalom aspiraba a ser más que un tzadik. Uno es la respuesta que dio a Rabí Baruj, un nieto del Baal Shem. Cuando Baruj, un hombre orgulloso y

autoritario, lo visitó y le sugirió: "Conduzcamos el mundo los dos juntos" (el mundo, en este caso, designaba a la comunidad jasídica como centro de Israel), le contestó: "Puedo guiar el mundo por mí mismo." Pero al decir esto no estaba pensando en rehabilitar el cargo de exilarca, como se supuso. Sus palabras surgían de la fe en la misión mesiánica potencial de una familia en la que lo potencial podía volverse real en cada generación.

Como su padre, Rabí Shalom murió joven, y antes de su muerte tuvo una visión que contó a su hijo Israel y que nos permite ahondar la comprensión de esa fe. Vio a un tzadik sentado en una de las salas del cielo. En la mesa que estaba ante él había una magnífica corona hecha de sus enseñanzas y su santidad. Pero no se permitió al tzadik que colocara la corona en su cabeza. "Te conté acerca de esto —agregó Rabí Shalom— porque el saberlo puede serte necesario algún día."

Su hijo, Rabí Israel de Rizhyn (fallecido en 1850), no sólo adoptó el estilo de su padre sino que fue más lejos, de modo que el ceremonial y ritual de su casa hacía que ésta pareciera la corte de un rey-sacerdote. El mismo señaló con sus palabras el carácter dinástico implícito en su modo de vida, porque comparó a Rabí Abraham Iehosúa Héshel, el viejo rav de Apt, que era generalmente aceptado como "el líder de su generación", con Moisés el maestro, pero a sí mismo con Salomón el rey; y el rav de Apt lo llamaba rey de Israel. El gentío que acudía a su casa lo honraba como tal.

A raíz de estas actividades, el régimen zarista lo arrestó como líder de los judíos, considerado por ellos como su rey. Después de dos años de prisión (en su mayor parte en Kiev) fue liberado y poco tiempo después huyó a Galitzia. Tras muchos trabajos y vagabundeos se asentó en Sadagora (Bukovina), ciudad que se convirtió en la meta de peregrinaciones en masa. Pero también acudían muchos tzadikim especialmente los más jóvenes, que le rendían homenaje y se deleitaban con su conversación. Sin embargo, difícilmente alguno de ellos llegaba a convertirse en su discípulo. No quería que nadie se atara a él. Quería visitantes que estuvieran pendientes de sus palabras, no discípulos que establecieran una relación mutua sostenida.

Como el Gran Maguid, Rabí Israel fue un distinguido exégeta de la Torá, a la manera jasídica, pero sus homilias no son partes de una vida de pensamiento unificado. Son conceptos relampagueantes que no constituyen el trabajo de un fragmen-

tista, como los del Gran Maguid, sino de un aforista, porque brillan con la exuberancia de las joyas de múltiples facetas, mientras que el trabajo de un fragmentista muestra los destellos profundos de las piedras labradas con sencillez. La civilización occidental moderna hubiera calificado al rabí de Rzhyn de brillante improvisador, y pesado en la escala de valores de esa civilización fue ciertamente un genio; pero ya no era el receptáculo y la voz del espíritu religioso.

Sus seis hijos fueron talentosos epígonos. También ellos tenían algo del mundo espiritual del Gran Maguid, pero que no llegó a asumir una forma madura y personal. Casi todos tuvieron seguidores, arrastraron muchedumbres, tuvieron congregaciones e influencia; ninguno de ellos tuvo discípulos. El más noble de sus hijos, Rabí David Moshé de Tchortkov (fallecido en 1903), fue tierno y humano con todas las criaturas. En mi juventud pasé varios veranos no lejos de su casa, pero no entablamos relaciones.

Otro de sus hijos, al que ya mencioné, Rabí Dov Ber, que recibió el nombre de su bisabuelo, fue considerado al principio como el más notable de los seis y atrajo gran número de gente. Más tarde se unió al grupo de los "iluminados" y escribió cartas en el estilo de manifiestos contra la superstición. Esta fase, sin embargo, sólo duró un breve período. Regresó a Sadagora y permaneció allí a partir de entonces en una especie de confinamiento semivoluntario. Su vida expresaba meramente la situación: el camino real se había convertido en un callejón sin salida.

Puesto que Rabí Méndel de Vitebsk no fundó una escuela en Palestina, el primer lugar entre los discípulos del Maguid debe asignarse a Rabí Shmelke de Níkolzburg, gran predicador, cantor de cánticos y amigo de toda la humanidad. Ninguno de sus discípulos lo igualó en cuanto a predicar, pero Rabí Itzjac Aizic de Kalev heredó sus dotes para el canto, mientras que Rabí Moshé Leib de Sasov lo emuló en su amor a la humanidad.

Rabí Itzjac Aizic de Kalev (Nagy-Kallo en el norte de Hungría; fallecido en 1828) provenía de una aldea húngara y absorbió la vitalidad campesina en su juventud. La tradición dice que cuidaba gansos. No sólo utilizaba las tonadas que había aprendido de los pastores para los himnos sagrados y los salmos, como en el caso de "Junto a los ríos de Babilonia", sino que también (sin tener que hacer demasiados

cambios) convirtió algunos de los textos en versos místicos judíos. La tristeza de los cantos pastorales se transforma en los sufrimientos del exilio, sus anhelos de amor en las añoranzas de la Divina Presencia. Las "melodías desconocidas" de Rabí Shmelke tuvieron un importante papel en esta transformación, pero se dice que los cantos del rabí de Kalev fueron aun más sensuales y encantadores, probablemente por los elementos populares que se les habían incorporado.

Su profundo apego al elemento popular ilustrado en el hecho de que siempre recitaba en húngaro la hagadá de Pascua. Se cuenta que en la noche del seder Rabí Shmelke podía oír a todos sus discípulos recitar la hagadá en sus casas, alejadas de Nikolsburg, pero no al rabí de Kalev, porque éste lo hacía en húngaro.

Otro ejemplo de su amor al elemento popular es el relato de que había heredado la melodía del himno "Poderoso en el dominio..." del Gran Maguid, quien la había aprendido de un pastor. Pero, según sigue el cuento, la tonada había compartido el exilio con el pastor, porque originalmente era cantada por los levitas en el Templo. Esta tonada, dicho sea de paso, retornó a la familia del Maguid a través del Rabí de Kalev, porque a Rabí David Moshé de Tchortkov le agradaba cantarla.

Muchos otros cantos del rabí de Kalev se difundieron entre sus jasidim. Rabí Jaím de Zans, por ejemplo, un viernes por la noche, después de caminar en torno de la plataforma de la sinagoga siete veces, entonó el canto del rabí de Kalev sobre la añoranza de la reunión con la "novia", la Divina Presencia, "hasta que se agotó su fuerza corporal, por la vehemencia del éxtasis".

Rabí Moshé Leib de Sasov (fallecido en 1807) siguió a su maestro de una aldea polaca a otra, y de Polonia a Nikolsburg. La leyenda lo vincula con Rabí Shmelke en historias de milagros. Tenemos poca necesidad de referirnos a él en esta introducción, puesto que las historias bastan por sí mismas para evocar claramente su imagen. Su espíritu desarrolló el don del amor útil, que Rabí Shmelke había suscitado en él, hasta un nivel de perfección que resulta insólito incluso en el jasidismo, un movimiento tan rico en gente que sabía cómo amar. Una espontaneidad arrebatadora avivaba su amor y celo tanto hacia el hombre como hacia los animales. En su caso la paradoja del mandamiento de amar al prójimo como a uno mismo parece resuelta. (¿Se puede amar en obediencia a una orden?)

Y sin embargo, incluso el rabí de Sasov tropezó con obstáculos interiores. No podía amar a los hombres maliciosos y seguros de sí mismos que perturban el mundo. Pero se trataba justamente de una cuestión acerca de la cual al maestro le agradaba hablar: se debe amar a toda alma porque es una parte de Dios, o más bien, no se puede evitar el amar a cada alma en cuanto uno se da cuenta de que es una parte de Dios. Y de este modo, puesto que amaba profundamente a Dios, el rabí de Sasov llegó a amar a sus criaturas de un modo cada vez más perfecto. El verdadero significado del mandamiento de amar se manifiesta en los obstáculos interiores para cumplirlo y en el hecho de superarlos.

Un ejemplo de la influencia del rabí de Sasov sobre su círculo inmediato lo constituye su discípulo Rabí Méndel de Kosov (fallecido en 1825), cuya vida y obra se inspiraron en el amor a la humanidad. Se dice que hizo formulaciones radicales de la creencia de que el amor al prójimo es sólo otro aspecto del amor a Dios. Un ejemplo es la interpretación que dio a las palabras de las Escrituras: "Ama a tu prójimo como a ti mismo; Yo soy el Señor." Las explicaba de esta manera: "Si un hombre ama a su prójimo, la Divina Presencia está con ellos." Y en otra ocasión: "La unión de los prójimos que se aman realiza la unidad en el mundo superior." Sabemos que su hijo Jaím se esforzó sin desmayo por conseguir que sus jasidim vivieran como buenos vecinos, se conocieran, se ayudaran, se acompañaran mutuamente y se amaran los unos a los otros.

Dos de los discípulos de Rabí Elimélej, el Maguid de Koznitz y el Vidente de Lublín, fueron mencionados al hablar de la primera época porque habían sido antes discípulos del Gran Maguid y, en consecuencia, pueden ser asignados a la tercera generación. De otros dos, Rabí Abraham Iehoshúa Héschel de Apt (fallecido en 1825) y Rabí Menájem Méndel de Rymanov (fallecido en 1815), hablaremos ahora. Se dice que, antes de morir, Rabí Elimélej dejó el poder de juzgar de su lengua al rabí de Apt y el poder de guía de su espíritu al rabí de Rymanov.

El rabí de Apt se destacó por su vocación por la justicia; cumplió la función de juez y árbitro entre los jasidim e incluso los tzadikim de su tiempo. Fue a través de errores y esfuerzos como llegó a su profunda concepción de la verdadera justicia. Empezó con lo que habitualmente llamamos justicia, es decir,

el deseo de ser justo, pero luego aprendió paso a paso que la justicia humana como tal falla cuando intenta sobrepasar el ámbito de un orden social justo y se inmiscuye en el de las relaciones humanas justas.

Aprendió que la justicia de Dios no pertenece a la misma categoría que su amor, que es la perfección de un atributo que podemos por lo menos esforzarnos por imitar, sino que es algo enigmático que desafía toda comparación con cualquier cosa que los hombres llamen justicia y derecho. El hombre debería permanecer dentro de los límites de su orden social, pero cuando va más allá y se aventura en el mar de las relaciones humanas, es seguro que naufragará, y todo cuanto puede hacer es salvarse aferrándose al amor.

El momento decisivo en la vida del rabí de Apt fue probablemente aquel en que reprochó públicamente a una mujer la liviandad de sus costumbres, ya que al punto, comparando su actitud con la de Dios, se sintió "vencido" y se convirtió en un hombre distinto. Pero no consideró su modo de amar como el de un individuo que vive en la tierra; lo vio en relación con las migraciones de su alma y comprendió que tenía la tarea de perfeccionar ese amor durante su curso.

Rabí Méndel de Rymanov fue diferente del rabí de Apt tanto en su carácter como en su vida. Había heredado la capacidad de su maestro para organizar, pero la puso en obra dentro de los límites más estrechos. De los tres círculos que rodean al tzadik, los discípulos, la congregación y los "transeúntes", le preocupaba sobre todo el segundo. Dictó leyes para su congregación como si fuera un Estado, y ésta era más real para él que el Estado. No presumía de ser justo; simplemente vigilaba el orden justo entre los que estaban a su cargo. Cuando se veía forzado a reprobare, sus palabras penetraban como una fuerza natural hasta el núcleo del incidente que había provocado su censura. Y así, cuando era necesario preservar las costumbres y mantener el orden, él, que se destacaba por su sobriedad, podía elevarse a las alturas de una majestad arcaica. Esto ocurría cuando para despertar y unir a su congregación, que estaba en peligro de volverse impasible (como lo están siempre las congregaciones), les hablaba como el representante instituido por Dios, los liberaba de la compulsión ejercida por la Torá y los dejaba en libertad de renovar su elección. Para sus discípulos su poder sobre "la palabra" lo hacía un modelo de un hombre que en todas sus afirmaciones refleja su sentido de la responsabilidad.

Rabí Zvi Hirsh de Rymanov (fallecido en 1846), el discípulo que se convirtió en el sucesor de Rabí Méndel, era el verdadero "hijo de sus obras" entre los tzadikim del segundo período. Estuvo primero de aprendiz con un sastre y luego pasó a ser servidor en la casa de Rabí Méndel. Allí practicó la ciencia y el arte de servir en un plano tan elevado que el tzadik pronto lo reconoció como un raro espécimen humano capaz de recibir con provecho las enseñanzas. Aceptó al joven Hirsh como su discípulo, pero incluso en este carácter siguió sirviendo al tzadik. Continuó sus estudios durante doce años después de la muerte de su maestro, y luego, para sorpresa de todos, asumió la sucesión.

Pronto fue reconocido por los otros tzadikim y ocupó una posición de poder muy especial. Aunque en ocasiones se conducía de manera arrogante, era de corazón muy humilde, y a menudo decía de sus sermones, simples y al mismo tiempo profundos, que sólo expresaba lo que se le había dicho que dijera; a veces ni siquiera podía recordar un sermón cuando había terminado de decirlo.

Es también digno de notar que a menudo pedía sumas sustanciales de dinero a las personas que venían a solicitar su intercesión. En tales casos nombraba una suma exacta, cuyos números habían sido elegidos aparentemente por su significación mística. Por otro lado, tenía el hábito de distribuir entre los necesitados cualquier dinero que tuviese en su casa. Era una especie de redistribución de bienes que practicaba entre sus jasidim, obviamente movido por el sentimiento de que era su misión dirigir las posesiones superfluas hacia donde eran necesarias.

Rabí Shlomó de Karlín, que fue conocido por su gran poder en la oración, fundó una escuela de oración extática.

Su discípulo más renombrado, que desarrolló su enseñanza de entregar la vida misma en la oración, fue Rabí Uri de Strelisk (fallecido en 1826), llamado "el Serafín". En este sentido, la oración extática no es una transacción meramente personal; incluye a la vez al tzadik y a sus jasidim. Casi todos los jasidim de Rabí Uri eran pobres, pero ninguno se dirigió a él con el fin de alcanzar un bienestar. Todo lo que querían era orar con él, de la misma manera que él, y como él entregar la vida en la oración.

La impresión de su modo maravilloso de orar fue transferida a toda su relación con él, la cual se convirtió en la

glorificación de un visionario. Realmente lo consideraban como un serafín. Un jasid cuenta cómo pudo ver que el rabí tenía más de un rostro, otro que el rabí se fue haciendo cada vez más grande ante sus ojos, hasta alcanzar el cielo. Los jásidim relatan que una vez, cuando la sinagoga había quedado manchada por las plegarias impuras de los sabatianos, sus poderosas oraciones hicieron que se incendiara hasta sus cimientos a la noche siguiente. Dicen también que la semana de trabajo no empezaba hasta que él no dijera la Bendición de la Separación (Havdalá) al concluir el shabat. Hasta entonces las llaves del infierno estaban en sus manos, y las almas liberadas durante el shabat podían revolotear por la atmósfera.

Antes de morir, Rabí Uri ordenó a Rabí Iehúda Zvi de Stretyn (fallecido en 1844) para la sucesión imponiéndole manos, como recuerdo de la ordenación de Josué por Moisés.

La leyenda pretende que también él tenía en su poder las llaves del infierno durante el shabat, pero el relato se adorna ahora con nuevos detalles: durante toda la noche después del shabat, un jasid lo vio de pie ante una ventana abierta, vestido aún con el ropaje del shabat, y sosteniendo en su mano una gran llave de la que no quería desprenderse. Todo el tiempo enjambres de ángeles malignos acechaban alrededor de él, esperando la mañana, cuando sus fuerzas desfallecieran.

Tenía la costumbre de tomar el baño ritual por la noche en un río de las afueras de la ciudad, y se dice que mientras permanecía en el agua recitaba íntegramente el Libro de los Salmos.

El rasgo más notable de las enseñanzas de Rabí Iehúda Zvi fue su enfática afirmación de la unidad de los atributos de Dios, la unidad del rigor de Dios y de Su misericordia.

El hijo de Rabí Iehúda, Rabí Abraham de Stretyn (fallecido en 1865) dejó al mundo una enseñanza significativa de la unidad humana: que el hombre puede lograr tal unidad entre sus facultades, que cada uno de sus sentidos puede substituir a otro y hacerse cargo de su función.

A más de Rabí Uri de Strelisk, Rabí Shlomó de Karlín tuvo otro discípulo distinguido: Rabí Mordejái de Lejovitz (fallecido en 1811), que agregó nuevos y concretos caracteres a la enseñanza de dar la vida en la oración. Enseñó que el que ora debe entregarse al Señor con cada palabra que pronuncia, e ilustró esta afirmación con la parábola del ave legendaria

cuyo canto de alabanza hace estallar su propio cuerpo. Todo el ser físico del hombre debe entrar en cada palabra de su oración, de modo que ésta pueda incluso elevarse “desde sus talones”. Se dice que los pulmones de Rabí Mordejái fueron desgarrados por el fervor de su oración.

Pero toda su actitud ante la vida era alegre. Sólo en la alegría puede el alma elevarse realmente hacia Dios, y “el que quiere servir a Dios con devoción y luz divina y alegría y voluntad, debe tener un espíritu que sea brillante y puro y claro, y un cuerpo que esté lleno de vida”.

El hijo de Rabí Mordejái, Rabí Nóaj de Lejovitz (fallecido en 1834), siguió las huellas de su padre, aunque era más mundanal en su modo de pensar. Pero incluso entre los dichos del nieto de Rabí Nóaj, Rabí Shlomó Jaím de Kaidanov (fallecido en 1862), encontramos juicios imbuidos de la energía de las enseñanzas del rabí de Karlín sobre la oración.

La escuela de Rabí Shlomó alcanzó un pico tardío en un hombre que fue primero discípulo de Rabí Mordejái y posteriormente de Rabí Nóaj: Rabí Moshé de Kobryn (fallecido en 1858). No vacilo en contar a este maestro escasamente conocido entre los pocos grandes hombres que el movimiento jasídico produjo en medio de su decadencia. Si bien no enriqueció las enseñanzas, su vida y sus palabras, y la unidad entre su vida y sus palabras, dieron al movimiento una expresión muy personal, renovadoramente vital.

Tres dichos suyos bastan para revelar la esencia de su filosofía: “Te convertirás en un altar ante Dios”; “Nada hay en el mundo que no contenga un mandamiento”; “Así como Dios es ilimitado, es ilimitado su servicio”.

Estas enseñanzas se integran con una vida que, al reflejarlas y ejemplificarlas, nos trae a veces el recuerdo de los primeros maestros del jasidismo.

Rabí Jaím Meir Iejiel de Mogielnica (fallecido en 1849), el nieto del Maguid de Koznitz, fue el más notable entre los discípulos de ese hombre santo del sufrimiento, que profetizaba desde las profundidades de sus dolores. Otros tzadikim a más de su abuelo fueron sus maestros, entre ellos el rabí de Apt y el Vidente de Lublín, y también se relacionó estrechamente con un discípulo del Vidente, el Iehudí de Pzhysha, que tenía tantos enemigos. Jaím reunió enseñanzas sin llegar a ser un ecléctico, porque aunque no era un pensador original, tenía un

espíritu fuerte e independiente que fundía todo el material que recibía en el crisol de sus propios sentimientos y experiencias.

Dos de sus dichos sirven para caracterizarlo: "No deseo pedaleos espirituales sin la vestidura del cuerpo", y "Nunca quise obtener nada que no fuera el fruto de mi esfuerzo." Sabía ver dentro de sí mismo y acostumbraba explicar a sus jasidim lo que ocurría en su alma. Le agradaba narrar en cualquier circunstancia y se expresaba fácil y libremente.

Su relación con sus jasidim era de gran intimidad; cada uno de sus gestos producía en ellos una impresión perdurable, y lo servían con amor. El discípulo en el cual ejerció una influencia más fecunda fue Rabí Isajar de Wolborz (fallecido en 1876).

A continuación me ocuparé de la escuela de Lublín y de las que surgieron de ella, incluso las importantes escuelas de Pzhysha y Kotzk: Estas fueron influidas por la de Lublín, y en especial por la fuerte personalidad del Vidente, y sin embargo se opusieron a ella.

Mencionaré aquí a nueve de los muchos discípulos del Vidente de Lublín. Son los siguientes: Rabí David de Lelov (fallecido en 1813), Rabí Moshé Téitelbaum de Ohel (Ujhely, en Hungría; fallecido en 1841), Rabí Isajar Ber de Radoshitz (fallecido en 1843), Rabí Shlomó Leib de Lentshno (fallecido en 1843), Rabí Naftalí de Roptchitz (fallecido en 1827), Rabí Shalom de Belz (fallecido en 1855), Rabí Zvi Hirsh de Zhydatchov (fallecido en 1831), Rabí Iaacov Itzjac de Pzhysha, conocido como "el Iehudí" (es decir, "el Judío"; fallecido en 1813) y Rabí Simja Búnam de Pzhysha (fallecido en 1827). (Para mantener la coherencia de la exposición los he tomado en una secuencia no cronológica, y no he incluido a Rabí Menájem Méndel de Kotzk, pese a que fue durante un tiempo discípulo del Vidente, sino que lo he considerado en relación con la escuela de Pzhysha, porque él mismo nunca dejó de subrayar que pertenecía más a Pzhysha que a la escuela de Lublín.)

David de Lelov fue una de las figuras más simpáticas del jasidismo. Era sabio y al mismo tiempo infantil; se mostraba accesible a todas las criaturas, pero abrigaba un secreto en su corazón; era ajeno al pecado, pero protegía no obstante a los pecadores de quienes los hostigaban. Es un notable ejemplo de un tzadik que no pudo llegar a ser lo que fue mientras la verdad del jasidismo no lo liberó de su concepción ascética del mundo. Su liberación fue obra de Rabí Elimélej.

Estudió después con el Vidente de Lublín, a quien fue fiel durante toda su vida, aunque se oponía a él en cuestiones básicas, como no podía ser de otro modo; y en las disputas entre Lublín y Pzhysha tomó partido sin reservas por su amigo el Iehudí.

Durante mucho tiempo se opuso a que lo considerasen un tzadik, a pesar de que tenía numerosos y devotos seguidores que comparaban a este hombre sin pretensiones con el Rey David, probablemente con más fundamento que el caso de otros tzadikim. Durante un período considerable de su vida trabajó en su pequeña tienda y con frecuencia enviaba a los clientes a otros tenderos que eran más pobres que él.

Le gustaba viajar por el país, visitar en las aldeas a judíos desconocidos y confortar sus corazones con palabras fraternales. En los pequeños poblados reunía a los niños a su alrededor, los llevaba de paseo, dirigía sus juegos y hacía música con ellos. En el mercado daba de comer y beber a los animales que habían quedado sin atención, como lo había hecho antes que él el rabí de Sasov. Sentía especial afecto por los caballos y daba vehementes explicaciones sobre lo insensato que es castigarlos. Como amaba más a su familia que a la humanidad en general, declaraba que no merecía ser llamado tzadik.

Creía que su misión más importante era mantener la paz entre los hombres; por eso, según sostiene la tradición, se le había concedido el poder de lograr la paz por medio de sus oraciones dondequiera que hubiese enemistad. Enseñaba que no se debe reprender ni exhortar a quienes se quieren convertir, sino que es preciso unirse a ellos como un buen amigo, aquietar el tumulto de sus corazones y mediante el amor conducirlos al reconocimiento de Dios. Este es el método que él empleó para llevar al buen camino a muchos que se habían extraviado. (Ocupa un lugar destacado entre ellos un famoso médico, el doctor Bernhard, a quien el rabí de Lelov condujo hacia el Vidente de Lublín, y que posteriormente alcanzó en la vida jasídica una posición muy elevada.)

La propia vida de Rabí David constituyó el ejemplo más acabado de sus enseñanzas. "Todo lo que hacía, cada día y cada hora", dijo Rabí Itzjac de Vorki, quien estudió con él durante un tiempo, "era el precepto y la palabra de la Torá".

Así como Rabí Elimélej liberó al rabí de Lelov de las trabas del ascetismo, un discípulo de Rabí Elimélej, el Vidente de Lublín, liberó a Rabí Moshé Téitelbaum de su preocupación por la erudición, que lo aislaba del mundo. El Vidente reco-

noció en su alma la llama verdadera, a la que sólo faltaba el combustible apropiado; todo aquel en quien arde esa llama es ya un jasid en su corazón, por mucho que se oponga al camino del jasidismo.

Muchas cosas habían preparado a Rabí Moshé para seguir ese camino, entre ellas sus curiosos sueños que han llegado hasta nosotros, algunos del tiempo de su juventud. De estas experiencias oníricas —incluso encuentros con los maestros de la Cábala de épocas pasadas, a quienes observaba en su trabajo secreto— aprendió cuán poco benefician las buenas acciones si el hombre que las realiza no se entrega a Dios con toda su alma, y que tanto el paraíso como el infierno están en el espíritu humano.

En este punto el Vidente se convirtió en su maestro y le enseñó la verdadera alegría jasídica, pero no le fue fácil alcanzar ese estado. Se decía que Rabí Moshé era una “chispa” del alma del profeta Jeremías. Toda su vida se había dolido muy profundamente por la destrucción del Templo y de Israel. Cuando aprendió a sentir la alegría, su esperanza en el Mesías triunfó sobre su pena, porque esa esperanza tenía una extraordinaria fuerza sensual. De ningún otro tzadik se ha dicho que tuviera una fe tan concreta y vigorosa en el Mesías en cada instante de su vida.

Rabí Isajar Ber de Radoshitz fue ampliamente conocido como hacedor de milagros, y eran especialmente famosas sus curas milagrosas. Se destacaban entre éstas sus curas de “dibukim”, de personas poseídas por demonios, que incluso le ganaron el nombre de “el pequeño Baal Shem”. Parece haber tenido esta tendencia hacia lo milagroso desde su juventud, aunque durante mucho tiempo no se atrevió a poner a prueba sus poderes interiores y se lo conocía sólo como un hombre tímido y tranquilo. Se cuenta un incidente característico de su juventud: que mientras acompañaba a Rabí Moshé Leib de Sasov en un viaje le sugirió sus métodos mágicos, de los cuales él mismo no tenía aún conciencia.

Pero más extraño es el hecho de que él, que había ido de un tzadik a otro, y que después de dejar al Vidente adhirió por último al Iehudí, mantuvo intacto su aprecio por los milagros incluso con este nuevo maestro, que sin duda era hostil a lo milagroso. La tradición provee alguna explicación para esto, ya que se nos dice que cuando el hijo del Iehudí cayó enfermo, el padre se dirigió a Rabí Isajar Ber, cuyos poderes curativos latentes había adivinado y decidido actualizar. Sin la

menor fe en sus dones, en la urgente necesidad del momento, Rabí Isajar tomó al niño en sus brazos, lo acostó en la cuna, empezó a mecerlo, oró, y tuvo éxito en la curación.

Muchos años después, cuando la escuela de Pzhysha había producido la última gran escuela jasídica, la de Kotzk, con su atmósfera de tragedia, y los jasidim de los dos campos, el de Kotzk y el de Radoshitz, se oponían entre sí, se dice que Rabí Isajar expresó una paradoja que definía el principio de Kotzk como la rendición de la voluntad propia ante la voluntad de Dios, y el de Radoshitz como la afirmación de la voluntad propia, que también surge de la voluntad de Dios. El juicio fue éste: "Si no puedes resolver una cuestión, debes resolverla, de todos modos." Los seguidores del rabí de Kotzk, sin embargo, sostenían que en Kotzk se les enseñaba a acercar sus corazones a su Padre celestial, mientras que en Radoshitz se intentaba acercar al Padre celestial al corazón de los judíos. Con esto querían significar que, en vez de tender hacia Dios en toda su grandeza y austeridad, la escuela de Radoshitz intentaba hacerlo familiar para el hombre, mediante los milagros.

Esto nos recuerda lo que el mismo Rabí Isajar dijo una vez. Cuando uno de sus discípulos más prometedores le preguntó por qué forjaba milagros y si no sería mejor purificar el alma, contestó que había sido enviado "para hacer que la Divinidad fuera conocida en el mundo".

Rabí Shlomó de Lentshno era igualmente singular, aunque en un modo diferente. Era muy elogiado por su extremada limpieza, porque ésta simbolizaba todo su modo de vida. Se cuenta que nunca miraba una moneda y nunca la tocaba con sus dedos; que nunca extendió la mano para recibir algo, incluso cuando alguno de los tzadikim que fueron sus maestros (es decir, Rabí Méndel de Rymanov, el Vidente de Lublín y el Iehudí) le ofrecían algo para comer de su propio plato, como solían hacerlo los tzadikim con sus discípulos más queridos; que nunca decía una palabra ociosa ni escuchaba una conversación inútil.

Incluso en su juventud hizo un comentario característico sobre el versículo de los Salmos que dice que Dios no despreciará un corazón quebrantado: "Pero debe al mismo tiempo ser íntegro." También lo define el hecho de que al hablar de la llegada del Mesías se refiriera siempre al gran sentimiento de vergüenza que predominaría por doquier. En razón de su santidad, que aunque recluida simpatizaba con todas las criaturas, fue considerado como una de las epifanías del sufriente

Mesías. Una vez dijo del Mesías hijo de José, quien, de acuerdo con la tradición, había de ser muerto: "Este ya no es el caso; morirá por los sufrimientos de Israel."

También él tenía enemigos entre los otros tzadikim. El líder de la lucha que se entabló contra él cuando siguió siendo fiel a la escuela de Pzhysha fue un hombre que difería de él en todos los aspectos fundamentales. Era Rabí Naftalí de Roptchitz, quien había sido instruido por Rabí Elimélej de Lizhensk y después por sus cuatro grandes discípulos el rabí de Apt, el maguid de Koznitz, Rabí Méndel de Rymanov, y sobre todo el Vidente de Lublín.

Difícilmente haya existido otro tzadik cuya alma albergara tantas contradicciones como la de Rabí Naftalí de Roptchitz. Pero si las consideramos en conjunto, no son en modo alguno informes y caóticas, sino que dan la imagen de una figura humana real. Con él hace su entrada en el mundo jasídico un tipo que no deja de ser común entre los intelectuales distinguidos de la era moderna: una mezcla de ironía y anhelos, de escepticismo y fe, de ambición y humildad.

Desde su juventud fue dado a las bromas, muchas de ellas amargas, y a todo género de travesuras, algunas realmente maliciosas. Cuando joven reflexionaba sobre sus propias dotes con un extremado orgullo, en su madurez con dudas que bordeaban la desesperación. Observó una vez que su maestro Rabí Méndel de Rymanov era santo y nada sabía de la astucia, y agregó: "Por consiguiente, ¿cómo puede entender cómo soy yo?" En otra ocasión, cuando el Vidente de Lublín se impacientó con sus eternas bromas y le recordó que el versículo de las Escrituras dice: "Serás de corazón sincero con el Señor tu Dios", y no "Serás astuto con el Señor tu Dios", Naftalí dio la siguiente respuesta audaz que no guarda relación alguna con el punto de vista original y fundamental del jasidismo: "Requiere gran astucia ser sincero con el Señor."

Pero después que se convirtió en rabí, hay más y más informes muy diferentes de él. Varios de los relatos en que aparece como protagonista, y sobre todo aquel en el que expresa su deseo de reencarnarse en una vaca, muestran los cambios que se habían producido y que aún se seguían produciendo en su alma.

Una conversación suya con Rabí Meír de Stabnitz sugiere una conclusión, aunque más bien general, que Rabí Naftalí había obtenido de su experiencia de la vida. Cuando se

encontró con Rabí Meír, que había sido su condiscípulo en Lublín y en el ínterin se había convertido hasta cierto punto en el sucesor del Vidente, le dijo que de ahí en adelante los jasidim deberían permanecer en sus casas y estudiar antes que acudir a los tzadikim. Rabí Meír respondió: "No te preocupes: ¡Dios proveerá! Si nosotros no somos capaces de conducir a nuestra comunidad, otros hombres más capaces aparecerán y serán los líderes", una respuesta que, sin embargo, no fue confirmada por los acontecimientos posteriores.

Juntamente con Rabí Naftalí de Roptchitz debemos considerar a su discípulo Rabí Jaím de Zans (fallecido en 1876), quien, entre todos los distinguidos eruditos talmúdicos que hubo entre los jasidim, fue probablemente el que continuó la antigua línea del estudio con la mayor energía o, para emplear un curioso símil que se le atribuye, se dispuso a volver al derecho el vestido, que anteriormente había sido vuelto al revés. Pero no debemos suponer que intentó la síntesis que los períodos anteriores del movimiento habían tratado de alcanzar una y otra vez. Esta síntesis parece haber sido abandonada, porque aunque Rabí Jaím insiste en que en el análisis final la enseñanza y "el servicio" son la misma cosa, admite que en lo que a él concierne en el estudio no hay nada en el mundo más que la Torá, y en la oración nada más que el servicio.

Fue un maestro en el debate talmúdico y en el éxtasis, y se distinguió igualmente por su caridad y su profundo conocimiento de la naturaleza humana, pero no se equiparó a los grandes tzadikim en ciertas cualidades de importancia primordial, porque no poseía la unidad del alma ni la unidad de una figura modelada por la unidad del alma.

Muchos grandes hombres de las generaciones posteriores se caracterizaron por el hecho de que poseían todo excepto la unidad básica de todo. Iejézel de Sheniva, un hijo del rabí de Zans, fue una protesta viviente contra esta tendencia. Se cuenta de él que no quería predicar sermones sobre las Escrituras, y que se limitaba a leer en voz alta la Torá. Uno de sus comentarios sobre su padre era que Rabí Jaím tenía el alma de Abel, pero de él mismo decía que el lado bueno del alma de Caín se había incorporado a la suya. Otro de sus dichos que ha llegado hasta nosotros es que cada tzadik se encuentra con hombres más devotos que él entre los que lo siguen, sólo que esos hombres no tienen conciencia de ello.

El profuso material legendario del que pude disponer no proporciona lo que llamaría un cuadro completo de Rabí Sha-

lom de Belz, el famoso tzadik fundador de una "dinastía". Pero algunos de sus rasgos son tan notables que no puedo omitirlo.

Dos motivos emergen con particular claridad. Uno es el de la confesión. Rabí Shalom hacía que sus jasidim le contaran todos los "pensamientos ajenos" que pasaban por sus mentes, o sea todas las tentaciones de la fantasía que les impedían concentrarse en la oración. Escuchaba sus confesiones con intensa actividad y esta relación recíproca producía la completa liberación de los jasidim.

El otro motivo tenía relación con el matrimonio. Es bien conocido que en círculos de hombres devotos no solamente la presencia de mujeres en general, sino incluso la de sus propias esposas era considerada como un factor de "distracción". Este efecto no era atribuido sin embargo a la naturaleza de la mujer como tal, sino al pecado original y, en especial, a la parte de él que era debida al elemento femenino. En el caso del rabí de Belz, el pecado parece haber sido vencido. Lo vemos sentado con su esposa como Adán y Eva antes de la caída, cuando la mujer era todavía la "ayuda adecuada" del hombre con todo su ser; el estado original de la creación es restaurado.

Rabí Hirsh de Zhydatchov, quien estudió no sólo con el Vidente sino también con los rabíes de Sasov y Koznitz, presenta una nueva y singular situación. Junto con sus hermanos y sobrinos formaba una familia que era al mismo tiempo una escuela liderada por él. Una historia que se cuenta acerca de uno de los cinco hermanos demuestra la cohesión interna que existía en el grupo. Se dice que cuando Rabí Hirsch, que era el mayor, enfermó de gravedad, uno de sus hermanos se ofreció al cielo en su lugar, porque "el mundo lo necesita más". Y su sacrificio fue aceptado.

No sólo en su trabajo sino también en su vida de todos los días Rabí Hirsh fue el verdadero cabalista entre los discípulos del Vidente de Lublín. No llevaba nunca un vaso de agua a sus labios sin pasar por una concentración mística especial (kavaná). Falto de confianza en sí mismo, temía incluso después de cumplidos los cuarenta años que llegara a dominarlo el planeta Venus, en cuya esfera el bien y el mal se mezclan. El hecho de que tantos Jasidim acudieran a estudiar con él también le inspiraba recelo: ¿tendría Satanás parte en ello? Esta duda lo asaltaba porque todo lo tomaba seriamente, incluso la relación entre la ayuda externa e interna que según su sentir debía dar a cada uno de sus jasidim. Pero, ¿cómo podía

realmente prestar atención personal a cada individuo entre tal muchedumbre?

Su rechazo de toda clase de supremacía, de cualquier pretensión exclusiva para sí mismo o cualquier otro tzadik se vincula estrechamente con su actitud general. Creía que un jasid que pensara que su rabí era el único verdadero, era un idólatra, y que lo único que importaba era que cada uno encontrara el rabí apropiado para su carácter y sus necesidades particulares, el rabí apropiado que le diera ayuda individual.

Rabí Iehúda Zvi de Rozdol (fallecido en 1847), sobrino de Rabí Hirsh, desarrolló el problema del tzadik, que su tío había planteado de una nueva manera, en relación con sus propias dudas acerca de sí mismo. Sentía que le faltaba el poder que poseían los grandes tzadikim de épocas anteriores, el poder de cambiar el mundo. El principio rector de su propio espíritu fue, según descubrió, una especie de entrega de su propio espacio, por así decir, un modo de hacer espacio. Llamaba a este elemento la nada, y decía que también hacía falta para la existencia del mundo.

Rabí Itzjac Aizic de Zhydatchov (fallecido en 1873), otro sobrino de Rabí Hirsh, aunque no reivindicó mayores títulos para el tzadik, destacó el factor positivo en su relación con los jasidim en dos formas: primero, con su idea de que todas las relaciones humanas, y por consiguiente también las del tzadik con los jasidim, están basadas en un toma y daca recíproco, y en segundo lugar al interpretar la influencia moral frecuentemente mal entendida del tzadik sobre el jasid como una acción que no es independiente sino que está condicionada por la operación religiosa y se incluye en ésta. En general podemos decir que la escuela de Zhydatchov contribuyó sustancialmente a la evaluación crítica de toda la esfera de la relación existente entre el tzadik y los jasidim, y a su nueva y más precisa delimitación.

La escuela de Pzhysha, que se originó en la de Lublín, y la escuela de Kotzk, nacida de la de Pzhysha, presentan una estructura comunal amplia e independiente. Pero no podríamos entender el rasgo saliente de estas dos escuelas sin conocer a su fundador, el Iehudí.⁶

El Iehudí se llamaba Iaacov Itzjac, igual que el Vidente;

⁶ Véase mi libro *For the Sake of Heaven* (Filadelfia, 1945), que trata de la relación ambivalente entre el Vidente y el Iehudí.

pero como no era apropiado que un tzadik usara el mismo nombre que su maestro en el círculo de éste, recibió el apodo de "el Iehudí", o sea el judío. Este apodo se volvió tan popular que posteriormente otros tzadikim se referían al rabí de Pzhysha llamándolo simplemente "el Judío Santo". Pero el nombre es asimismo simbólico y apunta al carácter especial del hombre. Incluso cuando muchacho el Iehudí se negaba a orar con intervalos establecidos y en compañía de otros. Ni golpes ni reproches servían de nada. Pero entonces su padre observó que cuando la Casa de Oración había cerrado ya sus puertas, el muchacho se trepaba al techo y entrado por una ventana para decir sus oraciones, y que lo hacía diariamente. Cuando joven le gustaba orar en un granero donde nadie podía verlo.

En esos días ya tenía la reputación de ser un gran erudito talmúdico, pero también ha de ser alguien que nada sabía del servicio del corazón. Se suponía que no tomaba el baño de inmersión porque nunca lo vieron en alguno de los grupos de diez o más que descendían los noventa escalones hasta el helado estanque. Iban juntos para hacer más leve el descenso de la larga escalera resbaladiza, y también para encender algún fuego y calentar algo el agua. Pero el Iehudí iba solo a medianoche, se sumergía sin encender ningún fuego, regresaba tan secretamente como había venido y estudiaba la Cábala. Al amanecer su joven esposa lo encontraba a veces inconsciente sobre su libro.

Los padres de su mujer vivían en la ciudad de Apt. En ese tiempo Rabí Moshé Leib de Sasov residía en la misma ciudad. Se interesó en el joven, le tomó afecto y tuvo una profunda influencia sobre su alma sensible y reticente. Simultáneamente Rabí Abraham Iehoshuá Héshel de Apt también descubrió la grandeza del alma del Iehudí. Durante muchos años enseñó a los niños en varias aldeas. Después lo invadió una nostalgia de la muerte, a la que consideraba la perfección del ser. No sabía si este anhelo era la verdad divina o su propia ilusión. Buscó apoyo y dirección, y se dice que Rabí David de Lelov lo condujo hacia el Vidente de Lublín.

Allí, según nos cuentan, fue recibido como alguien a quien se esperaba, y lo dominó un sentimiento de profunda calma. Cuando recordamos la agitación de su juventud, podemos entender lo que quería expresar al decir que en Lublín había aprendido a conciliar el sueño. Pero el Vidente no era como

su maestro el maguid de Mezritch. No tenía la misma gran claridad de éste, que despertaba la confianza de aquellos a quienes educaba. El maguid de Mezritch ayudaba a los discípulos que estaban bajo su cuidado a construir la sustancia de su vida, cada uno con sus propios elementos particulares. El Vidente vivía en el mundo de sus propias urgencias espirituales, la mayor de las cuales era su "visión". Su humildad, aunque apasionada como todas sus otras cualidades, lo impelía a cada paso a llegar a un compromiso entre su mundo personal y el mundo en general, pero sin embargo no podía entender a un ser humano como el Iehudí ni las premisas de su naturaleza, porque carecía de una que era esencial en tal hombre: la confianza de un espíritu en otro. El Iehudí, a su vez, jamás pudo entender esta falla en la personalidad del Vidente. Por eso la relación entre los dos era a la vez de intimidad y lejanía.

Finalmente el Iehudí fundó una congregación propia, un paso que, aunque dado a sugerencia de su maestro, alimentó las sospechas del Vidente. Con la ayuda de Rabí Búnam, que había sido compañero de estudios del Iehudí y se convirtió después en su discípulo, esta congregación llegó a ser la escuela de Pzhysha. Pero el punto focal en la vida del Iehudí siguió siendo su perturbada y amarga relación con el rabí de Lublín, y una y otra vez sentía el deseo imperioso de salvar el abismo insuperable.

Emprendió su propio camino a la sombra de este conflicto, y después de años de lucha la gente acudía a él en gran número. "¡Cambiad!" —les gritaba—. "Cambiad rápidamente, porque está cercano el día, y no hay tiempo para nuevas migraciones de las almas; la redención está muy cerca." Lo que quería decir es que la redención era tan inminente que la gente no tenía tiempo de buscar la perfección en nuevas encarnaciones, que tenían que dar el paso decisivo ahora, con un magno esfuerzo, para la gran transformación. El Iehudí se mantuvo apartado de las prácticas mágicas, en las que el Vidente y sus amigos incurrieron en un intento de alcanzar la esfera mesiánica afectando los acontecimientos de la época; no quería apresurar el final, sino preparar al hombre para el final.

Rabí Uri de Strelisk, "el Serafín", decía de él que "quería traer a los hombres un nuevo camino: fundir la enseñanza y la oración en un único servicio". Añadía que eso nunca había ocurrido antes, pero pienso que sí había ocurrido en los comienzos de la innovación jasídica, para perderse luego.

Y Rabí Uri decía además: "Pero murió en la mitad de su trabajo y no lo completó."

La acusación más grave que los enemigos del Iehudí levantaban contra él era que no oraba en las horas prescritas, sino que esperaba hasta sentirse colmado del deseo de orar. Esto sin embargo no era más que la primera consecuencia necesaria de su voluntad de concentrarse. No tuvo oportunidad de extraer las consecuencias ulteriores porque murió en la plenitud de su fuerza antes de cumplir los cincuenta, unos dos años antes que su maestro. De acuerdo con una leyenda, el Vidente le pidió que muriera para poder saber por su intermedio del mundo superior cuál era el próximo paso que debía darse en la gran empresa mesiánica.

De acuerdo con otra leyenda, el mundo superior le dio la opción entre morir él o que muriera su maestro, y él eligió. Hay aún otra versión que sugiere que el secreto de su juventud, que se había expresado en un anhelo de muerte, se renovó en ese tiempo en un plano más elevado, y que la "unificación" más alta está ligada con la muerte corporal cuando se realiza por los que están desarraigados; y este florecimiento tardío del jasidismo ya no contaba con raíz verdadera alguna. La historia de su muerte está envuelta en el misterio, más que la de ningún otro tzadik.

El Iehudí formuló una vez la enseñanza que él encarnó con unas pocas y concisas palabras que son un comentario del versículo de las Escrituras: "La justicia, la justicia seguirás." Fueron éstas: "Debemos practicar la justicia con justicia y no con iniquidad." A los relatos que se refieren al Iehudí hemos agregado otros, relacionados con sus hijos y nietos, con el propósito de mostrar cómo, en este caso, una peculiaridad del carácter se mantiene a través de varias generaciones.

Rabí Simja Búnam de Pzhysha fue el más grande de los discípulos del Iehudí y asumió su sucesión. Había viajado de un lado a otro desempeñándose como copista, comerciante en maderas y farmacéutico; pasó a Hungría para estudiar el Talmud y también hizo repetidos viajes de negocios a Dantzig. Dondequiera que iba mantenía los ojos abiertos y una actitud desprejuiciada y libre. "Sé todo acerca de los pecadores" —dijo una vez—, "y también sé cómo enderezar un árbol joven que está creciendo torcido."

Cuando Búnam cobró conciencia de la verdad jasídica, estudió con el Maguid de Koznitz, a quien visitaba frecuente-

mente. Después viajó a Lublín, donde el Vidente no tardó en sentir afecto por este hombre "mundanal". Por último se relacionó con el Iehudí y fue muy pronto su discípulo de confianza.

Después de la muerte del Iehudí, la gran mayoría de los jasidim de Pzhysha eligieron a Búnam como su rabí, pero él se mostró renuente a responder a su llamado e hizo esperar durante varios días a muchos que venían a verlo, porque encontraba difícil ejercer su nuevo oficio. No tenía contacto con las masas, ni siquiera el que el Iehudí tuvo con sus seguidores durante el último período de su vida: el de aceptar su entusiasmo. Pero en cuanto empezó a enseñar seriamente, la enseñanza se convirtió en la más vital de sus funciones, y la cumplió con un hondo sentido de la responsabilidad. Sacudió y revolucionó la vida de los jóvenes que venían de todas partes y pedían permiso para estar a su lado. Como estos jóvenes dejaban por él sus hogares y asuntos, las familias de todas partes expresaban más enemistad hacia él que hacia cualquier otro tzadik.

Muchos tzadikim de su tiempo le eran hostiles por razones objetivas. Rabí Naftalí de Roptchitz, quien había combatido con vehemencia al Iehudí, dijo una vez a un joven que le pedía bendijera su matrimonio con una joven de la vecindad de Pzhysha: "No digo nada contra el rabí, porque es un tzadik; pero su camino es peligroso para los discípulos que lo siguen. ¡Servimos tantos años para lograr el poder y fervor que ellos adquieren en tan poco tiempo! Con esos métodos 'el otro lado' puede inmiscuirse —¡Dios no lo permita!—, con la ayuda del demoníaco planeta Venus." Finalmente, en la gran boda de los tzadikim en Ostila hubo algo semejante a una sesión de un tribunal, en la que el rabí de Apt presidió y rechazó los cargos, que sin embargo eran más legítimos de lo que suponían quienes los formularon.

Búnam trató de conducir a los jasidim por el camino que había tomado el Iehudí, pero no pudo lograrlo, porque no compartía la creencia de su maestro de que el hombre debe estar preparado para la redención aquí y ahora, y de que la redención estaba próxima. El Iehudí había tratado de echar raíces en *la meta*. Pero Búnam no podía concebir a esa meta como el objetivo directo de sus acciones personales, y de este modo la herencia de su maestro quedó vacante. La perspectiva de una nueva fusión de la enseñanza y la plegaria, que por breves momentos había iluminado el horizonte, se desvaneció.

Fue así porque la antigua raigambre ya no estaba y resultó imposible echar nuevas raíces. La sabiduría podía prosperar aún en la atmósfera del "individualismo", del abandono que ahora se convertía en el abandono de la meta, pero la santidad no podía madurar en ella. El sabio Búnam fue conocido como "el hombre versado en el misterio", pero ya no estaba cerca del misterio mismo, como lo había estado el Iehudí al igual que los primeros tzadikim. Sus profundas conversaciones en la mesa y sus cristalinas parábolas presentan un poderoso testimonio de la verdad religiosa, pero no puede ser considerado como el cuerpo y la voz del espíritu religioso. La oración, que el Iehudí había "demorado", o sea subjetivizado, pasó a ser subsidiaria de la enseñanza, un resultado natural de la supremacía de la escuela sobre la congregación. Y bajo la influencia del desarraigo, la enseñanza misma dejó de ser la transmisión de lo inefable y se convirtió una vez más en mera preocupación por el estudio del contenido.

La cualidad siniestra de este período posterior de desintegración, que fue sólo paliada por la clara sabiduría de Rabí Búnam, se revela en la leyenda sobre su hijo, Rabí Abraham Moshé, quien murió antes de los treinta años, poco tiempo después que su padre. Todo en él era conciencia de la muerte y deseo de morir. Rabí Búnam decía de su hijo que tenía el alma del Rey Jeroboam I, que separó a Israel de Judá, y que su camino podía llevar al mal mayor o a la bondad perfecta y a una muerte temprana. Y fue esto último lo que ocurrió.

Lo que el joven rabí dice respecto del sacrificio de Isaac tiene un sombrío timbre personal: el amor de Abraham a su hijo se expresó en su misma disposición a sacrificarlo, porque Isaac vivía en la casa de Abraham "sólo como un hijo", cuando en realidad era el cordero que debía ser ofrendado a Dios.

Hay una extraña historia acerca de que antes de su matrimonio —se casó con una de las nietas del Iehudí— su padre lo envió al cementerio para que invitara a uno de los muertos, y Moshé cometió un error e invitó a quien no correspondía. No permaneció en su casa después de su boda, sino que se dirigió a los bosques con un grupo de jóvenes "apegados a él" y con ellos aprendió "el modo jasídico". (Sabemos de un grupo semejante de jóvenes que rodeaba a Rabí Shalom Shajna, y encontraremos la misma situación en el caso de Rabí Méndel de Vorki). Era el mismo bosque que una vez había recorrido el Vidente de Lublín, y donde había dicho que "todas las enseñanzas manifiestas y ocultas junto con la Divina Pre-

sencia" estarían presentes alguna vez allí. Su padre fue a buscarlo para devolverlo a su hogar y a su joven esposa. Como si despertara de un sueño, dijo: "Había olvidado".

A la muerte de su padre vaciló en convertirse en su sucesor, porque sabía que al hacerlo acortaría su propia vida. Sin embargo, se decidió en este sentido. Sólo dos años después, con todo, sintió "el anhelo" de la muerte, y murió. Era tan hermoso en la muerte como lo había sido en vida. Un tzadik que se acercó cuando lo llevaban, exclamó: "¡Ay de la belleza que debe pudrirse en la tierra!", y luego cayó en un silencio que no interrumpió en todo ese día.

Se dice que Rabí Abraham Moshé fue un gran músico. Por lo que sabemos, fue el único hijo de Rabí Búnam.

Si seguimos a Rabí Janoj en su afirmación de que los discípulos de Rabí Búnam fueron como comentarios de sus enseñanzas, debemos considerar a Rabí Menájem Méndel de Kotzk (fallecido en 1859) como el comentario que en sí mismo necesitaba de un comentario, pero nunca encontró uno, porque sus discípulos no lo fueron.

Desde su niñez fue Rabí Méndel un rebelde que protegía celosamente su independencia. Se dice que cuando el Vidente de Lublín envió por él y, de acuerdo con su costumbre, le hizo preguntas que revelaban su propio don de "ver", Méndel sólo contestó bajo protesta. Posteriormente, cuando el Vidente censuró su modo de ser por considerar que llevaba a la melancolía, Méndel dejó Lublín y se dirigió a Pzhysha. Allí se sometió en verdad a la guía del Iehudí, pero poco tiempo después de la muerte de su maestro su espíritu irreprimible volvió a rebelarse, y no sólo por la irritación que le producía la muchedumbre de visitantes ociosos: fue una verdadera rebelión del espíritu.

Cuando se convirtió en rabí, resultó perfectamente claro que tendía fanáticamente a una renovación fundamental del movimiento. El jasidismo debía recordar el propósito de la creación del hombre: "Elevar los cielos". Declaró: "La santa revelación ha degenerado en hábito". Y cada porción de fuerza tenía que concentrarse para presionar hacia la revelación, hacia el punto desde el cual los cielos pudieran ser "elevados".

Esta ya no podía ser la tarea de la congregación: era la tarea de los discípulos. El vínculo entre la congregación y la escuela parece haberse roto definitivamente. La congregación tenía aún las plegarias, y las plegarias eran en Kotzk tan supre-

mamente importantes como en cualquier otra parte. El rabí mismo era elogiado porque oraba sin esfuerzo ni ostentación, "como alguien que conversa con un amigo". Pero para engañar al mundo —y en Kotzk siempre estaban dispuestos a fingir ante la vista del mundo— las oraciones eran "rápidamente despachadas". En verdad, ya no había ningún sentimiento real por la oración congregacional como tal. La oración y la enseñanza habían llegado a ser finalmente dos mundos relacionados sólo por el conocimiento del objetivo, pero no por el ardor del espíritu y el entusiasmo de la práctica. El "templo de amor" que alguna vez cobijara el grande y mutuo amor de los jasidim se había cerrado por el abuso del fuego sagrado y ya no podía ser reabierto. Todo dependía de los discípulos como una élite que debía presionar hacia la revelación.

Hacia el fin de su vida Rabí Méndel aludió a lo que había sido su propósito original diciendo que había intentado "entrar en el bosque" con cuatrocientos jasidim y darles "maná" de modo que pudieran conocer el poder soberano de Dios. Es ésta la visión de una nueva marcha por el desierto para conocer la nueva revelación. Rabí Méndel interpretaba que las palabras del Talmud, "la Torá fue dada sólo a los que comen maná", se referían exclusivamente a los que no se preocupan por el mañana (Exodo 16:19 y sigs.). En tal sentido es significativo que ya de niño insistía en que recordaba haber estado en el Sinaí, y como rabí prescribía a todos que imaginaran en su corazón la permanencia en el Sinaí.

Algunos de sus dichos que han llegado hasta nosotros, revelan su esperanza de que cada miembro de su grupo selecto fuera capaz de "ver directamente el cielo" y llegar a ser como el Baal Shem. Esto es parte de una actitud coherente, ya que se consideraba a sí mismo como el shabat en el que culminaba el trabajo de la magna semana iniciada con el Baal Shem. Pero estas visiones pronto se desvanecieron. Los abrumadores desengaños que había sufrido en sus primeros años lo indujeron a concentrarse en el estudio con fanática intensidad. Sus discípulos que en su mayoría, dicho sea de paso, debían ganarse la vida con trabajos manuales, se consideraban a sí mismos muy por encima del resto del mundo, y esto llevó a resultados indeseables.

Después que sus primeras y audaces esperanzas resultaron frustradas, su única preocupación fue mantener interna y externamente lo que él consideraba la verdad, la cual no era un contenido sino una cualidad personal, algo "que no puede

ser imitado". Explicaba las palabras del salmo según las cuales Dios está cerca de todos los que lo llaman en la verdad, interpretándolas con este sentido: los que lo llaman con la cualidad de la verdad que vive en sus corazones, y se negaba a transigir incluso con la escuela de un amigo, si tenía que ser en términos que violaban esta cualidad.

Fue aun más intransigente en la defensa de la verdad interior. El mandamiento de Dios, enseñaba, no debe ser convertido en un ídolo para ocultar la verdad, y cuando decimos "Dios" debemos significar el verdadero Dios y no "una imagen fundida" de nuestra fantasía. Es perfectamente comprensible que sólo unos pocos de sus discípulos —discípulos y ex compañeros, como el rabí de Guer, que veían en Méndel "una chispa del fuego verdadero" y "se rindieron a él"— incorporaran la severa enseñanza de la verdad personal a sus vidas y la hicieran vivir. (Un discípulo definió en esta forma el sentido de esa enseñanza: "No hay verdad mientras la persona entera de uno no es internamente una y está unificada en Su servicio, mientras la persona entera no es una sola verdad desde la primera hasta la última letra de las Escrituras".)

La mayoría de ellos probablemente disfrutaban escuchando los dichos de Rabí Méndel, como por ejemplo cuando elogiaba a Faraón porque "era un hombre" y había permanecido firme frente a las plagas, pero no comprendían las implicaciones de sus juicios. La desilusión que experimentó el rabí respecto de sus jasidim ciertamente contribuyó a tornarlo sombrío y apartado durante los últimos veinte años de su vida.

Pero tomaríamos demasiado a la ligera esta figura trágica de la agonía jasídica si intentásemos explicar los acontecimientos de su vida en relación con sus experiencias personales, sin analizar el cambio en la fe misma. Creo que la declinación de un gran movimiento, sobre todo de un gran movimiento religioso, es la prueba más severa a que puede ser expuesta la fe de un hombre realmente creyente, una prueba mucho más difícil que cualquier destino personal. Y Rabí Méndel era un hombre realmente creyente. Dijo una vez acerca de sí mismo: "Tengo fe; la fe es más clara que la visión".

Para mí el más grave interrogante que puede plantearse es cómo tal proximidad de Dios pudo cambiarse en tal lejanía de Dios. En la historia del jasidismo esta cuestión aparece con la escuela de Pzhysha. Las palabras del Iehudí: "Esto también será corrupto" son pruebas de que ya lo había percibido; trató de combatirlo reclamando enérgicamente un cam-

bio. Este interrogante también arrojó su sombra sobre Rabí Búnam —como lo sabemos a causa, entre otras cosas, de su elaboración a fondo del tema de los “jasidim de Satanás”— y respondió enseñando que el pastor está ahí incluso si las ovejas no lo ven. En la época de Rabí Méndel la declinación había ido tan lejos y él era tan sensible a ella, que la cuestión le asestó crueles golpes y sucumbió a ellos.

La crisis llegó una noche de un viernes en la que el rabí no pronunció la Bendición de la Santificación (Kidush) hasta la medianoche y no salió de su habitación para ir a la mesa del shabat hasta esa hora. Los informes orales, que en su mayoría se han preservado, difieren considerablemente acerca de lo que ocurrió entonces, pero todos coinciden en cuanto a cierta nota más o menos franca de antinomia, en cuanto a la transferencia de la rebeldía interior de Rabí Méndel a su relación con la Torá. Esto subsiste aun cuando no sepamos si realmente dijo las palabras que le atribuye el llamado grupo “iluminado”: que el hombre con todos sus impulsos y apetencias es parte de Dios, y si finalmente gritó: “¡No hay juicio y no hay juez!”, o si sólo tocó el candelabro y de este modo pecó ostensiblemente contra la ley del shabat.

Como quiera que sea, algo profundamente perturbador debe de haber ocurrido, porque de otro modo no podríamos explicarnos un incidente respecto del cual todos los informes concuerdan en gran medida. Se afirma que Rabí Mordejái Iosef, que fuera en otro tiempo condiscípulo de Rabí Méndel en lo de Rabí Búnam, más tarde su discípulo y siempre su rival secreto, proclamó ante los jasidim: “Las tablas y las tablas rotas fueron guardadas por igual en el Arca de la Alianza, pero cuando el nombre de Dios es profanado, no hay lugar a consideración para el honor de un rabí: ¡Amárrenlo!”. El cuñado de Rabí Méndel, el fiel rabí de Guer, se opuso a Rabí Iosef y logró calmar a gran parte de los jasidim. El resto dejó Kotzk después del shabat, con Rabí Mordejái al frente. Este se instaló en el poblado de Izbica y posteriormente declaró que “el Cielo le había ordenado” dejar a su ex maestro.

A partir de ese momento y durante los veinte años restantes de su vida, Rabí Méndel permaneció en su habitación, detrás de dos puertas que casi siempre estaban cerradas. En una de las puertas se practicaron dos orificios, a través de los cuales oía el servicio en la Casa de Oración adyacente, mirando probablemente en ocasiones. Abría algunas veces la otra puerta, cuando los jasidim estaban reunidos afuera. En

tales circunstancias quedaba parado en el umbral sin su caftán. Era terrible contemplar su rostro. Los maldecía y sus palabras entrecortadas brotaban de sus labios con tal fuerza que los discípulos se sentían dominados por el terror y huían de la casa por puertas y ventanas. Pero a veces, algún viernes por la noche salía de su habitación vestido con su pekeshe blanco y saludaba a sus visitantes, a quienes, fuera de estas ocasiones extendía sólo las puntas de los dedos a través del agujero de la puerta. Pero nunca se sentó a la mesa del shabat y casi nunca comió otra cosa que un plato de sopa por la noche. Al ser llamado a leer la Torá en un shabat, se acercaba al púlpito, con el manto de la oración cubriéndole el rostro, para regresar en cuanto había leído el pasaje de las Escrituras. Los ratones corrían libremente por su habitación, y cuando los jasidim escuchaban sus movimientos susurraban a los recién llegados que eran las almas que venían al rabí para que éste las redimiera. Y si alguien preguntaba a un jasid de Kotzk qué había hecho el rabí respecto del baño de inmersión, se le contestaba que la legendaria fuente de Miriam, que incluida en una piedra había acompañado a los judíos en su viaje por el desierto, se había abierto en la habitación del rabí.

He contado la historia del rabí de Kotzk con tanto detalle porque es una ilustración notable del fin de un proceso; produce la impresión de ser el acto final de un drama. Pero considerarlo como un fin desde el punto de vista puramente cronológico sería un error. Por el contrario, Kotzk se convirtió en un foco de vida y trabajo jasídicos y siguió como si esto no fuera el fin de una fase, sino un punto intermedio.

Tres tzadikim que fueron amigos cercanos de Rabí Méndel son un buen ejemplo de ello. Fueron Itzjac de Vorki, que murió diez años antes que Méndel (1848), y que debe ser considerado juntamente con su hijo, cuyo nombre también fue Méndel (fallecido en 1868); Itzjac Meír de Guer (fallecido en 1866), y Janoj de Alexander (fallecido en 1870), que sobrevivieron a Rabí Méndel de Kotzk casi diez años. Pero si escuchamos con atención podemos oír cómo el ocaso golpeaba también a sus vidas, aunque mucho más suavemente.

Me ocuparé primero de Rabí Janoj, el último de los tres, porque es el único de quien puede decirse que fue discípulo del rabí de Kotzk en el verdadero sentido de la palabra. Rabí Méndel y ellos tres habían estudiado juntos con Rabí Búnam. Cuando éste murió, el rabí de Guer, que tenía veintiocho años y había alcanzado ya su propia posición espiritual y su propia

esfera de trabajo, se subordinó deliberadamente al rabí de Kotzk después de hablar con él en el bosque durante una noche entera —así lo afirma la tradición— porque vio “la luz brillando desde Tomashow” (el primer hogar de Rabí Méndel).

El rabí de Vorki, que era veinte años mayor que los otros dos, visitó al Vidente de Lublín cuando era muchacho y estudió después con David de Lelov y con Búnam. Cuando Rabí Búnam murió, se unió a Abraham Moshé durante el breve período de su rabinato y más tarde encabezó una congregación propia, por un tiempo incluso en Pzhysha. Durante toda su vida, sin embargo, fue un verdadero amigo de Rabí Méndel. Pero Rabí Janoj fue el discípulo por excelencia del rabí de Kotzk, quien había sido antes su condiscípulo en la Casa de Estudio de Rabí Búnam. Rabí Janoj decía siempre que antes del rabí de Kotzk nadie le había enseñado que un jasid era un ser humano que preguntaba por el significado. Incluso en Kotzk ocultaba su profunda y ardiente naturaleza librándose a toda suerte de bufonerías. Desarrolló, de las enseñanzas de Rabí Méndel, sólo el elemento jasídico antiguo y original. Su principal contribución fue dar una forma más concreta y perfecta al concepto de “elevar los cielos”. Enseñaba que lo que se llama los dos mundos, el cielo y la tierra, son en realidad un solo mundo que fue escindido pero volverá a ser entero si el hombre logra que se le confíe la tierra lo mismo que el cielo. (Aquí parece exigir lo opuesto de “elevar los cielos”, y sin embargo se trata de la misma cosa, porque un cielo que ya no está separado de la tierra, que ya no está privado de la tierra, un cielo sin brechas, ciertamente tiene que haber sido “elevado”.) Todos los hombres, por otra parte, tienen la posibilidad de hacer la tierra semejante al cielo, porque en el fondo de cada corazón hay un residuo de la sustancia y el poder del cielo, que puede obrar desde su morada humana. Israel está en el exilio; el hombre está en el exilio, pero es el exilio de su propia bajeza, a la cual otorga el control de su corazón celestial. Esto debe tomarse como punto de partida para la participación del hombre en la redención. Aquí tenemos las enseñanzas jasídicas clásicas en una nueva forma que incluso se acerca a los puntos de vista de la época en que vivimos. La parábola del discípulo del Maguid, Rabí Aarón de Karlín, sobre la negación del yo reaparece en forma práctica cuando Rabí Janoj se abstiene de referirse a sí mismo como “yo” porque este pronombre pertenece únicamente a Dios. Pero su melancolía, más que sus afirmaciones desespe-

radas, tales como sus palabras sobre el envejecimiento de las melodías, prueba su profunda visión de la decadencia del jasidismo y de la necesidad de regenerarlo.

En cambio, los brillantes dichos de Rabí Itzjac de Guer no pueden elaborarse en una doctrina unificada y relativamente independiente como los de Rabí Janoj. El rabí de Guer fue un aforista en alguna medida semejante a Rabí Israel de Rizhyn, a quien se parecía asimismo en otros aspectos. También él fue un tzadik representativo, de vasta influencia, pero se preocupaba por los asuntos sociales y culturales de los judíos polacos en una extensión mucho mayor que el rabí de Rizhyn, y hablaba de sí mismo con una autocrítica humilde muy ajena a Rabí Israel.

Su actitud crítica, aunque no desesperanzada, hacia el movimiento, cuya declinación reconocía, se expresa muy claramente en cierta descripción —seguramente referida de algún modo a su experiencia personal— que hizo en su vejez acerca de una congregación que lo tenía todo: un líder y miembros y una Casa de Estudio y todos los accesorios. De repente Satanás extrajo el punto más profundo. “Pero todo siguió como siempre, y la rueda siguió girando, sólo que el punto más profundo faltaba.” Estaba hablando serenamente a su nieto, pero de pronto su relato le arrancó una exclamación: “¡Ayúdanos, Dios! ¡No debemos permitir que esto ocurra!”

Rabí Itzjac de Vorki, el tercero de los tres discípulos de Kotzk, también era dado a la autocrítica, pero no tenía tan definida resolución frente al movimiento que declinaba. Este hombre noble, que entre todos los discípulos fue el que más se acercó a la madura sabiduría de Rabí Búnám, parece no haber advertido los problemas de esa hora tardía. Pero pienso que lo que decía sobre el retorno aparentemente sin esperanza y sin embargo no tan sin esperanza del gran pecador va más allá de la esfera de la experiencia personal.

Su hijo Méndel de Vorki, por otro lado, dio expresión directa y poderosa a la crisis, no tanto en uno u otro de sus juicios, sino por medio de su silencio. Las variaciones que nos han llegado sobre el tema de su “silencio” forman un cuadro curioso. En su caso el silencio no fue un rito, como entre los cuáqueros, ni una práctica ascética, como en alguna sectas hindúes. El rabí de Kotzk lo llamaba un “arte”. El silencio era su senda. No se basaba en un principio negativo; tampoco era meramente la ausencia de la palabra. Era positivo y tenía un efecto positivo. El silencio de Méndel era un cuenco col-

mado de una esencia invisible, y los que estaban con él la respiraban. Hay un relato de cómo se encontró con otro tza-dik por primera vez, cómo estuvieron sentados una hora frente a frente en completo silencio, del mismo modo que Egidio, el discípulo de San Francisco, y San Luis de Francia, y los dos se beneficiaron con la experiencia. Pasó una noche de silencio con sus jasidim, y ellos se sintieron elevados hacia el Uno.

No hay duda de que el silencio era su clase especial de fervor, su jasidismo. Pero era no solamente esto. Cuando él hablaba del silencio —aunque no del suyo, al que nunca se refería directamente— no lo interpretaba como una oración sin palabras, sino como un llanto o “un grito silencioso”. El grito silencioso es una reacción ante un gran dolor. Es en general la reacción del judío ante su propio gran dolor; “es digno de nosotros”. Al leer entre líneas descubrimos que es en particular su reacción, la de Méndel de Vorki, ante la hora en que “el presente también está corrupto”. El tiempo de las palabras ha pasado. Ya es tarde.

I

ISRAEL BEN ELIEZER, EL BAAL SHEM TOV

El Arbol del Conocimiento

Dicen que una vez, cuando todas las almas estaban todavía reunidas en el alma de Adán,¹ a la hora en que éste se detuvo al lado del Arbol del Conocimiento, el alma del Baal Shem se alejó y no comió del fruto del árbol.

Los sesenta héroes

Se dice que el alma de Rabí Israel ben Eliézer se negó a descender a este bajo mundo porque la espantaban las feroces serpientes que serpean en cada generación y temía que debilitaran su coraje y la destruyeran. Así pues, le fue dada una escolta de sesenta héroes, como los sesenta que rodeaban el lecho del Rey Salomón² para protegerlo de los terrores de la noche. Sesenta almas de tzadikim para proteger su alma. Y éstos fueron los discípulos del Baal Shem.

La prueba

Se cuenta que:

Rabí Eliézer, el padre del Baal Shem, vivía en una aldea. Era tan hospitalario que había colocado guardianes en las afueras del pueblo para esperar a los viajeros pobres y llevarlos a su casa a fin de darles sustento y abrigo. Y aquellos que están en el cielo se regocijaron por sus acciones y un día de-

¹ Según la Cábala, las almas de todos los hombres estaban contenidas en el alma de Adán, y de allí partieron para iniciar sus peregrinajes.

² Cantar de los Cantares 3:7.

cidieron ponerlo a prueba. Satanás se ofreció para hacerlo, mas el profeta Elías pidió ser enviado en su lugar. Tomó una alforja y un báculo y, bajo el aspecto de un pobre caminante, llegó un sábado a la tarde a la casa de Rabí Eliézer y lo saludó. Rabí Eliézer ignoró la profanación del sábado pues no quiso mortificar al hombre. Lo invitó a su mesa y lo albergó en su hogar. Tampoco expresó el menor reproche cuando a la mañana siguiente el huésped se despidió. Entonces el profeta se manifestó y le prometió un hijo el cual haría que los ojos de Israel vieran la luz.

Las palabras del padre

El padre de Israel murió cuando éste era niño aún.

Al sentir que la muerte se acercaba tomó al muchacho en sus brazos y le dijo: "Veo que harás resplandecer mi nombre, mas no me es dado acompañarte hasta tu edad viril. Percada día recuerda, hijo querido, que Dios es contigo y por ello no debes temer a nada en el mundo entero."

Israel atesoró estas palabras en su corazón.

Vanos intentos

Después de la muerte del padre de Israel, el pueblo cuidó del muchacho por amor a Rabí Eliézer cuya memoria les era cara, y enviaron su hijo a un melamed. Resultó que Israel acostumbraba a estudiar con aplicación a lo largo de unos pocos días y luego escapaba de la escuela y lo encontraban en algún lugar del bosque, solo. Atribuían esa conducta al hecho de que era huérfano, desprovisto de los cuidados y la vigilancia necesarios, y lo devolvían al melamed una y otra vez. Y una y otra vez el muchacho huía a los bosques hasta que la gente desesperó de convertirlo en un hombre probo y honesto.

La primera batalla

Cuando el muchacho se hizo mayor se colocó como asistente del maestro. Por la mañana temprano buscaba a los niños en sus hogares para llevarlos a la escuela y Casa de Oración. Con voz clara y conmovedora les recitaba aquellas palabras de las plegarias que se dicen a coro, tales como: "Amén, que Su grande nombre sea bendecido por siempre,

eternamente." Mientras marchaba con los niños cantaba y les enseñaba a cantar con él. Y al llevarlos de vuelta a sus casas iba por los campos y los bosques.

Los jasidim decían que aquellos que estaban en el cielo se regocijaban cada mañana con esos cantares, así como una vez se regocijaron con el canto de los levitas en el Templo de Jerusalén. Las horas en que las huestes del cielo se reunían para escuchar las voces de los mortales eran horas de gracia. Pero Satanás estaba también allí. El sabía muy bien que lo que abajo sucedía amenazaba su poder en la tierra. Así pues, entró en el cuerpo de un hechicero que se convirtió en lobo.

Una vez que Israel paseaba por el bosque cantando, al cuidado de los pequeños, el monstruo cayó sobre ellos y los niños se dispersaron gritando. Algunos enfermaron por el susto y los padres decidieron poner fin a las andanzas del joven asistente. Pero éste, recordando las palabras que su padre dijera en su lecho de muerte, fue de casa en casa prometiendo a la gente proteger a los niños y logró persuadirlos para que confiaran otra vez en él. La vez siguiente que acompañó a los niños al bosque se armó de un grueso bastón. Entonces el lobo atacó de nuevo y él lo golpeó entre ambos ojos de tal manera que murió al instante. Al día siguiente encontraron al hechicero muerto en su casa.

Conjuros

Después Israel se empleó para servir en la Casa de Estudio. Pero como debía permanecer en ella día y noche y sentía que el cielo deseaba que él mantuviera en secreto su fervor y su empeño, adoptó la costumbre de dormir mientras los demás estaban despiertos y de orar y estudiar mientras dormían. Pero todos pensaban que Israel dormía por la noche y también gran parte del día. Los jasidim relatan los sucesos maravillosos que ocurrieron en ese entonces.

Antes de los tiempos del Baal Shem Tov hubo, según se cuenta, un hacedor de milagros llamado Adán, de quien no se sabe exactamente dónde vivió, pero que puede haber sido en la ciudad imperial de Viena. Como toda la serie de hacedores de milagros anteriores a él, Adán fue llamado Baal Shem, es decir el Maestro del Nombre, porque conocía el nombre secreto de Dios y podía decirlo de tal modo que, con su ayuda, le era dado realizar extraños conjuros y sobre todo curar cuerpos y almas. Cuando sintió que iba a morir no supo

a quién dejar los antiguos escritos que le habían enseñado sus arcanos, y que se remontaban a los tiempos de Abraham el patriarca. Porque si bien su hijo era a la vez docto y devoto, no le parecía sin embargo merecedor de semejante herencia. Así pues, Adán interrogó al cielo durante el sueño sobre lo que debía hacer y le fue indicado que los escritos debían entregarse a Rabí Israel ben Eliézer, en la ciudad de Okup, el cual tenía entonces catorce años. Y en su lecho de muerte Adán confió a su hijo ese mandato.

Cuando éste llegó a Okup halló difícil creer que el sirviente de la Casa de Estudio, considerado en general como un muchacho tosco e ignorante, fuera la persona que él buscaba. Permitió al muchacho que lo atendiera, lo observó secretamente de cerca y pronto comprendió que Israel ocultaba al resto del mundo su verdadero carácter y sus preocupaciones. Entonces le dijo quién era, le entregó los escritos y le pidió únicamente participar en su estudio bajo la dirección del joven. Israel consintió, con la condición de que tal acuerdo permaneciera secreto y que él continuara sirviendo al forastero. El hijo de Adán alquiló una casa pequeña en las afueras de la ciudad, alejada de las demás, y la gente estuvo más que contenta de darle a Israel como sirviente. Creyeron por cierto que ese hombre sabio y devoto deseaba amparar al muchacho sólo por haber sido su padre persona de tanto mérito.

Un día el hijo de Adán pidió al muchacho que conjurara al Príncipe de la Torá, con ayuda de las indicaciones dadas en los escritos, a fin de pedirle la solución de ciertas dificultades en la enseñanzas. Durante largo tiempo Israel se negó a afrontar semejante riesgo, pero finalmente se dejó persuadir. Ayunaron de sábado a sábado, tomaron un baño purificador y, al terminar el shabat, realizaron los ritos prescriptos. Pero tal vez porque el hijo de Adán no concentró su alma totalmente en las instrucciones, se deslizó un error. En lugar del Príncipe de la Torá apareció el Príncipe del Fuego e intentó quemar la villa entera. Y fue sólo con un inmenso esfuerzo que lograron salvarla.

Transcurrido un largo tiempo, el hijo de Adán instó al muchacho a realizar otro intento. Israel se negó con determinación a reiterar lo que obviamente desagradaba al cielo. Pero cuando su compañero apeló al nombre de su padre, que le había legado los escritos milagrosos, entonces consintió. Nuevamente ayunaron desde un shabat hasta el siguiente, nuevamente se sumergieron en el baño purificador y, al terminar

el shabat, efectuaron los ritos prescriptos. Repentinamente el muchacho clamó que estaban condenados y que morirían a menos de velar toda la noche con el alma en incansable vigilia. Toda la noche permanecieron de pie. Pero al llegar el filo del alba, el hijo de Adán no pudo luchar más contra el sueño y se durmió. En vano trató Israel de despertarlo. Fue sepultado con grandes honores.

Su boda

En su juventud Israel ben Eliézer fue maestro asistente en una pequeña comunidad, no lejos de la ciudad de Brody. Nadie sabía demasiado sobre él, pero los niños a los que enseñaba se sentían tan felices y afanosos de aprender que sus padres comenzaron a apreciarlo. Pronto se supo que era prudente y la gente vino a pedirle consejo. Cuando estallaba una querrela el joven maestro era llamado como mediador, y lo hacía tan bien que el hombre contra quien había dictaminado no estaba menos complacido que su opositor, en cuyo favor él había hablado, y ambos seguían su camino serenos y felices.

En aquella época un gran erudito, Rabí Guershon de Kivotov, vivía en Brody. Su padre, Rabí Efraím, sostenía un litigio con un miembro de la comunidad donde enseñaba el Baal Shem. Acudió a su contrincante y le sugirió que ambos fueran a Brody para someter el caso al tribunal rabínico. Pero el otro hombre le habló de la prudencia y el sentido de la justicia del joven maestro de tal manera que Rabí Efraím consintió en someterle el asunto. Cuando entró en la habitación y lo miró, quedó pasmado ante el fulgor que despedía la frente de Israel. El había visto esa misma señal —¡y jamás lo olvidaría!— en la pequeña frente de su propia hija cuando la comadrona le presentó la criatura recién nacida. Bajó la vista, se le anudó la lengua y difícilmente logró formular su petición. Cuando pudo levantar los ojos, la señal se había desvanecido. Israel escuchó, hizo preguntas y luego pronunció su dictamen. De inmediato los corazones de ambos hombres quedaron en paz y les pareció que el resplandor mismo de la justicia nacía de la oscuridad de su desacuerdo.

Más tarde Rabí Efraím visitó al Baal Shem y le rogó que tomara a su hija por esposa. Israel dio su consentimiento, pero impuso dos condiciones: que su acuerdo permaneciera secreto por un tiempo y que, en el contrato que se habría de redactar, su saber no debería ni siquiera mencionarse, debiendo ser lla-

mado únicamente por su nombre, Israel ben Eliézer, porque —añadió— “es a mí a quien quieres como marido para tu hija y no a mi sabiduría”. Y todo se realizó según sus deseos.

Cuando Rabí Efraím regresó de su viaje, cayó repentinamente enfermo y murió pocas horas después. Su hijo, Rabí Guershon de Kitov, vino a la casa paterna para el entierro. Entre los papeles de su padre halló el contrato de casamiento según el cual su hermana había sido prometida a un hombre que carecía de títulos de estudios y no pertenecía a una familia de renombre. Ni siquiera se mencionaba la ciudad natal del extranjero. Informó de inmediato a su hermana acerca del inaudito arreglo, pero ella respondió simplemente que si tal había sido el deseo de su padre, sólo ese arreglo, y ningún otro, sería bueno para ella.

Israel esperó hasta haber completado el año de clases. Los padres de sus discípulos no querían dejarlo ir, pero él no permitió que lo detuvieran. Se quitó su ropa y vistió una zamarra de badana con un ancho cinto de cuero como usaban los campesinos y adoptó sus palabras y sus gestos. Así llegó a Brody y a la casa de Rabí Guershon. Se detuvo en el umbral de la puerta. El sabio, que se encontraba justamente comparando diversas interpretaciones de un pasaje difícil del Talmud, dio una moneda al forastero. Dijo entonces éste que tenía algo que comunicarle. Pasaron juntos al cuarto vecino e Israel informó al rabí que había venido para buscar a su esposa. En medio de la mayor consternación Rabí Guershon llamó a su hermana para que viera al hombre que su padre había elegido para ella. Pero todo lo que ella dijo fue: “Si él lo ordenó, es que es la voluntad de Dios”, y les pidió que se prepararan para la boda. Antes de dirigirse al palio nupcial el Baal Shem habló con su mujer y le reveló su secreto. Pero ella debió prometerle no pronunciar una sola palabra sobre el asunto, sucediera lo que sucediese. Le anunció también que les esperaban grandes miserias y tribulaciones. Ella le respondió que las cosas serían como habrían de ser.

Después del casamiento Rabí Guershon se dedicó, día tras día, a enseñar la Torá a su ignorante cuñado, pero le fue imposible conseguir que recordara ni una sola de las palabras de las enseñanzas. Finalmente dijo a su hermana: “Me siento avergonzado de tu esposo. Sería bueno que se divorcieran. Pero si no quieres hacerlo te compraré caballos y un carruaje y puedes irte con él a donde quieras.” Ella estuvo muy satisfecha con esta segunda alternativa.

Y viajaron hasta llegar a una pequeña ciudad en los Montes Cárpatos, donde la mujer halló un lugar para vivir. Israel se fue a las montañas vecinas, se construyó una choza y se puso a juntar arcilla. Dos o tres veces a la semana venía su mujer, lo ayudaba a cargar la arcilla en la carreta y la llevaba al pueblo para venderla por una módica suma. Cuando Israel tenía hambre ponía agua y harina en una pequeña artesa, amasaba la mezcla y la cocía al sol.

La montaña servicial

Se cuenta que:

Las cumbres de las montañas en cuyas benignas laderas vivía Israel ben Eliézer eran rectas y escarpadas. En sus horas de meditación le gustaba escalar esos picos y permanecer en la cima. Estaba una vez sumido en un éxtasis tan profundo que no advirtió que se hallaba al borde de un abismo y, con tranquilo paso, adelantó un pie para seguir andando. Instantáneamente la montaña vecina se movió y se unió apretadamente a la otra y el Baal Shem prosiguió su camino.

Con ladrones

Se cuenta que:

Una pequeña banda de ladrones, que vivía en la región oriental de los Montes Cárpatos, sabedores de los milagrosos sucesos ocurridos dondequiera que el Baal Shem se dejase ver, vinieron a él y le ofrecieron conducirlo a la patria de Israel por una ruta especial, a través de las cavernas y los huecos de la tierra. Porque ellos habían oído —no sabemos cómo— que era allí donde él quería llegar. El Baal Shem estuvo dispuesto y deseoso de partir con ellos. Tomaron un camino que los condujo a un desfiladero lleno de fango y avanzaron paso a paso por un estrecho sendero situado junto a uno de sus bordes, asiéndose de los bloques de piedra que ellos mismos habían hundido en la tierra. Los ladrones pasaron primero, pero cuando el Baal Shem quiso seguirlos vio una espada flamígera³ que describía círculos impidiéndole avanzar. Y se volvió.

Obstáculos para la bendición

El Baal Shem preguntó una vez a su discípulo, Rabí Meír Margaliot: "Meír, ¿recuerdas todavía aquel shabat cuando tú

³ Génesis 3:24.

comenzabas a estudiar el Pentateuco? El salón de la casa de tu padre estaba lleno de huéspedes. Te habían subido a una mesa y tú recitabas lo que habías aprendido.”

Rabí Meír repuso: “Ciertamente lo recuerdo. De pronto mi madre se precipitó hacia mí y me arrebató de la mesa en la mitad de lo que estaba diciendo. Mi padre se enfadó, pero ella señaló a un hombre parado a la puerta. Estaba vestido con una zamarra, como los campesinos, y me miraba fijamente. Entonces todos comprendieron que ella temía al mal de ojo. Aún señalaba hacia la puerta cuando el hombre desapareció.”

“Era yo”, dijo el Baal Shem. “En horas semejantes una mirada puede inundar el alma con su luz. Pero el temor de los hombres levanta murallas que mantienen apartada esa luz.”

El primero

Cuando Rabí Israel ben Eliézer trabajaba como matarife ritual en la aldea de Koshilovitz, no se había manifestado aún y nadie podía hallar diferencia entre él y un carnicero ordinario. Rabí Zvi Hirsh Margaliot, el rav del vecino pueblo de Yaslovitz, tenía dos hijos: Itzjac Dov Ber y Meír. Itzjac tenía en aquel entonces diez y siete años, y Meír once. Repentinamente ambos hermanos fueron asaltados por el ardiente deseo de visitar al matarife de Koshilovitz. No podían explicarse el motivo y aun cuando comentaron entre sí su anhelo seguían sin comprenderlo y sintieron que no podían hablar de ello ni con su padre ni con ninguna otra persona.

Un día se escabulleron de su casa y fueron a lo del Baal Shem. Lo que en esa visita se habló ni él ni ellos lo contaron jamás, pero se quedaron con el Baal Shem. Cuando se notó la ausencia, la gente los buscó en la aldea y en toda la región. También en Koshilovitz recorrieron casa por casa hasta que los muchachos fueron encontrados y llevados a su hogar. Durante los primeros días el padre estaba tan dichoso por haberlos recuperado que no les hizo ninguna pregunta. Finalmente les preguntó con tranquilidad qué era lo que hallaban de notable en el matarife de Koshilovitz. “Es imposible de describir”—respondieron— “pero podéis creernos. Es el hombre más sabio del mundo y el más devoto del mundo.”

Más tarde, cuando el Baal Shem se hizo famoso, se unieron a él y lo visitaron año tras año.

Saúl e Iván

Se cuenta que:

Una vez, cuando Rabí Meír Margalíot, el autor del libro *Iluminador del camino*, visitó al Baal Shem con su hijo de siete años, su anfitrión le pidió que le dejara al niño por algún tiempo. El pequeño Saúl se quedó entonces en la casa del Baal Shem Tov. Poco después el Baal Shem lo llevó de viaje junto con sus discípulos. Detuvo el carruaje frente a la posada de una aldea y entraron. En el interior tocaban el violín y los campesinos y las mujeres danzaban. "Vuestro violinista no es bueno" —dijo el Baal Shem a los aldeanos—. "Dejad que mi niño os cante una canción para bailar y entonces podréis hacerlo mucho mejor."

Los campesinos aceptaron de buen grado. El niño se subió a una mesa y con su voz argentina entonó una canción jasídica sin palabras que llegó en línea recta a los pies de los aldeanos. En una ronda de salvaje felicidad danzaron alrededor de la mesa. Entonces uno de ellos, un mozo joven, se adelantó y le preguntó: "¿Cómo te llamas?" "Saúl", fue la respuesta. "Sigue cantando", le gritó el paisano. El muchacho comenzó otra canción y el campesino bailaba frente a él al compás de la melodía. Pero en medio de sus salvajes saltos y brincos repetía más y más alto, como si estuviera hechizado: "¡Tú Saúl y yo Iván, tú Saúl y yo Iván!" Después del baile los aldeanos invitaron con vodka al Baal Shem y a sus discípulos y bebieron juntos.

Alrededor de treinta años más tarde Rabí Saúl, que había llegado a ser tan próspero comerciante como sabio talmudista, viajaba por negocios a través del país. Repentinamente fue asaltado por ladrones que, después de quitarle el dinero, quisieron matarlo. Rabí Saúl les rogó que tuvieran piedad de él y entonces lo llevaron a su jefe. Este lo miró con una larga y penetrante mirada. Finalmente preguntó: "¿Cómo te llamas?" "Saúl", dijo el otro. "Tú Saúl y yo Iván", dijo el jefe de los ladrones. Ordenó a sus hombres devolver el dinero a Saúl y lo acompañó hasta su carruaje.

El aldeano y el arroyo

Se cuenta que:

Cuando Israel ben Eliézer vivía en la aldea de Koshilovitz se bañaba con frecuencia en el arroyo. Cuando estaba cu-

bierto de hielo abría un agujero y se sumergía en él. Un campesino cuya choza estaba junto a la orilla lo vio una vez con el pie aprisionado en el hielo, forcejeando hasta que se desprendió la piel y la sangre comenzó a manar. Desde entonces el aldeano observaba el tiempo y ponía paja para que el Baal Shem pisara sobre ella. Un día el rabí le preguntó al campesino: “¿Qué te gustaría más: hacerte rico, morir anciano o ser alcalde?” “Rabí —dijo el aldeano— “las tres cosas me parecen buenas”.

El Baal Shem le indicó que construyera una casilla de baños junto al río. Pronto se supo que la mujer enferma del campesino se había bañado en la corriente y se había recuperado de su dolencia. La fama de las aguas curativas se extendió más y más hasta llegar a oídos de los doctores, y éstos hicieron tal baraúnda en las esferas del gobierno que la casilla fue clausurada. Pero mientras tanto el campesino que vivía cerca del río se había hecho rico y el pueblo lo había elegido alcalde. Se bañaba en la corriente todos los días y llegó a ser muy viejo.

Ayuno

Cuando Rabí Elimélej de Lizhensk dijo una vez que el ayuno ya no era obligación le preguntaron: “¿No ayunó el Baal Shem Tov muy a menudo?”

“Cuando el Baal Shem Tov era joven” —contestó— “acostumbraba a tomar seis hogazas de pan y una jarra de agua al terminar el sábado, antes de recluirse por toda la semana. Un viernes, preparado ya para volver a su hogar, alzó su bolso del suelo y lo halló pesado. Lo abrió y encontró aún las hogazas en él. Y quedó muy sorprendido. ¡Ayunar de esa manera sí está permitido!”

El golpe en la ventana

Esto sucedió en los días de la juventud del Baal Shem, un día viernes en el cual no tenía nada en absoluto para preparar el shabat. Ni una migaja, ni un céntimo. Muy temprano en la mañana golpeó la ventana de un hombre rico y dijo: “Aquí hay alguien que no tiene nada para el sábado”, y siguió su camino. El hombre, que no conocía al Baal Shem, corrió tras él y preguntó: “Si precisas ayuda, ¿por qué escapas?” El Baal Shem rió y dijo: “Dice la Guemará que cada hombre nace

con su pan. Pero, desde luego, cuanto más pesada es la carga de sus pecados, mayor esfuerzo debe hacer para conseguir el pan que le está destinado. Y esta mañana casi no sentí peso alguno sobre mis hombros. Entonces sólo necesitaba hacer muy poco. Y eso es justamente lo que hice.”

El llamado

Cuando los cielos revelaron al Baal Shem que habría de ser el líder de Israel, fue hacia su mujer y le dijo: “Debes saber que he sido señalado para ser el líder de Israel.” Ella contestó: “¿Qué debemos hacer?” El dijo: “Debemos ayunar.” Entonces ayunaron por tres días sin interrupción y, un día y una noche, yacieron en tierra con las manos y los pies extendidos. Al tercer día, cuando anochecía, el Baal Shem oyó una voz que le decía desde lo alto: “¡Hijo mío, levántate y guía al pueblo!” El se alzó y dijo: “Si es la voluntad de Dios que yo sea su líder, debo tomar esa carga sobre mí.”

El Baal Shem se manifiesta

Se cuenta que:

Israel ben Eliézer había sido sucesivamente asistente de escuela, sirviente en la Casa de Estudio, maestro de niños y matarife ritual y, por un tiempo, trabajó como cochero para su cuñado. Finalmente arrendó un trozo de tierra en una aldea sobre el río Prut. En dicha tierra había una posada que tenía algunas habitaciones para albergar huéspedes. A corta distancia, atravesando el vado, había una cueva cavada en la montaña. Ahí pasaba el Baal Shem la semana sumido en la meditación. Cuando un huésped llegaba a la posada la mujer de Israel se asomaba a la puerta y lo llamaba. Y él respondía siempre y de inmediato se acercaba para esperar al viajero. En shabat permanecía en la casa y vestía la blanca túnica sabática.

Un día —era martes— un discípulo de Rabí Guershon, el cuñado del Baal Shem, viajaba hacia lo de su maestro, que vivía en la ciudad de Brody. Cuando atravesaba la aldea sobre el Prut se detuvo en la posada. Al llamado de su mujer, el Baal Shem acudió y sirvió la comida al huésped. Cuando éste terminó de comer, dijo: “Israel, coloca los arneses a los caballos pues debo partir.” El Baal Shem engancho los arneses, le informó que el carruaje estaba pronto y agregó: “¿Por qué

no te quedas para el shabat?" El huésped sonrió ante tan tonta sugestión. Pero apenas había andado media milla cuando una rueda se rompió.

Comprendió que llevaría cierto tiempo componerla, por lo que decidió regresar y pasar la noche en la posada. Al día siguiente y al otro y en la mañana del viernes se presentaron obstáculos, uno tras otro, hasta que finalmente se vio obligado a quedarse para el shabat. Pasó la mañana del viernes triste y afligido. Con asombro vio a la esposa del posadero hornear doce hogazas sabáticas. Preguntóle para qué las necesitaba. "Bien" —dijo ella—, "mi esposo es por cierto un hombre ignorante pero hace las cosas bien, y yo hago en la casa de mi esposo lo que vi hacer en la casa de mi hermano."

"¿Tal vez tienes también un baño para la purificación?", le preguntó.

"Ciertamente" —dijo ella—. "Tenemos ese baño".

"Pero, ¿para qué necesitáis ese baño?", insistió.

"Bien" —dijo ella—, "mi esposo es un hombre ignorante pero hace bien las cosas y, por lo tanto, cumple con la diaria inmersión."

Por la tarde, cuando el tiempo de las oraciones había llegado, preguntó a la mujer dónde estaba su esposo. "En el campo, con las ovejas y las vacas", le respondió. Así, pues, el huésped debió decir solo las plegarias de la tarde y de la noche, así como las palabras para recibir el shabat, y todavía el posadero no había regresado. Porque el Baal Shem estaba orando en su cueva. Cuando finalmente retornó a la casa, volvió a asumir el aspecto y los gestos de un campesino y saludó a su huésped de esa manera.

"Ya ves" —le dijo—, "estás pasando el shabat aquí después de todo." Se paró contra el muro como para rezar y entonces —a fin de no dejarse llevar por el fervor que sabía que no podría ocultar— rogó a su huésped que pronunciara la bendición del vino. Y se sentaron y comieron juntos. Cuando terminaron la cena el Baal Shem pidió a su huésped que dijera algunas palabras de enseñanza. Tratando de no exceder la capacidad mental de su anfitrión, el discípulo de Rabí Guershon explicó brevemente el capítulo de la semana acerca del cautiverio de los hijos de Israel en Egipto. Esa misma noche, la última antes del día en que el Baal Shem habría de completar los treinta y seis años de su vida, el cielo le hizo saber que el tiempo del secreto había terminado.

En mitad de la noche el huésped despertó y, desde su lecho en el gran salón de la posada, vio arder un gran fuego en el hogar. Corrió hacia allí pensando que los troncos se habían incendiado, pero advirtió que lo que había tomado por fuego era una gran luz: un vivo resplandor blanco que brotaba del hogar y llenaba toda la casa. El hombre retrocedió y perdió el conocimiento. Cuando el Baal Shem lo hizo volver en sí, dijo: "Un hombre no debe contemplar aquello que no le está destinado."

A la mañana siguiente el Baal Shem se dirigió a la caverna vestido con su blanca túnica sabática, volvió a la casa y entró con el rostro resplandeciente, erguida la cabeza, cantando "Prepararé la comida en la mañana del shabat." Luego pronunció el "gran kidush" como lo hacía habitualmente, con su milagroso poder de unirse a Dios. En la mesa el rabí pidió otra vez a su huésped que dijera palabras edificantes, pero éste se hallaba tan confundido que sólo pudo expresar algunos conceptos sobre un pasaje de las Escrituras. "Yo he oído otra interpretación acerca de eso", dijo el Baal Shem.

Juntos dijeron las oraciones de la tarde y luego el Baal Shem pronunció palabras de enseñanza y reveló secretos acerca de ellas que nadie había escuchado jamás. Luego recitaron ambos la oración de la noche y dijeron la bendición que marca la separación entre el shabat y los días de labor.

Cuando el discípulo de Rabí Guershon llegó a Brody se dirigió a la comunidad de "los grandes jasidim"⁴ de la ciudad aun antes de visitar a su maestro y, contándoles lo sucedido, agregó: "Una gran luz mora cerca de vosotros. Nada sería más justo que ir hacia él y traerlo a la ciudad." Ellos fueron a buscarlo y hallaron al Baal Shem en la orilla del bosque que lindaba con la aldea. Tejieron para él una silla de verdes ramas, lo sentaron en ella y la alzaron en hombros. Y él les dijo palabras de sabiduría.

Ellos mismos

El Baal Shem dijo:

"Decimos: 'Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob' y no 'Dios de Abraham, Isaac y Jacob'. Porque Isaac y Jacob no basaban su tarea en la búsqueda y el servicio de Abraham. Ellos mismos procuraban la unidad del Hacedor y Su servicio."

⁴ Véase la Introducción.

La Torá es perfecta

Con referencia al versículo del salmo: “La ley del Señor es perfecta”, el Baal Shem dijo: “Todavía es verdaderamente perfecta. Nadie le ha cambiado aún ni un punto ni una coma. Todavía ahora es verdaderamente perfecta.”

La forma

Los jasidim cuentan:

Rabí Dov Ber, el maguid de Mezritch, pidió una vez al cielo que le mostrara un hombre que fuera santo en cada miembro y en cada fibra de su cuerpo. Entonces le fue mostrada la forma del Baal Shem Tov, y era toda de fuego. No había en ella ni una brizna de sustancia. Era únicamente fuego.

Temblores

1

Un cierto día de luna nueva el Baal Shem se unió a la oración de la mañana permaneciendo de pie en su propio lugar, porque era su costumbre acercarse al pupitre del lector sólo cuando comenzaba la lectura de los salmos. Súbitamente tembló y el temblor se hizo cada vez más intenso. Esto le había sucedido ya antes mientras rezaba, pero nunca había pasado de ser un ligero estremecimiento que le recorría el cuerpo. Mas ahora la agitación era violenta. Cuando el lector hubo terminado y el Baal Shem debía ocupar su sitio en el estrado, vieron que permanecía en su lugar, temblando fuertemente. Uno de sus discípulos se le aproximó y contempló su rostro: ardía como una antorcha y sus ojos, enormemente abiertos, tenían la mirada fija de un moribundo. Otro discípulo se unió al primero, lo tomaron de las manos y lo llevaron al estrado. El se detuvo al frente, temblando. Temblando recitó los salmos y después de haber dicho el Kádish permaneció de pie temblando por un tiempo. Y los demás debieron esperar para leer las Escrituras hasta que el temblor lo hubo abandonado.

2

El maguid de Mezritch contó:

Una vez —era un día festivo— el Baal Shem estaba oran-

do ante el estrado con gran fervor y en voz muy alta. Yo estaba enfermo y eso era demasiado para mí, y me fui a la sala pequeña para rezar allí solo. Antes del servicio festivo el Baal Shem entró en la salita y se colocó la túnica. Cuando lo miré vi que no estaba en este mundo. Ahora bien, al ponerse la túnica ésta se había arrugado en los hombros y yo puse mi mano sobre ella para alisar los pliegues. Pero apenas lo hube tocado comencé a temblar. Me así rápidamente a la mesa, pero la mesa empezó a temblar también. El Baal Shem había pasado ya al gran salón, y yo me quedé y rogué a Dios que me librara del temblor.

3

Rabí Iaacov Iosef de Polnoie⁵ contó:

“En la habitación donde el Baal Shem estaba rezando había una gran artesa llena de agua. Yo vi agitarse y temblar el agua de la artesa hasta que él hubo terminado.”

Otro discípulo contó:

“Una vez, en un viaje, el Baal Shem estaba orando en el muro oriental de la casa. En la pared opuesta había barricas abiertas, llenas de granos. Entonces vi que el grano en las barricas temblaba.”

Al acercarse el shabat

Los alumnos de un tzadik que había sido discípulo del Baal Shem Tov estaban sentados juntos, un mediodía antes del shabat, refiriéndose uno al otro los milagrosos hechos del Baal Shem. El tzadik, que se hallaba en el cuarto contiguo, los oyó. Abrió la puerta y dijo: “¡Qué sentido tiene contar historias de milagros! ¡Contaos más bien el uno al otro sobre su temor de Dios! Cada semana en la víspera del shabat, alrededor del mediodía, su corazón comenzaba a latir tan fuerte que todos los que estábamos con él podíamos oírlo.”

Las franjas

Un tzadik contó:

Las franjas del manto de oración del santo Baal Shem tenían su propia vida y su propia alma. Podían moverse aun

⁵ Véanse, más adelante, los relatos “El narrador de cuentos” y “La visita”.

cuando su cuerpo estuviera quieto porque, a través de la santidad de sus acciones, el santo Baal Shem las había imbuido de alma y vida.

A su cuerpo

El Baal Shem dijo a su cuerpo: “¡Me sorprende, cuerpo, que no te hayas desmoronado en pedazos por miedo a tu Hacedor!”

Para ti

En la mitad de la plegaria el Baal Shem dijo una vez las palabras del Cantar de los Cantares: “Lo nuevo y lo viejo, todo lo he atesorado para ti, oh mi bienamado.” Y agregó: “Cualquier cosa que haya en mí, todo lo nuevo y lo viejo, es sólo para ti.”

Sobre esto le preguntaron: “¿Pero acaso el rabí no nos dice también a nosotros palabras de enseñanza?” El repuso: “Cuando el tonel rebosa.”

Lo que la boca quiera

Dijo el Baal Shem: “Cuando yo uno mi espíritu a Dios dejo hablar a mi boca lo que desea porque entonces todas mis palabras se atan a sus raíces en el cielo.”

De cómo Ajías le enseñó

El rav de Polnoie contó:

“Al principio el Baal Shem no sabía cómo dirigirse a la gente, a causa de su profunda unión con Dios. Por lo tanto hablaba muy quedo para sí mismo. Entonces vino Ajías, el profeta,⁶ su maestro enviado de Dios, y le enseñó los versículos de los salmos que debía recitar cada día hasta lograr la habilidad para hablar al pueblo sin interrumpir su comunión con Dios.”

El dinero que quedó en la casa

El Baal Shem nunca guardó dinero en su casa durante la noche. Cuando regresaba de un viaje pagaba todas las deu-

⁶ Según la leyenda, el profeta bíblico Ajías (1 R. 14:1) enseñó al Baal Shem la doctrina. Véase también “A través del Dniéster”.

das que se habían acumulado durante su ausencia y distribuía el sobrante entre los necesitados.

Una vez trajo de su viaje una gran suma de dinero, pagó sus deudas y repartió el resto. Pero en el ínterin su mujer había tomado un poco de ese dinero para no verse obligada a comprar a crédito por algunos días. Por la noche el Baal Shem sintió que algo le impedía orar. Fue a su casa y dijo: “¿Quién tomó el dinero?” Su mujer confesó que había sido ella. El se lo quitó y lo distribuyó entre los pobres esa misma noche.

Sabiduría

El Baal Shem dijo: “Cuando llego a un alto grado de sabiduría sé que ni una sola letra de las enseñanzas está en mí y que no he dado ni un solo paso al servicio de Dios.”

El baño de inmersión

El Baal Shem dijo: “Todo se lo debo al baño. La inmersión es mejor que la mortificación de la carne. Mortificar la carne debilita las fuerzas que se necesitan para la devoción y la enseñanza; el baño de inmersión aumenta esas fuerzas.”

Contra la mortificación de la carne

Rabí Baruj, el nieto del Baal Shem, dijo:

Una vez le preguntaron al Baal Shem Tov: “¿Cuál es la esencia del servicio? Sabemos que en los tiempos pasados hubo ‘hombres de buenas acciones’ que ayunaban desde un shabat al otro. Pero tú has acabado con ello puesto que dices que quienquiera que mortifique su carne deberá rendir cuentas como un pecador porque ha atormentado su alma. Por lo tanto, dínos: ¿cuál es la esencia del servicio?”

El Baal Shem Tov replicó: “Yo he venido al mundo para mostrar otro camino. El hombre debe tratar de lograr tres amores: el amor a Dios, el amor a Israel y el amor a la Torá. No es necesario mortificar la carne.”

Sin el mundo venidero

Una vez el espíritu del Baal Shem estaba tan oprimido que le pareció que no habría de participar en el mundo venidero. Entonces se dijo: “Si yo amo a Dios, ¿qué necesidad tengo de un mundo venidero?”

La danza de los jasidim

En la fiesta de Simjat Torá, el día de la alegría en la ley, los discípulos del Baal Shem celebraron en su casa. Danzaron y bebieron y subieron más y más vino de la cueva. Después de algunas horas la mujer del Baal Shem entró en su cámara y le dijo: "Si ellos no dejan de beber, muy pronto no habrá vino para el ritual del shabat ni para el kidush y la havdalá."

El rió y repuso: "Tienes razón. Así pues, ve y diles que ya basta."

Cuando ella abrió la puerta del salón, esto fue lo que vio: los discípulos danzaban en círculo y en torno de la rueda ardía un anillo de fuego azul. Entonces ella misma tomó un cántaro en su mano derecha y otro en su mano izquierda, despidió a su sirviente y fue a la cueva y retornó con las vasijas llenas hasta el borde.

El maestro también danza

Una noche de Simjat Torá el Baal Shem mismo danzó junto con su congregación. Tomó el rollo de la Torá en sus manos y bailó. Luego lo dejó a un lado y siguió la danza sin él. En ese momento uno de sus discípulos, que conocía íntimamente sus gestos, dijo a sus compañeros: "Ahora nuestro maestro ha abandonado las enseñanzas visibles y mensurables y ha incorporado las enseñanzas espirituales en su interior."

El sordo

Rabí Moshé Jaím Efraím, nieto del Baal Shem, contó: "Yo oí decir a mi abuelo que una vez un violinista tocó tan dulcemente que todos los que lo oían comenzaron a bailar, y los que se acercaban para escucharlo también se unían a la danza. Entonces un sordo, que nada sabía de música, acertó a pasar por allí y le pareció que todos actuaban como locos, desprovistos de gracia y de sentido."

La fuerza de la comunidad

Se cuenta que:

Una vez, en la noche que sigue al Día del Perdón, la luna se ocultaba detrás de las nubes y el Baal Shem no podía pronunciar la bendición de la luna nueva. Esto oprimió pe-

sadamente su espíritu porque entonces, como muchas otras veces, sintió que el destino inconmensurable dependía de esas palabras que debían salir de sus labios. En vano concentró su intrínseco poder en la luz del astro errante a fin de ayudarla a atravesar la espesa envoltura: cada vez que enviaba a alguien afuera recibía la noticia de que las nubes se habían vuelto aún más impenetrables. Finalmente abandonó toda esperanza.

Mientras tanto los jasidim, que ignoraban la aflicción del Baal Shem, se habían reunido en la sala del frente de la casa y comenzaron a bailar. Porque así celebraban ellos esa noche, con la festiva alegría del perdón anual, logrado a través del oficio sacerdotal del tzadik. Cuando su santo júbilo creció más y más invadieron la cámara del Baal Shem todavía danzando. Transportados por su propio frenesí de felicidad lo tomaron de las manos, sumido como estaba en la tristeza, y lo atrajeron a la ronda. En ese momento alguien llamó desde el exterior. La noche se había vuelto repentinamente clara y la luna recorría un cielo sin tacha.

El nido del pájaro

Una vez el Baal Shem permaneció rezando en la Casa de Oración durante muy largo tiempo. Sus discípulos habían terminado de orar, pero él proseguía sin prestarles atención. Esperaron por él un lapso razonable y luego se fueron a sus ocupaciones. Después de algunas horas regresaron a la Casa de Oración y encontraron al rabí entregado aún a sus plegarias. Más tarde el Baal Shem les dijo:

“Os habéis ido y me habéis dejado solo y esa separación fue dolorosa para mí. Os contaré una parábola.

Sabéis que hay pájaros viajeros que en el otoño vuelan hacia los países cálidos. Pues bien, la gente de esas comarcas vio una vez un pájaro maravilloso de bellos colores en medio de una bandada que volaba por el cielo. Jamás los ojos de los hombres habían contemplado un pájaro tan admirable. Se posó en la copa del árbol más alto y anidó entre el follaje. Cuando el rey de esa nación oyó hablar de ello ordenó a sus hombres que formaran una escala para subir al árbol. Y uno se montó sobre los hombros del otro hasta que fue posible llegar lo bastante alto como para apoderarse del nido. Pero llevó un largo tiempo construir esta escalera viviente. Aquellos

que estaban cerca del suelo perdieron la paciencia. Sacudieron los hombres para liberarse y todo se desplomó.”

La alocución

Cada noche, después de rezar, el Baal Shem se iba a su habitación. Dos velas ardían frente a él y el misterioso Libro de la Creación se hallaba sobre la mesa entre otros libros. Entonces todos aquellos que necesitaban consejo eran admitidos en grupo y el rabí hablaba con ellos hasta la hora onceava.

Una noche, al salir de la reunión, uno de ellos explicó al que estaba a su lado cuánto bien le habían hecho las palabras que el Baal Shem le había dirigido. Pero el otro le repuso que no dijera semejantes desatinos, puesto que ambos habían entrado juntos en la cámara y a partir de ese momento el maestro sólo le había hablado a él. Un tercero que los escuchaba se unió a la conversación con una sonrisa expresando su asombro ante el hecho de que los dos estuvieran equivocados, ya que el rabí había sostenido con él un íntimo diálogo durante toda la noche. Luego un cuarto hombre, y un quinto, manifestaron otro tanto y finalmente todos comenzaron a hablar a un tiempo contando lo que habían experimentado. Pero de repente todos callaron.

Fe

Rabí David Leikes,⁷ discípulo del Baal Shem Tov, preguntó una vez a unos jasidim de su yerno, Rabí Mótél de Tchernobil, que habían venido a visitarlo camino de su ciudad: “¿Quiénes sois vosotros?” Le dijeron: “Somos jasidim del Rabí Mótél de Tchernobil.” “¿Tenéis una fe perfecta en vuestro maestro?”, siguió preguntando. Mas ellos no respondieron, porque, ¿quién osa decir que posee una fe perfecta? “Entonces”—dijo Rabí David Leikes— “os contaré lo que es la fe. Un shabat la tercera comida, como a menudo sucede, se había prolongado hasta la noche. Dijimos la bendición después de la comida y, puestos de pie, rezamos la oración de la noche e hicimos havdalá. En seguida nos sentamos para melavé malká.⁸ Entonces todos éramos pobres y no teníamos ni un céntimo propio, especialmente en shabat. Y sin embargo, cuando al

⁷ Véase “Fuego contra fuego”.

⁸ Ceremonia jasídica de acompañar la salida de la Reina Shabat.

terminar la comida el Baal Shem Tov me dijo: 'David, ofrece algo para el aguamiel', yo puse la mano en mi bolsillo, a pesar de saber que nada encontraría; y he aquí que hallé un gulden y lo di para aguamiel."

El narrador de cuentos

Existen muchas versiones acerca de cómo el Baal Shem conquistó a su discípulo Rabí Iaacov Iosef, más tarde rav de Polnoie, quien posteriormente asentó las enseñanzas de su maestro en numerosos libros. Estas versiones incluyen relatos de milagros y también historias sobre el despertar de los muertos. Referiré aquí un cuento tomado de varias narraciones que se complementan entre sí.

Cuando Rabí Iaacov Iosef era todavía rav de Szarygrad —y enconado adversario del movimiento jasídico— un hombre que nadie conocía llegó a la ciudad en una mañana de verano, a la hora en que el ganado era conducido al pastoreo, y se detuvo con su carromato en el mercado. Llamó al primer hombre que venía hacia él guiando su vaca y comenzó a referir una historia. Tan complacido se sintió el oyente que no pudo desprenderse. Otro hombre sorprendió unas palabras al pasar, quiso alejarse pero no pudo hacerlo y se quedó y escuchó. Pronto un grupo de gente rodeó al narrador de cuentos y su número aumentaba más y más. Entre ellos se encontraba justamente el sirviente de la Casa de Oración, que se dirigía hacia allí para abrir sus puertas. En verano el rav acostumbraba a decir sus plegarias en la Casa de Oración a las ocho de la mañana y todo debía estar preparado mucho antes, es decir alrededor de las siete. Así pues, cuando el rav llegó a la Casa de Oración la halló cerrada. Es bien sabido que era un hombre muy singular, rápido para montar en cólera. También en esta ocasión se enfadó y salió en busca del sirviente. Y allí estaba, justo ante él, porque el Baal Shem —que era quien relataba la historia— le había hecho una señal para que se fuera y él había corrido a abrir la Casa de Oración. Gritando el rav le preguntó por qué había faltado a su deber y por qué los hombres que siempre estaban allí a esa hora no se habían hecho presentes. El sirviente respondió que todos, así como él mismo, habían sido irresistiblemente cautivados por la maravillosa historia. Y el rav, furioso, tuvo que rezar a solas la oración de la mañana. Al terminar ordenó al sirviente que fuera al mercado a buscar al forastero. "¡Ya le daré su me-

recido!", exclamó. Mientras tanto, terminado el cuento, el Baal Shem se había retirado a la posada. Allí lo encontró el sirviente de la Casa de Oración y le dio el mensaje. El Baal Shem lo siguió de inmediato fumando su pipa y así llegó ante el rav. "¿Qué es lo que te propones?" —gritó éste— "¡Impides a la gente que rece sus oraciones!"

"Rabí" —dijo serenamente el Baal Shem—, "no está bien que montes en cólera. Déjame mejor contarte una historia."

"¿Qué es lo que pretendes?", quiso repetir el rav. Y entonces, por primera vez, fijó su mirada en el hombre. Pero, en verdad, inmediatamente apartó sus ojos, y las palabras que estaba a punto de pronunciar se le atravesaron en la garganta. El Baal Shem había empezado su historia y el rav hubo de escucharla como antes lo hicieran los demás.

"Una vez" —dijo el Baal Shem— "yo viajaba a campo traviesa guiando tres caballos, uno bayo, uno pío y otro blanco. Y ninguno de los tres podía relinchar. Entonces un campesino que venía hacia mí me gritó: '¡Aflójales las riendas!' Así pues les aflojé las riendas y los tres caballos comenzaron a relinchar." El rav no pudo hablar por la emoción. "Tres" —repitió el Baal Shem—. "El bayo, el pío y el blanco, y ninguno relinchaba. El campesino sabía lo que había que hacer; al aflojarles las riendas, los caballos relincharon." El rav inclinó la cabeza en silencio. "El aldeano dio un buen consejo" —dijo el Baal Shem—. "¿Comprendes?"

"Comprendo, rabí" —contestó el rav, y estalló en lágrimas. Y lloró y lloró y supo que hasta ese momento había ignorado lo que era llorar.

"Tú has de ser elevado", dijo el Baal Shem. El rav lo miró pero él ya no estaba más allí.

Cada mes Rabí Iaacov Iosef ayunaba una semana, de shabat a shabat. Como tomaba sus comidas en su cámara nadie lo sabía, salvo su sobrina, que le servía los alimentos. En el mes que siguió a su encuentro con el Baal Shem ayunó como de costumbre, sin ocurrírsele que la elevación que le fuera predicha podía ser alcanzada sin mortificar la carne. El Baal Shem estaba realizando otro de sus viajes cuando repentinamente pensó: si el rav de Szarygrad continúa con lo que está haciendo perderá la razón. Entonces exigió a sus caballos con tal ímpetu que uno de ellos cayó y se quebró una pata. Cuando entró en la cámara del rav dijo: "Mi caballo blanco cayó por la prisa que yo tenía en llegar aquí. Las cosas no

pueden seguir de esta manera. Ilaz que te traigan alimentos.” Trajeron los alimentos y el rav comió. “Tu obra” —dijo el Baal Shem— “está hecha de dolores y de tristezas. La Divina Presencia no se ciernen sobre la tristeza sino sobre la alegría en los preceptos.”

Un mes después el rav estaba sentado leyendo un libro en Mezbizh, en el “klaus” del Baal Shem, cuando entró un hombre que de inmediato inició una conversación.

“¿De dónde eres”, preguntó. “De Szarygrod”, repuso el rav. “¿Y qué haces para vivir?”, continuó el hombre. “Soy el rav de la ciudad”, dijo Rabí Iacov Iosef. “¿Y cómo te arreglas?” —siguió preguntando el otro—. “¿Llevas buena vida o estás apurado de dinero?”. El rav no pudo soportar esa vacua conversación. “Me impides estudiar”, dijo con impaciencia. “Si te encolerizas” —dijo el otro— “cercenas las ganancias de Dios.” “No entiendo lo que quieres decir”, dijo el rav. “Bien” —dijo el hombre—, “cada uno gana su subsistencia en el sitio que Dios le ha destinado. Pero, ¿cómo se gana Dios la vida? Está escrito ‘Y tú, oh santo, estás entronizado sobre las alabanzas de Israel.’ ¡Ese es el sostén de Dios! Si dos judíos se encuentran, uno le pregunta al otro cómo se mantiene y el otro contesta: ‘Gracias sean dadas a Dios, yo me gano la vida así y así’, y su alabanza es el sostén de Dios. Pero tú que no hablas con nadie, tú que sólo quieres estudiar, estás retaceando las ganancias de Dios.” El rav quedó desconcertado. Quiso replicar, pero el hombre se había desvanecido. El rav volvió a su libro pero no pudo estudiar. Lo cerró y fue a ver al Baal Shem. “Bien, rav de Szarygrod —dijo éste sonriendo— Elías tuvo razón finalmente, ¿no es verdad?”

Cuando el rav regresó a su casa invitó a la congregación a la tercera comida del shabat como era costumbre entre los jasidim. Algunos acudieron, pero no la mayoría, porque estaban disgustados debido a que el rav se había unido a ese jasid impostor. Y se volvieron más y más hostiles hacia él hasta que finalmente lograron echarlo del pueblo. No le permitieron siquiera que permaneciese en su hogar, de manera que, al llegar el viernes, debió irse a pasar el shabat en una aldea vecina. El Baal Shem viajaba en esos días con algunos íntimos amigos y ese mismo viernes se hallaba cerca de la aldea. “Pasemos el shabat con el rav de Szarygrod —dijo— y alegremos su corazón.” Y así lo hicieron.

Poco después Rabí Iacov Iosef llegó a ser el rav de Rashkov. Proclamó a lo largo y a lo ancho que devolvería el

importe de todas las multas que había aplicado, que habían sido muchas, y no descansó hasta haber distribuido todo el dinero que tenía.

Desde entonces acostumbraba a decir: "La zozobra y la tristeza son las raíces del mal."

Las setenta lenguas

Rabí Leib,⁹ hijo de Sara, el tzadik oculto,¹⁰ contó:

"Una vez estuve con el Baal Shem Tov durante el shabat. Al caer la tarde todos sus grandes discípulos se reunieron alrededor de la mesa antes de la tercera comida y esperaron su llegada. Y mientras aguardaban discutieron un pasaje del Talmud sobre el cual deseaban interrogarlo. Era éste: 'Gabriel llegó y enseñó a Iosef setenta lenguas.' No lo podían comprender porque ¿no es que cada lengua está formada por incontables palabras? Entonces, ¿cómo pudo la mente de un hombre captarlas en una sola noche, tal como sugiere el pasaje? Los discípulos decidieron que Rabí Guershon de Kitov, cuñado del Baal Shem, sería el que haría la pregunta.

Cuando el Baal Shem llegó y se sentó a la cabecera de la mesa, Rabí Guershon planteó la cuestión. El Baal Shem comenzó a decir palabras de enseñanza, pero lo que expresaba no parecía tener nada que ver con la pregunta y sus discípulos no podían encontrar una respuesta en sus palabras. De pronto algo increíble, antes jamás visto, aconteció. En la mitad de la alocución del Baal Shem, Rabí Iaacov Iosef golpeó en la mesa y gritó: '¡Turco!', y después de un momento, '¡Tártaro!', y tras otro intervalo: '¡Griego!', y así siguió, una lengua tras otra. Gradualmente sus compañeros comprendieron: de la alocución del maestro, aparentemente referida a temas muy disímiles, él había llegado a conocer el origen y el carácter único y particular de cada idioma. ¡Y aquel que os enseña el origen y el carácter de una lengua os ha enseñado la lengua misma!"

⁹ Véase "Si", "Decir la Torá y ser la Torá" y "Del círculo del Baal Shem". Se cuenta que, en sus viajes, Rabí Leib visitó a influyentes personajes, entre ellos el emperador de Viena, que sentía hostilidad hacia los judíos. Según se afirma, empleando medios milagrosos logró cambiar sus opiniones.

¹⁰ Hay en cada generación treinta y seis tzadikim "ocultos", quienes, bajo el disfraz de campesinos, artesanos o porteros, cumplen en secreto sus buenas acciones. Esas acciones constituyen el verdadero cimiento del mundo creado. Rabí Leib, hijo de Sara, no fue uno de ellos, puesto que su condición de tzadik era conocida.

La batalla contra Amalek

Una vez Rabí Pinjas de Koretz se sintió confundido acerca de su fe en Dios y no pudo hallar mejor manera de ayudarse que viajar en busca del Baal Shem. Y supo que el maestro acababa de llegar justamente a Koretz. Lleno de felicidad corrió a la posada. Allí encontró a los jasidim reunidos alrededor del Baal Shem, que peroraba sobre un versículo de las Escrituras según el cual las manos que Moisés alzó en la hora de la lucha contra Amalek se dice que fueron emuná, es decir, confiadas y creyentes. “A veces sucede” —dijo el Baal Shem— “que un hombre se siente confuso con respecto a su fe. El remedio para esto es rogar a Dios por su fortalecimiento. Porque el verdadero daño que Amalek infligió a Israel fue debilitar su creencia en Dios mediante el éxito del ataque. Por eso Moisés les enseñó a implorar al Altísimo, para que reforzara su fe, tendiendo las manos al cielo, las que en sí mismas eran fe y confianza. Y esto es lo único que importa en las horas de lucha contra las fuerzas del mal.” Rabí Pinjas escuchó y lo que oyó fue como una plegaria, y en el momento de rezar sintió que su fe crecía y se hacía más fuerte.

El pasaje de los castigos

Cuando Rabí Najum de Tchernobil era joven sucedió que una vez estuvo con el Baal Shem durante el shabat en el que se lee en las Escrituras el pasaje de los castigos,¹¹ y que se designa con el nombre de “Sábado de las Bendiciones” a fin de evitar las ominosas palabras. En esa oportunidad Rabí Najum fue llamado para la lectura de la Torá en la Casa de Oración y le tocó secundar en dicho pasaje. Lo contrarió que justamente fuera ése el capítulo que le hubiera correspondido. El Baal Shem mismo leía en alta voz y en ese momento Rabí Najum se sintió enfermo, invadido por toda clase de dolores y molestias. Pero a medida que el Baal Shem avanzaba en la lectura, Rabí Najum sentía que los dolores abandonaban su cuerpo, miembro tras miembro, al tiempo que se sucedían los pasajes. Al terminar la lectura se sintió libre de sus males, sano y bueno.

¹¹ Deuteronomio 28:15-68.

Hallar el camino

Rabí Iejiel Míjal, más tarde maguid de Zlotchov, fue por cierto en busca del Baal Shem cuando era muy joven, pero no estaba seguro de si quería convertirse o no en su discípulo. Un día el tzadik lo llevó consigo de viaje a un cierto lugar. Habían recorrido ya un buen trecho cuando se hizo evidente que no iban por buen camino. “Pero Rabí” —preguntó Míjal—, “¿no conoces el camino?”

“El mismo me lo hará saber a su debido tiempo”, contestó el Baal Shem, y tomó por otra carretera. Pero ésta tampoco los conducía a su destino. “¡Pero Rabí!” —se extrañó Míjal—. “¿Has perdido el camino?”

“Está escrito” —dijo el Baal Shem con calma— “que Dios ha de cumplir el deseo de aquellos que lo temen. Así pues El ha realizado tu deseo de tener una ocasión de reírte de mí.”

Estas palabras llegaron hasta el corazón del joven Míjal, quien, sin más discusiones ni análisis, se unió al maestro con toda su alma.

El cantor del Baal Shem Tov

Uno de los discípulos del Baal Shem le preguntó: “¿Cómo habré de ganarme la vida en el mundo?”

“Serás cantor”, dijo el maestro.

“Pero si ni siquiera sé cantar”, objetó el otro.

“Yo te conduciré al mundo de la música”, dijo el tzadik. Y el hombre se convirtió en un cantor sin igual, y a lo largo y a lo ancho lo conocieron como el cantor del Baal Shem Tov.

Después de muchos años llegó a Lizensk con el bajo que lo acompañaba siempre y visitó a Rabí Elimélej, el discípulo del discípulo del Baal Shem Tov. Durante mucho tiempo el rabí y su hijo Eleazar dudaron si debían permitirle cantar con el coro de la Casa de Oración, temerosos de que la belleza de su canto perturbara sus devociones. Pero Rabí Eleazar arguyó que, a causa de la santidad del Baal Shem, no estaba bien rehusar ese honor al hombre. Así pues, se convino que habría de cantar en la iniciación del shabat. Pero al comenzar, Rabí Elimélej notó que el intenso fervor de su canto inundaba su mente y amenazaba llevarlo fuera de sí mismo. Por lo tanto, debió desdecirse de su invitación. Pero retuvo al cantor durante el shabat y lo hizo objeto de grandes agasajos.

Terminado el shabat el rabí lo invitó otra vez a su casa y le pidió que hablara del santo Baal Shem Tov, luz de Israel.

Entonces los ojos del hombre se iluminaron con una vida nueva y se vio claramente que también una vida nueva inundaba su voz y su corazón. Comenzó a hablar y se pudo advertir que, no habiéndosele permitido cantar, todo el fervor de su alma, que siempre se voleaba en su canto, fluía ahora en la palabra hablada. Contó cómo, en la larga secuencia de los cantos de alabanza, el maestro no recitaba nunca un versículo hasta haber visto al ángel de ese verso y escuchado su especial acento. Habló de las horas en que el alma del maestro se elevaba al cielo y su cuerpo permanecía a la zaga, como muerto. Y allí su alma dialogaba con quien él quisiera; con Moisés, el fiel pastor, y con el Mesías, y él preguntaba y le contestaban. Contó que el maestro podía hablar con todas las criaturas de la tierra en su propia lengua y con todo ser celestial en su propia lengua. Contó que en cuanto su maestro veía una herramienta cualquiera sabía al instante el carácter del hombre que la había hecho y lo que había pensado mientras la hacía. Y el cantor se puso de pie y atestiguó que una vez él y sus compañeros recibieron la Torá de labios de su maestro del mismo modo como Israel la recibió en el Monte Sinaí, en medio de truenos y trompetas, y que la voz de Dios ya no está silenciosa sobre la tierra sino que perdura y puede ser escuchada.

Algún tiempo después de su visita a Lizhensk el cantor enfermó y murió. Treinta días más tarde, otra vez en viernes, el bajo dijo a su mujer al regresar del baño de purificación: "Llama pronto a la Santa Hermandad para que se ocupen de mi entierro, porque en el paraíso han encomendado a mi cantor que cante para la iniciación del sábado y él no quiere hacerlo sin mí." Y se acostó y murió.

La respuesta equivocada

Se cuenta que:

Cuando Rabí Wolf Kitzes¹² se despidió de su maestro, antes de partir para Tierra Santa, el Baal Shem extendió el dedo índice, lo colocó sobre sus labios y dijo: "¡Cuida tus palabras y fíjate si das la respuesta justa!" Y rehusó decir más.

Una tempestad apartó de su ruta al navío en el que viajaba el discípulo del Baal Shem, forzándolo a recalar en una isla desconocida, aparentemente desierta. Amainado el temporal se vio que el barco había sufrido daños y que no podría

¹² Véase "Falsa hospitalidad" y "El baño milagroso".

hacerse a la mar de inmediato. Algunos de los viajeros, entre los cuales se contaba Rabí Wolf, desembarcaron para ver el extraño y poco familiar paisaje. Los demás regresaron después de un tiempo, pero él estaba sumido en tan honda meditación que siguió caminando hasta llegar a una gran casa, construida en estilo anticuado, con la apariencia de no haber sido jamás habitada. Sólo entonces recordó que el barco no habría de esperarlo. Pero antes de que pudiera tomar una decisión, un hombre que vestía un ropaje de lino apareció en el umbral. Sus rasgos eran los de un anciano y blancos sus cabellos, pero se mantenía erguido. "No temas, Rabí Wolf"—dijo—. "Pasa el shabat con nosotros. A la mañana siguiente podrás proseguir tu viaje." Como en un sueño Rabí Wolf siguió al anciano hasta el baño, rezó en compañía de diez altos y majestuosos viejos y comió con ellos. El shabat transcurrió como un ensueño. A la mañana siguiente el anciano lo acompañó hasta la playa donde su barco estaba anclado y lo bendijo cuando partía. Pero justo en el momento en que Rabí Wolf se apresuraba a subir a la planchada, su anfitrión le preguntó: "Dime, Rabí Wolf, ¿cómo viven los judíos en tu país?"

"El Dios del mundo no los abandona", contestó prontamente el rabí y siguió caminando. Recién en alta mar pudo pensar claramente. Entonces recordó las palabras de su maestro y lo embargó tan amargo remordimiento que resolvió interrumpir su viaje a Tierra Santa y volver a su casa de inmediato. Habló con un tripulante y supo por su respuesta que se hallaban de regreso.

Cuando Rabí Wolf acudió al Baal Shem el maestro lo miró con pena pero sin enojo y dijo: "¡Fue una respuesta equivocada la que diste a nuestro padre Abraham! Día tras día él interroga a Dios: '¿Cómo están mis hijos?' Y Dios responde: 'No los abandono.' ¡Si por lo menos le hubieses hablado de los sufrimientos del exilio!"

El hacha

Una vez el Baal Shem enseñó a su discípulo, Rabí Wolf Kitzes, las kavanot de soplar el cuerno de carnero para que, en el Día de Año Nuevo, pudiera indicar el orden de los sonidos. Rabí Wolf aprendió las kavanot pero, para mayor seguridad, anotó cada una de ellas en una hoja de papel que ocultó en su pecho. Este papel, sin embargo, cayó poco después sin que él lo advirtiera. Se dice que esto fue obra del Baal Shem.

Entonces, cuando llegó el momento de hacer sonar el cuerno, Rabí Wolf buscó esa hoja en vano. Trató de recordar las kavanot pero las había olvidado por completo. Las lágrimas brotaron de sus ojos y llorando anunció el orden de los sonidos, sencillamente, sin referirse a las kavanot en absoluto. Más tarde el Baal Shem dijo: "Hay muchas salas en el palacio del rey, y llaves complicadas para abrir sus puertas, pero el hacha es más fuerte que todas ellas y ningún cerrojo puede resistirla. ¿Qué son las kavanot comparadas con una pesadumbre verdaderamente sincera?"

La palabra del discípulo

Cierta vez, un viernes, a la hora en que el tzadik examina su alma, el Baal Shem vio oscurecerse el mundo entero y la chispa de la vida estuvo a punto de extinguirse en él. Fue entonces cuando el más grande de sus discípulos lo halló. "¡Señor y maestro!", exclamó. Tembló su voz y no pudo añadir ni una palabra. Pero eso sólo bastó para que una nueva fuerza inundara el corazón del Baal Shem y el fuego vital ardiera en su interior.

Cerca y lejos

Un discípulo preguntó al Baal Shem: "¿Por qué a veces, cuando uno se acerca a Dios y sabe que está próximo a El, experimenta un sentimiento de interrupción y de lejanía?"

El Baal Shem explicó: "Cuando un padre enseña a caminar a su hijo pequeño se para frente a él y extiende las dos manos a los costados del infante para impedirle caer. Pero cuando éste se acerca, él se aleja un poco, aparta las manos y lo hace repetidas veces para que el niño aprenda a caminar."

Orando en el campo

Un jasid que estaba en camino hacia Mezbizh para pasar el Día del Perdón junto al Baal Shem se vio obligado a interrumpir su viaje por una u otra razón. Al aparecer las estrellas estaba aún bien lejos de la ciudad y, con el mayor pesar, debió rezar en campo abierto. Cuando llegó a Mezbizh, después de la fiesta, el Baal Shem lo recibió con especial alegría y cordialidad. "Tus plegarias" —dijo— "elevatoron todas las preces que yacían acumuladas en ese campo."

Los eruditos

Moshé Jaím Efraím, nieto del Baal Shem, dedicóse a estudiar en su juventud y su sabiduría llegó a ser tan grande que lo hizo desviarse en cierta medida del modo jasídico de vivir. Su abuelo, el Baal Shem, insistía en pasear a menudo con él por las afueras del pueblo y Efraím lo acompañaba sin mucho entusiasmo, lamentando el tiempo que sustraía de ese modo al estudio.

Una vez se encontraron con un hombre que venía de otra ciudad y el Baal Shem le preguntó acerca de uno de sus ciudadanos. "Es un gran sabio", dijo el hombre.

"Envidio su sabiduría" —dijo el Baal Shem—. "Pero, ¿qué puedo hacer? No tengo tiempo de estudiar, pues debo servir a mi Hacedor." A partir de aquel momento Efraím retornó a la vida jasídica con todas sus fuerzas.

Los límites del consejo

Los discípulos del Baal Shem oyeron decir que existía un hombre de gran reputación por su sabiduría. Algunos de ellos quisieron visitarlo y descubrir qué era lo que de él podían aprender. El maestro les otorgó su permiso pero, antes de partir, ellos le dijeron: "¿Y cómo sabremos que es un tzadik verdadero?"

El Baal Shem repuso: "Pedidle que os aconseje cómo hacer para evitar los pensamientos profanos que os perturban durante los estudios y las plegarias. Si os da consejos, entonces sabréis que es uno de aquellos cuyas palabras no deben ser tomadas en cuenta. Porque ésa es la tarea del hombre en el mundo, hora a hora, hasta el momento de la muerte: luchar constantemente con lo extraño y elevarse una y otra vez para acceder al ámbito del Divino Nombre."

Las anotaciones

Un discípulo escribió secretamente todas las enseñanzas que había escuchado del Baal Shem. Un día éste vio a un demonio que entraba en la casa con un libro en la mano. El Baal Shem le preguntó: "¿Qué libro es ése que traes contigo?"

"Este es el libro" —repuso el demonio— "del que eres autor."

Entonces el Baal Shem comprendió que alguien ponía por escrito sus palabras ocultamente. Reunió a toda su gente y

preguntó: “¿Quién entre vosotros escribe las palabras que yo os enseño?”

El discípulo que había estado tomando las notas dijo que era él y las entregó al maestro. El Baal Shem estudió los escritos largo tiempo, página por página. Entonces habló: “En todo esto no hay ni una sola palabra que haya sido pronunciada por mí. Tú no escuchabas por amor al cielo, entonces la fuerza del mal te utilizó para revestirse y tus oídos oyeron lo que yo no dije.”

Al lado del Arbol de la Vida

El Baal Shem contó:

“Una vez fui al paraíso y mucha gente me acompañó. Pero a medida que yo me acercaba al jardín la gente iba desapareciendo y, cuando caminé por el paraíso, quedaban ya muy pocos. Y cuando me detuve al lado del Arbol de la Vida y miré a mi alrededor, me pareció que estaba solo.”

El sermón

Una vez pidieron al Baal Shem que predicara acerca de la plegaria de la congregación. El inició el sermón, pero de pronto fue embargado por un acceso de temblores, como alguna vez le sucedía mientras oraba. Se interrumpió y dijo: “Oh, Señor del mundo, Tú sabes que no hablo para acrecer mi fama...” Aquí se detuvo una vez más, y luego las palabras brotaron precipitadamente de sus labios. “Mucho he aprendido y mucho me ha sido dado realizar y no hay nadie a quien yo pueda revelarlo.” Y no dijo nada más.

Como langostas

Rabí Míjal de Zlotchov contó:

Una vez que estábamos en viaje con nuestro maestro, Rabí Baal Shem Tov, la Luz de los Siete Días,¹³ él se fue al bosque para decir la plegaria de la tarde. De repente lo vimos golpearse la cabeza contra un árbol, llorando muy fuerte. Más tarde lo interrogamos acerca de ello. El dijo: “Mientras me sumía en el espíritu santo vi que, en las generaciones que

¹³ Se compara al gran tzadik con la luz originaria de la Creación, que él absorbió.

precederán la llegada del Mesías, los rabíes de los jasidim se multiplicarán como langostas y serán ellos quienes habrán de retardar la redención creando la división entre los corazones y el odio sin motivo.”

Bienaventurados

Acerca del versículo del salmo: “Bienaventurados aquellos que conocen el grito de júbilo porque ellos, oh Señor, marchan a la luz de tu faz”, el Baal Shem dijo: “Cuando el pueblo no se entrega a los héroes y lanza por sí mismo el grito jubiloso de batalla, entonces marcha ante la luz de su faz.”

Sencillez

Una vez dijo el Baal Shem a sus discípulos: “Ahora que he escalado tantos peldaños al servicio de Dios, lo abandono todo y me entrego a la sencilla fe a fin de hacer de mí una vasija para Dios. Está escrito, por cierto: ‘El simple creará cada palabra’, pero también está escrito: ‘Dios protegerá al simple.’”

El fabricante de medias

Una vez, en el curso de un viaje, el Baal Shem se detuvo en una pequeña ciudad cuyo nombre no ha llegado hasta nosotros. Una mañana, antes de la oración, el Baal Shem estaba fumando su pipa, como de costumbre, mirando por la ventana. Y vio pasar a un hombre que llevaba en la mano el manto de rezar y las filacterias y marchaba con pasos tan solemnes y decididos como si se dirigiera rectamente a las puertas del cielo. El Baal Shem preguntó al discípulo en cuya casa se hospedaba, quién era el hombre. Se le informó que era un fabricante de medias que iba a la Casa de Oración día tras día, invierno y verano, y recitaba sus oraciones aun cuando el quórum prescrito de diez devotos no estuviera completo. El Baal Shem quiso que lo trajeran a su presencia, pero su anfitrión le dijo: “Nadie detendrá a ese loco en su camino. No, ni aun cuando el emperador en persona lo llamase.”

Después de la oración el Baal Shem mandó a alguien con el encargo de traerle cuatro pares de medias. Poco después estaba el hombre ante él, desplegando su mercancía. “¿Cuánto quieres por este par?”, preguntó Rabí Israel.

“Un gulden y medio.”

“Supongo que estarás satisfecho con un gulden.”

“En ese caso hubiera dicho un gulden”, replicó el hombre.

El Baal Shem pagóle de inmediato lo que había pedido y comenzó a interrogarlo.

“¿Cómo pasas tus días?”

“Ejerzo mi comercio”, dijo el hombre.

“¿Y cómo lo ejerces?”

“Trabajo hasta que tengo cuarenta o cincuenta pares de medias. Luego las pongo en un molde con agua caliente y las presno hasta que sean como deben ser.”

“¿Y cómo las vendes?”

“Yo no abandono mi casa. Los comerciantes vienen a mí para comprar. Ellos me traen asimismo buena lana que han adquirido para mí y yo les pago por su molestia. Esta vez he dejado mi casa sólo para honrar al rabí.”

“Y cuando te levantas por la mañana, ¿qué haces antes de ir a rezar?”

“Hago también medias.”

“¿Y qué salmos recitas?”

“Digo los salmos que sé de memoria mientras trabajo.”

Cuando el fabricante de medias se fue a su casa el Baal Shem dijo a los discípulos que lo rodeaban: “Hoy habéis visto la piedra angular que sostiene el Templo hasta la llegada del Mesías.”

La plegaria del hombre atareado

Dijo el Baal Shem:

“Imaginad un hombre cuyos negocios lo llevan a través de muchas calles y de uno a otro extremo del mercado durante el día y todos los días de su vida. Está a punto de olvidar que existe un Hacedor del mundo. Sólo cuando llega el momento de la oración vespertina recuerda: ‘Debo rezar.’ Y entonces desde el fondo de su corazón le brota un suspiro de pesar por haber gastado su día en asuntos vanos y va hacia una callejuela y ruega. Dios lo abraza tiernamente, muy tiernamente, y sus plegarias atraviesan el firmamento.”

El silbato pequeño

Un aldeano que año tras año rezaba en la Casa de Oración del Baal Shem durante los Días Austeros, tenía un hijo tan

estúpido que no podía aprender, no digamos ya el significado de las palabras santas, sino ni siquiera la forma de las letras. En esas ocasiones no lo llevaba a la ciudad porque el niño nada comprendía. Pero cuando cumplió trece años y alcanzó la edad necesaria de acuerdo con la ley de Dios, el padre lo llevó consigo por temor a que el muchacho pudiera comer alguna cosa durante el ayuno del Día del Perdón simplemente por ignorancia.

Pero sucedió que el muchacho tenía un silbato pequeño que soplabá siempre mientras estaba sentado en el campo, pastoreando las ovejas y los becerros. Puso el silbato en el bolsillo de su blusa y lo llevó sin que su padre lo notara. Hora tras hora el muchacho permaneció sentado en silencio en la Casa de Oración, pero cuando comenzó el servicio adicional dijo: "Padre, tengo aquí mi pequeño silbato. Quiero cantar con él." El padre se turbó grandemente y le ordenó que no pensara en cosa semejante y el muchacho se contuvo. Pero cuando comenzó el servicio de Minjá dijo nuevamente: "Padre, déjame tocar mi pequeño silbato." El padre se enojó y le preguntó: "¿Dónde lo has puesto?" Y cuando el muchacho se lo indicó, apoyó la mano sobre el bolsillo a fin de que no pudiera tomarlo. La plegaria final había empezado. El muchacho arrancóse de la mano de su padre, tomó el silbato y sopló una larga nota. Todos se asustaron y confundieron, pero el Baal Shem prosiguió rezando, sólo que más rápida y fácilmente que de costumbre. Más tarde dijo: "El muchacho tornó las cosas más fáciles para mí."

El barrendero de la corte

Cierta vez, justo antes del Año Nuevo, el Baal Shem llegó a una ciudad y preguntó a la gente quién leía las preces en los Días Austeros. Le respondieron que lo hacía el rav. "¿Y cuál es su manera de rezar?", quiso saber el Baal Shem.

"En el Día del Perdón" —le dijeron— "él recita la confesión de todos los pecados en el más festivo de los tonos."

El Baal Shem mandó llamar al rav y le preguntó la causa de tan extraño proceder. El rav explicó: "El más humilde de los servidores del rey, aquel cuya tarea es barrer la basura del patio, canta una alegre canción mientras trabaja porque está haciendo lo que hace para complacer al rey."

Dijo el Baal Shem: "Ojalá mi suerte fuera como la tuya."

En la hora de la duda

Se cuenta que:

En la ciudad de Satanov había un hombre erudito cuyas ideas y cavilaciones lo sumían más y más en la cuestión de por qué lo que existe es, y por qué cualquier cosa es en absoluto.

Un viernes, después de las plegarias, estaba en la Casa de Oración, abismado en sus pensamientos, tratando en vano de desenredarlos. El santo Baal Shem Tov lo supo desde lejos, subió a su carruaje y, gracias a ese milagroso poder que hacía que el camino viniera a su encuentro, llegó en un instante a la Casa de Estudio de Satanov. Allí estaba sentado el erudito debatiéndose en sus conjeturas. El Baal Shem le dijo: "Cavilas acerca si Dios es; yo soy un tonto y creo." El hecho de que otro ser humano conociera su secreto disipó la duda en su corazón y éste se abrió al Gran Misterio.

El famoso milagro

Un naturalista vino desde muy lejos a ver al Baal Shem y le dijo: "Mis investigaciones demuestran que, en el devenir de la naturaleza, el Mar Rojo iba a dividirse a la misma hora en que los hijos de Israel lo atravesaron. Entonces, ¿que hay del famoso milagro?" El Baal Shem le respondió: "¿No sabes que la naturaleza es obra de Dios? El la hizo de tal modo que a la hora en que los hijos de Israel atravesaron el Mar Rojo, éste tenía que dividirse. Ese es el grande y famoso milagro."

La verdad

El Baal Shem dijo: "¿Qué significa la afirmación de la gente de que la verdad recorre el mundo entero? Significa que la verdad es llevada de un lugar a otro y debe errar más y más."

A uno que amonestaba

El Baal Shem dijo a un tzadik que acostumbraba a predicar sermones admonitorios: "¿Qué sabes tú de amonestar? Has permanecido alejado del pecado durante todos los días de tu vida y nada tienes en común con la gente que te rodea. ¿Cómo puedes saber lo que es pecar?"

Con los pecadores

El Baal Shem dijo: "Dejo a los pecadores que se acerquen a mí si no son soberbios. Y alejo a los sabios y a los sin pecado si son orgullosos. Porque si el pecador sabe que es un pecador y por lo tanto se considera ruin, Dios es con él, porque 'El morará con ellos en medio de sus impurezas.' Pero del que se enorgullece porque está libre de culpa Dios dice, como sabemos por la Guemará: 'No hay bastante lugar en el mundo para mí y para él.'"

Amor

El Baal Shem dijo a uno de sus discípulos:

"El más ínfimo ser en quien puedas pensar me es a mí más caro que tu único hijo para ti."

Falsa hospitalidad

Se cuenta que:

En los días del Baal Shem un hombre rico y hospitalario vivía en una ciudad vecina. A todos los viajeros pobres les brindaba alimento, bebida y además dinero. Pero experimentaba la imperiosa necesidad de oír palabras de alabanza de cada uno de los que había recibido en su casa. Y si tales expresiones no brotaban espontáneamente, lanzaba una hábil palabra como cebo y entonces el pez grande o pequeño del elogio era pescado con certeza.

Una vez el Baal Shem envió a uno de sus discípulos, Rabí Wolf Kitzes, a recorrer la región, y le recomendó que visitara al hombre rico en el curso de su viaje. Fue pródigamente atendido y agasajado con regalos generosos, pero manifestó su agradecimiento con parquedad. Finalmente su anfitrión dijo: "¿No crees que es ésta una manera adecuada de practicar la hospitalidad?"

"Veremos", contestó Rabí Wolf. Y el rico no pudo obtener otra palabra. A la caída de la noche el anfitrión se acostó entre sus huéspedes, según su costumbre, porque antes de dormirse gustaba de conversar con ellos y escuchar agradables expresiones sobre su persona. En el instante en que empezó a dormitar, Rabí Wolf lo tocó en el hombro con el meñique. En su sueño el hombre creyó que había sido llamado por el rey para tomar juntos el té. Mas repentinamente el rey se

desplomó y murió y él fue acusado de haberlo envenenado. Y lo llevaron a la cárcel. Estalló en ella un gran incendio y él huyó y corrió hasta llegar muy lejos. Entonces se hizo aguatero, mas éste era un trabajo duro y la ganancia magra, así que emigró a otra región donde el agua era escasa. Pero existía allí una ley según la cual no se recibía la paga a menos que el cubo estuviera lleno hasta los bordes, y andar con un cubo colmado sin que jamás se derramara una gota del líquido, era tarea difícil. Una vez que caminaba cuidadosamente, lentamente, paso a paso, cayó y se quebró ambas piernas. Y allí yaciendo pensó en su vida anterior y, asombrado, lloró. Entonces Rabí Wolf lo tocó nuevamente en el hombro con el meñique y él se despertó y dijo: “¡Llévame a tu maestro!”

El Baal Shem recibió al hombre rico con una sonrisa. “¿Tú quieres saber a dónde ha ido a parar tu hospitalidad?” —preguntó—. “Pues se la ha tragado la tierra.”

El corazón del hombre despertó y se volvió hacia Dios, y el Baal Shem lo instruyó acerca de cómo elevar su alma.

La casa llena

Una vez el Baal Shem se detuvo en el umbral de una Casa de Oración y se negó a entrar. “No puedo entrar” —dijo—. “Está llena de enseñanzas y de preces desde el suelo hasta el techo y de pared a pared. ¿Cómo puede haber lugar para mí?” Y como viera que los que lo rodeaban lo miraban sin comprender, añadió: “Las palabras salidas de los labios de aquellos cuya enseñanza y oración no brota de un corazón inclinado hacia el cielo, no pueden elevarse sino que llenan la casa de pared a pared y desde el suelo hasta el techo.”

El jarro

Una vez dijo el Baal Shem a sus discípulos: “Así como la fuerza de la raíz está en la hoja, la fuerza del hombre está en cada uno de los utensilios que fabrica, y su carácter y su comportamiento se reflejan en lo que ha hecho.” En ese momento su mirada se posó sobre un hermoso cántaro de cerveza. Señalándolo continuó: “¿Pueden ustedes ver en ese jarro que el hombre que lo ha hecho no tiene pies?”

Cuando el Baal Shem terminó de hablar sucedió que uno de sus discípulos tomó el jarro y lo puso sobre un banco. Y en cuanto lo colocó allí se deshizo en pedazos.

En el mundo de las transformaciones

En los días del Baal Shem vivía un hombre que mortificaba cruelmente su carne a fin de alcanzar la santidad.

El Baal Shem dijo una vez de él: "En el mundo de las transformaciones se reirían de él. Le concederían rangos cada vez más altos, pero sólo para burlarse. Si no me tuviera consigo para ayudarlo estaría perdido."

Una pequeña mano

Rabí Najman de Bratzlav¹⁴ hizo llegar hasta nosotros estas palabras de su bisabuelo, el Baal Shem Tov:

"¡Ay! ¡el mundo está lleno de brillantes resplandores y de misterios y el hombre los aleja de sí con una pequeña mano!"

A través del Dniéster

Un tzadik contó:

Cuando el maestro era tan sólo un niño, el profeta Ajías, el Silonita, fue hacia él y le enseñó la sabiduría de los sagrados nombres. Y como él era todavía tan joven quiso descubrir lo que estaba en su mano realizar. Así, pues, un día en que la corriente del Dniéster era muy fuerte arrojó su cinto a las aguas, pronunció un nombre y atravesó el río sobre su cinturón. Durante todos sus días hizo penitencia para borrar esa falta de su alma y lo consiguió. Otra vez debió cruzar el Dniéster cuando la corriente era también muy fuerte, porque algunos enemigos de los judíos lo perseguían para matarlo. Entonces lanzó su cinturón a las aguas y cruzó sobre él sin pronunciar el santo nombre, con la sola ayuda de su gran fe en el Dios de Israel.

El carámbano

Un tzadik contó:

"Un día de invierno fui al baño con el maestro. Hacía tanto frío que del techo pendían carámbanos. Entramos y, no bien hizo la Unificación,¹⁵ el baño se entibió. El maestro

¹⁴ Véase mi obra *Die Geschichten des Rabbi Nachmann*.

¹⁵ Ceremonia sagrada cuyo propósito es lograr la unificación de los principios divinos separados.

permaneció en el agua muy largo tiempo hasta que la bujía empezó a gotear y a parpadear. 'Rabí' —dije—, 'la bujía se está terminando.'

'Tonto' —me contestó—, 'toma un carámbano del techo y enciéndelo. Aquel que le habló al aceite e hizo brotar la llama¹⁶ le hablará también al carámbano y arderá.' Y el carámbano ardió con brillante luz durante un buen tiempo hasta que volví a casa. Y cuando llegué a mi hogar tenía un poco de agua en la palma de la mano."

Las criaturas

Una vez el Baal Shem se vio obligado a iniciar el shabat en campo abierto. Un rebaño de ovejas pastaba cerca. Cuando él recitó el himno para saludar a la Novia Shabat, las ovejas se alzaron sobre sus patas traseras y permanecieron en esa posición, vueltas hacia el maestro, hasta que terminó sus plegarias. Porque mientras escuchaban las devociones del Baal Shem, cada criatura asumió la posición original que tenía cuando se hallaba frente al trono de Dios.

La visita

Los discípulos del Baal Shem podían saber siempre, con sólo mirar su rostro, si los Siete Pastores —o alguno de ellos— estaban con él. Un día, en la comida de la Luna Nueva, lo miraron y supieron que uno de ellos estaba presente. Más tarde le preguntaron cuál de los siete había sido. El dijo: "Cuando pronuncié la bendición del pan tuve en la mente el misterio de la comida y me sumí en él. Entonces Moisés, nuestro maestro —que con él sea la paz— vino y me dijo: '¡Salve, oh tú, que tienes en la mente el mismo misterio en que yo me sumí cuando esperaba la comida en la mesa de Jethro, mi suegro!'"

El debate

Se cuenta que:

Una vez el Baal Shem Tov estaba sentado a la mesa rodeado de sus discípulos. Entre ellos se hallaba Rabí Najman

¹⁶ Referencia a un relato análogo del Talmud de Babilonia (Taanit 25a).

de Horodenka,¹⁷ cuyo hijo se había casado con la nieta del Baal Shem y había engendrado al otro Najman, Rabí Najman de Bratzlav.

El Baal Shem dijo: "El tiempo ha llegado de revelarles el sentido profundo del baño de inmersión." Se detuvo por un momento y luego, con vigorosas palabras, construyó las bases y la estructura de sus significados. Al terminar echó atrás la cabeza y su faz comenzó a brillar con ese resplandor que anunciaba a sus discípulos el ascenso de su alma a los mundos superiores. Estaba completamente inmóvil. Sus alumnos, con los corazones estremecidos, se pusieron de pie y lo miraron, porque ésta era una de las ocasiones en que podían ver a su maestro tal como era. Rabí Najman quiso levantarse como los demás pero no pudo hacerlo y lo dominó el sueño. Trató de evitarlo, pero le fue imposible.

En su sueño llegó a una ciudad en la que hombres de alta talla caminaban por las calles en dirección a un gran edificio. Llegó con ellos hasta la puerta, mas no pudo proseguir porque la multitud llenaba el recinto. Sin embargo, alcanzó a oír la voz de un maestro que llegaba desde adentro; no lo logró ver pero escuchó perfectamente sus palabras. Hablaba sobre el baño de inmersión y revelaba todo su secreto significado. Hacia el final de la alocución se hizo más y más claro que estaba presentando una enseñanza que difería de la tradicional doctrina de Arí, el santo "león" Rabí Isaac Luria y, al terminar, así lo enunció abiertamente. Entonces la multitud se apartó y el mismo Arí apareció a la puerta. Al caminar hacia el púlpito casi rozó a Rabí Najman a su paso. El movimiento de la gente cerrándose tras él arrastró a Rabí Najman. Repentinamente se encontró parado frente al púlpito. Miró hacia arriba y vio el rostro de su maestro, cuya voz no había reconocido. Y ahora el debate tenía lugar ante él. El "león" y el Baal Shem Tov discutían citando diferentes pasajes del santo Libro del Esplendor y dando diferentes interpretaciones. Las contradicciones se abrían y se cerraban como brechas entre un pasaje y otro y finalmente ambas llamas flamearon en un solo fuego que se remontó hasta el corazón del cielo. Y no había perspectiva alguna desde la cual los ojos pudieran ver y hallar una solución. Entonces ambos resolvieron pedir al cielo que decidiera y juntos cumplieron el ritual que conduce a la elevación. Lo que sucedió después ocurrió más allá de los con-

¹⁷ Véase "La muerte del Baal Shem".

fines del tiempo, e instantáneamente Arí dijo: "La decisión ha sido tomada a favor de las palabras del Baal Shem Tov." En esto Najman despertó. Ante sus ojos, el maestro enderezó la cabeza, que había tenido inclinada hacia atrás, y le dijo: "Fue a ti a quien elegí para que me acompañaras como testigo."

A su imagen

Una vez el Baal Shem convocó a Samael, el señor de los demonios, para un asunto importante. El señor de los demonios bramó: "¡Cómo te atreves a llamarme! Hasta ahora esto sólo sucedió tres veces: en la hora del Arbol del Conocimiento, en la hora del becerro de oro y en la hora de la destrucción de Jerusalén."

El Baal Shem pidió entonces a sus discípulos que se descubrieran y sobre cada frente Samael vio el signo de la imagen según la cual Dios creó al hombre. Hizo entonces lo que se le pedía y, antes de partir, dijo: "Hijos de Dios vivo, permitidme permanecer aquí un poco más y contemplar vuestras frentes."

El baño milagroso

Se cuenta que:

Una vez que el Baal Shem pidió a Rabí Zvi, el Escriba,¹⁸ que copiara los versículos para las filacterias, le dio instrucciones sobre la especial actitud del alma que es conveniente para realizar esta acción. Luego le dijo: "Ahora te mostraré las filacterias del Señor del mundo." Y lo condujo a un bosque solitario. Pero otro de sus discípulos, Rabí Wolf Kitzes, que había descubierto hacia dónde se dirigían, se ocultó en ese mismo bosque. Oyó exclamar al Baal Shem: "¡El baño de Israel es el Señor!"¹⁹ Y al instante divisó un baño allí donde nada había antes. En ese momento el Baal Shem dijo a Rabí Zvi: "Aquí se oculta un hombre." Y en seguida descubrieron a Rabí Wolf y el maestro le ordenó que se fuera. Nadie supo jamás lo que sucedió después en el bosque.

¹⁸ Véase "Un alto en el camino".

¹⁹ De este modo interpreta Rabí Akibá a Jeremías 17:13 (Mishná Iomá VIII, 9).

El efecto de la multitud mezclada

El Baal Shem dijo:

El Erev Rav,²⁰ la multitud mezclada, impidió a Moisés acceder al rango de ángel.

La tentación

Se cuenta que:

Sabatái Zeví, el "falso Mesías", muerto hacía mucho tiempo, llegó ante el Baal Shem y le rogó que lo redimiera. Pues bien, es sabido que el trabajo de la redención se logra entrelazando la sustancia de la vida con la sustancia de la vida, uniendo mente con mente y alma con alma. De esa manera, pues, el Baal Shem comenzó a acercarse al otro, pero lenta y cautelosamente, porque temía que intentara hacerle daño. Una vez que el Baal Shem estaba dormido Sabatái Zeví se le apareció y quiso tentarlo a que se convirtiera en lo que él había sido. Entonces el Baal Shem le gritó con tal energía que se fuera que Sabatái cayó hasta lo más profundo del infierno.

Cuando el Baal Shem hablaba de Sabatái siempre decía: "Una chispa santa ardía en él, pero Satanás lo apresó en la trampa del orgullo."

Un alto en el camino

1

Se cuenta que:

En compañía de su hija Odel y de Rabí Zvi, el Escriba, el Baal Shem partió hacia Tierra Santa para preparar la hora de la liberación. Pero los cielos dispusieron que hiciera un alto en el camino. Cuando el barco se dirigía desde Estambul a la Tierra de Israel, se detuvo en una isla desconocida. Desembarcaron y, cuando trataban de regresar al navío, se perdieron y cayeron en manos de ladrones. Rabí Zvi dijo al Baal Shem: "¿Por qué callas? Haz lo que haces usualmente y entonces seremos libres."

Pero el Baal Shem respondió: "¡Ya nada sé! Todo conocimiento me ha sido arrebatado. Ahora eres tú quien debe recordar lo que de mí has aprendido y devolverme la memoria."

²⁰ Exodo 12:38; véase también Nehemías 13:3.

Rabí Zvi dijo: “¡Tampoco yo sé más nada! Lo único que aún puedo recordar es el alfabeto.”

“¿Por qué tardas?” —gritó el Baal Shem—. “¡Recítamelol!” Entonces el Escriba dijo el alfabeto con el mismo fervor que siempre ponía en sus plegarias. Repicó una campana y un viejo capitán apareció con su tropa de soldados y los liberó sin pronunciar palabra. Los llevó a bordo de su barco y los condujo a Estambul sin que ni él ni su gente despegaran los labios. Cuando llegaron a tierra —era el séptimo día de Pascua— el barco y su tripulación se desvanecieron. Entonces el Baal Shem supo que había sido Elías el que los había salvado, pero supo también que no debía proseguir su viaje, de modo que emprendió el regreso a su hogar.

2

Pero también se cuenta que:

Durante la fiesta de Pascua, cuando el Baal Shem y sus compañeros subieron a bordo de una nave en Estambul, los cielos le hicieron saber que debía bajar a tierra y emprender el regreso a su hogar. Pero su alma rehusó obedecer y el barco zarpó con él. Entonces todos los rangos espirituales que había alcanzado le fueron arrebatados, y también sus enseñanzas y sus preces. Y cuando el Baal Shem miraba un libro ya no le era posible comprender los signos. Pero se dijo: “¿Qué importa? Entraré en Tierra Santa como un hombre tosco e ignorante.” Pero se levantó una tempestad y una inmensa ola barrió el navío y arrojó al mar a Odel, la hija del Baal Shem. En ese momento apareció Satanás y le dijo al Baal Shem lo que le dijo. Pero él grito: “¡Oye, oh Israel!” Volvió la espalda a Satanás y dijo: “¡Señor del mundo, regresaré a mi casal!” E inmediatamente su maestro, el profeta Ajías, el Silonita, llegó por los aires, arrebató a Odel de las aguas, y los condujo a todos a Estambul a través de las nubes.

Suena el gran cuerno

Un tzadik contó que:

La santa comunidad tenía una pequeña casa fuera del pueblo y allí se reunían, después de cada sermón del Baal Shem Tov, para discutir las palabras que había dicho. Yo sabía dónde quedaba la casa pero no me atrevía a ir, ya fuera junto con ellos o después que ellos, porque era muy joven en aquel tiempo.

Un año en que me encontraba en la casa del Baal Shem Tov, el primer día de Año Nuevo, después de la bendición que sigue a la comida, el Baal Shem predicó sobre las palabras de la oración: "Suena el gran cuerno para nuestra liberación". Apenas hubo terminado el sermón entró en su cámara y cerró la puerta. Los discípulos se marcharon a la casa de las afueras. Yo quedé atrás, solo. Entonces se me ocurrió que el Mesías habría de llegar en ese mismo día. Y a cada momento me sentía más y más seguro de que avanzaba por el camino, que pronto entraría en la ciudad y no habría nadie allí para recibirlo. Y lo que yo imaginaba me parecía tan irresistiblemente verdadero que no pude hacer nada más que echar a correr hacia los discípulos para contarles todo. Corrí a través de la ciudad y la gente quería detenerme para saber lo que pasaba. Pero seguí corriendo hasta llegar a la casa donde ellos se encontraban. Allí los vi a todos sentados alrededor de la mesa y nadie pronunciaba una palabra y se advertía que ninguno tenía fuerzas bastantes para pronunciar una palabra. Más tarde me enteré de que —en sus pensamientos— cada uno de ellos vio llegar al Mesías en esa misma hora. Y yo no supe qué hacer excepto sentarme con ellos. Así permanecemos rodeando la gran mesa hasta que las estrellas de la segunda noche aparecieron en el cielo. Sólo entonces el pensamiento cesó en todos nosotros y volvimos a la ciudad.

La tercera caída

Se cuenta que:

Cuando el número de renegados que seguían a Jacob Frank, el falso Mesías, se hizo más y más grande, los cielos revelaron al Baal Shem Tov que esa fuerza espuria era mayor que su santo poder y que, para superarla, debía llamar a alguien en su ayuda y que ese alguien habría de ser Rabí Moshé Pastuch,²¹ es decir Rabí Moshé, el Pastor. Sin perder un momento el Baal Shem salió para la ciudad hacia la que había sido dirigido. Cuando preguntó por Rabí Moshé Pastuch se aclaró que quien llevaba ese nombre era un pastor que cuidaba su rebaño en las colinas, fuera de la aldea. Allí lo encontró el maestro. Las ovejas estaban desparramadas en las cuestas y el pastor, a quien el Baal Shem se había aproximado sin ser observado, estaba parado junto a un barranco y se

²¹ Pastor, en idioma polaco.

decía a sí mismo: “Amado Señor, ¿cómo puedo servirte? Si tienes rebaños puedo pastorearlos para ti sin que me pagues. Pero, tal como son las cosas, ¿qué puedo hacer?” Repentinamente comenzó a saltar para adelante y para atrás, dando tumbos y volteretas y gritando: “¡Estoy saltando por el amor de Dios! ¡Salto por el amor de Dios!” Entonces el Baal Shem comprendió que el servicio de ese pastor era mayor que el suyo propio.

Cuando el pastor interrumpió sus saltos, el Baal Shem fue hacia él y dijo: “Debo hablar contigo.”

“Yo trabajo a jornal” —dijo el otro— “y no puedo perder mi tiempo.”

“Pero tú estabas saltando para atrás y para adelante junto al barranco”, le recordó el Baal Shem.

“Es verdad” —dijo el hombre—. “Me permito hacerlo porque es por amor de Dios.”

“Lo que tengo en la mente es también por el amor de Dios”, dijo el tzadik. Entonces el otro lo dejó hablar y su alma se inflamó tanto como cuando brincaba en el barranco. Hizo que el Baal Shem le contara todo, desde la destrucción del Templo; cómo por dos veces en horas de desgracia, mientras millares santificaban el Gran Nombre con su muerte, la magna tarea había sido acometida, pero Satanás se había interpuesto y la había desbaratado y éste era el momento en que la tercera hora era llegada.

“¡Sí!” —gritó el pastor—. “¡Libremos a la Divina Presencia del exilio!”

“¿Hay algún lugar aquí donde podamos bañarnos?”, preguntó el Baal Shem.

“Hay un manantial al pie de la montaña”, dijo el pastor, y comenzó a descender por la ladera. El tzadik lo siguió como pudo. Al llegar, ambos se sumergieron en la fuente y el Baal Shem se preparó para confiarle el secreto de la tarea que debían cumplir.

Mientras tanto en el cielo se había extendido el rumor de que los hombres en la tierra estaban a punto de acelerar la hora de la salvación. Los poderes celestiales se levantaron contra el plan. Satanás se hizo fuerte y comenzó su obra. El fuego estalló en la ciudad y pronto la alarma cundió en las colinas. El pastor corrió hacia sus ovejas. “¿Hacia dónde corres y por qué?”, le preguntó el Baal Shem.

El otro replicó: "Los dueños de los rebaños habrán oído seguramente que las ovejas se han extraviado y ahora vendrán y preguntarán qué ha sido de ellas."

El Baal Shem fue impotente para retenerlo y comprendió quién era el que había metido la cuchara.

Antes de la llegada del Mesías

El Baal Shem dijo:

Antes de la llegada del Mesías habrá gran abundancia en el mundo. Los judíos se harán ricos. Acostumbrados a mantener su casa en gran estilo, arrojarán la moderación por la ventana. Entonces vendrán los años de indigencia, de hambre y de magra subsistencia, y el mundo estará lleno de pobreza. Y los judíos no podrán satisfacer sus necesidades, aumentadas sin ton ni son. Y entonces el parto que alumbrará al Mesías habrá de comenzar.

Después de la muerte de su esposa

Un tzadik cuenta:

El Baal Shem creía que, igual que Elías, él subiría al cielo en medio de una tormenta. Cuando su mujer murió, él dijo: "Yo pensé que, igual que a Elías, una tormenta me arrebatría hacia los cielos. Pero ahora que soy sólo medio cuerpo esto no será ya posible."

Omisión

Se cuenta que:

Rabí Pinjas de Koretz visitó al Baal Shem para Pascua y observó que estaba muy fatigado.

En la víspera del último día de la festividad, Rabí Pinjas deliberó con su alma acerca de si debía ir o no al baño de inmersión. Y no fue.

El último día de Pascua sintió, en medio de la plegaria, que el Baal Shem moriría pronto porque se había extenuado hasta el máximo en contra de la multitud de renegados. Entonces concentró todo su poder en la oración y se entregó por completo, pero advirtió que no lograba nada en absoluto. Y su alma se llenó del pesar más profundo por no haber ido al baño.

Después de rezar el Baal Shem le preguntó: "¿Has ido ayer al baño?" El repuso: "No." Entonces el Baal Shem dijo: "Eso ya pertenece al pasado y después de ello no hay nada más."

La muerte del Baal Shem

Después de la Pascua el Baal Shem cayó enfermo. Pero siguió rezando ante el púlpito, en la Casa de Oración, mientras sus fuerzas se lo permitieron.

No envió recado alguno a sus discípulos en otras ciudades, a pesar de que eran conocidos por su fervor, el cual hacía que sus preces fueran efectivas, y a los alumnos que estaban en Mezbizh los mandó a diversos lugares. Rabí Pinjas de Koretz fue el único que se negó a alejarse.

En la víspera de Shavuot la congregación se reunió, como cada año en esa época, a fin de pasar la noche estudiando la ley. El Baal Shem les habló sobre la revelación del Monte Sinaí.

Cuando llegó la mañana mandó llamar a sus amigos más cercanos. Primero pidió a dos de ellos que se hicieran cargo de su cadáver y de su entierro. Les señaló en su cuerpo, miembro por miembro, cómo el alma deseaba abandonarlo, y los instruyó a fin de que aplicaran lo que habían aprendido a otros enfermos, porque ambos pertenecían a la Santa Hermandad que cuida de los muertos y de su entierro.

Después rogó al quórum de diez hombres devotos que lo acompañaran a rezar. Pidió el libro de oraciones y dijo: "Quiero ocuparme de Dios un poco más."

Terminada la plegaria Rabí Najman de Horodenka fue a la Casa de Estudio para rogar por él. El Baal Shem dijo: "Rabí Najman está golpeando en vano a las puertas del cielo. No puede penetrar por la puerta por la que acostumbra a entrar."

Más tarde el sirviente al entrar en su cámara, oyó decir al Baal Shem: "Te doy estas dos horas", y pensó que hablaba con el ángel de la muerte y le explicaba que no era necesario atormentarlo durante otras dos horas. Pero Rabí Pinjas comprendió mejor lo que el maestro quería significar. "Tiene dos horas más de vida" —dijo—, "y le hace a Dios el regalo de esas dos horas. Es éste un verdadero sacrificio del alma."

Entonces, como siempre cada año en ese día, el pueblo de la ciudad vino a él y él les dijo palabras de enseñanza.

Un poco más tarde dijo a los discípulos que lo rodeaban: "No tengo preocupaciones con respecto a mí mismo porque lo sé muy claramente: Voy a salir por una puerta y a entrar por la otra." Y de nuevo habló y dijo: "Ahora sé para que fui creado."

Se sentó en la cama y habló breves palabras de enseñanza acerca de la "columna" por medio de la cual las almas, después de la muerte, se elevan desde el paraíso inferior al superior, hasta el "Arbol de la Vida", y explicó el versículo del libro de Esther: "Y con esto la virgen vino hacia el rey." Dijo también: "Seguramente volveré, pero no como soy ahora."

Y después les hizo decir la plegaria: "Y permite que la gracia del Señor nuestro Dios sea sobre nosotros", y se tendió en su lecho. Pero se sentó de nuevo varias veces y murmuró como ellos lo habían visto hacer cuando plasmaba y dirigía su alma hacia el fervor. No oyeron nada más por un tiempo. Y él yacía quietamente. Entonces les pidió que lo cubrieran con una sábana. Y todavía lo oyeron murmurar: "¡Dios mío, Señor de todos los mundos!" Y luego el versículo del salmo: "No dejes que la planta del orgullo se pose sobre mí." Luego, aquellos a quienes había pedido que se hicieran cargo de su cuerpo y de su entierro, dijeron que habían visto el alma del Baal Shem ascender como una llama azul.

El río y la luz

Se cuenta que:

Una mujer que vivía en una aldea no lejos de Mezbizh venía con frecuencia trayendo de regalo aves y pescados, manteca y harina para la casa del Baal Shem. Su camino pasaba por un pequeño río. Una vez éste creció e inundó ambas orillas, y cuando, a pesar de ello, trató de atravesarlo, se ahogó. El Baal Shem se dolió por la buena mujer. En su pena maldijo al río, que se secó. Pero el príncipe del río²² quejóse a los cielos y allí se decidió que, en algún momento y por muy pocas horas, el lecho se colmaría de agua nuevamente e inundaría las riberas, y que uno de los descendientes del Baal Shem intentaría cruzarlo. Y nadie podría venir en su ayuda, salvo el propio Baal Shem.

Algunos años después de su muerte, su hijo se extravió en la noche. Repentinamente se halló cerca del río, al que no reconoció, a causa del bullir de sus aguas. Trató de atravesarlo, pero pronto fue arrastrado por la corriente. Entonces vio brillar en la orilla una luz que iluminaba las márgenes del río. Apeló a todas sus fuerzas, luchó contra el torrente y llegó a la orilla. La luz encendida era el Baal Shem.

²² Véase, en el Glosario, "Príncipe de la Torá".

La montaña encendida

Rabí Zvi, el hijo de Baal Shem, contó que:

“Algún tiempo después de la muerte de mi padre lo vi bajo la forma de una montaña encendida que estallaba en incontables chispas. Le pregunté: ‘¿Por qué apareces bajo este aspecto?’ El me respondió: ‘En esta forma serví a Dios.’”

En los muros

Un tzadik contó que:

“Durante un sueño tuve la experiencia de ser conducido al paraíso más alto. Desde allí me mostraron la muralla de la Jerusalén celestial y estaba en ruinas. Sobre las ruinas amontonadas desde un muro hasta el otro un hombre caminaba incesantemente, sin detenerse. Pregunté: ‘¿Quién es él?’ Y me contestaron: ‘Ese es Rabí Israel Baal Shem Tov, que juró no apartarse de allí hasta que el Templo sea reconstruido.’”

“El será”

Rabí Najum de Tchernobil, quien en su juventud tuvo el privilegio de ver al Baal Shem, dijo: “Está escrito: ‘También el sol se levantará y el sol se pondrá’ y ‘Una generación pasará y otra generación ha de venir.’ Y en cuanto al Baal Shem Tov, cuyo mérito es nuestra protección, nadie fue antes que él y nadie será después de él hasta la llegada del Mesías. Y cuando llegue el Mesías, El será”. Y por tres veces repitió: “El será”.

Si

Rabí Leib, hijo de Sara, el tzadik oculto, dijo una vez a unas gentes que le hablaban del Baal Shem: “¿Vosotros preguntáis sobre el santo Baal Shem Tov? Pues os diré: Si él hubiera vivido en la edad de los profetas hubiera sido un profeta, y si hubiera vivido en la edad de los patriarcas hubiera sido un hombre ilustre. Entonces, exactamente como decimos ‘Dios de Abraham, Isaac y Jacob’, se diría ‘Dios de Israel.’”

II

BARUJ DE MEZBIZH

Los tres hombres

Un anciano preguntóle una vez al Baal Shem Tov: "En relación con ese pasaje de las Escrituras en el cual se cuenta que Abraham vio a tres hombres de pie ante sí, el santo Libro del Esplendor dice que eran Abraham, Isaac y Jacob. Mas, ¿cómo es posible que Abraham contemplara a Abraham frente a sí?"

Baruj, el nieto del Baal Shem, que en aquel entonces tenía tres años, estaba presente y oyó la pregunta. Dijo: "Abuelo, ¡qué pregunta tan necia para ser hecha por un anciano! Abraham, Isaac y Jacob son los atributos que, como se sabe, se convirtieron en los atributos de los padres: misericordia, rigor y gloria."

La hermana pequeña

Después de la muerte de su abuelo, el Baal Shem Tov, Baruj fue llevado a la casa de Rabí Pinjas de Koretz. Se mostraba muy silencioso y retraído, y a pesar de que ya no era un niño no había pronunciado todavía ni una palabra de enseñanza. Una vez, la víspera del shabat, Rabí Pinjas fue con él al baño. Cuando regresaron a la casa bebieron juntos aguamiel. Tan pronto como el rabí advirtió que el joven se había reconfortado le rogó que dijera algunas palabras edificantes. Baruj dijo: "En el Cantar de los Cantares está escrito: 'Tenemos una hermana pequeña.' Esto se refiere a la sabiduría, como se lee en los Proverbios: 'Di a la sabiduría: Tú eres mi hermana.' ¡Mi sabiduría es pequeña! Y más adelante dice en El Cantar de los Cantares: 'Y ella no tiene pechos.' Mi hermana pequeña, la sabiduría, no tiene pechos de los cuales mamar ni tiene ya un maestro de quien recibir las enseñanzas. Y aun más ade-

lante está escrito: '¿Qué haremos por nuestra hermana el día en que pidan su mano?' ¿Qué haré con mi pequeña sabiduría cuando yo haya dicho todo lo que hay para decir?"

En la casa de su suegro

Después de su boda Rabí Baruj vivió en la casa de su suegro. Los otros dos yernos, que eran hombres eruditos, se quejaron de que Baruj se comportaba de manera diferente a la suya y a la de todo el mundo y que, cuando ellos se desvelaban sobre los libros, él dormía, y cuando estaba despierto se ocupaba de toda clase de cosas vanas. Finalmente el suegro decidió llevarlos a los tres al maguid de Mezritch y plantearle el asunto. Durante el viaje sentaron a Baruj junto al cochero. Cuando estaban por entrar en la casa del maguid, sólo Baruj fue admitido. Los otros debieron esperar a la puerta hasta que fueron invitados a comparecer ante el maguid. Este les dijo: "Baruj se conduce muy bien, y lo que a vosotros os parece juegos ociosos están dirigidos a sublimes cuestiones y producen sublimes efectos." En el camino de regreso ofrecieron a Baruj el mejor lugar en el coche.

Preparación

Cuando Rabí Baruj hubo quemado la levadura en la víspera de Pascua y esparcido sus cenizas, pronunció las palabras prescritas y las explicó: "Cualquier clase de levadura que permanezca en mi poder' (todo lo que fermenta) 'a la cual yo haya o no haya visto' (porque aunque crea que he buscado profundamente en mi interior es posible que no haya buscado profundamente en absoluto) 'que haya o no haya quemado' (el impulso del mal que anida en mí trata de convencerme de que todo lo he quemado, mas sólo ahora advierto que tal vez no lo he quemado todo y por eso te ruego, Dios mío,) 'que sea reducida a la nada y aventada como el polvo de la tierra.'"

Para sí mismo

Cuando Baruj llegó a aquellas palabras del salmo que dicen: "No daré sueño a mis ojos ni descanso a mis párpados hasta haber encontrado un lugar para el Señor", se detuvo y dijo para sí: "Hasta que me haya encontrado a mí mismo y haya hecho de mí un lugar preparado para el descendimiento de la Divina Presencia."

Santificanos

Estaba una vez Rabí Baruj diciendo la bendición después de la comida y, al llegar a las palabras “Dios nuestro, Dios de Jacob”, habló con la voz de un niño que implora a su padre y dijo: “Dios mío, santificanos. Porque tú eres el ‘Dios de Jacob’ y cuando quisiste lo santificaste.”

Los dos extranjeros

En el salmo ciento diez y nueve el salmista dice a Dios: “Yo soy un peregrino en la tierra, no escondas de mí tus mandamientos.”

En relación con este versículo Rabí Baruj dijo: “Aquel a quien la vida lo conduce al exilio y llega a tierra extraña, nada tiene en común con la gente que allí habita, ni un alma a la cual dirigirse. Pero si aparece otro forastero, aunque provenga de un lugar muy diferente, cada uno puede confiar en el otro y convivir en adelante y protegerse mutuamente. Mas si ambos no hubieran sido extranjeros, jamás habrían conocido tan estrecha unión. Esto es lo que el salmo significa: “Tú, como yo, eres un peregrino en la tierra y no tienes morada para tu gloria. Así pues, no te alejes de mí y revélame tus mandatos para que pueda ser tu amigo.”

Bendito Aquel que habló

Preguntaron a Rabí Baruj: “¿Por qué decimos: ‘Bendito Aquel que habló y fue el mundo’ y no ‘Bendito Aquel que creó el mundo?’”.

El rabí respondió: “Alabamos a Dios porque El creó nuestro mundo con la palabra y no con el pensamiento, como otros mundos. Dios juzga a los tzadikim por los malos pensamientos que puedan alentar en su interior. Pero, ¿cómo podría el común de la gente salir airosa si debiera ser juzgada de esa manera y no, como El lo hace, sólo cuando un mal pensamiento es manifestado y hecho efectivo a través de las palabras?”

Ante tus propios ojos

Rabí Baruj explicó así estas palabras del Tratado de Principios: “Y no seas malvado ante tus propios ojos” (es decir, no creas que no puedes ser redimido): “Cada hombre anhela realizar algo perfecto en el mundo. El mundo necesita de

cada uno de los seres humanos. Pero están aquellos que se sientan en su cámara, detrás de la puerta cerrada, y estudian y jamás abandonan su casa para hablar con los otros. Por eso se los llama malvados. Si hablaran con la gente llevarían a la perfección algo que está destinado a ser perfecto. Esto es lo que significan las palabras 'Y no seas malvado ante tus propios ojos.' Puesto que te contemplas únicamente a ti y no vas al encuentro de la gente, no llegues al mal a través de la soledad."

Dádivas

Cuando, al pronunciar las bendiciones después de la comida, Rabí Baruj llegó al pasaje que dice: "No nos dejes pedir dádivas de carne y sangre, ni préstamos sobre ellas, sino sólo tu llena, abierta, santa mano", repitió por tres veces estas palabras lleno de fervor. Al terminar, su hija le preguntó: "Padre, ¿por qué rezas con tanto fervor para que te sea dado vivir sin las dádivas de los hombres? Tu único medio de subsistencia es lo que la gente que viene a ti te da, según su voluntad, para mostrar su gratitud."

"Hija mía" —replicó el rabí—, "debes saber que hay tres maneras de dar dinero al tzadik. Algunos se dicen a sí mismos: 'Le daré alguna cosa. Yo soy de esa clase de hombres que ofrecen dádivas al tzadik.' Las palabras: 'No nos dejes pedir dádivas' se refieren a esto. Otros piensan: 'Si doy algo a este hombre devoto será en mi beneficio más adelante.' Estos quieren que el cielo pague intereses. Ese es el 'préstamo'. Pero hay algunos que saben: 'Dios ha puesto este dinero en mi mano para el tzadik y yo soy su mensajero.' Esto es lo que quiere decir 'la mano llena y abierta'."

Dulces

En la víspera del Día del Perdón, durante la comida que precede al ayuno, Rabí Baruj distribuyó dulces entre los jásidim sentados a su mesa y dijo: "Os amo grandemente y quisiera daros todo lo que veo de bueno en el mundo. Recordad lo que está escrito en el Salmo: 'Saboread y ved que el Señor es bueno.' Solamente saboread —en el buen sentido de la palabra— y veréis: dondequiera que haya algo bueno, allí está El." Y rompió a cantar: "Cuán bueno es nuestro Dios, qué bella es nuestra suerte."

La tarea cumplida

Los discípulos de Rabí Baruj le preguntaron: “Cuando por medio de Moisés, Dios ordenó a Aarón que hiciera el candelabro con siete lámparas y que las encendiera, las Escrituras dicen tan sólo: ‘Y Aarón lo hizo.’ Rashi piensa que esto está expresado como alabanza porque Aarón no se apartó de lo que se le había indicado. ¿Cómo debemos entenderlo? ¿Debe considerarse a Aarón, señalado por Dios, merecedor de alabanza porque no se desvió del mandato?”

Rabí Baruj respondió: “Si el hombre justo sirve a Dios de la manera correcta es porque —no importa qué fuegos sienta arder en su interior— no dejará que la llama se desborde del vaso y habrá de realizar cada acción tangible de la manera apropiada. Se cuenta de un santo servidor de Dios que, cuando debía llenar las lámparas en la Casa de Oración, se sintió tan inundado de fervor que vertió el aceite. Por eso debemos considerar que se lo alaba cuando se dice de Aarón que, a pesar de servir a su Hacedor con toda la fuerza de su alma, preparó el candelabro de la manera prescrita y encendió las lámparas.”

Cómo debemos estudiar

Los discípulos de Rabí Baruj le preguntaron: “¿Cómo puede uno estudiar el Talmud adecuadamente? En él está escrito que Abái dijo esto y Rabá dijo aquello. Es como si Abái perteneciera a un mundo y Rabá a otro. ¿Cómo es posible comprender y estudiar a ambos al mismo tiempo?”

El tzadik respondió: “Aquellos que quieren comprender las palabras de Abái deben unir su alma al alma de Abái. Entonces comprenderán el verdadero sentido de las palabras como el mismo Abái las expresó. Y si después quieren saber las palabras de Rabá, deberán unir su alma con el alma de Rabá. Esto es lo que quiere significar el Talmud cuando leemos: ‘Si una palabra es hablada en el nombre de quien la pronunció, sus labios se mueven en la tumba.’ Y los labios del que pronuncia la palabra se mueven como los del maestro que está muerto.”

La quincuagésima puerta

Sin decir nada a su maestro, un discípulo de Rabí Baruj había indagado en la naturaleza de Dios y penetrado más y

más allá con su pensamiento hasta encontrarse perdido en medio de la duda, y lo que hasta entonces fuera cierto habíase transformado en incierto. Cuando Rabí Baruj notó que el joven ya no acudía a él, como era su costumbre, fue a la ciudad donde vivía, entró sorprendentemente en su habitación y le dijo: "Sé lo que ocultas en tu corazón. Has pasado a través de las cincuenta puertas de la razón. Comienzas con una pregunta y piensas y piensas y encuentras la respuesta y la primera puerta se abre. ¡Y te planteas un nuevo interrogante! Y otra vez te sumerges en él, hallas la solución y franqueas la segunda puerta y adviertes un nuevo enigma. Y así sigues y sigues, más y más hondo, hasta forzar la quincuagésima puerta. Y allí te enfrentas con aquella pregunta cuya respuesta no fue descubierta por hombre alguno, porque si alguien la conociera el libre albedrío habría dejado de existir. Pero si osas continuar aún más allá, entonces te hundes en el abismo."

"¿Así pues debo desandar todo el camino, hasta el mismo comienzo?", exclamó el discípulo.

"Si te vuelves no habrás retrocedido" —dijo Rabí Baruj—. "Estarás más allá de la última puerta: permanecerás en la fe."

Gracias de antemano

Cierta víspera de shabat Rabí Baruj iba y venía por su casa y, como siempre, saludó primero a los ángeles de la paz y luego dijo la plegaria: "Señor de los mundos, Señor de todas las almas, Señor de paz", hasta llegar a las palabras: "Te doy las gracias, oh Señor mi Dios y Dios de mis padres, por todas las mercedes que has derramado sobre mí y por las que me has de dar en el futuro." Aquí se detuvo y permaneció silencioso por un momento. Luego dijo: "¿Por qué he de agradecer por las mercedes futuras? Cuando ellas me sean otorgadas, entonces agradeceré." Pero instantáneamente se contestó a sí mismo: "Tal vez llegará un tiempo en que Tú me concederás una gracia y yo no podré ofrecerte el reconocimiento que mereces. Por eso debo hacerlo ahora." Y estalló en llanto.

Rabí Moshé de Savran, su discípulo, que se había detenido en un rincón del cuarto sin ser visto, escuchó las palabras del maestro. Entonces, al verlo llorar, se adelantó y dijo: "¿Por qué lloras? ¡Tu pregunta era justa y tu respuesta fue justa!" Rabí Baruj respondió: "Lloro porque pensé de repente: ¿Por qué ofensa se me impondrá el castigo de no poder expresar mi gratitud?"

El gran trabajo

Rabí Baruj dijo:

El gran trabajo de Elías no fue realizar milagros sino hacer que cuando el fuego cayó del cielo la gente no hablara de milagros sino que exclamaran todos: "¡El Señor es Dios!"

Todo es maravilla

Preguntaron a Rabí Baruj: "En el himno Dios es llamado 'Creador de los remedios, terrible en la alabanza, Señor de los milagros.' ¿Por qué? ¿Por qué los remedios han de estar junto a los milagros y aun precederlos?"

El respondió: "Dios no desea ser alabado como señor de los milagros sobrenaturales. Así pues aquí, al mencionar los remedios, se introduce a la naturaleza y se la coloca primero. Pero en verdad todo es milagro y maravilla."

Remedios

Una vez Rabí Baruj fue a la ciudad a comprar medicinas para su hija enferma. Su sirviente las puso sobre el antepecho de la ventana de su cuarto en la posada. Rabí Baruj iba y venía, miró las pequeñas botellas y dijo: "Si es la voluntad de Dios que mi hija Reizel se recupere, entonces ella no tiene necesidad de medicinas. Pero si Dios manifestara su maravilloso poder a los ojos de todos, entonces nunca más nadie gozaría de libertad de elección. Cada uno sabría. Y Dios quiere que los hombres elijan. Así pues, El oculta sus acciones en el devenir de la naturaleza y para eso creó las hierbas curativas."

Luego, paseando otra vez por la habitación, se preguntó: "Pero, ¿por qué damos veneno a los enfermos?" Y respondió: "Las chispas que se desprendieron de la iniquidad primigenia de los mundos y cayeron en las 'cáscaras' y penetraron en la materia de las piedras, plantas y animales, ascienden todas para retornar a sus fuentes a través de la santidad del hombre devoto que trabaja con ellas, las usa y consume piadosamente. Pero, ¿cómo pueden ser redimidas aquellas chispas que cayeron en los venenos amargos y en las hierbas ponzoñosas? Para que éstas no permanezcan en el exilio Dios las destinó a los enfermos: a cada uno los portadores de las chispas que corresponden a la raíz de su alma. Por eso los enfermos son los médicos que curan a los venenos."

Aparición

Cuando Rabí Shlomó de Karlín, cuyo hijo era esposo de la hija de Rabí Baruj, fue una vez a visitarlo, al pisar el umbral de su cámara retrocedió y cerró la puerta. Después de un momento la escena se repitió. Al ser interrogado, Rabí Shlomó dijo: "El está parado ante la ventana, mirando hacia afuera. Pero a su lado está el santo Baal Shem Tov y le acaricia los cabellos."

La discusión

Rabí Moshé de Ludmir, el hijo de Rabí Shlomó de Karlín, visitó una vez a Rabí Baruj en compañía de su hijo más joven. Cuando entraron en la habitación vieron y oyeron discutir al tzadik con su mujer, sin que prestara atención a sus huéspedes. El muchacho se turbó porque no se hacían a su padre los debidos honores. Cuando Rabí Moshé observó esto dijo: "Has de saber, hijo mío, que lo que acabas de escuchar es una discusión entre Dios y su Presencia acerca del destino del mundo."

Bellas palabras

Un shabat un hombre erudito, que era huésped de Rabí Baruj, le dijo: "Ahora, haznos escuchar tus enseñanzas, Rabí. ¡Hablas tan bien!" "Antes que hablar tan bien —dijo el nieto del Baal Shem—, mejor enmudeciera para siempre."

A un novio

Rabí Baruj dijo estas palabras a un novio antes de que se colocara bajo el palio de la boda: "Está escrito: 'Y como el novio se alegra de la novia, así se alegrará de ti tu Dios.'¹ Por ti, novio, Dios ha de regocijarse. La parte que hay en ti semejante a Dios ha de regocijarse con la novia."

Alegría sabática

Estaba una vez Rabí Baruj agasajando a un huésped distinguido de la Tierra de Israel. Era éste uno de aquellos que están siempre de duelo por Sión y por Jerusalén y que no ol-

¹ Isaías 62:5.

vidan su dolor ni por un solo instante. En la víspera del shabat el rabí cantó en su habitual estilo: "Aquel que santifica el séptimo día..." Y cuando llegó a las palabras: "Bienamado del Señor, tú que aguardas la reconstrucción de Ariel", levantó los ojos y vio a su huésped sentado allí, tan triste y melancólico como siempre. Entonces se interrumpió y, vehementemente y jubiloso, gritó en la misma faz del hombre sobresalido: "¡Bienamado del Señor, tú que esperas la reconstrucción de Ariel, en este shabat sagrado, alégrate y sé feliz!" Y después cantó la canción hasta el final.

Olvido

Un hombre erudito de Lituania, que estaba orgulloso de su saber, tenía el hábito de interrumpir los sermones de Rabí Leví Itzjac de Berditchev con toda clase de rebuscadas objeciones. Una y otra vez el tzadik lo invitaba a visitarlo en su casa para sostener discusiones de esa índole, mas el lituano no las aceptaba y seguía apareciendo en la Casa de Oración e interrumpiendo al rabí constantemente. Rabí Baruj fue informado de ello y dijo: "Si viene a mí, no podrá decir nada en absoluto."

El erudito supo de estas palabras. "¿En qué es el rabí especialmente versado?" preguntó. "En el Libro del Esplendor", le respondieron. Así pues, eligió un pasaje difícil del Libro del Esplendor y se fue a Mezbizh para interrogar a Rabí Baruj sobre él. Cuando entró en la habitación vio el Libro del Esplendor sobre la mesa, abierto en el mismo pasaje que él tenía en la mente. "¡Qué notable coincidencial!", dijo para sí, e inmediatamente comenzó a pensar en otro pasaje difícil que pudiera servir para desconcertar al rabí. Pero éste se le anticipó. "¿Eres versado en el Talmud?", le preguntó. "¡Ciertamente lo soy!", contestó riendo el lituano. "En el Talmud" —dijo Rabí Baruj— "se lee que, cuando el niño está en el vientre de la madre, una luz se enciende sobre su cabeza y él aprende toda la Torá. Pero al llegar el día señalado en que nace al aire de la tierra, un ángel lo golpea en la boca y en ese instante él olvida por completo lo que sabía. ¿Cómo debemos interpretar esto?" El lituano permaneció callado. Rabí Baruj prosiguió: "Yo mismo contestaré la pregunta. A primera vista no se comprende con claridad por qué Dios creó el olvido. Pero el significado es el siguiente: si no fuera por el olvido el hombre pensaría incesantemente en la muerte. No

construiría su casa ni acometería empresa alguna. Por eso instaló Dios el olvido en su interior. Así pues, un ángel debe instruirlo de tal manera que no olvide cosa alguna y otro debe golpearlo en la boca para hacerle olvidar. Pero a veces no lo consigue y entonces yo tomo su lugar. Ahora te toca a ti. Recítame todo el pasaje.” El hombre de Lituania trató de hablar, pero tartamudeó y no pudo pronunciar ni una sola palabra. Cuando se marchó de lo del rabí había olvidado todo lo que sabía. ¡Era un ignorante! Después de esto se convirtió en sirviente de la Casa de Oración de Berditchev.

Bendición de la Luna

Un cierto mes de invierno las noches se sucedían nubladas y oscuras, una tras otra. La luna permanecía oculta y Rabí Baruj no podía pronunciar la bendición correspondiente. En la última de las noches destinadas a ello Rabí Baruj enviaba a alguien a cada momento para mirar el cielo, pero siempre le repetían que la noche estaba oscura como boca de lobo y que la nieve caía, espesa y constante. Finalmente dijo: “¡Si no hubiera en mí nada reprochable, la luna con seguridad se mostraría propicia! Así pues, debo hacer penitencia. Pero como ya no soy lo bastante fuerte para ello, debo al menos confesar mis pecados con contrición.” Y la confesión brotó de sus labios con tal fuerza que todos los presentes se estremecieron. Y un gran temblor sacudió sus corazones y se volvieron hacia Dios. Entonces alguien entró y dijo: “Ha dejado de nevar. ¡Es posible percibir un cierto fulgor!” El rabí se puso el abrigo y salió. Las nubes se habían dispersado y la luna resplandecía en medio del brillo de las estrellas. Y entonces él recitó las bendiciones.

El escondite

Iejiel, el nieto de Rabí Baruj, jugaba una vez al escondite con otro niño. Se ocultó muy bien y esperó a que su compañero de juegos lo encontrara. Después de aguardar largo tiempo salió de su escondite, mas no vio a su camarada en parte alguna. Entonces comprendió que éste en ningún momento lo había buscado. Esto lo hizo llorar, y llorando corrió hacia su abuelo y se quejó de su desleal amigo. Entonces los ojos de Rabí Baruj se llenaron de lágrimas y murmuró: “Dios dice lo mismo: ‘yo me escondo pero nadie quiere buscarme.’”

Los dos pábilos

El otro nieto de Rabí Baruj, el joven Israel, acostumbraba a llorar ruidosamente mientras rezaba. Una vez su abuelo le dijo: "Hijo mío, ¿has notado la diferencia entre un pábilo de algodón y uno de lino? ¡Uno arde quietamente y el otro chisporrotea! Créeme, un simple gesto, aunque sea sólo con el dedo pequeño del pie, es suficiente."

El doble mundo

Rabí Baruj dijo una vez: "¡Qué bueno y resplandeciente es este mundo si no permitimos que esclavice nuestro corazón, pero qué oscuro es si así lo hacemos!"

III

DOV BER DE MEZRITCH, EL GRAN MAGUID

El árbol familiar

Cuando Rabí Ber tenía cinco años se incendió la casa de su padre. Oyendo a su madre lamentarse y llorar por ello, le preguntó: "Madre, ¿tenemos que sentirnos tan desdichados por haber perdido una casa?"

"No es por la casa, que lloro —dijo ella—, sino por el árbol genealógico que se ha quemado. Comenzaba con Rabí Iojanán, el zapatero, maestro en el Talmud." "¡Y qué importa eso" —exclamó el niño—. "¡Yo te daré un árbol genealógico que comience conmigo!"

La maldición

Cuando Rabí Ber era joven, él y su mujer vivían en la mayor pobreza. Habitaban una casa ruinoso fuera de los límites de la ciudad, por la cual no debían pagar, y allí fue donde la mujer trajo un hijo al mundo. Hasta ese momento no se había quejado jamás, pero, cuando la partera le pidió dinero para comprar té de manzanilla para el niño y ella no tuvo ni un céntimo para darle, se lamentó: "¡Es así como su solicitud nos provee!"

El maguid oyó estas palabras y le dijo: "Ahora saldré y maldeciré a Israel porque nos abandona en nuestra miseria." Salió y se detuvo frente a la puerta, alzó los ojos al cielo y gritó: "¡Oh, hijos de Israel, que abundantes bendiciones caigan sobre vosotros!" Luego entró en el cuarto, y oyendo que su esposa volvía a lamentarse, exclamó: "¡Ahora los maldeciré realmente!" Una vez más salió, alzó la cabeza y gritó: "¡Que toda la felicidad llegue a los hijos de Israel, pero que den su dinero a los espinos y a las piedras!"

El suspiro

Silenciosa, la mujer sostenía al niño hambriento, demasiado débil para llorar. Entonces —por vez primera— el maguid suspiró. Instantáneamente llegó la respuesta. Oyó una voz que le dijo: “Has perdido tu parte en el mundo venidero.”

“Bien” —dijo el maguid—, “la recompensa se ha perdido. Ahora puedo comenzar a servir de buena fe.”

Castigo

Cuando el maguid comprendió que se había hecho famoso rogó a Dios que le revelara cuál era el pecado que había cometido.

La acogida

Rabí Ber era un erudito sagaz, versado por igual en las enredadas cuestiones de la Guemará y en las profundidades de la Cábala. Como oyera una vez y otra hablar del Baal Shem decidió finalmente ir hacia él a fin de comprobar por sí mismo si su gran reputación estaba justificada por su sabiduría.

Cuando llegó a la casa del maestro se paró frente a él, lo saludó y —antes de haberlo mirado realmente— se dispuso a escuchar las enseñanzas que brotarían de sus labios para examinarlas y sopesarlas. Pero el Baal Shem le contó solamente que una vez había viajado por el páramo durante días careciendo de pan para alimentar a su cochero. Pero un campesino acertó a pasar por allí y le vendió pan. Y con esto el Baal Shem despidió a su visitante.

A la noche siguiente volvió el maguid a lo del Baal Shem pensando que ahora, con certeza, habría de escuchar alguna de sus enseñanzas. Pero todo lo que Rabí Israel le dijo fue que una vez, mientras se hallaba en el camino, sin heno para sus caballos, llegó un labrador y dio de comer a los animales. El maguid no sabía qué hacer con esas historias. Pero estaba bien seguro de que era inútil esperar a que ese hombre pronunciara sabias palabras.

Al llegar a la posada ordenó a su sirviente que preparara el viaje de regreso; quería partir tan pronto como la luna dispersara las nubes. Aclaró alrededor de media noche. Entonces llegó un mensajero del Baal Shem diciendo que Rabí Ber debía presentarse a él en ese mismo momento. Y fue de inmediato.

El Baal Shem lo recibió en su cámara. “¿Eres versado en la Cábala?”, le preguntó. El maguid dijo que lo era. “Toma este libro que se llama el *Arbol de la vida*. Abrelo y lee.” El maguid leyó. “¡Ahora piensa!” El pensó. “¡Explica!” Y explicó el pasaje que trata de la naturaleza de los ángeles. “No tienes verdadero conocimiento” —dijo el Baal Shem—. “¡Levántate!” El maguid se puso de pie y el Baal Shem se paró ante él y recitó el pasaje. Entonces, frente a los ojos de Rabí Ber, el cuarto se envolvió en llamas y a través del fuego él oyó el rumor de los ángeles hasta que sus sentidos lo abandonaron. Cuando despertó, el cuarto estaba tal como lo viera al entrar. El Baal Shem, parado a su lado, dijo: “Tú explicas correctamente pero no tienes verdadero conocimiento, porque no hay alma en lo que sabes.”

Rabí Ber volvió a la posada, mandó a su sirviente que regresara a la casa y él permaneció en Mezbizh, la ciudad del Baal Shem.

La señal

Una vez, antes de partir, el Baal Shem bendijo a su discípulo. Luego inclinó su propia frente para recibir él la bendición. Rabí Ber retrocedió, pero el Baal Shem tomó su mano y la puso sobre su cabeza.

La sucesión

Antes de morir el Baal Shem, los discípulos le preguntaron quién iba a ser el maestro de ellos en su lugar. Él dijo: “Aquel que pueda enseñaros cómo dominar el orgullo, ése será mi sucesor.”

Después de la muerte del Baal Shem los discípulos plantearon la cuestión en primer lugar a Rabí Ber: “¿Cómo puede dominarse el orgullo?”

El respondió: “El orgullo pertenece a Dios. Está escrito: ‘El Señor reina; de majestad está vestido.’ Es por ello que nada puede aconsejarse para vencer al orgullo. Debemos luchar contra él todos los días de nuestra vida.”

Entonces los discípulos supieron que era él quien había de ser el sucesor del Baal Shem.

La visita

Rabí Iaacov Iosef de Polnoie fue el otro de los dos discípulos más distinguidos del Baal Shem que resultó heredero de su obra, pues fue él quien puso por escrito las enseñanzas del maestro. Después de la muerte del Baal Shem, Rabí Iaacov Iosef vivió en Mezritch por algún tiempo, y en ese período el maguid le rogó que fuera su huésped durante el shabat. El rabí de Polnoie dijo: “Yo paso el sábado como cualquier padre de familia y me acuesto después de comer. No prolongo el tiempo de la cena como tú, que tienes muchos discípulos y lees la Torá en la mesa.”

“En el shabat —dijo el maguid— mis discípulos y yo usaremos los dos cuartos que quedan al otro lado del patio; dejaremos la casa para tí y podrás hacer lo que harías en tu propio hogar.” Así pues, el rabí de Polnoie y su discípulo Rabí Moshé, que lo acompañaba en el viaje, permanecieron en la casa. En la víspera del shabat cenaron juntos y luego Rabí Iaacov Iosef se fue a dormir. Su discípulo deseaba en gran manera sentarse a la mesa del maguid, pues lo conocía como el líder de su generación, pero temía que su maestro se despertara y advirtiera su ausencia.

Después de la comida de la tarde del sábado, la sagrada “tercera comida”, el rabí de Polnoie dijo a su discípulo: “Vayamos a la mesa del maguid y escuchemos un poco.” Mientras atravesaban el patio oyeron la voz del maguid que decía las enseñanzas, pero al llegar a la puerta la voz calló. Rabí Iaacov Iosef volvió al patio y de nuevo escuchó hablar al maguid. Una vez más se dirigió a la puerta. Una vez más se detuvo en el umbral. Una vez más todo era silencio. Cuando esto sucedió por tercera vez el rabí de Polnoie caminó yendo y viniendo por el patio, con las manos sobre el corazón, y dijo: “¿Qué podemos hacer? ¡El día que murió nuestro maestro la Divina Presencia preparó sus alforjas y viajó a Mezritch!” No trató de volver a la mesa del maguid. Cuando terminó el shabat se despidió con cordiales palabras y regresó a su casa con su discípulo.

La palmera y el cedro

“El justo [tzadik] florecerá como la palmera; como el cedro él crecerá.” En relación con este versículo del salmo el maguid de Mezritch dijo: “Hay dos clases de tzadikim. Los que dedican su tiempo al hombre, le enseñan y se inquietan

por él, y los que se preocupan sólo por las enseñanzas. Los primeros producen frutos alimenticios, como los dátiles de las palmeras; los segundos son como el cedro del Líbano, altivo y estéril.”

Proximidad

Un discípulo contó:

Siempre que viajábamos hacia el maestro, tan pronto como atravesábamos los límites de la ciudad todos nuestros anhelos eran satisfechos. Y si a alguien le quedaba algún deseo sin cumplir, éste se realizaba tan pronto como entraba en la casa del maguid. Pero si todavía se agitaba un anhelo en el alma de uno de nosotros, quedaba en paz al contemplar la faz del rabí.

Efecto

Algunos discípulos fueron una vez a visitar al maguid. “No nos quedaremos” —se dijeron uno al otro—. “Sólo deseamos ver su rostro.” Ordenaron al cochero que aguardara frente a la casa. El maguid les contó una historia que constaba de veinticuatro palabras. Ellos escucharon y se despidieron. “Maneja despacio —pidieron al cochero— te alcanzaremos.” Caminaron detrás del carruaje conversando, todo el día y toda la noche. Al alba el cochero se detuvo, miró hacia los discípulos que lo seguían y dijo con enojo: “¡No os basta haber olvidado ayer las plegarias de la tarde y de la noche! ¿Omitiréis también ahora la plegaria de la mañana?” Y debió repetir esto cuatro veces antes de ser siquiera oído.

En la casa del maguid

Rabí Shneur Zalman acostumbraba a decir: “¡Qué profecías! ¡Qué milagros! En la casa de mi maestro, el santo maguid, bebías el espíritu santo del cántaro y los milagros se amontonaban debajo de los bancos. ¡Sólo que nadie tenía tiempo para levantarlos!”

Enseñanzas

Cierto año, en la víspera de Shavuot, la fiesta de la Revelación, el rabí de Rizhyn estaba sentado a su mesa sin decir

ni una palabra de enseñanza a sus discípulos como usualmente hacía en esa época. Estaba silencioso y lloraba. Pero después de la bendición de la comida dijo:

“Muchas veces cuando mi antecesor, el santo maguid, instruía a sus discípulos en la mesa, ellos más tarde, camino de su casa, acostumbraban a discutir las lecciones del maestro. Y cada cual lo citaba de manera diferente y tenía la certidumbre de haber escuchado esto y no lo otro. Y todos sus dichos se contradecían. Y no era posible esclarecer la cuestión porque cuando llegaban ante el maguid y lo interrogaban, él sólo repetía la sentencia tradicional: ‘Ambas, ésta tanto como aquélla, son palabras del Dios viviente.’”¹ Entonces los discípulos reflexionaron y comprendieron el sentido de la contradicción. Porque en su origen la Torá es una más, en el mundo tiene setenta caras. Sin embargo, si un hombre mira atentamente a uno de esos rostros, no tiene ya necesidad ni de la palabra ni de la enseñanza. Porque le hablan los rasgos de la eterna faz.

En el exilio

El maguid de Mezritch dijo: “Ahora, en el exilio, el santo espíritu viene hacia nosotros más fácilmente que en los tiempos en que el Templo estaba aún en pie.

Un rey fue echado de su reino y obligado a convertirse en caminante. Un día, en el curso de sus andanzas, llegó a la casa de una pobre gente. Allí le ofrecieron una modesta comida y le dieron abrigo, pero fue recibido como un rey. Su corazón se aligeró y conversó con su anfitrión tan íntimamente como lo hacía en la corte con los que le eran más cercanos.

Ahora que está en el exilio, Dios hace lo mismo.”

Paternidad de Dios

Con respecto al versículo de las Escrituras: “Entonces vosotros buscaréis al Señor vuestro Dios y lo encontraréis”,² el maguid de Mezritch dijo: “Vosotros debéis clamar a Dios y llamarlo padre hasta que se convierta en vuestro padre.”

¹ Según el Talmud de Babilonia, una voz celestial pronunció esta frase antes de decidir en favor de la escuela de Hilel, más indulgente, frente a la severa escuela de Shamái (Erubin 13b).

² Deuteronomio 4:29.

El estado intermedio

El maguid de Mezritch dijo:

Nada en el mundo puede pasar de una realidad a otra sin retornar primero a la nada, esto es, a la realidad del estado intermedio. En este estado es la nada y nadie puede concebirlo porque ha llegado al punto de la nada, tal como era antes de la creación. Y entonces se transforma en la nueva criatura, desde el huevo hasta el polluelo. Y el momento en que el huevo ya no es y el polluelo aún no es, es la nada. Y en términos filosóficos, éste es el estado primario que nadie puede asir porque es una fuerza que precede a la creación; es el caos. Es como el germinar de la semilla. La transformación no se inicia hasta que la simiente se desintegra en la tierra, y la calidad de simiente es destruida a fin de que pueda alcanzar la nada, que es el peldaño anterior a la creación. Y este peldaño es llamado sabiduría, es decir, un pensamiento que no puede ser manifestado. Entonces este pensamiento origina la creación, como está escrito: "Todo lo has hecho Tú en la sabiduría."

El último milagro

El maguid de Mezritch dijo:

La creación del cielo y de la tierra es el desenvolverse de algo desde la nada. El descenso desde arriba hacia abajo. Pero los tzadikim que en su quehacer se desprenden de lo que es carnal y sólo piensan en Dios, realmente ven, comprenden, imaginan el universo como era en estado de nada, antes de la creación. Ellos transformaron el algo otra vez en nada. Pero más maravilloso es comenzar desde el estado más bajo. Como está dicho en el Talmud: "Más grande que el primero es el milagro último."

El ladrón fuerte

El maguid de Mezritch dijo:

Toda cerradura tiene una llave que se ajusta a ella y la abre. Pero hay ladrones poderosos que saben abrir sin llaves. Violentan la cerradura. Así también cada misterio en el mundo puede ser descifrado por la meditación particular que le corresponde. Pero Dios ama al ladrón que fuerza el cerrojo. Quiero decir, al hombre que rompe su corazón por Dios.

Los diez principios

Dijo el maguid a Rabí Zusia, su discípulo:

“No puedo enseñarte los diez principios del servicio. Pero un niño pequeño y un ladrón pueden instruirte sobre ellos.

Del niño puedes aprender tres cosas:

Está contento sin motivo especial;

No está ocioso ni por un instante;

Cuando necesita algo lo exige vigorosamente.

El ladrón puede enseñarte siete cosas:

Hace su trabajo por la noche;

Si no termina lo que debe hacer en la primera noche, dedica a ello la segunda;

El y los que trabajan con él se aman mutuamente;

Arriesga su vida por pequeñas ganancias;

Lo que consigue tiene tan poco valor para él que lo cambia por una moneda;

Soporta golpes y privaciones y éstos no significan nada para él;

Ama su oficio y no lo cambiaría por ningún otro.”

El rabí y el ángel

La primera vez —sucedió un viernes— que Rabí Shmelke, rav de Nícolsburg, y su hermano, Rabí Pinjas, rav de Francfort del Meno, fueron a la casa del Gran Maguid, se sintieron profundamente decepcionados. Habían esperado una larga y elaborada bienvenida, mas él los recibió con un saludo breve y se dedicó a preparar la llegada de otro huésped más distinguido: el shabat. Durante las tres comidas sabáticas aguardaron ansiosos sus sabias e intrincadas alocuciones. Pero el maguid pronunció sólo algunas palabras en cada una de ellas, sin mayores proyecciones intelectuales. En la tercera, particularmente, no habló en absoluto como lo hace un maestro ante sus discípulos ávidos de aprender, sino como un buen padre reunido con sus hijos en una comida apenas un poco más solemne que lo habitual. Por eso el día siguiente se despidieron de Rabí Ber y se dirigieron a la Casa de Estudio para saludar a los discípulos. Entonces vieron a uno de ellos con el cual no se habían encontrado aún: Rabí Zusia. Cuando entraron los miró largamente, primero a uno, luego a otro. Finalmente fijó sus ojos en el suelo y, sin palabras de bienvenida ni

frase alguna de transición, habló: "Malaquías dice: 'Porque los labios del sacerdote guardan la sabiduría y ellos en su boca buscarán las enseñanzas; porque él es un ángel del Señor de los ejércitos.' Nuestros sabios lo explican así: 'Si el rabí se parece a un ángel, tú debes buscar las palabras de su boca.' ¿Cómo podemos entender esto? Si ninguno de nosotros contempló jamás a un ángel, ¿cómo es posible comparar al rabí con él? ¡Pero eso es exactamente lo que significa! Nunca habéis visto a un ángel; por lo tanto, si estuviera ante vosotros no le haríais preguntas ni lo examinaríais o le exigiríais una señal. Sino que creeríais y sabríais que es un ángel. Lo mismo sucede con el verdadero tzadik. Si hay alguno que os hace sentir de tal manera, en sus labios buscaréis las enseñanzas."

Cuando Rabí Zusia terminó, los hermanos se habían unido ya en sus corazones a los discípulos del maguid.

La bola

Antes de que el maguid comenzara a instruir a los dos hermanos, Shmelke y Pinjas, les enseñó cómo conducirse a través del día, desde el despertar hasta el momento de dormirse. Sus indicaciones tuvieron en cuenta todos sus hábitos, confirmando o modificando como si conociera sus vidas por completo. Y al terminar dijo: "Y antes de acostaros a la noche sumaréis todo lo hecho durante el día. Y cuando un hombre repasa las horas transcurridas y comprueba que no ha desperdiciado en el ocio ni un momento, cuando su corazón late fuertemente con orgullo, entonces —arriba en el cielo— toman todas sus buenas obras, las aplastan en una bola y la arrojan al abismo."

Cuerpo y alma

Cuando Rabí Shmelke regresó de su primer viaje a lo del Gran Maguid y le preguntaron cuál había sido su experiencia, él respondió: "Hasta entonces yo había mortificado mi cuerpo para que pudiera sostener el alma. Pero ahora he visto y aprendido que el alma puede sostener al cuerpo y no necesita separarse de él. Eso es lo que nos dice la santa Torá: 'Y yo estableceré Mi morada en medio de vosotros y Mi alma no os aborrecerá.'³

Por eso el alma no ha de aborrecer al cuerpo."

³ Levítico 26:11.

Su propio lugar

Una vez Rabí Míjal de Z' tchov fue a visitar al maguid y llevó consigo a su joven hijo Itzjac. El maguid dejó la habitación por un momento y, mientras estaba ausente, el muchacho tomó de la mesa una caja de rapé, la examinó por todos los costados y la colocó nuevamente en su sitio. En el instante en que el maguid traspuso el umbral, miró a Itzjac y le dijo: "Cada cosa tiene su propio lugar; cada cambio de lugar tiene un sentido. Si uno no lo sabe, no debe hacerlo."

Decir la Torá y ser la Torá

Rabí Leib, hijo de Sara, el tzadik oculto, que erraba sobre la tierra siguiendo el curso de los ríos a fin de redimir las almas de los vivos y de los muertos, dijo esto: "Yo no voy a lo del maguid para escucharle decir la Torá, sino para ver como desata sus zapatos de fieltro y los vuelve a atar."

Cómo decir la Torá

El maguid dijo una vez a sus discípulos:

"Yo os enseñaré la mejor manera de decir la Torá. Debéis cesar de ser conscientes de vosotros. No debéis ser más que un oído que escucha lo que el universo de la palabra está diciendo constantemente en vuestro interior. En el momento en que comencéis a oír lo que vosotros mismos estáis diciendo, debéis deteneros."

Los fogoneros

El Gran Maguid aceptaba como discípulos únicamente a hombres elegidos. Estos eran —decía— nobles velas de cera que sólo necesitaban ser encendidas para arder con límpida llama. Algunos estudiosos, en cambio, eran rechazados porque su camino —así lo explicaba— no se ajustaba al de ellos. Pero otros jóvenes, que no eran todavía merecedores de ser sus discípulos, permanecían con el maguid y realizaban tareas para él y para sus alumnos. Se les daba el nombre de "fogoneros" porque atender las estufas era parte de sus tareas.

Una noche uno de los discípulos, Shneur Zalman, más tarde rav de la Rusia Blanca del Norte, estaba a punto de dormirse cuando oyó a tres jóvenes que trabajaban en la estufa del

cuarto contiguo. Hablaban del sacrificio de Isaac. Uno de ellos dijo: “¿Por qué la gente hace tanta alharaca sobre Abraham? ¿Quién no hubiera hecho lo que él si Dios mismo se lo hubiera ordenado? ¡Pensad sólo en los que sacrifican sus vidas sin una orden como ésa, únicamente para santificar el Nombre! ¿Qué pensáis de ello?”

El otro dijo: “Yo lo veo de esta manera: Los hijos de Israel llevan en sí la herencia de los santos padres, por lo tanto no es una virtud tan especial para ellos abandonar lo que es su mayor tesoro. Pero Abraham era hijo de un adorador de ídolos.”

El primero de los tres fogoneros contestó: “¿Qué importa eso en el momento en que Dios, Dios mismo le habla?”

Entonces el segundo dijo: “¡No debes olvidar que él se levantó al alba e inmediatamente se preparó para el viaje sin demorarse en su hogar, con su hijo, ni siquiera por una hora!”

El primero rechazó también esta razón: “Si Dios me hablara en este momento, —dijo— yo no esperaría hasta la mañana. ¡Cumpliría su mandato aunque fuera en medio de la noche!”

Entonces el tercero, que había estado silencioso hasta ese instante, dijo: “En las Escrituras leemos: ‘Desde ahora sé’, y más adelante sigue: ‘Tú que no Me has negado tu único hijo’. Podéis pensar que la palabra ‘Me’ es innecesaria. Pero ella nos indica algo, justamente: que cuando el ángel detuvo su mano Abraham no se regocijó porque su hijo viviría sino que, aun en ese momento, su júbilo fue mayor que nunca porque había cumplido la voluntad de Dios. Es por eso que está escrito: ‘Desde ahora sé’. Ahora; desde que el ángel detuvo la mano de Abraham.”

El primero de los tres fogoneros no replicó y los otros permanecieron también silenciosos. Todo lo que Rabí Shneur Zalman escuchó fue el crujido de la leña y el sisear de las llamas.

Cómo volverse espiritual

En los días del gran Maguid vivía en Mezritch un próspero comerciante que rechazaba todo vínculo con el jasidismo. Su mujer estaba al cuidado de la tienda, mientras él pasaba en ella sólo dos horas cada día. El resto del tiempo lo dedicaba a los libros en la Casa de Estudio. Un viernes a la mañana vio allí a dos jóvenes desconocidos. Les preguntó de donde llegaban y para qué y le dijeron que habían recorrido una gran dis-

tancia para ver y escuchar al Gran Maguid. Entonces, por una vez, decidió que también él iría a su casa. Pero no queriendo sacrificar hora alguna de sus estudios dejó de ir a la tienda en ese día.

El rostro radiante del maguid lo impresionó tanto que empezó a ir a su casa, cada vez con mayor frecuencia, hasta que terminó por quedarse en ella definitivamente. A partir de ese momento sus negocios fueron fracasando, uno tras otro, hasta que llegó a ser muy pobre. Se quejó al maguid diciendo que eso le sucedía a partir del momento en que se había convertido en su discípulo. El maguid contestó: "Tú sabes lo que dicen nuestros sabios: 'Aquel que quiere saber que vaya para el Sur; aquel que quiere ser rico que vaya para el Norte,' Entonces, ¿qué debe hacer el que quiere a la vez ser rico y sabio?" El hombre no supo qué contestar. El maguid continuó: "Aquel que no piensa en absoluto en sí mismo y nada hace para sí, crece en el espíritu y el espíritu no ocupa lugar. Puede estar en el Norte y en el Sur al mismo tiempo." Estas palabras conmovieron el corazón del comerciante, que exclamó: "¡Entonces está sellado mi destino!" "No, no —dijo el maguid— tú ya has comenzado".

La lista de pecados

Durante su estadía en Mezritch, el rav de Kolbishov vio a un anciano que llegó ante el Gran Maguid y pidió que le impusiera penitencia por sus pecados. "Vuelve a tu casa —dijo el maguid—, escribe todos tus pecados en una hoja de papel y tráemela". Cuando el hombre volvió con la lista el maguid simplemente la miró y luego dijo: "Vete a tu casa. Todo está bien." Más tarde el rav observó que Rabí Ber leía la lista y reía a cada línea. Esto lo enojó. ¡Cómo puede alguien reírse de los pecados!

Durante años le fue imposible olvidar el incidente, hasta que un día oyó a alguien citar un dicho del Baal Shem: "Es bien sabido que no se comete pecado sin estar poseído por el espíritu de la locura. Pero, ¿qué hace el sabio si el insensato viene a él? Se ríe de toda esa locura y, mientras ríe, un hálito de dulzura flota sobre el mundo. Lo que era rígido se ablanda y lo que era pesado se hace leve." El rav reflexionó. En su alma se dijo: "Ahora entiendo la risa del santo maguid."

¿De dónde?

Se cuenta que:

Un discípulo del Gaón de Vilna veía aparecer en sueños, noche a noche, a su padre muerto, quien le pedía que abandonara su fe y se hiciera cristiano. Como Vilna estaba muy lejos de donde él vivía y Mezritch cerca, decidió consultar al Gran Maguid, a pesar de que una seria controversia había estallado entre ambas escuelas. “Abre la tumba de tu padre” —dijo el maguid—. “En ella encontrarás dos astillas de madera colocadas en forma de cruz. Sácalas de allí y pronto estarás de nuevo en paz.” Y todo sucedió exactamente como dijera el Maguid.

Cuando el hombre fue a Vilna, años más tarde, contó toda la historia a su maestro. El Gaón dijo: “Eso está mencionado en el Talmud de Jerusalén. Pero es sorprendente que el maguid de Mezritch haya comprendido ese pasaje.”

Cuando después de un tiempo el hombre visitó a Rabí Ber, le repitió las palabras del Gaón. “Tu maestro —dijo el maguid— lo conoce del Talmud de Jerusalén, y yo lo conozco de donde ese libro lo conoce.”

Fracaso

Una vez el maguid concentró toda la fuerza de su ser en el advenimiento de la redención. Entonces una voz preguntó desde el cielo: “¿Quién está tratando de apresurar el fin y qué es lo que él se considera?”

El maguid replicó: “Yo soy el líder de mi generación y es mi deber usar de todas mis fuerzas para ese propósito.”

Nuevamente la voz preguntó: “¿Cómo puedes probarlo?”

“Mi santa congregación —dijo el maguid— se levantará y atestiguará por sí.”

“¡Qué se levanten!”, exclamó la voz.

Rabí Ber fue a ver sus discípulos y dijo: “¿Es verdad que soy el líder de mi generación?” Pero todos permanecieron en silencio. Repitió la pregunta pero nadie dijo: “Es verdad.” Sólo después que el maguid los hubo dejado el estupor abandonó sus mentes y sus lenguas y se espantaron de sí mismos.

Conjuros

Durante los últimos años de la vida del maguid los mitnagdim eran tan hostiles hacia los jasidim que llegaron a con-

siderarlos como los constructores de la Torre de Babel renacidos. Y como tales fueron proscriptos y prohibida toda asociación con ellos, así como vincularse con ellos en matrimonio, comer de su pan y beber de su vino.

Los discípulos del maguid se quejaron de ello en cada una de las tres comidas del shabat. Pero las tres veces él permaneció en silencio, como si no hubiera oído. Así pues, al terminar el shabat los discípulos —diez en número— formaron una congregación por sí mismos y abrieron la Casa de Oración. Allí, por medio de ritos secretos, hicieron que el anatema recayera sobre aquellos que lo habían pronunciado. A la tercera hora después de medianoche la cosa estaba hecha y regresaron a la habitación donde dormían. Alrededor de la hora cuarta oyeron el roce que hacían en el suelo las muletas del maguid, quien desde hacía años las usaba a causa de sus pies debilitados. Se levantaron, laváronse las manos y se presentaron ante él. Les dijo: "Hijos, ¿qué habéis hecho?" Ellos respondieron: "¡No teníamos ya fuerza bastante para soportarlo!" El respondió: "Habéis sido imprudentes y habéis enajenado vuestra cabeza." En ese mismo año el Gran Maguid murió.

En el estanque

Después de la muerte del maguid sus discípulos se reunían y hablaban sobre las cosas que había hecho. Cuando le tocó el turno a Rabí Shneur Zalman, éste les preguntó: "¿Sabéis por qué nuestro maestro iba hacia el estanque todos los días antes del alba y permanecía allí por breves momentos antes de regresar a su casa?" Ellos no le supieron contestar. Rabí Zalman continuó: "Estaba aprendiendo el canto con el cual las ranas alaban a Dios. Lleva largo tiempo aprender ese canto."

El pie izquierdo

Es sabido que el Gran Maguid usaba muletas. Muchos años después de su muerte su gran discípulo, Rabí Shneur Zalman, oyó discutir a sus propios alumnos acerca de quién debía ser llamado "el tzadik de la generación". "¿Cómo es posible discutirlo!" —exclamó— "¡El tzadik de la generación es mi maestro, el santo maguid de Mezritch y ningún otro! 'Que se haga el hombre a nuestra imagen' está escrito por él, porque él fue un hombre perfecto. Vosotros objetaréis a esto diciendo: ¿Cómo es posible? ¡Sus pies eran tullidos! Pero yo os digo que

él fue perfecto y vosotros sabéis lo que se dice del hombre perfecto: que con cada uno de sus miembros mueve todos los mundos, como está escrito en el Libro del Esplendor: 'Misericordia, que es el brazo derecho; rigor, que es el brazo izquierdo.' Por eso es que él arrastraba el pie izquierdo. ¡Lo sacrificó para no despertar el rigor en el mundo!"

Desde el cielo

En un tiempo de gran angustia para Israel, Rabí Elimélej se sentía cada vez más abrumado por su dolor. Entonces su finado maestro, el maguid de Mezritch, se le apareció. Rabí Elimélej exclamó: "¿Por qué estás callado en tan terrible situación?" El maguid le contestó: "En el cielo vemos que todo lo que os parece malo es obra de la misericordia."

IV

ABRAHAM, EL ANGEL

Las madres

Se cuenta que:

En los días en que el Gran Maguid todavía era pobre y desconocido sucedió que, una tarde de invierno, su mujer salió para tomar el baño de purificación mensual. Pero en el camino fue sorprendida por una violenta tempestad de nieve y se perdió. Anduvo a tientas durante largo tiempo hasta que finalmente, tarde en la noche, encontró la casa de baños. Cuando golpeó a la puerta, el patrón respondió desde adentro, refunfuñando porque ella lo había despertado de su sueño y se negó a dejarla entrar. La mujer permaneció afuera, en la noche helada, decidida a no moverse de allí. A medianoche escuchó la campanilla de un carruaje y el resoplar de los caballos. Un hermoso coche llegó a la casa de baños y de él descendieron cuatro mujeres. Golpearon a la puerta y dieron voces. El patrón salió con una luz, miró a las mujeres con respeto y las hizo pasar. Pero al entrar llevaron consigo a la mujer del maguid y se bañaron juntas. Cuando lo hubieron hecho la invitaron a subir al carruaje y la acompañaron hasta su hogar. Al descender y mirar a su alrededor el coche había desaparecido. Lentamente entró en la casa. "Así pues, te has bañado con las madres," dijo el maguid. Esa noche ella concibió a Abraham.

Origen

Se dice que el Gran Maguid había purificado y unificado su espíritu tan extremadamente que su cuerpo era como su espíritu y su espíritu era como su cuerpo. Por lo tanto, en la hora en que engendró a su hijo, un espíritu puro del mundo de los ángeles entró en el vientre de su mujer y de allí nació al mundo de los hombres para permanecer en él un breve tiempo.

El rostro

Algunas veces Rabí Abraham parecía tan grande e imponente que los hombres no podían soportar su presencia. Un tzadik que estaba realizando un santo ritual lo miró y olvidó si había dicho o no las bendiciones. Al regresar a su casa se negó a comer y a beber. Otro fortaleció su valor durante cuatro semanas pero, cuando cruzó el umbral y vio a Rabí Abraham arrollándose las filacterias, tembló y le volvió la espalda y nunca más se atrevió a presentarse a él.

Baruj y Efraím, los nietos del Baal Shem, se dijeron una vez el uno al otro: "¿Por qué crees que la gente llama ángel al hijo del maguid? Vamos a echarle una mirada". Pero cuando llegaron a la calle en la que él vivía y vieron la faz de Rabí Abraham en la ventana, huyeron con tal prisa que Efraím dejó caer su libro de salmos.

Casamiento

Cuando Rabí Abraham, el Angel, entró en su cuarto la noche de bodas, su rostro era más imponente que nunca y sus labios proferían roncros lamentos. Su apariencia y su voz aterrorizaron a la novia hasta la más secreta esencia de su alma y cayó desvanecida al suelo. Y yació hasta la mañana postrada por la fiebre.

Cuando él entró en la cámara la noche siguiente, el corazón de su mujer se llenó de heroica fuerza y pudo sobrellevar su terrible grandeza.

Rabí Abraham engendró dos hijos. Después vivió aparte, como antes.

El sueño de la esposa

Su mujer tuvo un sueño. Veía un recinto y en él tronos colocados en semicírculo. En cada trono se sentaba uno de los grandes y alguien dijo: "Llamémoslo a su hogar." Los demás asintieron a coro. La mujer avanzó. Se detuvo ante los grandes en sus tronos y suplicó y luchó por la vida de su marido en la tierra con palabras llenas de fuego. Los grandes la escucharon en silencio. Finalmente uno dijo: "Dádselo a ella por otros doce terrenales años." Los demás asintieron a coro. El sueño se borró. Cuando el maguid recitó la salutación de la mañana posó sus manos sobre la cabeza de la mujer de su hijo.

Aniversario

En la víspera del nueve de Av, día del incendio del Templo, los hombres estaban sentados en el suelo, en la oscuridad de la sala de oración, lamentándose por la destrucción del santuario. El lector comenzó: "¡Cuán solitaria está la ciudad, otrora llena de gente!" Rabí Abraham, sentado entre los demás, gritó: "Cuán..." y calló, dejando caer la cabeza entre las rodillas. El lector terminó las lamentaciones y cada uno se fue a su casa. Rabí Abraham no se movió, la cabeza entre las rodillas. Lo encontraron en esa misma posición al día siguiente y no se levantó hasta que hubo experimentado la destrucción hasta el fin.

Retirada estratégica

Rabí Abraham dijo:

"De las guerras de Federico, rey de Prusia, he aprendido una nueva manera de servir. No es necesario acercarse al enemigo a fin de atacarlo. Huyendo es posible cercarlo mientras avanza, caer sobre él desde la retaguardia y forzarlo a rendirse. Lo que conviene es no combatir al mal directamente. Hay que retirarse a las fuentes del poder divino y desde allí rodear al mal, doblegarlo y transformarlo en su contrario."

Herencia

Se cuenta que:

Después de su muerte el maguid apareció ante su hijo, e invocando el precepto de honrar a los padres, le ordenó abandonar la vida de absoluta reclusión que llevaba, porque quienquiera que recorre un camino semejante está en peligro.

Abraham replicó: "No reconozco padre en la carne. Yo sólo reconozco al misericordioso padre de todo lo que vive."

"Tú aceptaste tu herencia" —dijo el maguid—. "Con ello me has reconocido como padre aun después de mi muerte."

"Renuncio a la herencia de mi padre," exclamó Abraham, el Angel. En ese mismo instante un incendio estalló en la casa y consumió las pocas pequeñas cosas que el maguid había dejado a su hijo. Pero nada más.

El "pekeshe" blanco

Poco tiempo después que el fuego destruyera los utensilios y las ropas que el maguid había dejado a su hijo, el cuñado de Rabí Abraham le regaló un caftán de seda blanca que el maguid había usado en las fiestas solemnes: el famoso "pekeshe" blanco. En la víspera del Día del Perdón, Abraham se lo puso en honor a su padre. Las velas de la Casa de Oración habían sido ya encendidas y, en una gesticulación ferviente, el tzadik rozó la llama de una de ellas con la manga. El caftán se incendió y lo arrancaron de su cuerpo. Con una larga mirada de comprensión él lo vio convertirse en cenizas.

La montaña

Una vez Rabí Abraham visitó a su suegro en Kremnitz. Los miembros más distinguidos de la congregación se reunieron para dar la bienvenida al santo hombre. Pero él les dio la espalda y miró por la ventana la montaña a cuyo pie se extendía la ciudad. Entre los que esperaban por él estaba un hombre muy consciente de su saber y muy atento a su propia importancia. Dijo con impaciencia: "¿Por qué te quedas mirando la montaña? ¿No has visto nunca nada parecido?"

El rabí respondió: "Miro y me asombro al ver cómo ese terrón de tierra pudo darse importancia hasta convertirse en una alta montaña."

Sin Dios

Rabí Abraham dijo:

"Señor del mundo, si fuera posible imaginarse una fracción de segundo sin tu influencia y sin tu providencia, ¿de qué nos serviría este mundo y de qué nos serviría el otro mundo? ¿De qué nos serviría la llegada del Mesías y de qué nos serviría la resurrección de los muertos? ¿Qué habría en ello para deleitarse, en todo ello, y para qué?"

Con toda su estatura

Rabí Abraham dijo:

"Decimos en nuestras plegarias: 'Cualquier eminencia se inclinará ante ti'. Cuando el hombre llega a rango más alto,

cuando alcanza su mayor estatura, sólo entonces se vuelve verdaderamente humilde ante sus propios ojos y sabe lo que significa esto: inclinarse ante ti.”

El otro sueño

En la noche siguiente a los siete días de duelo por la muerte de Rabí Abraham, su mujer tuvo un sueño. Vio un vasto recinto y troncos en él, dispuestos en semicírculo. En cada tronco se sentaba uno de los grandes. Se abrió una puerta y alguien, que tenía la misma apariencia de los otros, entró. Era Abraham, su esposo. Este dijo: “Amigos, mi mujer me guarda rencor porque en mi vida terrenal viví apartado de ella. Tiene razón y por lo tanto debo obtener su perdón.” Su mujer gritó: “Con todo mi corazón te perdono.” Y despertó reconfortada.

Santificada

Rabí Israel de Rizhyn contó:

Algunos años después de la muerte de Rabí Abraham, el Angel, su viuda, mi bendita abuela, recibió una propuesta de casamiento del gran tzadik Rabí Najum de Tchernobil. Pero el Angel se le apareció una noche y lo miró ominosamente. Así pues, Rabí Najum renunció a ella.

Mi bendita abuela vivía en la necesidad. Cuando el Rabí de Tchernobil hubo llevado a su hijo —mi padre— a su casa, ella se fue a la Tierra de Israel. Allí no dijo a nadie quién era. Comenzó a lavar ropa y se mantuvo con el dinero que ganaba con ello. Murió en la Tierra de Israel. ¡Si solamente alguien pudiera decirme dónde está su tumba!

PINJAS DE KORETZ Y SU ESCUELA¹*El melamed negro*

En sus años de juventud, Rabí Pinjas se ganaba la vida como melamed, esto es, como maestro de niños, en Koretz, donde era generalmente conocido como "el maestro negro". Ocultaba a todos su verdadera naturaleza, siendo el rav de Koretz el único que la conocía. Este rav tenía un cuarto especial para él en la casa de baños, y también su propia pila. Rabí Pinjas le pidió permiso para bañarse allí en cualquier momento, de día o de noche, y el rav ordenó al cuidador que lo admitiera a toda hora.

Una vez Rabí Pinjas llegó después de medianoche y despertó al cuidador. Pero éste se negó a abrir porque el día anterior había traído algunos gansos y los tenía justamente en ese cuarto durante la noche. Pero el "maestro negro" no se conformó con la respuesta. Arrancó algunas tejas del techo, se coló por la abertura, penetró en el baño y estaba saliendo por el mismo camino cuando se desprendió un trozo del muro y lo golpeó en la cabeza con tal fuerza que perdió pie y cayó. Yació en el suelo, inconsciente, durante varias horas. A la mañana la gente lo halló y creyó que estaba muerto. Cuando el rav lo supo, dijo que nadie debía tocarlo. El, sin embargo, no se dirigió allí sino que fue a la Casa de Oración y oró: "¡Señor del mundo, consérvalo vivo! ¡Señor del mundo, conserva vivo a este tzadik por tu propio bien!" Entonces fue hacia donde Pinjas yacía inmóvil. Lo sacudió y dijo: "¡Pinjasel, levántate! ¡Ve a enseñar a tus alumnos! Recuerda, ¡eres un hombre contratado que tiene una diaria labor para cumplir!" Y Rabí Pinjas se levantó y fue a su escuela.

¹ Aquí me aparto de la práctica de limitar cada capítulo a un tzadik. Como la escuela de Pinjas de Koretz continúa y complementa su personalidad y sus enseñanzas, la presento en este capítulo, personificada por Rabí Rafael.

La sangría

La primera vez que Rabí Pinjas visitó al Baal Shem, su anfitrión lo miró atentamente y mandó llamar a un médico para que le hiciera una sangría. Pero antes de que comenzara, el Baal Shem le previno que fuera cuidadoso y lo hiciera muy bien porque —dijo— “Esta es una sangre santa, preservada desde los seis días de la creación. Si no estás seguro de tu mano” —añadió en broma—, “mejor pinchas mi vena”.

Cuando llegó la cidra

Cuando el Baal Shem estaba por morir, su discípulo Rabí David de Ostrog vino hacia él y dijo: “Rabí, ¿cómo puedes dejarnos solos!” El tzadik murmuró: “El oso² está en el bosque y Pinjas es un sabio.” Su discípulo supo que estas palabras se referían a Rabí Ber de Mezritch y a Rabí Pinjas de Koretz, a pesar de que Pinjas no pertenecía al grupo de discípulos. Sin embargo había venido dos veces a ver al Rabí —la segunda vez justo antes de su muerte— y el Baal Shem lo había visitado también dos veces.

Después de la muerte del maestro, Rabí Ber enseñó en su lugar. Rabí Pinjas, en cambio, continuó llevando una existencia anónima. En la Casa de Estudio decía las plegarias detrás de la estufa y nadie le prestaba atención.

Ahora bien, Rabí de Ostrog, que era un hombre acomodado, tenía la costumbre de comprar cada año dos etroguin excepcionalmente hermosos para la Fiesta de las Cabañas: uno para el Baal Shem y otro para sí. El año que el maestro murió, encargó antes de las fiestas tres bellos frutos en lugar de dos. Uno para sí, uno para Rabí Ber y otro para Rabí Pinjas.

Ese año los etroguim eran muy escasos y ni uno solo había llegado a Koretz. El primer día de la fiesta la congregación rezaba esperando que, aunque fuera uno, habría de conseguirse en las ciudades vecinas a donde enviaran a buscarlo. Finalmente los jefes de la congregación decidieron que debía decirse la cotidiana plegaria de la mañana, pensando que durante ese tiempo podría llegar el mensajero. Pero terminaron la oración y aún no había llegado. Se pidió entonces al

² Juego de palabras con el nombre de Dov Ber, el maguid de Mezritch. Dov significa “oso” en hebreo; Ber (*Bar*) tiene el mismo significado en alemán y en idish. La frase parece implicar que al fuerte Ber le correspondería la jefatura y que tendría a su lado a “un sabio” como consejero.

lector que comenzara la liturgia del día. Vacilante, éste se dirigió al púlpito. No había pronunciado todavía las bendiciones cuando el “melamed negro” salió de detrás de la estufa, caminó hacia el lector y dijo: “¡No comiences aún!” Luego regresó a su lugar. La gente no lo advirtió, pero cuando preguntaron al lector por qué no empezaba y él se refirió entonces a Rabí Pinjas, se enfadaron y reclamaron una explicación. “A su debido tiempo” —dijo Rabí Pinjas— “el etrog estará aquí.”

“¿Qué quieres decir?” —exclamaron— “¿Qué quieres significar con ‘a su debido tiempo?’”

“En el término de una hora.”

“¿Y si no ha llegado hasta entonces tú serás puesto en su lugar con un puntapié o algo así, quieres?”

“No tengo nada en contra”, replicó.

Antes de que la hora terminara informaron que un campesino había llegado a caballo trayendo algo para Rabí Pinjas. Era el etrog y una carta. Todos se agolparon para leerla. El envío estaba dirigido a “La cabeza de todos los hijos de la Diáspora” y muchos conocían al autor del mensaje como a un santo varón. Rabí Pinjas tomó el etrog, hizo traer las ramas de palma y dijo la bendición. Le pidieron que los entregara al lector a fin de que éste rezara los salmos de Halel. “Yo los recitaré”, dijo Rabí Pinjas, y fue al púlpito y oró ante toda la congregación.

Sin un huésped

Se cuenta que:

Cuando Rabí Pinjas se hizo conocido, los jasidim venían a él, cada vez en mayor número, a traerle sus problemas. Entonces se alarmó al advertir en qué medida le impedían servir a Dios y estudiar la Torá. La única solución que pudo imaginar fue rogar que la gente dejara de llegar hasta él con sus preocupaciones. Y sus plegarias fueron escuchadas. De allí en adelante se alejó de los demás excepto cuando rezaba en la congregación. Se mantenía apartado entregándose exclusivamente al servicio del Señor.

Cuando se aproximaba la Fiesta de las Cabañas tuvo que permitir que un no judío construyera su choza, porque los judíos se negaron a ayudarlo. Como carecía de las herramientas apropiadas envió a su mujer a pedir las a un vecino, pero sólo con la mayor dificultad pudo obtener lo necesario.

En vísperas de la fiesta fue a la Casa de Estudio y allí invitó a algunos viajeros a cenar con él, tal como lo hacía cada año, pero era tan aborrecido por todos, a lo ancho y a lo largo, que ninguno aceptó el convite y debió regresar solo a su hogar. Cuando hubo dicho las palabras de invitación a los santos huéspedes, los patriarcas, para que entraran en la cabana esa noche, vio a nuestro padre Abraham de pie, en el exterior, como quien ha llegado a una casa que está habituado a visitar y de pronto advierte su error y se detiene sorprendido. “¿Qué falta he cometido?”, exclamó Rabí Pinjas.

“No es mi costumbre entrar en una casa donde no hay huéspedes”, replicó nuestro padre Abraham.

Entonces Rabí Pinjas oró para recuperar el favor de la gente y otra vez sus preces fueron escuchadas.

La rotura de las vasijas

Rabí Pinjas dijo: “Todos nosotros sabemos que, hace mucho tiempo, cuando Dios estaba construyendo los mundos y lanzándolos hacia abajo, los recipientes se quebraron por no poder contener la abundancia de lo que en ellos se vertía. Pero a causa de esto la luz penetró hasta los mundos inferiores y ellos no permanecieron en la oscuridad. Lo mismo sucede con la rotura de las vasijas en el alma del tzadik.”

La enseñanza del alma

Rabí Pinjas citaba a menudo las palabras: “El alma del hombre le enseñará”,³ y las subrayaba agregando: “No existe hombre que no sea incesantemente instruido por su alma.”

Uno de sus discípulos preguntó: “Si eso es así, ¿por qué los hombres no obedecen a su alma?”

“El alma enseña constantemente” —explicó Rabí Pinjas—, “pero no se repite jamás.”

El alumno

Rabí Pinjas dijo: “Nunca, desde que comencé a servir de verdad a mi Hacedor, he tratado de obtener cosa alguna, sino que he tomado únicamente lo que Dios me dio. Es porque el alumno es oscuro que absorbe cada rayo de luz.”

³ Atribuidas a Rabí Meír, destacado maestro de la primera época talmúdica.

Sefirot

Rabí Pinjas dijo:

“Cada palabra y cada acción contiene los diez Sefirot, los diez poderes que emanan de Dios, porque ellos llenan el mundo entero. Y no es como cree la gente: que la misericordia es un principio en sí y que el rigor es un principio en sí. Porque todos los diez poderes creadores están contenidos en cada cosa. Quienquiera que baje la mano, lo hace en el secreto del flujo de la luz. Quienquiera que alce la mano, lo hace en el secreto del reflujo de la luz. El movimiento completo de bajar y de alzar alberga el secreto de la misericordia y del rigor.

No hay palabras que sean en sí mismas inútiles. No hay acciones que sean en sí mismas inútiles. Pero uno puede volverlas inútiles, tanto a las palabras como a las acciones, diciéndolas y haciéndolas en vano.”

Escondarse

Rabí Rafael de Bershada, el discípulo favorito de Rabí Pinjas, contó:

“El primer día de Janucá expresé en son de queja a mi maestro que en la adversidad es muy difícil mantener incólume la fe en que Dios provee por cada uno de los hombres. Parece realmente como si Dios escondiera su faz de ese ser desdichado. ¿Qué puede hacer el hombre para fortalecer su fe?”

El rabí respondió: ‘El cesa de escondarse si tú sabes que se esconde.’”

La duda

Un discípulo de Rabí Pinjas estaba atormentado por la duda: ¿Cómo era posible que Dios conociera sus pensamientos, aun el más vago y efímero de ellos? Fue a su maestro en medio de la mayor angustia para pedirle que disipara la confusión de su alma.

Rabí Pinjas estaba de pie ante la ventana y vio llegar a su visitante. Este entró, saludó a su maestro y estaba por referirle su preocupación cuando el tzadik dijo: “Amigo mío, yo sé. ¿Cómo podría Dios no saber?”

En el trono

Rabí Pinjas dijo: “En Año Nuevo Dios está oculto y se dice que está ‘sentado en el trono’ y cada uno puede contem-

plarlo, cada uno según su naturaleza: uno al llorar, otro en la plegaria y otro en el canto de alabanza.”

Antes de hacer sonar el cuerno de carnero

Un día de Año Nuevo, justamente antes de hacer sonar el cuerno de carnero, Rabí Pinjas dijo: “Todas las criaturas, también las piedras y las aguas, se renuevan durante el sueño. Y si el hombre quiere renovar su vida una y otra vez debe, antes de dormirse, apartar su forma de sí y encomendar a Dios su alma desnuda. Esta ascenderá entonces y recibirá nueva vida. Hoy es el día de la gran renovación en el que un profundo sueño cae sobre todas las criaturas, los ángeles, los sagrados hombres y las letras de las Escrituras. Este es el significado del gran juicio en el cual el espíritu se renueva. Por eso hoy el hombre será destruido en lo profundo de su sueño y la mano renovadora de Dios habrá de tocarlo.” Después de estas palabras Rabí Pinjas llevó el cuerno a sus labios.

En el día de la destrucción

Preguntaron a Rabí Pinjas: “¿Por qué la tradición hace nacer al Mesías en el aniversario de la destrucción del Templo?”

“La semilla que se siembra en la tierra” —contestó— “debe deshacerse en pedazos para que el germen del grano pueda brotar de ella. La fuerza no puede renacer hasta que se instala en lo más profundo del secreto. Desnudarse de la forma, revestirse de la forma: eso se hace en el instante de la nada absoluta. En la cápsula del olvido crece la fuerza del recuerdo que es la fuerza de la redención. En el día de la destrucción esa fuerza yace en lo más hondo, y crece. Es por eso que en ese día nos sentamos sobre la tierra. Es por eso que en ese día visitamos las tumbas. Es por eso que el Mesías ha nacido en ese día.”

En nombre de la renovación

Rabí Pinjas dijo: “Salomón, el predicador, dice: ‘Vanidad de vanidades, todo es vanidad.’ Porque él quiso destruir el mundo para que pudiera recibir nueva vida.”

El milagro de la luz

Rabí Pinjas dijo: “Escuchad y yo os diré el significado del milagro de la luz en Janucá. La luz, escondida desde los

días de la creación, fue entonces revelada. Y cada año, cuando se encienden las luminarias para la fiesta, el resplandor oculto se revela otra vez. Y ésta es la luz del Mesías.”

Un hombre en la Tierra

Preguntaron a Rabí Pinjas: “¿Por qué está escrito: ‘en el día en que Dios creó a un hombre en la tierra’ y no ‘en el día en que Dios creó al hombre en la tierra?’”

Y él explicó: “Deberás servir al Hacedor como si hubiera un solo hombre en la tierra, sólo tú.”

El lugar del hombre

Preguntaron a Rabí Pinjas: “¿Por qué Dios es llamado ‘makom’, es decir, lugar? El es ciertamente el lugar del mundo, pero entonces debiera llamárselo así y no solamente ‘lugar’.”

El repuso: “El hombre debe integrarse en Dios; así pues, Dios debe circundarlo y convertirse en su lugar.”

La muerte fácil

Preguntaron una vez a Rabí Pinjas por qué, mientras rezaba, no podían oír ningún sonido ni ver ningún movimiento, tanto que parecía carecer de ese fervor que sacudía a los otros tzadikim de la cabeza a los pies.

“Hermanos” —respondió el rabí—, “rezar significa unirse a Dios y unirse a Dios significa perder toda sustancia, tal como si el alma abandonara al cuerpo. Nuestros sabios dicen que hay una muerte difícil, como pasar una soga a través de un anillo en la punta de un mástil, y hay una muerte fácil, como sacar un cabello de la leche. Es ésta la llamada muerte en el beso y es la que se concede a mi plegaria.”

El es tu salmo

En relación con las palabras de las Escrituras: “El es tu salmo⁴ y El es tu Dios”, Rabí Pinjas dijo lo siguiente:

“El es tu salmo y también es tu Dios. La plegaria que el hombre reza, la plegaria en sí misma es Dios. No es como

⁴ Una interpretación posible de las palabras “El es tu gloria” (Dt. 10:21). El término hebreo significa tanto “gloria” como “salmo”.

si pidiérais algo a un amigo. El es otro y vuestras palabras son otras. No es así en la oración, porque ésta unifica los principios. Cuando el hombre que reza piensa que sus preces son un cosa separada de Dios es como un suplicante a quien el rey concede una dádiva. Pero aquel que sabe que su plegaria es Dios, es como el hijo del rey que toma lo que necesita de los almacenes de su padre.”

El libro de oraciones

En los días de Rabí Pinjas, el libro de oraciones, basado en las kavanot de las letras, que lleva el nombre de Rabí Isaac Luria, el gran cabalista, acababa de ser publicado. Los discípulos del tzadik obtuvieron su permiso para rezar según él pero, después de un tiempo, se presentaron ante el rabí y se quejaron porque, desde que lo usaban para sus plegarias, habían perdido la sensación de vida intensificada que siempre les había dado el rezo. Rabí Pinjas les dijo: “Vosotros habéis puesto toda la fuerza y la intención de vuestro pensamiento en las kavanot de los nombres sagrados y en la combinación de las letras y los habéis desviado de lo esencial: hacer de vuestro corazón un todo y dedicarlo a Dios. Es por eso que habéis perdido el sentimiento vital de santidad.”

En alabanza del canto

Rabí Pinjas se refería con gran elogio a la música y al canto. Una vez dijo: “Señor del mundo, si pudiera cantar no te dejaría permanecer en las alturas. Te acosaría con mi canto hasta hacerte descender y que te quedes aquí con nosotros.”

Lo único

Una vez hablaron a Rabí Pinjas de la gran miseria que reinaba entre los pobres. El escuchaba sumido en el pesar. De pronto alzó la cabeza. “Traigamos a Dios al mundo” —exclamó— “y toda necesidad habrá desaparecido.”

Plegaria válida

Rabí Pinjas dijo: “¡Una plegaria que no ha sido dicha en nombre de todo Israel no es en absoluto una plegaria!”

Cuando dos cantan

Rabí Pinjas dijo: "Cuando un hombre está cantando y no puede elevar la voz y otro llega y canta con él —otro que puede elevar la voz—, entonces el primero podrá también hacerlo. Este es el secreto del vínculo entre espíritu y espíritu."

El oído que no es oído

Rabí Pinjas dijo: "En el libro *Los deberes del corazón* leemos que aquel que conduce su vida como es debido verá con ojos que no son ojos, escuchará con oídos que no son oídos. ¡Y así es exactamente! Porque a menudo, cuando alguien viene para pedirme consejo, lo oigo a él mismo responder a su pregunta."

La resurrección

Preguntaron a Rabí Pinjas: "¿Por qué, si una persona se encuentra con un amigo después de un intervalo de más de doce meses, dice la bendición: 'que resucita a los muertos'?"

El rabí contestó: "Cada ser humano tiene una luz en el cielo. Cuando dos se encuentran, las luces se funden y resplandecen en una nueva luz. Esto se llama concepción, y la nueva luz es un ángel. Pero este ángel no puede vivir más que doce meses a menos que los dos seres se vean en la tierra otra vez antes que el término se cumpla. Pero si se encuentran después que los doce meses han transcurrido, pueden resucitar al ángel por un tiempo. Es por eso que dicen esa bendición."

Diferencias

Rabí Rafael preguntó a su maestro: "¿Por qué ningún rostro se parece a otro?" Rabí Pinjas replicó: "Porque el hombre fue creado a imagen de Dios. Cada ser humano absorbe la fuerza vital de Dios desde otro lugar y todos juntos componen al hombre. Por eso sus rostros difieren uno del otro."

En cada uno

• Rabí Pinjas dijo: "En cada uno hay algo precioso que no existe en nadie más. Por eso se dijo: 'No menosprecies a hombre alguno.'"⁵

⁵ Tratado de principios IV, 3.

Y explicó así la sentencia del Talmud que expresa que cada hombre justo “se quemará a sí mismo con el dosel de su vecino”. Con la secreta esencia de su vecino, esto es, con ese algo precioso que se oculta en el ser de su vecino y —entre todos los hombres— sólo en él.

El aguatero

La mujer de Rabí Pinjas regañó una vez a su sirvienta. Esto molestó al rabí, que le dijo: “Nunca debe lastimarse a un judío. ¡Un judío es algo precioso, muy precioso!” Señaló a un aguatero llamado Hirsh que estaba justamente entrando un balde a la casa. Era un hombre simple, todavía soltero a pesar de que tenía cerca de cuarenta años. El rabí dijo a su mujer: “Tiemblo por Hérshel, ¡porque él es tan precioso!”

Casas de campo

Rabí Pinjas dijo: “La relación de Dios con el hombre malvado puede ser comparada a la del príncipe que, además de sus magníficos palacios, posee toda clase de casas pequeñas escondidas en bosques y en aldeas, y las visita de tanto en tanto para cazar o descansar. La dignidad de un palacio no es mayor que la de una residencia temporaria, ya que no se asemejan y el papel de la más pequeña no puede ser cumplido por la más importante. Lo mismo sucede con el hombre justo. Si bien su valor y su trabajo son grandes, él no puede realizar lo que el hombre malvado lleva a cabo en la hora en que reza o hace algo para honrar a Dios, y Dios, que vigila los mundos de confusión, se regocija en él. Es por ello que el hombre justo no puede considerarse a sí mismo mejor que el malvado.”

Acerca de la ira

Rabí Pinjas dijo una vez a un jasid: “Si el hombre desea llevar por el buen camino a la gente de su casa no debe encolerizarse con ellos. Porque la ira no solamente vuelve impura su alma sino que transfiere esa impureza a las almas de aquellos que causaron el enojo.”

Otra vez dijo: “Desde que he amansado mi cólera la guardo en mi bolsillo. Cuando la necesito la saco de él.”

Gog

En los días intermedios de la Fiesta de las Cabañas, Rabí Pinjas explicó el pasaje de Ezequiel que se lee esa semana y que trata de la venida de Gog y Magog. Dijo: “De acuerdo a la tradición, la batalla principal de las guerras de Gog coincide con los días de la Fiesta de las Cabañas. La gente acostumbra a decir de las personas o naciones: ‘¡El es tan grande como Gog; ella es tan grande como Gog!’ ¿Y por qué? Porque Gog es grande en arrogancia y brutalidad. Y ésa es la batalla en la que debemos luchar durante la Fiesta de las Cabañas: la batalla contra nuestro propio orgullo.”

Lucha sin tregua

Rabí Rafael, que vivió con humildad todos los días de su vida y eludió los honores, rogaba a su maestro una y otra vez que le enseñara cómo precaverse por completo del orgullo. Mas no recibía respuesta. Y seguía presionando a su maestro: “¡Oh, rabí, el orgullo, el orgullo!”

“¿Qué quieres?”, dijo Rabí Pinjas. “Esa es parte de la tarea con la que el hombre debe batallar todos los días de su vida y que no concluye jamás. Porque el orgullo es el ropaje de Dios, como está escrito: ‘El Señor es rey; de majestad está vestido.’⁶ Pero Dios es infinito, y el orgullo agravia las vestiduras de aquel que no tiene límites. Por eso el trabajo de la propia conquista es interminable.”

Fuera de la red

Este fue el comentario de Rabí Pinjas sobre el versículo del salmo que dice: “Mis ojos están fijos en el Señor, pues él sacará mis pies de la red”⁷

“Así como el cazador de pájaros ceba la red, y el pájaro viene y picotea y su pata queda atrapada en el cordel, así la inclinación al mal confronta al hombre con todo lo bueno que haya realizado: saber, caridad y todas las demás acciones devotas, a fin de apresararlo en la red de la soberbia. Y si lo logra, el hombre, como el pájaro cautivo, no puede liberarse. Entonces sólo la ayuda de Dios puede salvarlo.”

⁶ Salmos 93:1.

⁷ Salmos 25:15.

Las abejas

Rabí Rafael de Bershad dijo: "Dicen que el orgulloso renace como las abejas. Porque, en su corazón, el hombre soberbio piensa: 'Yo soy un escritor, yo soy un cantor, yo soy grande en el estudio.' Y verdad es lo que se dice de hombres semejantes: que no se volverán hacia Dios ni siquiera en el umbral del infierno. Renacen después de su muerte y nacen de nuevo como abejas que zumban y zumban: 'yo soy, yo soy, yo soy.'"

Gracias a Dios

Rabí Rafael dijo:

"¡Qué dicha que Dios haya prohibido el orgullo! Si El nos hubiera ordenado ser orgullosos, ¿cómo hubiera sido posible para mí cumplir su mandato?"

Lo que persigues

Rabí Pinjas acostumbraba a decir: "Lo que persigues no lo logras. Pero lo que dejas crecer lentamente, a su manera, viene hacia tí. Corta un gran pez y en su vientre hallarás el pececillo yaciendo cabeza para abajo."

La mayor fuerza

También solía decir: "La fuerza del que acepta el reproche es mayor que la del que reprocha. Porque si un hombre es lo bastante humilde como para recibir la reprimenda y reconocer su verdad, entonces las palabras de Dios se aplican a él: 'En lo excelso y sagrado yo moro, y estoy también con el contrito y abatido de espíritu.'"⁸

Más amor

Hablando Rabí Pinjas y sus discípulos acerca de personas malvadas u hostiles recordaron el consejo que el Baal Shem Tov diera una vez al padre de un hijo renegado: que debía amarlo más que antes. "Cuando adviertas —dijeron— que alguien te odia y te hace daño, reaviva tu espíritu y ámalo más aún, pues ésta es la única manera de transformarlo. Porque todo Israel es vehículo de santidad, y si el amor y la unión prevalecen, entonces la Divina Presencia y la santidad son

⁸ Isaías 57:15.

con él. Pero si —Dios no lo permita— hubiera un cisma, entonces una grieta aparece y, a través de la abertura, la santidad cae en las 'cáscaras'. Por eso, si tu vecino se aleja de ti en espíritu, acércate a él más estrechamente que antes para llenar la hendedura."

* * *

Rabí Shemuel contó lo que sigue acerca de Rafael de Bershad:

"Cuando iba a realizar un viaje de verano me visitó y me invitó a compartir su coche. Yo le dije: 'Temo incomodarte.' Entonces me habló de esa manera que siempre empleaba para demostrar especial afecto: 'Amémonos el uno al otro aún más y tendremos una sensación de espacio. Y después de rezar me dijo: 'Dios es un amigo de gran corazón.'"

* * *

Rabí Rafael dijo: "El comportamiento medido es un terrible mal. Es un terrible mal cuando el hombre mide su conducta para con sus semejantes. Es como si estuviera manipulando siempre con pesas y medidas."

* * *

Una vez Rabí Rafael estuvo enfermo y pensó que iba a morir. Entonces dijo: "Ahora todos los méritos deben ser puestos de lado, no sea que ellos aparten mi corazón del corazón de cada judío en el mundo."

* * *

Rabí Pinjas dijo: "Debemos también rezar por los malvados que habitan en el mundo, entre las gentes, y debemos amarlos. Porque mientras no oremos así, mientras no amemos así, el Mesías no vendrá."

* * *

El acostumbraba a decir: "¡Mi Rafael sabe cómo amar al peor de los malhechores!"

Paz

Con referencia a las palabras de la oración: "Aquel que hace la paz en las alturas, que haga la paz para nosotros..."⁹ Rabí Pinjas dijo: "Todos sabemos que los cielos (shamaim) se crearon cuando Dios hizo la paz entre el fuego (esh) y el

⁹ Conclusión de la bendición después de las comidas.

agua (maim). Y aquel que pudo hacer la paz entre los mayores extremos podrá seguramente hacer la paz entre nosotros.”

* * *

Rabí Rafael de Bershad estaba muy ansioso por hacer la paz. Visitaba con frecuencia los hogares de los jasidim a fin de alentar en el corazón de sus mujeres la disposición para mantener la paz con sus esposos.

Una vez, en el noveno día del mes de Av, aniversario de la destrucción del Templo, sucedió que se encontraba en una comunidad cuyos miembros se hallaban divididos desde hacía largo tiempo por una disputa que se hacía más y más complicada y difícil de apaciguar. Una de las facciones se le acercó para pedirle que actuara como árbitro. “Pero el rabí”—dijeron— “no querrá molestarle con nuestros asuntos en este período de duelo.”

“No hay día mejor que éste”, respondió el rabí. “Porque fue a causa de una querrela vana que la ciudad de Dios fue destruida.”¹⁰

* * *

En el sábado, cuando en el primer capítulo de las Escrituras se lee el relato de la creación, los jasidim de Bershad, sentados en círculo, cantan a lo largo del día, una y otra vez: “¡Shabat de creación, todo en uno! ¡shabat de creación, todo en uno!”

La cualidad más importante

Rabí Pinjas acostumbraba a decir: “Siempre me siento temeroso de ser más inteligente que devoto”. Y luego añadía: “Tal vez debiera ser devoto antes que inteligente, pero más que ambas cosas, inteligente y devoto, yo quisiera ser bueno.”

Por la verdad

Rabí Pinjas dijo a sus discípulos: “No he hallado nada más difícil que vencer la mentira. Ello me tomó catorce años. Quebré cada uno de mis huesos y, finalmente, encontré la salida.”

¹⁰ Según la tradición talmúdica (Gittin 55b), a raíz de una insignificante disputa, una familia judía denunció a otra ante los romanos; esta acción fue el origen de la guerra entre Roma y Judea, y condujo a la destrucción del Templo.

Dijo también: “Por amor a la verdad serví veintiún años. Siete años para saber lo que la verdad es, siete para rechazar la mentira y siete para absorber la verdad.”

* * *

Una vez que Rabí Pinjas estaba ante el atril recitando la plegaria de la noche, al llegar a las palabras: “¿Quién custodia a tu pueblo, Israel?”, alzó la voz en un grito que le brotó desde lo más hondo de su alma. Sucedió que la condesa propietaria de la comarca pasaba por la Casa de Oración. Se acercó al antepecho de la ventana y escuchó. Entonces dijo a los que la rodeaban: “¡Qué verdadero fue ese grito! ¡Cuán sin mezcla ni falsedad!” Cuando repitieron sus palabras a Rabí Pinjas, dijo con una sonrisa: “Aun las gentes del mundo reconocen la verdad cuando la oyen.”

* * *

Una vez, cierta víspera del Día del Perdón, antes de rezar “Todos los votos”, la congregación reunida recitaba los salmos en ruidosa confusión. Rabí Pinjas se volvió hacia ellos y dijo: “¿Por qué os esforzáis de esa manera? ¿Probablemente porque sentís que vuestras palabras no logran elevarse? ¿Y por qué? Porque no habéis dicho más que mentiras el año entero. Aquel que miente a lo largo del año, se adueña de una lengua embustera. ¿Y cómo puede una lengua embustera formar palabras ciertas que asciendan al cielo? Yo que os hablo, lo sé porque yo mismo he pasado duros tiempos por ello. Así, creedme, debéis asumir la carga de rechazar la mentira. Lograréis entonces una lengua veraz y las palabras que forme volarán al cielo.”

La inclinación al mal

Una vez, al entrar Rabí Pinjas en la Casa de Estudio, vio que sus discípulos, que habían estado hablando vivamente, callaron de pronto y lo miraron. El les preguntó: “¿De qué hablábais?”

“Rabí” —dijeron—, “hablábamos del miedo que tenemos de que nos persiga la inclinación al mal.”

“No temáis” —replicó—. “No habéis llegado tan alto como para que os persiga. Por ahora sois todavía vosotros quienes la perseguís.”

¿Qué es punible?

Cierto tzadik murió y poco después se le apareció en sueños a Rabí Pinjas, que había sido su amigo. Rabí Pinjas le preguntó: “¿Cual es la actitud hacia los pecados de juventud?”

“No se los toma en serio” —dijo el muerto—. “No si el hombre se ha arrepentido. Pero la falsa piedad, ésa es castigada muy severamente.”

El púlpito

Una vez Rabí Pinjas llegó a la Casa de Estudio y su mirada cayó sobre el púlpito. “Este púlpito” —dijo— “también es juzgado el día de Año Nuevo: sea que haya que destruirlo o conservarlo”.

La barrera

Rabí Pinjas dijo:

“Durante el shabat la gente viene a escuchar palabras de enseñanza. Están llenos de fervor, pero en el primer día de la semana todo vuelve a ser exactamente como era. Porque igual que los sentidos, así la memoria se encuentra con una barrera. Tan pronto como la santidad del shabat llega a su fin todos se hallan a miles de kilómetros de ella y nadie la recuerda. Como un demente que se recobra: no puede rememorar lo sucedido en sus días de locura.”

El alfiler en la camisa

Algunas mujeres de una ciudad próxima vinieron a ver a Rabí Pinjas y lo molestaron con sus triviales preocupaciones. Cuando a la mañana siguiente, antes del rezo, el rabí las vio de nuevo en su puerta, huyó a la casa de su hijo y exclamó: “¡Si por lo menos llegara el Mesías para poder librarnos de los tzadikim, ‘los buenos judíos!’” Después de un momento agregó: “¿Crees que son los malvados los que retardan la llegada del Mesías? No es así. Son los ‘buenos judíos’ los que la demoran. Un clavo en la pared, ¿qué tiene que ver conmigo? Pero un alfiler prendido en mi camisa, ¡ése es el que pincha!”

La fama

El Abuelo de Spola contó:

“Ser famoso no es cosa buena.

Una vez yo iba de pueblo en pueblo junto con los viajeros pobres. En nuestras andanzas llegamos a la ciudad en que Rabí Pinjas de Koretz vivía por aquel entonces. Había fiesta en la casa y la mesa estaba servida para los menesterosos. Entré con los demás y me senté. Rabí Pinjas mismo iba de uno a otro ofreciendo trozos de pastel. Cuando llegó a mí me hizo levantar del banco hasta quedar a nivel de su rostro y me besó en la frente.

Cuando comenzaba a ser célebre viajé hasta su ciudad para pasar con él el shabat. Vestido con una espléndida túnica, según es uso entre la gente célebre, me acerqué y lo saludé. Apenas me miró y me preguntó: ‘¿De dónde vienes?’

Ser famoso no es cosa buena.”

El hombre que niega a Dios

Rabí Pinjas dijo: “Quien diga que las palabras de la Torá son una cosa y las palabras del mundo son otra debe ser mirado como un hombre que niega a Dios.”

Los sueños

Rabí Pinjas dijo: “Los sueños son una secreción de nuestros pensamientos a través de la cual éstos se purifican. Toda la sabiduría del mundo es una secreción de la Torá a través de la cual la Torá se purifica. Por eso leemos: ‘Cuando el Señor devuelva a aquellos que retornaron a Sion seremos como los que sueñan.’ Porque entonces se revelará que la sabiduría existe sólo para que la Torá pueda ser purificada y el exilio existe sólo para que el pensamiento de Israel pueda ser purificado, y todos seremos como un sueño.”

La lengua de las lenguas

Preguntaron a Rabí Pinjas: “¿Cómo es que, antes de la construcción de la Torre de Babel, todos los hombres tenían una lengua en común, mas cuando Dios confundió su lenguaje cada grupo de gente habló su propio idioma? ¿Cómo fue posible que de repente cada pueblo pudiera hablar y comprender un lenguaje propio en lugar del que había sido común a todos?”

Rabí Pinjas explicó: “Antes de la construcción de la torre todos los pueblos tenían en común la lengua santa, pero cada uno de ellos poseía además su propio idioma. Por eso está escrito: ‘Y toda la tierra era de un lenguaje’, es decir, la lengua santa, y ‘de un habla’, lo que significa que, a la par del idioma sagrado que poseían en común, cada pueblo tenía su lenguaje particular. Lo usaban para comunicarse el uno con el otro, mientras que la lengua santa era empleada entre los diferentes pueblos. Cuando Dios los castigó, les arrebató la lengua santa.”

Originalidad

Rabí Pinjas dijo: “Cuando un hombre se embarca en algo grande en el espíritu de la verdad, no debe temer que otro lo imite. Pero si no lo hace en ese espíritu y sí con el fin de que nadie pueda imitarlo, entonces degrada lo que es grande hasta el nivel más bajo y cada uno puede realizar lo mismo.”

Los eunucos

Una vez Rabí Shmelke y su hermano, que se convirtió después en el rabí de Francfort, viajaron hacia la casa de Rabí Pinjas de Koretz a fin de experimentar el verdadero saber del shabat. Llegaron el viernes y encontraron al tzadik en la cocina donde, en honor de las santas horas por venir, supervisaba la preparación del pescado. El rabí saludó a los huéspedes con estas palabras: “Isaías dijo: ‘Esto dijo el Señor... respecto de los eunucos’, es decir, de aquellos que no pueden disfrutar los deleites santos: ‘dejadles guardar mis shabatot. Guardad el shabat y sentiréis todo su sabor.’”

Todas las alegrías

Rabí Pinjas dijo: “Todas las alegrías provienen del paraíso, y también las chanzas, siempre que sean dichas con regocijo verdadero.”

Los guardianes

Una vez se celebró un casamiento en casa de Rabí Pinjas. La fiesta duró varios días sin que disminuyera el número de los invitados, y, sin embargo, nada fue dañado en ningún mo-

mento; ni tan siquiera se quebró el más pequeño vaso. Cuando la gente expresó su sorpresa ante este hecho el rabí dijo: “¿Por qué os asombráis? ¡Los muertos son buenos guardianes!” Entonces ellos comprendieron por qué —mientras seguía la danza— él exclamó: “¡Eh, muertos! Vosotros no tenéis nada que hacer. ¡Vigilad que nada se rompa!”

La partida

Rabí Leib, hijo de Sara, el tzadik errante, solía visitar a Rabí Pinjas varias veces al año. Ambos discrepaban en lo que concierne a los asuntos terrenales porque, mientras Rabí Leib realizaba su obra andando por el mundo, Rabí Pinjas pensaba que nadie puede cumplir su tarea de manera satisfactoria si no es en el lugar que le ha sido señalado. Pero al despedirse siempre decía a su amigo: “Nunca estaremos de acuerdo, pero tu trabajo tiene al cielo como meta y mi trabajo tiene al cielo como meta. Y eso nos une y lo que ambos hacemos es una sola y única cosa.”

Una vez Rabí Leib llegó a Ostrog para el Día del Perdón. Al terminar el servicio se acercó a Rabí Pinjas para intercambiar con él los augurios para el año venidero. Ambos se encerraron y hablaron el uno con el otro durante un tiempo. Cuando Rabí Pinjas salió de la cámara sus mejillas estaban húmedas y las lágrimas aún brotaban de sus ojos. Los jasidim le oyeron decir, mientras acompañaba a su amigo hasta la puerta: “¿Qué puedo hacer si tu voluntad es partir primero?” Ese año Rabí Leib murió hacia fines del invierno, en el mes de Adar, y Rabí Pinjas al terminar el verano, en el mes de Elul.

Luto

Durante años los jasidim refirieron lo sucedido. En el último recodo del camino que lleva al muro occidental del Templo, el “muro de los lamentos”, un tzadik vio una tarde a una mujer de alta estatura. Estaba velada de la cabeza a los pies y lloraba suavemente. Entonces sus ojos se llenaron de lágrimas y, por un instante, se nubló su visión. Cuando miró, la mujer había desaparecido. “¡Por quién puede la Divina Presencia estar de luto si no es por Rabí Pinjas!”, exclamó para sí. Desgarróse la túnica y dijo la bendición para los muertos.

Testimonio

Rabí Rafael de Bershad era conocido a todo lo ancho del mundo por su integridad.

Una vez su testimonio debía ser el factor decisivo para condenar a un judío acusado de un delito. Rabí Rafael sabía que el hombre era culpable. La víspera del día en que iba a reunirse la corte, él, sin dormir, luchó consigo mismo rezando hasta la llegada del alba. Entonces se acostó en el suelo, cerró los ojos y murió en ese instante.

VI

IEJIEL MIJAL DE ZLOTCHOV

El deseo

En su temprana juventud Rabí Iejiel Míjal vivía en la mayor pobreza sin que la felicidad lo abandonara ni por un solo instante.

Una vez alguien le preguntó: "Rabí, ¿cómo puedes rezar día tras día: 'Bendito seas tú... que me has concedido cada uno de mis deseos?' ¡Con seguridad careces de todo lo que el hombre necesita!" El rabí respondió: "Lo que deseo más que nada es la pobreza. Y de ella he sido provisto."

En dos rangos

Cuando Rabí Míjal era todavía pobre y enseñaba a los niños en la ciudad de Brusilov, un día viernes, al caer la tarde, se le acercó un hombre aficionado a las bromas y le dijo lo siguiente: "¡Cuán grande es el esfuerzo y la preocupación que debe superar el hombre pobre a fin de conseguir lo necesario para celebrar el shabat! En cambio, para el vecino próspero, eso no presenta dificultad ninguna. Pero, cuando llega el shabat y el pobre comienza a estudiar el tratado para la ocasión, lo primero que lee se refiere a las circunstancias en las cuales el hombre que recibe se hace culpable de profanar el shabat, mientras que al rico que da se lo considera intachable. ¿Por qué el tratado comienza con la culpa del pobre?"

Al hacer esta pregunta el hombre sólo tenía la intención de gastar una broma, pero Rabí Míjal tomó la cuestión en serio. "Ven a cenar esta noche conmigo" —dijo—. "Hasta entonces lo pensaré." Después de la comida el rabí repitió la pregunta y dio esta respuesta: "La culpa del hombre pobre está mencionada al principio porque es él quien primero extiende la mano para recibir."

Muchos años más tarde, mientras Rabí Mordejái de Nesjizh visitaba a su maestro, Rabí Míjal, el maguid de Zlotchov, llegó un hombre sabio y devoto para pedir un poco de dinero. El maguid dijo a Rabí Mordejái que le diera una pequeña suma. Poco tiempo después un vagabundo de aspecto rudo y vulgar pidió también una limosna y Rabí Míjal mismo se la entregó. Cuando se le preguntó por qué había actuado de manera diferente en ambas circunstancias, dijo: "Cada acto de caridad puede producir una unión sagrada si la mano del que da toca la de aquel que toma. Pero cuando el que recibe es hombre de poco mérito, entonces es más difícil lograr la unión."

La vaca

Se cuenta que:

En los años en que el maguid de Zlotchov no había sido aún reconocido, era tan pobre que su mujer no tenía zapatos que ponerse y usaba zapatillas hechas con sus propias manos. En aquella época el maguid solía ayunar a menudo desde un shabat hasta el siguiente y permanecía en la Casa de Estudio toda la semana, sin regresar a su casa. Cada mañana la mujer vendía la leche de la única vaca que poseían y con el producto se mantenían ella y el niño. Un viernes por la mañana la vaca no dio leche; se echó en el suelo y quedó inmóvil. Después de esforzarse vanamente por reanimarla durante varias horas, la mujer abandonó toda esperanza y llamó a un campesino para que desollara al animal. Antes de que éste hubiera comenzado la tarea, Rabí Míjal llegó a la casa. Cuando vio a la vaca que yacía en el corral, la golpeó suavemente con su bastón diciendo: "¡Ea, levántate! ¡Que debes proveernos!" Y la vaca se levantó.

El mensajero del Baal Shem

Antes de ser reconocido, Rabí Iejiel Míjal vivió en Iampol, no lejos de Mezbizh, la ciudad del Baal Shem Tov. En aquella época había, entre los jasidim del Baal Shem, un tratante de ganado que, antes de partir en viaje de negocios, solía visitar a su maestro a fin de pasar con él el shabat. Una vez, al despedirse después de una visita semejante, el Baal Shem le dijo: "Cuando llegues a Iampol di a Rabí Méjele que le mando mis saludos."

Cuando llegó a Iampol, el hombre preguntó en vano por un rabí de tal nombre. "No" —le dijeron—, "nunca oímos hablar de ese rabí." Pero alguien agregó: "Ciertamente tenemos aquí un Méjele, pero jamás nadie lo llamó 'rabí'. Para decir la verdad, los niños le dicen 'el loco', y nadie, excepto ellos, se preocupa por él. Porque, ¿cómo puede uno tratar con un hombre que mientras reza se golpea la cabeza contra el muro hasta que brota la sangre?"

"Quiero hablar con él", dijo el tratante de ganado.

"Eso no será fácil" —le explicaron—. "Cuando está en su casa, sobre los libros, no permite que nadie lo distraiga. Pero si te aproximas y murmuras 'quisiera comer algo', dará un salto y traerá alimentos para el huésped y podrás hablar con él."

El tratante preguntó por el camino para llegar a lo del "loco". Vivía en una casa que se desmoronaba y a cuya puerta se amontonaban chicuelos andrajosos. Rabí Míjal estaba sentado a la mesa ante un libro abierto de la Cábala. No levantó la vista al entrar su visitante. El hombre se acercó y dijo: "Quisiera algo de comer." Instantáneamente el rabí se puso de pie, miró a su alrededor y buscó en gavetas y alacenas, pero todo estaba vacío. Tomó un libro, salió corriendo con él, lo llevó en prenda al almacén y volvió trayendo pan y arenque. Mientras comía, el visitante dijo: "El Baal Shem Tov me encargó que te diera sus saludos." Rabí Míjal inclinó la cabeza en silencio. Más tarde el tratante de ganado dijo: "Rabí Méjele, veo que eres un santo hombre y, siendo así, todo lo que necesitas es rezar por la riqueza y la tendrás. ¿Por qué vives en semejante necesidad?"

"Un rey" —replicó el rabí— "había hecho preparativos para el casamiento de su amada hija e invitado al palacio a todo el pueblo de la ciudad donde vivía y en cada invitación escribió la lista de los platos que habría de servir en la fiesta de bodas. Pero repentinamente la princesa cayó enferma. Ningún médico pudo hacer nada por ella y pocas horas después murió. En silencio, la multitud que se había congregado para la celebración, se dispersó. Estaban todos llenos de dolor por la muerte de su amada y adorable princesa. Sólo un huésped se quedó. Empuñando la invitación, pidió que se le sirviera la lista por entero. Allí se sentó pues, chasqueando los labios mientras comía con desvergonzado placer. ¿Debo comportarme como él ahora que la Divina Presencia, que es la comunidad de Israel, está en el exilio?"

El rechazo

La gente de cierta ciudad rogó al Baal Shem Tov que indujera a su discípulo Iejiel Míjal a aceptar el cargo de rabí que le habían ofrecido. El Baal Shem instó a acceder, pero él persistió en su rechazo. “Si no me escuchas” —le dijo su maestro— “perderás este mundo y también el mundo venidero.”

“Aun si yo perdiera ambos mundos” —contestó su discípulo— “no he de aceptar lo que no me corresponde.”

“Entonces, hijo mío, recibe mi bendición” —dijo el Baal Shem—, “porque has resistido la tentación.”

El secreto revelado

Rabí Jaím, el famoso jefe de la Academia Talmúdica de Brody oyó hablar del poderoso efecto que las exhortaciones del joven Míjal tenían sobre sus oyentes. Y siendo que en Brody crecía el número de malhechores, lo invitó para que el shabat siguiente hablara en la Casa de Oración y ordenó que toda la congregación estuviera presente. Rabí Míjal ascendió al púlpito e inclinó la cabeza sobre el atril, y en esta posición permaneció largo tiempo. La gente comenzó a impacientarse y los de peor ralea se sintieron indignados porque un joven se atrevía a hacerlos esperar. Algunos avanzaron hacia él como para arrancarlo de su sitio, pero no se atrevieron a realizar su propósito al ver al director de la Academia Talmúdica apoyado en un pilar del púlpito. Finalmente Rabí Míjal levantó la cabeza y dijo: “Está escrito: ‘El designio secreto del Señor es con los que lo temen.’¹ El revela las transgresiones secretas a aquellos que lo temen para que su advertencia golpee rectamente en el corazón de los transgresores.”

Cada uno de los presentes en la Casa de Oración pudo escuchar estas palabras aunque fueron proferidas en voz baja. Y nadie pudo contener las lágrimas que brotaban de sus ojos.

A través del sombrero

Una vez Rabí Míjal llegó a una ciudad donde nunca había estado antes. Pronto algunos miembros prominentes de la congregación vinieron a visitarlo. El rabí clavó la mirada en la frente de cada uno de ellos y luego les habló de las imperfecciones de sus almas y de lo que él podía hacer para reme-

¹ Salmos 25:14.

diarlas. No tardó en saberse que había en la ciudad un tzadik versado en la lectura de los rostros, quien podía describir la calidad del alma observando las frentes. Los próximos visitantes se calaron los sombreros hasta las narices. “Os equivocáis” —dijo Rabí Míjal—. “Si el ojo puede ver a través de la carne, puede ciertamente ver a través del sombrero.”

La vez que rabí Elimélej se asustó

En sus últimos años Rabí Elimélej de Lizhensk, que estaba de viaje, se encontró con un joven que llevaba una alforja a sus espaldas. “¿A dónde te encaminas?”, le preguntó.

“Voy a lo del santo maguid de Zlotchov”, fue la respuesta.

“Cuando yo era joven” —dijo Rabí Elimélej—, “oí decir un día que Rabí Iejiel Míjal estaba de visita en una ciudad no muy lejos de Lizhensk. Inmediatamente me dirigí hacia allá. Cuando llegué busqué un lugar donde alojarme, pero todas las casas estaban vacías. Finalmente encontré una mujer atareada en su cocina. Esto es lo que ella me dijo: ‘Todos se han ido a la Casa de Oración. Hay allí un rabí que ha convertido el día de hoy en el Día del Perdón. Está ahí, de pie, diciendo a cada uno sus pecados y rogando que les sean perdonados.’ Cuando oí tal cosa, me asusté y volví a Lizhensk.”

Pesada penitencia

Una vez un hombre profanó el shabat contra su voluntad porque se había roto su carro en el camino y, a pesar de que anduvo casi corriendo, no alcanzó a llegar a la ciudad antes del comienzo de las horas sagradas. Por ello, el joven Rabí Míjal le impuso una rigurosa y larga penitencia. El hombre trató de cumplirla con todas sus fuerzas, pero pronto descubrió que su cuerpo no podía soportarla. Empezó a sentirse enfermo y aun su mente se resintió. Supo entonces que el Baal Shem viajaba por la región y que se había detenido en un sitio próximo. Fue hacia él y, haciéndose de coraje, rogó al maestro que lo liberara del pecado cometido. “Lleva una libra de velas a la Casa de Oración” —dijo el Baal Shem— “y enciéndelas para el shabat. Esa habrá de ser tu penitencia.” El hombre creyó que el tzadik no había entendido bien lo que le había contado y le repitió su demanda con la mayor urgencia. Cuando el Baal Shem insistió con su fallo increíblemente benigno, el hombre le refirió la pesada penitencia que le había

sido impuesta. "Haz como te he dicho" —replicó el maestro— "y dile a Rabí Míjal que venga a la ciudad de Shvostov, donde pasará el próximo shabat." El rostro del hombre se aclaró y se despidió del rabí.

En el camino a Shvostov, una rueda se rompió en el coche de Rabí Míjal y éste debió continuar a pie. Aunque se apresuró cuanto pudo, era ya de noche cuando entró al pueblo y, al cruzar el umbral del Baal Shem, vio que éste ya se había puesto de pie, la copa en la mano, para decir la bendición del vino que inicia el día de descanso. El Baal Shem se detuvo y dijo a Rabí Míjal, que estaba parado ante él, torpe y mudo: "¡Buen shabat, amigo mío sin pecado! Nunca habías probado la tristeza del pecador, ni tu corazón había palpitado en la desesperación. Y por eso era fácil para ti imponer penitencia."

Para sí mismo

En un sermón que Rabí Míjal pronunció ante un gran auditorio, dijo: "Mis palabras serán escuchadas." Y agregó inmediatamente: "Yo no he dicho: 'escuchad mis palabras'. Dije: 'Mis palabras serán escuchadas'. ¡Me dirijo también a mí! ¡También yo necesito escuchar mis palabras!"

La humildad no es un precepto

Preguntaron al maguid de Zlotchov: "Todos los preceptos están escritos en la Torá. Pero la humildad, que vale tanto como todas las virtudes juntas, no figura en ella como mandato. Todo lo que leemos acerca de esa condición son las palabras en alabanza de Moisés que dicen que él era más humilde que las otras gentes.² ¿Cuál es el significado de ese silencio con respecto a la humildad?"

El rabí contestó: "Si alguien fuera humilde para obedecer un precepto, nunca alcanzaría la verdadera humildad. Pensar que la humildad es un mandato es una incitación de Satanás. Él invade el corazón de un hombre diciéndole que es sabio y justo y devoto, sin rival en sus buenas obras y digno de creerse mejor que la generalidad de las gentes, pero que si así lo hiciera incurriría en soberbia e impiedad, puesto que hay un precepto que manda ser humilde y considerarse a la par de los demás. Y el hombre que interpreta esto como precepto y lo cumple, sólo alimenta su orgullo al hacerlo."

² Números 12:3.

La ayuda idónea

Un discípulo preguntó al maguid de Zlotchov: “El Talmud dice que el niño, en el vientre de la madre, ve desde un extremo al otro del mundo y conoce toda la sabiduría, pero que, en el instante en que entra en contacto con el aire de la tierra, un ángel lo golpea en la boca y olvida. ¿Por qué tiene que ser así: primero saberlo todo y luego olvidarlo todo?”

“Una huella queda en el hombre” —contestó el rabí—, “por medio de la cual él podrá readquirir el conocimiento del mundo y las doctrinas y realizar su misión.”

“Pero, ¿por qué el ángel lo golpea?” —preguntó el discípulo—. “Si no lo hiciera el mal no existiría.”

“Muy cierto” —respondió el rabí—. “Pero si no existiera el mal, no habría bien, porque el bien es la contraparte del mal. El perpetuo deleite no es deleite. Es así como debemos comprender lo que nos han enseñado: que la creación del mundo tuvo lugar para bien de sus criaturas. Y por eso está escrito: ‘No es bueno que el hombre’ —el hombre primordial creado por Dios— ‘esté solo’, es decir, sin el contraefecto y la oposición de la inclinación al mal, como antes de la creación del mundo. Porque no hay bien a menos que lo contrario exista. Y más adelante leemos: ‘Y le daré una ayuda idónea para él’. El hecho de que el mal confronte al bien da al hombre la posibilidad de la victoria al rechazar el mal y elegir el bien. Y sólo entonces el bien existe verdadera y perfectamente.”

El hombre y la inclinación al mal

Así habló Rabí Míjal en relación con el versículo de las Escrituras que dice: “Emprendamos nuestro viaje y partamos y yo iré delante de ti.”

“Esto es lo que la inclinación al mal dijo secretamente al hombre. Porque ella ha de convertirse y quiere convertirse en inclinación al bien induciendo al hombre a vencerla y a hacerla buena. Y ésta es la oculta demanda que hace a quien trata de seducir: ‘Abandonemos esta desdichada condición y pongámonos al servicio del Creador, de modo que también yo pueda marchar y elevarme contigo, peldaño por peldaño, aunque parezca oponerme y perturbarte y ponerte trabas.’”

Multiplicaos

Un discípulo cuenta:

Una vez que mi maestro, Rabí Iejiel Míjal, estaba en su sala de oración en Brody, oyó a un hombre recitar los seiscientos trece preceptos. Le dijo en broma: “¿Por qué recitas los preceptos? Los preceptos fueron dados para cumplir y no para recitar.” Yo le pregunté qué quería decir, ya que se supone que también debemos aprenderlos y enseñarlos. “En el caso de cada uno de los preceptos” —dijo— “debemos tratar de descubrir la manera en que han de ser cumplidos. Empecemos por el primero: ‘Creced y multiplicaos’. ¿Por qué piensas que se han usado aquí dos verbos en lugar de uno?” Permanecí en silencio porque me avergonzaba hablar, pero, cuando él repitió la pregunta, dije: “Rashi lo interpreta de la siguiente manera: si se dice solamente ‘creced’ podemos pensar que un hombre debe engendrar siempre un único hijo.” “Pero entonces” —objetó el maestro— “bastaría decir simplemente ‘multiplicaos’.”

El hijo de Rabí Zusia de Hanipol, que estaba también allí recitando sus plegarias, señaló que en otro pasaje está escrito: ‘Y yo... te haré fecundo y te mutiplicarás’, y aquí se usaron asimismo dos verbos.

“También esto es difícil”, dijo Rabí Míjal, y otra vez me dirigió la pregunta a mí. Mencioné que Rashi refiere las palabras ‘te multiplicarás’ a la posición vertical que distingue al hombre de los animales.

“Pero, ¿qué tiene esto que ver con la posición vertical?” preguntó el rabí. Yo no supe qué contestar. El dijo: “Esta es la manera como Rabí Méndel de Primishlán³ explica el versículo de la Mishná: ‘Aquel que cabalga el asno ha de desmontarse y rezar’, esto es, ‘aquel que domina al animal dentro de sí no tiene necesidad de suprimirlo, puesto que —en una eterna plegaría— se ha dedicado a Dios en todo lo que hace y se ha liberado de su cuerpo’. Porque el hombre puede realizar actos carnales en este mundo. Puede cohabitar y aunque, visto desde afuera, sus movimientos se asemejen a los del animal, en su interior es tan libre como un ángel, porque en lo que hace está dedicado y consagrado a Dios. Y esto es lo que significa el precepto: ‘Sé fecundo’, no como los animales, sino ‘multiplicándote’; es decir, ¡sé más que ellos! No marches inclinado sino erguido y únete a Dios como el tallo se une a la raíz y

³ Discípulo del Baal Shem Tov; fue uno de los primeros en mudar su residencia a Palestina.

conságrale a El tu cohabitación. Esa es la voluntad de Dios: no sólo hacernos fecundos sino también multiplicar nuestros poderes.”

Aprender de todos

Preguntaron a Rabí Míjal: “En el Tratado de Principios leemos: ‘¿Quién es sabio?’ Aquel que aprende de todos los hombres, como está escrito, ‘De todos mis maestros recibí entendimiento’.⁴ Entonces, ¿por qué no decir: ‘Aquel que aprende de cada maestro?’ ”

Rabí Míjal explicó: “El maestro que pronunció esas palabras tuvo la intención de establecer claramente que nos es posible aprender no sólo de aquellos cuya ocupación es enseñar sino de cada uno de los hombres. Aun de un ignorante o de un malvado podemos recibir lecciones para conducir nuestra existencia.”

La unidad de las cualidades

Rabí Iejiel Míjal dijo:

“Las palabras de las Escrituras: ‘Pero vosotros, que os acercasteis al Señor vuestro Dios, estáis hoy todos vivos’⁵ son explicadas de la manera siguiente:

‘Os acercasteis a sus cualidades’. Diez cualidades emanan de Dios y nos llegan por pares, oponiéndose la una a la otra, como dos colores en directo contraste. Pero para la visión verdadera del ojo interior, todas conforman una simple unidad. Y es tarea del hombre hacerlas aparecer también como un todo para la visión verdadera del ojo exterior. Es posible que un hombre encuentre difícil ser misericordioso, porque su naturaleza es el rigor, y que otro halle difícil el rigor porque su naturaleza es ser misericordioso. Pero quien une el rigor que hay en él a su raíz —el rigor de Dios— y la misericordia que hay en él a su raíz —la misericordia de Dios— y así en todas las cosas, ese hombre unirá en sí las diez cualidades y él mismo logrará la unidad que ellas representan porque se habrá acercado al Señor del mundo. Un hombre así es como cera en la cual a la vez el juicio y la misericordia pueden imprimir su sello.”

⁴ Salmos 119:99. Aunque la traducción correcta es “Más que todos mis maestros”, el texto permite también esa interpretación.

⁵ Deuteronomio 4:4.

Imitación de los padres

Un discípulo preguntó al maguid de Zlotchov: "En el libro de Elías leemos: 'Cualquiera en Israel tiene el deber ineludible de decir: Cuando mi obra se parezca a la obra de mis padres, Abraham, Isaac y Jacob'. ¿Cómo se entiende esto? ¿Cómo podremos atrevernos jamás a pensar que nos es dado hacer lo que hicieron nuestros padres?"

El rabí explicó: "Así como nuestros padres crearon nuevas formas de servir, cada uno un nuevo servicio según su carácter: uno el servicio del amor, otro el de la severa justicia y el tercero el de la belleza, así cada uno de nosotros, a su manera, puede imaginar algo nuevo a la luz de las enseñanzas y del servicio y hacer lo que aún no ha sido hecho."

No por recompensas

Preguntaron al maguid de Zlotchov: "Está escrito: 'Si marcháis según los preceptos y cumplís Mis mandamientos, y así lo hacéis, os enviaré lluvias en su tiempo y la tierra producirá el grano y los árboles darán sus frutos.'⁶ ¿Cómo es que Dios nos promete recompensas por servicio? Nuestros sabios nos dijeron que no debemos ser como sirvientes que trabajan para sus amos a condición de recibir su paga."

El tzadik dió esta respuesta: "Cierto es que quien cumple un precepto por amor a la ganancia, aun cuando fuera para el mundo venidero, nada obtendrá, porque todo lo que quiere es servirse a sí mismo. Pero aquel que obedece un mandato por verdadero temor y amor a Dios, realiza una acción que resplandece en el mundo y vuelca sobre él abundancia de bendiciones. Porque el favor del cielo y de la tierra es señal de las buenas obras que no se hacen por amor a la recompensa sino por amor a Dios mismo. Por eso está escrito: 'Yo he puesto ante ti la vida y la muerte, la bendición y el anatema; ¡así pues, elige la vida que has de vivir, tú y tu simientel' ¡Elegid los actos de la vida que traerán plenitud de vida en el mundo."

Con

En relación con el versículo de los salmos: "Tú has obrado bien con tu siervo", Rabí Míjal dijo: "Lo que has hecho, oh Señor, puede ser designado por la palabra 'con'. Cuando tu siervo cumple tu mandamiento, tú actúas junto con él. Pero lo alabas por ello como si lo hubiera hecho solo, sin tu ayuda."

⁶ Levítico 26:3.

La naturaleza de la enseñanza

Cualquier libro que Rabí Míjal estuviera leyendo, ya fuera de enseñanzas abiertas u ocultas, todo lo que en ellos estudiaba, parecía dirigido al servicio de Dios. Cuando uno de sus discípulos le preguntó cómo era eso posible, le respondió: “¿Puede haber cosa alguna en las enseñanzas que no nos señale a nosotros cómo servir a Dios?”

Nuestra desgracia

Dijo Rabí Míjal: “Nuestra desgracia es que tenemos miedo de todos excepto de Dios. Eso es lo que se dijo de Jacob con las palabras: ‘Entonces Jacob tuvo miedo y se afligió.’ Nosotros debemos afligirnos por nuestro miedo a Esau.”

El cumplimiento de la ley

Preguntaron los discípulos al maguid de Zlotchov: “En el Talmud leemos que nuestro padre Abraham cumplió todas las leyes. ¿Cómo pudo ser si no le habían sido dadas todavía?”

“Todo lo que es preciso” —dijo el rabí— “es amar a Dios. Si estáis prontos a hacer algo y pensáis que ello podría menoscabar vuestro amor, entonces sabréis que es pecado. Si estáis prontos a hacer algo y pensáis que habrá de acrecentar vuestro amor, sabréis que en vuestro deseo se cumple la voluntad de Dios. Eso es lo que Abraham hizo.”

En medio

En relación con el versículo de las Escrituras que dice: “Yo estaba entre el Señor y vosotros”,⁷ Rabí Míjal de Zlotchov dijo: “El ‘yo’ está entre Dios y nosotros. Cuando un hombre dice ‘yo’ y lo coloca por encima de la palabra de su Hacedor, levanta un muro entre él y Dios. Pero si ofrece su ‘yo’, entonces nada hay que los separe. Porque es a él que estas palabras se refieren: ‘Yo soy para mi amado y su deseo se vuelve hacia mí.’⁸ Cuando mi ‘yo’ es de mi amado, entonces es hacia mí que se vuelve su deseo.”

Santificación de Dios

Los discípulos del maguid de Zlotchov le preguntaron: “En relación con las palabras de las Escrituras: ‘Seréis santos;

⁷ Deuteronomio 5:5.

⁸ Cantar de los Cantares 7:11.

porque yo el Señor vuestro Dios soy santo,⁹ el Midrash comenta: 'Mi santidad está más allá de vuestra santidad'. Pero, ¿quién no lo sabe? ¿Y qué es lo que aprendemos a través de esto?"

El maguid explicó: "Este es el significado: Mi santidad, que es el mundo, depende de vuestra santidad. Cuando santificáis mi nombre allá abajo, se santifica en las alturas del cielo. Porque está escrito: 'Dad vuestra fuerza a Dios'."

Las plegarias del rabí

Preguntaron a Rabí Míjal por qué estaba demorando la plegaria. El contestó: "Nos contaron que la tribu de Dan iba a la zaga de las tribus errantes y recogía todo lo que éstas habían perdido. Los hijos de Dan reunieron todas las oraciones que los hijos de Israel dijeron sin verdadera unción y que, por lo tanto, yacían sobre el suelo. Eso es justamente lo que yo estoy haciendo."

* * *

El maguid explicó el pasaje del Talmud que afirma que los primeros jasidim esperaban un momento antes de empezar a rezar, a fin de concentrar sus corazones en Dios. Dijo: "Durante la espera, rogaban a Dios para que los ayudara a concentrar sus corazones en El."

* * *

Antes de empezar a rezar tenía la costumbre de decir: "Yo me uno a todo Israel, a aquellos que son más que yo, a través de los cuales puedo elevar mi pensamiento, y a aquellos que son menos que yo, para que puedan elevarse a través de mi pensamiento."

* * *

En relación con el título del salmo, "Oración del afligido cuando desfallece", dijo: "Uníos a las plegarias de los afligidos y os uniréis a Dios."

* * *

La inclinación al mal vino una vez hacia él cuando rezaba. "Vete" —le dijo— "y vuelve cuando esté comiendo. Mientras un hombre está orando no debe haber disputas."

* * *

⁹ Levítico 19:2.

Sus discípulos le preguntaron: “¿Por qué la frase ‘cada rodilla se inclinará ante ti’ es mencionada primero en la plegaria? ¿Por qué ‘cada altura se postrará sólo ante ti’ viene en segundo lugar? ¿Por qué la palabra ‘sólo’ se usa únicamente en un caso y no en el otro?”

Rabí Míjal explicó: “Las rodillas habrán de doblarse ante un rey de carne y sangre, de modo que este homenaje pueda ser visto. Pero únicamente ante el Rey de Reyes, únicamente ante El, que examina el corazón, puede lo que está erguido permanecer erguido y, sin embargo, inclinarse en realidad ante El.”

* * *

Dijo una vez Rabí Míjal a Rabí Wolf Zbarazh, uno de sus cinco hijos: “Cuando me hube elevado en la oración y estuve de pie en el recinto de la verdad, rogué a Dios que me concediera que mi razón nunca pueda proceder contra su verdad.”

El hombre rico

Una vez que Rabí Míjal estaba en la ciudad de Brody haciendo una larga visita, tomó la costumbre de rezar en el “klaus” conocido con el nombre de “Estudio Jasídico”, a pesar de que muchos opositores a las enseñanzas jasídicas asistían allí al servicio cotidiano. Pues bien, Rabí Míjal no llegaba a la Casa de Oración hasta el mediodía, y aun después de haberse puesto el manto de orar sobre los hombros dejaba pasar algún tiempo antes de atarse las filacterias y comenzar a rezar. Esto molestaba a sus doctos enemigos, pero no se trevían a interrogarlo por sí mismos. Después de mucha reflexión y considerables discusiones enviaron al rabí a un hombre rico llamado Zalman Perles. Este se acercó al tzadik y le dijo, en el más respetuoso de los tonos: “Nosotros no nos ofendemos por el hecho de que llegues a la Casa de Oración recién a mediodía porque, por lo visto, no está dispuesto tu corazón antes de esa hora. Pero lo que nos sorprende es que, una vez que estás aquí, tardes tanto tiempo en comenzar a rezar. ¿Por qué actúas así y qué es lo que ello significa?”

Rabí Míjal preguntó a su vez: “¿No hay aquí nadie más versado que tú que me planteé esa pregunta?”

“Sí, por cierto” —contestó Perles—. “Hay aquí hombres tan doctos que yo no les llego ni siquiera a los tobillos.”

¿“Y por qué” —dijo el rabí— “no lo preguntan ellos?”

“Bien” —replicó el otro—, “ellos son pobres y tienen el corazón débil, como lo tienen los pobres. Yo soy rico y mi corazón es fuerte.”

“Entonces” —dijo el rabí— “tú mismo admites que los que saben no me preguntan por qué demoro mis plegarias; sólo sesenta mil rublos me están interrogando. Pero los sesenta mil rublos no tendrán el placer de oírme revelar por qué yo demoro mis plegarias.”

El gran coro

Rabí Mordejái de Krémnitz, el hijo de Rabí Míjal, refirió: “Mi padre acostumbraba dar un tono de pregunta al versículo del salmo: ‘Mi boca entonará la alabanza del Señor’.¹⁰ ‘Nosotros nos preguntamos’ —me explicó— ‘cómo nuestra boca puede entonar la alabanza de Dios. ¿Acaso los serafines y las huestes del cielo no tiemblan y desfallecen ante la grandeza de su nombre? A esto las Escrituras responden: «Dejad que toda carne bendiga Su santo nombre». Toda carne, todo lo que vive. Justamente porque es carne ha de alabar a Dios. En la Sección de los Cantos leemos que hasta la lombriz más pequeña entona un canto a Dios. Cuánto más el hombre, al que le ha sido otorgado el poder de imaginar cada vez nuevas formas de bendecir a su Creador.’ ”

Participación

Este es un comentario de Rabí Míjal acerca de las palabras de Hilel: “Si yo no soy para mí, ¿quién lo será? Y si yo soy para mí, ¿qué soy yo?” “ ‘Si yo no soy para mí, esto es, si yo no trabajo sólo para mí y si participo siempre en la congregación, ¿quién será para mí?’ En tal caso cualquier ‘quién’, es decir, todo lo que cualquier miembro de la congregación haga en mi lugar, cuenta como si lo hubiera hecho yo mismo. Pero si yo soy ‘para mí’, si yo no participo con los otros, si no me uno de ellos, ¿qué soy yo?’ Entonces cualquiera de las buenas obras que yo haya podido realizar es menos que nada a los ojos de Dios, que es la fuente de todo lo bueno.”

Los nombres

Preguntaron al maguid de Zlotchov: “Leemos en las Escrituras que Dios trajo a Adán los animales para que él pudiera

¹⁰ Salmos 145:21.

darles nombre. ¿Y por qué dicen que así como él hubo llamado a cada criatura, según su alma viviente, ése habría de ser su nombre? ¿Qué quiere decir 'alma viviente'?"

El maguid repuso: "Ustedes saben que cada uno de los seres tiene la raíz de su alma, de la que recibe la vida, en los mundos superiores. Adán conocía la raíz del alma de todas las criaturas y dio a cada una su nombre exacto, a cada una de acuerdo con su alma viviente."

Dudosa fe

Un discípulo preguntó al maguid de Zlotchov acerca de las palabras de las Escrituras que dicen que Noé entró en el arca 'a causa de las aguas del diluvio'. Rashi lo interpreta en el sentido de la poca fe de Noé. Este cree y, sin embargo, no cree, y hasta que las aguas del diluvio no lo fuerzan a ello, no penetra en el arca. ¿Debemos realmente considerar a Noé, ese hombre justo, entre aquellos de poca fe?"

El tzadik replicó: "Existen dos clases de fe: la simple fe que acepta las palabras y espera verlas cumplidas y la fe activa cuyo poder contribuye al logro de lo que debe ser. Con todo su corazón Noé temía creer en el diluvio, a fin de que su fe no hiciera más segura su venida. Así pues, él creía y no creía, hasta que las aguas lo obligaron."

En la montaña

Rabí Iejiel Míjal dijo: "Está escrito: '¿Quién ascenderá a la montaña del Señor? ¿Y quién permanecerá en Su santo lugar?'¹¹ Hagamos la comparación con un hombre que sube a una montaña en su carruaje. A mitad de camino los caballos están exhaustos y se ve obligado a detenerse para darles un descanso. Pues bien, quien en ese momento no haga uso de su entendimiento, rodará cuesta abajo. Pero el sensato tomará una piedra y la colocará debajo de una rueda mientras el coche está parado. Entonces podrá llegar a la cima. El hombre que no cae cuando se ve forzado a interrumpir la marcha y sabe cómo detenerse, llegará a la cumbre de la montaña del Señor."

¹¹ Salmos 24:3.

Tentación

Rabí Míjal dijo: “Cuando la inclinación al mal se propone tentar a un hombre y hacerlo pecar, lo induce a volverse demasiado virtuoso.”

El cilicio

Rabí Iudel, un hombre conocido por su temor de Dios y por las duras penitencias que se imponía, fue una vez a visitar al maguid de Zlotchov. Rabí Míjal le dijo: “Iudel, tu llevas un cilicio junto a tu carne. Si no fueras propenso a cóleras repentinas, no lo necesitarías, y puesto que eres propenso a cóleras repentinas, eso no ha de ser una ayuda para ti.”

Su sueño

El Rabí de Apt contó: “Cuando mi maestro, Rabí Iejiel Míjal, dormía, se asemejaba ya a uno ya a otro de los seres angélicos de la carroza de Dios. A veces tenía el rostro de los animales espirituales, a veces el de los santos seres-ruedas; el primero cuando quería subir al firmamento, el otro cuando el llamado del cielo llegaba hasta él.”

El shabat y el descanso

Un jasid preguntó al maguid de Zlotchov: “Rashi, nuestro maestro, dijo: ‘¿Qué faltaba en el mundo creado? Sólo el descanso. Vino el shabat y hubo descanso’. ¿Por qué no dice: ‘Faltaba descanso en el mundo hasta que llegó el shabat?’ Porque las palabras ‘shabat’ y ‘descanso’ significan enteramente la misma cosa.”

“El shabat” —contestó el rabí— “significa la vuelta al hogar.¹² En ese día las esferas retornan a su verdadero sitio. Es a ello que Rashi se refiere. Durante la semana las esferas no hallan descanso porque fueron descendidas del lugar que es el suyo. Pero en el shabat encuentran reposo porque les es permitido volver a casa.”

Los jasadim de Satanás

En su ancianidad, Rabí Míjal ayunaba con frecuencia. Finalmente uno de sus discípulos se atrevió a preguntarle la

¹² Aquí se combina la raíz *shavat* (detener), de la que deriva la palabra shabat, con la raíz *shuv* (volver).

causa de esa automortificación. El rabí contestó: “Debo decir que Satanás maquinó librar al mundo de los jasidim. Instigó las persecuciones, nos difamó y denunció y encendió la llama de la enemistad en las casas y en las calles. Y creyó que de esa manera nos llevaría a la desesperación, que quedaríamos exhaustos y nos convertiríamos en renegados. Pero cuando advirtió que su plan se malograba y que las filas que intentaba debilitar se habían reforzado, entonces imaginó algo nuevo: decidió crear sus propios jasidim. En seguida miles de jasidim de Satanás se esparcieron sobre la tierra y se unieron a los jasidim verdaderos para que la mentira se juntara con la verdad. Es por eso que ayunaba. Porque creía que podía desbaratar su plan. Pero ya no ayunaré más, porque veo que no puedo impedir que Satanás continúe creando sus jasidim. Pero a aquellos que se consagren a Dios y se dediquen sinceramente a su servicio, El los apartará de los falsos jasidim. El iluminará sus ojos con la luz de Su faz de manera que para ellos la verdad no pueda confundirse con las mentiras.”

Los soles y la tierra

Rabí Míjal dijo: “En cada generación hay grandes tzadikim que eluden la obra de salvación dedicándose a la Torá. Como cumplen los preceptos, cada uno medita acerca de cuál será el santo lugar del que proviene su alma y al que imaginan que habrá de retornar, cuando concluya su tránsito en la Tierra, para regocijarse con la luz de la sabiduría celestial. Por eso para tales hombres las cosas de la Tierra son como nada. Y si bien se entristecen por la miseria que existe entre la gente y por el amargo exilio de Israel, esto no es bastante para mover su corazón a desafiar con la plegaria lo que ha de ser desafiado. Todo su afán está dirigido a su propio regreso al hogar, tal como está escrito: ‘Una generación pasa y otra generación viene, mas la Tierra siempre permanece. Y nace el sol y se pone el sol y vuelve al lugar en que nació.’¹³ El sol se levanta y se pone y permite que la miseria perdure sobre la tierra.”

Destierro y salvación

Un discípulo preguntó al maguid de Zlotchov: “Dios dijo a Moisés: ‘Ahora verás lo que haré al Faraón; porque con

¹³ Eclesiastés 1:4.

fuerte mano los hará partir y con fuerte mano los conducirá fuera de su tierra'. ¿Necesita el esclavo liberado de dura servidumbre ser llevado a la libertad? ¿No huirá de ella como el pájaro de la red?"

"Cuando Israel es desterrado" —dijo el maguid— "es siempre porque se ha impuesto el destierro a sí mismo, y sólo cuando Israel levanta esa proscripción autoinfligida, alcanza su salvación. Cuando en su interior triunfa sobre el mal, esa fuerza demoníaca se rompe e instantáneamente los soberanos de la tierra pierden el poder de subyugar a Israel. Porque Israel en Egipto no quiso abandonar el exilio espiritual es que Moisés dijo a Dios: '...no has liberado a tu pueblo'. Esto significa: 'No eres tú quien puede liberarlos'. Pero Dios responde: 'Ahora has de ver...' Y él, que es más poderoso que todos los poderes, cumple el pacto. Derrama su gran luz sobre la fuerza demoníaca de Egipto y lo deslumbra. Y las santas chispas que estaban desterradas en Egipto, despertaron; cada una encontró su igual y contemplaron la luz primigenia y ardieron con ella, hasta que el poder demoníaco no pudo soportarlo y se vio forzado a arrojarlas lejos de sí. Y en el momento en que esto sucedía arriba, también ocurría abajo, en Israel y en el Faraón. Y este es el significado de las plagas".

La bendición

Rabí Míjal dijo una vez a sus hijos: "Mi vida fue bendecida porque nunca necesité nada hasta que lo tuve."

Amor por los enemigos

Rabí Míjal dio este mandato a sus hijos: "Rezad por vuestros enemigos a fin de que todo sea bueno para ellos. Y si pensáis que esto no es servir a Dios, estad tranquilos, porque más que ninguna otra esta oración es, sin duda, el servicio de Dios."

De buen grado

En los dos últimos años que precedieron a su muerte Rabí Míjal entraba en trance extático una y otra vez. En esas ocasiones recorría su cuarto con la faz iluminada por una luz interior, y era evidente que en esos momentos estaba más próximo a la vida suprema que a la existencia terrenal y que su alma estaba a un paso de incorporarse a ella. Por eso sus hijos tenían siempre el cuidado de sacarlo del éxtasis en el momento preciso. Una vez, después de la tercera comida del

Shabat que él hacía siempre con sus hijos, fue a la Casa de Estudio y entonó cantos de alabanza. Luego retornó a su cámara y caminó de un extremo al otro. Nadie estaba con él en esa circunstancia. De pronto la hija, que pasaba por la puerta, le oyó repetir una y otra vez: "De buen grado Moisés murió, de buen grado Moisés murió." Se turbó grandemente y llamó a uno de sus hermanos. Al entrar, lo halló yaciendo de espaldas en el suelo y lo oyeron murmurar la última palabra del credo: 'Uno', junto con el suspiro postrero.

De mundo en mundo

Muchos años después de la muerte de Rabí Míjal, el joven Rabí Zvi Hirsh de Zhydatchov lo vio en un sueño. El difunto le dijo: "Has de saber que, desde el momento de mi muerte, he errado de mundo en mundo. El universo que ayer se extendía sobre mi cabeza como un cielo es hoy tierra bajo mis pies, y el cielo de hoy es la tierra de mañana."

"Después que había entrado en Betsabé"

Un hombre en cuyo rostro se leían las señales del adulterio vino a ver a Rabí Aarón Leib de Primishlán. Cuando éste hubo conversado un tiempo con su visitante, le dijo: "Está escrito: 'Un salmo de David; cuando Natán, el profeta, se llegó hasta él, después que había entrado en Betsabé'. ¿Qué es lo que esto puede significar? Significa que Natán eligió el camino justo para inducir a David a volverse a Dios. Si lo hubiera confrontado públicamente, juzgándolo, sólo habría logrado endurecer su corazón. Pero vino a censurarlo en secreto y con amor, del mismo modo como David había entrado en Betsabé. Y entonces sus palabras llegaron al corazón del Rey, lo ablandaron y conmovieron y se volvió hacia Dios."

Cuando Rabí Aarón Leib terminó de hablar, el hombre confesó su pecado y retornó por completo al buen camino.

VII

ZEEV WOLF DE ZBARAZH

En la última hora

Cierta noche de Año Nuevo, el maguid de Zlotchov vio a un hombre que había sido lector en su ciudad y que había muerto hacía poco. “¿Qué haces aquí?”, le preguntó.

“El rabí sabe” —dijo el difunto— “que en esta noche las almas se encarnan nuevamente. Yo soy una de esas almas”.

“¿Y por qué fuiste enviado otra vez?”, preguntó el maguid.

“Yo llevé en la tierra una vida sin tacha”, respondió el difunto.

“¿Y sin embargo, te ves forzado a vivir una vez más?”, insistió el rabí.

“Antes de mi muerte” —dijo el hombre— “pensé sobre todo lo que había hecho y encontré que siempre había actuado rectamente. Y en medio de ese sentimiento fallecí. Así pues, ahora debo retornar al mundo para expiar mi soberbia”.

En esa misma época nació un hijo del maguid. Su nombre era Rabí Wolf y fue muy humilde.

Sus lágrimas

En su infancia Rabí Zeev Wolf, el menor de los hijos de Rabí Iejiél Míjal, era un niño revoltoso y obstinado y en vano su padre trataba de corregirlo. Cuando estaba en el umbral de los trece años, a punto de convertirse en un ‘hijo del mandamiento’ (bar mitzvá) y ser responsable ante sí mismo y establecer su propia relación con la voluntad divina, el tzadik mandó escribir los versículos de las Escrituras para las filacterias que el muchacho usaría en adelante. Encargó al escriba que trajera las dos cajas vacías conjuntamente con los versículos de las Escrituras. El escriba las trajo. Rabí Míjal

tomó las cajas en sus manos, las miró largamente, inclinó la cabeza sobre ellas y sus lágrimas cayeron en el interior. Luego secó las cajas y dentro colocó los versículos de las Escrituras. A partir del momento en que el niño Wolf se puso las filacterias por primera vez, creció tranquilamente, lleno de amor.

La sirvienta

La mujer de Rabí Wolf tuvo una disputa con su sirvienta. Acusaba a la muchacha de haber roto una fuente y exigía que le pagase por el daño. La muchacha, por su parte, rechazaba la acusación y se negaba a reponer el utensilio. La discusión se hacía cada vez más acalorada. Finalmente, la mujer de Rabí Wolf decidió llevar el asunto a la corte de arbitraje de la Torá y se vistió rápidamente para visitar al rav del pueblo. Cuando Rabí Wolf vio esto, se puso también las ropas sabáticas. Su mujer le preguntó por qué lo hacía y él le explicó que tenía la intención de acompañarla. Ella objetó diciendo que eso no era adecuado para él y que, además, sabía muy bien lo que tenía que decir en la corte. “Tú lo sabes muy bien” —replicó el tzadik—, “pero la pobre huérfana, tu sirvienta, en cuyo favor he de presentarme, no lo sabe. ¿Y quién, no siendo yo, estará allí para defenderla?”

El comedor de rábanos

En la tercera comida del shabat, una íntima y santa reunión, los jasidim de Rabí Wolf conversaban en voz baja, midiendo sus gestos, a fin de no perturbar al tzadik sumido en profundos pensamientos. Ahora bien, era el deseo de Rabí Wolf —y una regla en la casa— que cualquiera que llegara, en cualquier momento, había de sentarse a su mesa. También en esta oportunidad un hombre entró y se acomodó con los demás, que le hicieron lugar a pesar de saber que se trataba de una persona sin educación. Después de un tiempo el recién llegado extrajo un gran rábano del bolsillo, lo cortó en varios pedazos de tamaño conveniente y comenzó a comerlo chasqueando ruidosamente los labios. Sus vecinos no pudieron reprimir por más tiempo su fastidio. “Glotón” —le dijeron—. “¿Cómo te atreves a ofender esta mesa festiva con tus modales de taberna?”

A pesar de que trataron de contener sus voces, el tzadik pronto notó lo que sucedía. “Justamente desearía comer un

buen rábano” —dijo—. “Me pregunto si alguien aquí podría darme alguno.” Inundado de una repentina alegría que disipó su embarazo, el comedor de rábanos le dio a Rabí Wolf un puñado de los trozos que había cortado.

El cochero

Un día de frío glacial, Rabí Wolf fue a una fiesta de circuncisión. A poco de estar en la casa sintió pena por el cochero que esperaba afuera. Salió y le dijo: “Entra y caliéntate.”

“No puedo dejar solos a mis caballos”, replicó el cochero, al tiempo que sacudía los brazos y golpeaba el suelo con los pies.

“Yo cuidaré de ellos hasta que entres en calor y entonces me relevarás.” Al principio el cochero rehusó tomar tal cosa en consideración, pero, después de un momento, dejó que el rabí lo persuadiera y entró en la casa. Allí, cada uno que llegaba, cualquiera que fuese su rango y aunque no fuera un conocido del anfitrión, comía y bebía a voluntad. Después de la décima copa, el cochero olvidó quien lo reemplazaba al cuidado de los caballos y se fue quedando hora tras hora. Mientras, la gente había notado la ausencia del tzadik pero se decían que sin duda había tenido algo importante que hacer y que regresaría al terminarlo. Bastante tiempo más tarde partieron algunos huéspedes. Al salir a la calle, ya al caer la noche, vieron a Rabí Wolf al lado de los caballos, moviendo los brazos y golpeando el suelo con los pies.

Los caballos

Nunca, cuando Rabí Wolf salía en su coche, permitía que se usara el látigo con los caballos. “No tienes que gritarles” —instruía al cochero—. “Sólo tienes que saber cómo hablar con ellos.”

Los pendencieros

Rabí Wolf no veía el mal en hombre alguno y miraba como a justos a todos los seres humanos. Una vez dos personas que disputaban le pidieron que tomara una actitud contra el que fuera culpable. El dijo: “Según mi opinión, uno es tan bueno como el otro. ¿Y quien se atrevería a intervenir entre dos hombres de bien?”

Los jugadores

Un jasid se quejó a Rabí Wolf porque ciertas personas hacían de la noche día jugando a las cartas. “Eso es bueno” —dijo el tzadik—. “Igual que todos, ellos desean servir a Dios y no saben cómo. Ahora están aprendiendo a mantenerse despiertos y a persistir en una cosa. Cuando hayan llegado a ser perfectos en ello, todo lo que necesitarán será volverse a Dios. ¡Y qué excelentes servidores serán entonces para él!”

Los ladrones

Una noche entraron ladrones en la casa de Rabí Wolf y se apoderaron de todo lo que pudieron hallar. Desde su cuarto el tzadik los observaba pero nada hacía para detenerlos. Al terminar tomaron algunos utensilios y, entre ellos, un jarro en el que esa misma noche había bebido un hombre enfermo. Rabí Wolf corrió hacia los ladrones y dijo: “Buena gente, todo lo que habéis encontrado os ruego que lo consideréis como un regalo de mi parte. No os reclamo ninguno de esos objetos. Pero, por favor, tened cuidado con esta vasija. El aliento de un enfermo está en ella y podríais atrapar la enfermedad.”

Desde ese momento Rabí Wolf repetía cada noche al acostarse: “Todas mis pertenencias son de propiedad común.” Así, en caso de que volvieran los ladrones, no serían culpables de robo.

Renegados

Un grupo de tzadikim se reunió en Lwow para discutir las tendencias corrompidas de la nueva generación. Muchos habían abandonado las santas costumbres, usaban vestiduras más cortas y se recortaban las barbas y los bucles de las sienes y pronto se desmandarían espiritualmente también. Pensaban que era importante detener las piedras que se desmoronaban porque sino, en un día no demasiado lejano, toda la elevada estructura estaría condenada al derrumbe. Y así, aquellos que se habían reunido para conferenciar sobre el asunto, resolvieron establecer sólidos límites, comenzando por negar a los renegados el derecho de recurrir a la corte de arbitraje. Pero concordaron en no hacer efectiva esta decisión hasta tener el consentimiento de Rabí Wolf de Zbarazh. Algunos tzadikim le informaron acerca de los resultados de la reunión

y pidieron su apoyo. “¿Pensáis que yo os amo más que a ellos?”, les preguntó. Y la decisión nunca se puso en práctica.

Ayuda

Durante un viaje un jasid que se hallaba sin recursos se acercó a Rabí Wolf y le pidió una ayuda financiera. El tzadik miró en su bolsillo, encontró una moneda grande y la devolvió a su lugar, buscó una más pequeña y la entregó al joven necesitado. “Un joven” —le dijo— “no debe sentirse avergonzado, pero tampoco debe esperar el cielo sabe qué”. El jasid se alejó con la cabeza baja.

Rabí Wolf lo llamó y le dijo: “Joven, dime exactamente lo que piensas.”

“He aprendido una nueva manera de servir a Dios” —contestó el otro—. “Uno no debe avergonzarse y no debe esperar el cielo sabe qué.”

“Eso es lo que quise decir”, respondió el rabí y le acordó su ayuda.

VIII

MORDEJAI DE NESJIZH

¿Qué importa?

Antes que Rabí Mordejái de Nesjizh hubiera reconocido su vocación, hacía pequeños negocios. Después de cada viaje realizado para vender su mercancía apartaba un poco de dinero a fin de comprar un etrog para la Fiesta de las Cabañas. Cuando hubo logrado reunir algunos rublos de esa manera, se dirigió hacia la ciudad y durante el trayecto pensaba exclusivamente en que podría permitirse comprar el más hermoso etrog que estuviera en venta. De pronto vio a un aguatero parado en la mitad del camino lamentándose porque su caballo se había desplomado. Bajándose del coche Mordejái le dio al hombre todo el dinero que poseía para que comprase otro caballo. “¿Qué importa?”, se dijo para sí y emprendió el regreso a su hogar. “Todo el mundo dirá las bendiciones sobre el etrog; ¡yo diré las mías sobre este caballo!” Cuando llegó a su casa encontró un hermoso etrog que sus amigos, entre tanto, le habían traído como regalo.

Con el príncipe de la Torá

A aquellos que venían para compartir la comida del shabat Rabí Mordejái les decía palabras de enseñanza únicamente en contadas ocasiones y, en ese caso tan sólo muy escasas. Cuando uno de sus hijos se atrevió a preguntarle la razón de tal reserva, él contestó: “Uno debe unirse con el ángel-príncipe de la Torá para recibir en su corazón la palabra de doctrina. Sólo entonces lo que uno dice penetra en el espíritu de sus oyentes y cada uno recibe lo que requiere para sus propias y particulares necesidades.”

La promesa

Rabí Mordejái acostumbraba decir: “Quienquiera que haya comido mi cena sabática no dejará el mundo sin haberse vuelto hacia Dios.”

Al alba

Una vez Rabí Mordejái pasó toda la noche sentado con sus discípulos hasta asomar el día. Cuando vio la luz de la aurora dijo: “No hemos transgredido nosotros los límites del día. Más bien el día ha transgredido los nuestros y no debemos ceder a ello.”

La norma

Rabí Mordejái de Nesjizh dijo a su hijo, el rabí de Kovel: “¡Hijo mío, hijo míol Aquel que no siente los dolores de una mujer que está dando a luz dentro de un circuito de cincuenta millas, que no sufre con ella y ruega porque su sufrimiento sea mitigado, no merece ser llamado tzadik.”

Itzjac, su hijo menor, que más tarde lo sucedió en su misión, tenía diez años en aquel entonces y estaba presente cuando esto fue dicho. Ya viejo refirió la historia y añadió: “Yo escuché atentamente, pero pasó mucho tiempo antes de que comprendiese por qué él habló en mi presencia.”

Por qué la gente va hacia el tzadik

Rabí Mordejái dijo: “La gente va hacia los tzadikim por muchas razones diferentes. Uno va para aprender a rezar con amor y temor, otro porque necesita fuerzas para estudiar la Torá por su propio bien, otro porque quiere elevarse a un más alto rango de vida espiritual, y así en adelante. Pero ninguna de estas cosas ha de ser el objetivo real de la demanda porque cada una puede ser alcanzada y no es necesario afanarse por ello. El único, el verdadero propósito ha de ser buscar la realidad de Dios. No hay límites fijados para esto y no tiene fin.”

El pez en el mar

Rabí Itzjac de Nesjizh contó:

“Una vez, en el mes de Elul, mi padre dijo a uno de sus amigos: “¿Sabes qué día es éste? Es uno de los días en que el

pez tiembla en el océano.” Uno de los hombres que estaban junto a Rabi Itzjac observó: “La gente acostumbra a decir: ‘Cuando el pez tiembla en las aguas.’”

“El modo como mi padre lo dijo” —replicó Rabí Itzjac— “es el único en que se expresa el secreto de lo que ocurre entre Dios y las almas”.

La ofrenda

Así es como Rabí Mordejái de Nesjizh explicó las palabras de las Escrituras: “Y en vuestras lunas nuevas ofreceréis un holocausto al Señor.”¹

“Si queréis renovar vuestras obras dedicad a Dios el primer pensamiento que tengáis al despertar. A quien así proceda Dios lo ayudará a estar unido a El el día entero y a vincularlo todo a ese primer pensamiento.”

Ver y oír

Un rabí vino al tzadik de Nesjizh y le preguntó: “¿Es verdad lo que dice la gente, que tú oyes y ves todas las cosas?”

“Piensa en las palabras de nuestros sabios” —respondió—, “‘un ojo que ve y un oído que oye’.² El hombre ha sido creado de tal manera que puede ver y oír todo lo que desea. Sólo es cuestión de que no corrompa ni sus ojos ni sus oídos”.

El solideo

Se cuenta que:

Una mujer vino al Rabí Mordejái de Nesjizh y llorando le rogó que descubriera el paradero de su marido, quien hacía años la había abandonado y se había marchado a tierra extranjera.

“¿Qué te hace pensar que yo pueda ayudarte?” —dijo el tzadik—. “¿Está él aquí? ¿Estará tal vez en ese barril de agua?”

Ahora bien, a causa de su gran fe, la mujer se acercó al barril de agua y miró adentro. “¡Ahí está él!” —gritó— “¡Ahí está él, sentado en el agua!”

¹ Números 28:11.

² El pasaje completo (Tratado de principios II, 1) dice así: “Conoce lo que hay sobre ti: un ojo que ve y un oído que oye, y todas tus acciones están escritas en un libro”.

“¿Tiene puesto el sombrero?”, preguntó el rabí.

“Sólo su solideo.”

“Entonces, tómalo.”

La mujer tendió la mano y lo tomó. En ese mismo momento su marido, que tenía una sastrería en un país lejano, estaba sentado a la ventana de la casa de un noble para quien cosía, cuando se levantó una tormenta de viento y le arrancó el birrete de la cabeza. El hombre se estremeció. Tembló su corazón hasta lo más hondo y partió camino de su hogar.

Lilit

Cuentan que:

Un hombre de quien Lilit había tomado posesión viajó a Nesjizh para rogar a Rabí Mordejái que lo liberara. El rabí adivinó que el hombre se hallaba en camino y dio órdenes para que al anochecer todas las puertas de las casas se cerraran en la ciudad y a nadie le fuera permitido entrar. Cuando a la hora del crepúsculo el hombre llegó a la villa, no pudo encontrar alojamiento y debió acostarse en un granero sobre un montón de heno. Instantáneamente apareció Lilit diciendo: “Ven a mí.”

El le preguntó: “¿Por qué quieres eso? Usualmente eres tú quien viene hacia mí.”

“En el heno en que estás acostado —replicó ella— “hay una hierba que me impide acercarme”.

“¿Cuál es?” —preguntó el hombre—. “Yo la arrojaré y entonces podrás acercarte.”

Y le mostró una hierba tras otra hasta que ella dijo: “¡Esa es!” Entonces él sujetó la hierba sobre su pecho y fue libre.

Algo especial

El rabí de Lublín preguntó una vez al rabí de Apt, que era su huésped: “¿Conoces al viejo rabí de Nesjizh?”

“No lo conozco” —replicó él—. “Pero dime, ¿qué tiene el rabí de tan especial que preguntas eso?”

“En el minuto en que lo conozcas lo sabrás” —dijo el rabí de Lublín—. “Con él todo, enseñar y rezar, comer y dormir, es una sola cosa, y puede elevar su alma hasta sus orígenes.”

Entonces el rabí de Apt decidió ir a Nesjizh. Su coche estaba a la puerta, cuando supo que había sido denunciado a las autoridades y fue necesario presentarse al magistrado oficial del distrito. Cuando regresó faltaban dos semanas para Pascua y otra vez postergó su viaje. Después de las fiestas se enteró que el rabí de Nesjizh había muerto en la semana anterior a la Pascua.

IX

DEL CIRCULO DEL BAAL SHEM TOV

Dos candelabros

Durante muchos años Rabí Moshé Jaím Efraím, nieto del Baal Shem, vivió con su mujer en la mayor pobreza. La víspera del shabat ella colocaba las velas en un candelero de arcilla hecho con sus propias manos. Más tarde prosperaron. Una víspera del shabat el rabí entró en la cámara a su regreso de la Casa de Oración y vio que su mujer contemplaba su ancho candelabro de plata con alegría y orgullo.

“Todo ahora parece brillante para tí” —dijo—, “pero a mí todo me parecía brillante en aquellos días que se fueron”.

Cuando terminó el shabat

Rabí Baruj, nieto del Baal Shem, contó: “Un ‘maguid’, un espíritu profético, solía aparecerse al rav de Polnoie para instruirlo. Cuando el rav se unió a mi abuelo, el Baal Shem, éste le quitó ese maguid y le dio otro, uno de los Maguidim de la Verdad.

Una vez Rabí Pinjas de Koretz y yo pasamos el shabat con el rav de Polnoie. A la clausura del shabat llegó un mensajero y pidió a Rabí Pinjas que volviera a su casa al momento por un asunto urgente. El rav se había retirado a un cuarto donde iba siempre cuando deseaba entregarse a la meditación. Pero Rabí Pinjas no se atrevía a partir sin despedirse y me rogó que informara al rav acerca del mensajero que había llegado. Pero yo también dudé. Finalmente ambos fuimos hasta la cámara y escuchamos. Inadvertidamente toqué el tirador de la puerta, que estaba roto, y ésta se abrió. Rabí Pinjas huyó asustado. Pero yo me quedé. Permanecí callado y no aparté los ojos.

Así sea

Rabí Iaacov Iosef, el rav de Polnoie, fue invitado una vez a una circuncisión que tenía lugar en una aldea próxima. Cuando llegó faltaba aún un hombre para completar el quórum de diez. El tzadik se enojó en gran medida por verse obligado a esperar. Esperar siempre le desagradaba. Una fuerte lluvia caía desde la mañana temprano y hacía imposible conseguir un transeúnte. Al fin vieron venir a un mendigo por la calle. Cuando le pidieron que asistiera a la ceremonia como décimo hombre, dijo: "Así sea." Después de la circuncisión lo invitaron a la comida y él dio la misma respuesta. Finalmente su anfitrión le preguntó: "¿Por qué dices siempre la misma cosa?" El hombre repuso: "Porque está escrito: '¡Bienaventurado el pueblo a quién así sucede!'"¹ Y con esto se desvaneció ante los ojos de todos.

Esa noche el rav no pudo dormir. Una y otra vez escuchaba decir al mendigo: "así sea", hasta que se le hizo evidente que no podía haber sido otro que el profeta Elías, que había venido a reprocharle su tendencia al enojo. "¡Bienaventurado el pueblo a quien así sucede!" murmuró, instantáneamente se quedó dormido.

El libro

El hijo del rabí de Ostrog contó:

Cuando apareció el libro del rav de Polnoie *Las Genealogías de Iaacov Iosef*² y llegó a las manos de mi padre, éste se dedicó a leerlo y releerlo. Especialmente aquellos pasajes que comenzaban: "Esto yo lo escuché de mi maestro", que él repetía hasta aprenderlos de memoria. Esto duró un año o tal vez más. Una vez que mi padre se hallaba leyendo de nuevo uno de los pasajes, se dio cuenta de que, después de todo, no lo comprendía por completo. Hizo enjaezar los caballos y emprendió el camino de Polnoie. Yo era un niño en aquel entonces y él me llevó consigo. Encontró a Rabí Iaacov Iosef enfermo y débil. Estaba tendido en la cama que pronto sería su lecho de muerte. El rav preguntó a mi padre por qué había venido. Cuando le dijo el motivo, tomó el libro en

¹ Salmos 144:15.

² El primer libro que presentó en conjunto las enseñanzas del Baal Shem, escrito en forma de comentarios a la Biblia (1780).

sus manos y comenzó a hablar con voz poderosa y su rostro era puro fuego y espíritu. Ante mis propios ojos su lecho se elevó del suelo.

En el mercado

Se cuenta que:

Rabí Leib, hijo de Sara, anduvo errante casi todos los días de su vida, sin quedarse jamás en un lugar por largo tiempo. A menudo se detenía en los bosques y en las cavernas, mas también venía a las ciudades, donde se encontraba con amigos de su intimidad. Y nunca dejaba de aparecer cuando tenía lugar una gran feria. Entonces arrendaba una cabaña y en ella permanecía hasta que el mercado llegaba a su fin. Una y otra vez sus discípulos le rogaban que les confiara el motivo de su extraña costumbre y finalmente un día cedió ante su insistencia.

En ese mismo momento un hombre que llevaba una pesada carga sobre sus hombros pasó a su lado. Rabí Leib lo llamó y murmuró unas palabras a su oído. Luego dijo a sus discípulos que siguieran a ese hombre y lo observaran. Lo vieron dirigirse a un mercader y depositar la carga en el suelo diciendo que no quería ser sirviente por más tiempo. El comerciante le gritó con enojo y rehusó pagar el dinero que le debía, pero el hombre se alejó en silencio. Los discípulos que iban detrás advirtieron que vestía una mortaja. Corrieron hacia él y lo conminaron a referirles su secreto. "Fugaz y transitoria fue mi residencia en el mundo del caos" —explicó—. "Yo no sabía que estaba muerto desde hace mucho tiempo. Ahora el rabí me lo reveló y me ha redimido."

Explicar la Torá y ser la Torá

Esto es lo que Rabí Leib, hijo de Sara, acostumbraba decir de aquellos rabíes que explican la Torá. "¡Qué importa que expliquen la Torá! Un hombre debe hacer que sus acciones sean una Torá y que él mismo se vuelva una Torá, y tan completamente que uno pueda saber por sus hábitos y por sus gestos y por su inmóvil unión con Dios que él mismo se ha hecho como el cielo. De él se ha dicho: 'No hay discurso, no hay palabras ni se oye su voz. Su linaje recorre toda la tierra y sus dichos llegan hasta el fin del mundo'."

El padre y los hijos pequeños

Rabí Arié de Spola, llamado “el Abuelo de Spola”, había conocido al Baal Shem en su juventud. Una Pascua, antes del séder, hizo recitar a su hijo menor la frase mnemotécnica que enumera las acciones rituales. Al pedirle que explicara la palabra “kadesh”, “santificado”, el niño dio la respuesta acostumbrada: Cuando el padre regresa de la Casa de Oración debe decir en seguida kidush, o sea la bendición del vino.” Y ahí se detuvo.

El padre le preguntó: “¿Por qué no agrega cuál es la razón por la que debe decir kidush en seguida?”

“El maestro no me enseñó nada más”, contestó el niño.

Entonces su padre le hizo añadir las palabras: “Así los hijos pequeños no se habrán dormido y harán la pregunta que deben: ‘¿Por qué es esta noche diferente de todas las noches?’”

Al día siguiente, cuando el maestro de los pequeños asistía como invitado al séder, el rabí le preguntó por qué no había enseñado a los niños lo que seguía a continuación de la palabra “kadesh”, explicando cuál es la razón para decir “kadesh”, siendo que ésa era la secuencia tradicional. El maestro dijo que lo había considerado superfluo, puesto que dicha regla no es sólo para aquellos padres que tienen hijos pequeños en la casa. “Ese es un grave error de tu parte” —dijo el rabí—. Alteras una vieja costumbre cuyo sentido no has valorado. Esto es lo que significa: ‘Cuando el padre regresa de la Casa de Oración’, es decir, cuando nuestro Padre ha visto y oído cómo cada uno en Israel, no importa cuan fatigado esté por la preparación de la Pascua, dice la plegaria de la noche lleno de fervor, entonces El regresa a su cielo y ‘debe decir kidush en seguida; en seguida debe renovar el santo matrimonio contraído cuando dijo a Israel: ‘Y te desposarás conmigo para siempre’; y nos redimirá esa misma noche, ‘la noche de vigilia’, así los hijos pequeños —el pueblo de Israel— no caerán en el profundo sueño de la desesperación sino que tendrán un motivo para preguntar a su Padre en el cielo: ‘¿Por qué esta noche de exilio es diferente de todas las otras noches?’” Cuando el rabí hubo dicho estas palabras, lloró, levantó sus manos al cielo y exclamó: “¡Padre, Padre, sácanos de nuestro exilio mientras lo que está escrito es todavía válido para nosotros! ‘¡Yo duermo pero mi tierra vela!’ ¡No nos dejes caer en un sueño total!” Todos lloraron con él. Pero después de un tiempo se irguió y exclamó: “Ahora deleitemos a nuestro Padre y mostrémosle

que sus hijos pueden bailar a pesar de hallarse en la oscuridad." Ordenó tocar una alegre melodía y comenzaron a bailar.

La danza del "Abuelo"

Cuando "el Abuelo de Spola" bailaba en el shabat y en los días festivos, sus pies eran tan ligeros como los de un niño de cuatro años. Y ni uno solo de los que presenciaron su santa danza dejó de volverse a Dios en ese mismo instante y con toda su alma, porque él conmovía el corazón de los que lo contemplaban, llevándolos al mismo tiempo al éxtasis y a las lágrimas.

Una vez Rabí Shalom Shajna, el hijo de Abraham, el Angel, fue su huésped en la noche del viernes. Acababan de hacer la paz el uno con el otro después de una larga controversia. Rabí Shalom se sentó allí como siempre en la noche del shabat, totalmente envuelto en su unión con Dios. El "Abuelo" miraba a su alrededor gozoso como siempre, y ambos permanecían en silencio. Pero, cuando terminaron de comer, Rabí Arié dijo: "Hijo del Angel, ¿sabes bailar?"

"No sé bailar", replicó Rabí Shalom.

Rabí Arié se levantó. "Entonces contempla la danza del "Abuelo de Spola", dijo. E inmediatamente su corazón hizo que se alzaran sus pies y él danzó alrededor de la mesa. Cuando se hubo movido para acá y para allá, Rabí Shalom saltó. "¡Habéis visto cómo danza el anciano!", gritó a los jasidim que lo habían acompañado. Se quedó parado y fijó los ojos en los pies del bailarín. Más tarde dijo a sus jasidim: "Creedme, él hizo que sus miembros fueran tan santos y puros que a cada paso sus pies realizaban santas uniones."

Juegos de Purim

En la fiesta de Purim "el Abuelo de Spola" tenía la costumbre de organizar juegos de una clase muy particular. Cierta número de jasidim cuidadosamente seleccionados y dirigidos por él, se disfrazaban. Uno era el "Rey de Purim", y el resto, los príncipes y consejeros. Se sentaban juntos en sesión solemne, reunidos en tribunal o consejo, y tomaban determinaciones y resoluciones. Algunas veces "el Abuelo" mismo tomaba parte en la mascarada.

Cuentan los jasidim que tales juegos tenían un efecto poderoso que viajaba a través del espacio: anulaban la sentencia, o la amenaza de sentencia, decretada para Israel.

Lea y Raquel

En los días que el joven Najum, más tarde rabí de Tchernobil, tenía el privilegio de vivir con el Baal Shem, Rabí Israel ben Eliézer emprendió uno de sus viajes habituales. Najum, que tenía muchos deseos de acompañarlo, daba vueltas alrededor del carruaje que esperaba. Cuando el Baal Shem subió al coche le dijo: "Si eres capaz de decirme qué diferencia existe entre esa secuencia de la oración, en las lamentaciones de medianoche, que lleva el nombre de Lea, y la que lleva el nombre de Raquel, podrás venir conmigo." Najum respondió sin titubear: "El efecto que Lea produce con sus lágrimas, Raquel lo produce con su alegría." Al momento el Baal Shem le pidió que montara en el coche.

El tzadik y sus jasidim

Rabí Isaac de Skvira, nieto de Rabí Najum, contó: "En un pueblo pequeño, no lejos de Tchernobil, algunos jasidim de mi abuelo estaban sentados alrededor de la mesa al terminar el shabat. Todos eran honrados y piadosos y, en esa comida del 'séquito de la reina', hacían examen de conciencia. Eran tan humildes y estaban tan llenos del temor de Dios que llegaron a la conclusión de que habían pecado grandemente y estuvieron de acuerdo en que no tenían esperanza. Su único consuelo era su extremada devoción al gran tzadik Rabí Najum, el cual podría elevarlos y redimirlos. Entonces decidieron que era necesario visitar de inmediato a su maestro. Y partieron no bien finalizó la cena, y juntos se dirigieron a Tchernobil. Pero al concluir ese mismo shabat, mi abuelo estaba sentado en su casa haciendo examen de conciencia. Entonces, en su temor de Dios y en su humildad, halló que había pecado en gran medida y que no había esperanzas para él, con excepción de una sola: que sus jasidim, tan entregados al servicio de Dios y que le eran tan profundamente fieles, lo confortaran.

Fue hasta la puerta y miró en dirección al pueblo donde vivían sus discípulos, permaneció así unos momentos y los vio venir hacia él.

En ese instante —así termina Rabí Itzjac su historia— dos arcos se fundieron en un anillo.

Palabras de aliento

Algunos discípulos de Rabí Najum de Tchernobil vinieron a él y lloraron y se lamentaron porque habían sido presa de la más oscura melancolía y ni las enseñanzas ni las plegarias les ayudaban a levantar la cabeza. El tzadik percibió el estado de sus corazones y sintió que ellos anhelaban sinceramente su aproximación al Dios vivo. Les dijo: "Hijos míos queridos, no os angustie esta muerte aparente en la que estáis sumidos. Porque todo lo que es en el mundo es también en el hombre. Y así como en el día de Año Nuevo la vida cesa en las estrellas y éstas se hunden en un sueño profundo y en él reponen sus fuerzas y despiertan con renovado esplendor, así los hombres que en verdad desean acercarse a Dios deben pasar a través de un estado de vacío en la vida espiritual, y 'la caída es en bien de la ascensión'. Como está escrito: Dios hizo que el sueño cayera sobre Adán, y éste durmió y de su sueño despertó convertido en un hombre completo."

La cualidad de Dios

Un lituano vino una vez a ver al rabí de Tchernobil y se lamentó porque no tenía dinero para casar a su hija. Sucedió que el tzadik había reservado justamente cincuenta gulden para otro propósito. Entregó ese dinero al pobre hombre y le dio además su túnica de seda para que pudiera lucir en el casamiento. El hombre lo aceptó todo y se fue derecho a la taberna, donde se dedicó a beber vodka.

Algunas horas más tarde los jasidim fueron a la posada y lo encontraron acostado en un banco, completamente borracho. Le quitaron el resto del dinero y la túnica de seda, que llevaron a Rabí Najum, a quien refirieron cómo el hombre había abusado de su confianza. Mas el rabí exclamó con enojo: "¡Apenas logré asir la cola de esta cualidad de Dios: 'El es bueno y caritativo con el malvado y con el bueno', y vosotros la arrebatáis de mis manos! Devolvedle todo al instante."

El jinete y la gallina

Se cuenta que:

En el curso de un viaje Rabí Najum fue de visita a la casa de otro tzadik. En su honor hicieron matar una gallina y la sirvieron en la comida. Rabí Najum la miró un momen-

to y dijo: "En esta ave veo un hombre armado de a caballo." Llamaron al matarife ritual y éste confesó que, en el momento de sacrificar la gallina, lo asustó un oficial que, armas en mano, pasó galopando junto a él, y al cual, desde ese entonces, no pudo apartar de su pensamiento.

Fuego contra fuego

Se cuenta que:

Una vez que el Baal Shem estaba de viaje y se detuvo en la casa de su discípulo, Rabí David Leikes, fue promulgada una orden decretando que un determinado día habría de ser quemado el Talmud dondequiera que se encontrara un ejemplar. En la mañana de ese día Rabí David escondió su Talmud en la tina de lavar. A las doce las campanas comenzaron a repicar. Pálido como un muerto entró en la habitación y vio a su maestro paseando con calma de un extremo a otro. "Con tu fuego" —dijo el Baal Shem— "has apagado su fuego". La orden fue anulada.

El equilibrista

Una vez Rabí Jaím de Krosno, alumno del Baal Shem, presenciaba junto con sus discípulos las pruebas que un equilibrista realizaba en la cuerda floja. Tan absorbido estaba en el espectáculo que le preguntaron qué era lo que así lo atraía en esa tonta representación. "Este hombre" —dijo— "está arriesgando su vida y no sé por qué. Pero estoy bien seguro de que mientras camina sobre esa soga no está pensando en los cien gulden que ha de ganar por ello. Porque si lo hiciera, caería".

GENEALOGIA DE LOS MAESTROS JASIDICOS

EL FUNDADOR:

1. Israel ben Eliézer, el Baal Shem Tov (en forma abreviada, el Baal Shem), 1700-1760

NIETOS DEL BAAL SHEM:

2. Moshé Jaím Efraím de Sadylkov
3. Baruj de Mezbizh, m. 1811

BIZNIETO DEL BAAL SHEM:

4. Najman de Bratzlav, m. 1810

DISCIPULOS DEL BAAL SHEM

(Números 5, 6, 8, 10, 15, 17, 18, 19, 20, 21):

5. Dov Ber de Mezritch, el Gran Maguid, m. 1772
6. Iaacov Iosef de Polnoie, m. 1782

Su discípulo:

7. Arié Leib de Spola, el Abuelo de Spola, m. 1811

8. Pinjas de Koretz, m. 1791

Su discípulo:

9. Rafael de Bershad, m. 1816

10. Iejiel Míjal de Zlotchov, el Maguid de Zlotchov, m. circa 1786

Sus hijos:

11. Mordejái de Krémnitz
12. Zeev Wolf de Zbarazh, m. 1800

Sus discípulos:

13. Mordejái de Nesjizh, m. 1800
14. Aarón Leib de Primishlán

15. Najum de Tchernobil, m. 1798

Su hijo:

16. Mordejái (Mótel) de Tchernobil, m. 1837

17. David Leikes

18. Wolf Kitzes

19. Meír Margalíot

20. Zvi, el Escriba

21. Leib, hijo de Sara

DESCENDIENTES DE DOV BER DE MEZRITCH:

22. Abraham, el Angel, m. 1776

Su hijo:

23. Shalom Shajna de Probishtch, m. 1803

Hijo de Shalom:

24. Israel de Rizhyn, m. 1850

Hijos de Israel:

25. Abraham Iaacov de Sadagora, m. 1883

26. Najum de Stepinesht

27. David Moshé de Tchortkov, m. 1903

DISCIPULOS DE DOV BER DE MEZRITCH

(Números 28, 29, 30, 37, 38, 39, 43, 44, 52, 57):

28. Menájem Méndel de Vitebsk, m. 1788

29. Aarón de Karlín, m. 1772

30. Shmelke de Níkolzburg, m. 1778

Sus discípulos (Números 31, 32, 36):

31. Abraham Jaím de Zlotchov

32. Moshé Leib de Sasov, m. 1807

Hijo de Moshé Leib:

33. Shmelke de Sasov

Discípulo de Moshé Leib:

34. Menájem Méndel de Kosov, m. 1825

Hijo de Menájem Méndel:

35. Jaím de Kosov

36. Itzjac Aizik de Kalev, m. 1821

37. Leví Itzjac de Berditchev, m. 1809

38. Meshulam Zusia de Hanípol, m. 1800

39. Elimélej de Lizhensk, hermano de Zusia, m. 1786
Discípulos de Elimélej (Números 40, 42):
40. Menájem Méndel de Rymanov, m. 1815
Discípulo de Menájem Méndel:
41. Zví Hirsh de Rymanov, m. 1846
42. Abraham Iehoshúa Héshel de Apt, m. 1822
43. Shneur Zalman de Ladi, el Rav, m. 1813
44. Shlomó de Karlín m. 1792
Discípulos de Shlomó de Karlín (Números 45,48):
45. Uri de Strelisk, m. 1826
Discípulo de Uri:
46. Iehúda Zvi de Stretyn, m. 1844
Hijo de Iehúda Zvi:
47. Abraham de Stretyn, m. 1865
48. Mordejái de Lejovitz, m. 1811
Hijo de Mordejái:
49. Nóaj de Lejovitz, m. 1834
Nieto de Mordejái:
50. Shlomó Jaím de Kaidanov, m. 1862
Discípulo de Mordejái:
51. Moshé de Kobryn, m. 1858
52. Israel de Koznitz, el Maguid de Koznitz, m. 1814
Hijo de Israel:
53. Moshé de Koznitz
Nietos de Israel:
54. Eleazar de Koznitz
55. Jaím Meír Iejiel de Mogielnica, m. 1849
Su discípulo:
56. Isajar de Wolborz, m. 1877
57. Iaacov Itzjac de Lublín, el Vidente, m. 1815
Sus discípulos (Números 58, 59, 62, 65, 66, 67, 68, 69):
58. David de Lelov, m. 1813
59. Naftalí de Roptchitz, m. 1827
Discípulo de Naftalí:
60. Jaím de Zans, m. 1876

Hijo de Jaím:

61. Iejézel de Sheniava, m. 1899

62. Zvi Hirsh de Zhydatchov, m. 1831

Sobrinos de Zvi Hirsh:

63. Iehúda Zvi de Rozdol, m. 1847

64. Itzjac Aizik de Zhydatchov, m. 1873

65. Moshé Téitelbaum, m. 1839

66. Shlomó Leib de Lentshno, m. 1843

67. Isajar Ber de Radoshitz, m. 1843

68. Shalom de Belz, m. 1855

69. Iaacov Itzjac de Pzhysha, el Iehudí, m. 1814

Hijos del Iehudí (Números 70, 72, 75):

70. Ierajmiel de Pzhysha

Su nieto:

71. Pinjas de Kinsk

72. Iehoshúa Asher

Sus hijos:

73. Iaacov Zvi de Parysov

74. Meír Shalom

75. Nejemia de Byjova

Discípulos del Iehudí (Números 76, 82, 83):

76. Simja Búnam de Pzhysha, m. 1827

Hijo de Búnam:

77. Abraham Moshé

Discípulos de Búnam (Números 78, 80, 81):

78. Itzjac de Vorki, m. 1858

Hijo de Itzjac:

79. Menájem Méndel de Vorki, m. 1868

80. Itzjac Meír de Guer, m. 1866

81. Janoj de Alexánder, m. 1870

82. Péretz

83. Menájem Méndel de Kotzk, m. 1859

GLOSARIO

- ABÁI y RABÁ:** principales maestros talmúdicos de Babilonia en la primera mitad del siglo iv.
- ABRAHAM IBN EZRA DE TOLEDO:** famoso exegeta de la Biblia, gramático hebreo, filósofo religioso y poeta (fallecido en 1167).
- ADLER, NATHÁN:** rabí de Francfort del Meno, importante erudito talmúdico y cabalista (fallecido en 1800).
- AJER (el otro):** Elishá ben Abuiá, sabio talmúdico, maestro de Rabí Meír. Bajo la influencia de enseñanzas foráneas, probablemente gnósticas, se separó del judaísmo farisaico, a lo que se debe su apodo.
- AKIBÁ:** principal maestro palestino del siglo ii (Era Común).
- AMORÁ, pl. AMORAÍM (orador, intérprete):** maestro de la segunda época talmúdica (alrededor del 200 al 500 E.C.) en la cual se originó la Guemará.
- AÑO NUEVO:** véase ROSH HA-SHANÁ.
- AÑO NUEVO DE LOS ÁRBOLES:** el día 15 de Shevat (enero o febrero).
- “ÁRBOL DE LA VIDA” (Etz Jaím):** una exposición del sistema cabalístico de Isaac Luria escrito por su más famoso discípulo, Jaím Vital Calabrese.
- ARÍ:** abreviatura de Ashkenazí Rabí Isaac (Luria), ilustre representante de la Cábala posterior (1534-1572). Véase G. Scholem, *Major Trends in Jewish Mysticism*, Séptima Conferencia.
- ARIEL:** nombre poético para Jerusalén (Isaías 29:1).
- ATRIBUTOS:** de Dios, realizados por los hombres a través de pensamientos y acciones. Cada uno de los tres patriarcas representa simbólicamente uno de los atributos divinos.
- AZAZEL:** véase Levítico, cap. 16. En los tiempos bíblicos, una misteriosa criatura del desierto a quien, el Día del Perdón (véase IOM KIPUR), es enviado un chivo “portador de las iniquidades” de Israel. En los tiempos posbíblicos este nombre se entendía como aplicado a uno de los ángeles caídos.
- BADJÁN (animador):** maestro de ceremonias en el casamiento. Al final de la cena festiva, el badján anuncia los regalos, levantándolos uno por uno y alabando, generalmente en tono humorístico, al dador y el obsequio.
- BAÑO RITUAL:** véase INMERSIÓN.

- BAR KOJBA** (hijo de las estrellas): Simeón Bar Kosiba, el líder de la gran rebelión contra el emperador Adriano (132-135 E.C.).
- BAR MITZVÁ** (hijo del mandamiento): al cumplir los trece años el niño acepta el compromiso de observar las leyes religiosas. También recibe ese nombre la celebración del acontecimiento.
- BASTÓN Y FAJA**: los símbolos del liderazgo. Entregando su bastón el rabí confiere autoridad para actuar en su nombre.
- BENDICIÓN DE LA LUNA NUEVA**: se lleva a cabo en el exterior de la casa al aparecer la luna nueva, hecho que marca la iniciación del mes según el calendario hebreo.
- BENDICIÓN DE SANTIFICACIÓN**: véase KIDUSH.
- BENDICIÓN DE SEPARACIÓN**: véase HAVDALÁ.
- BENDITO SEA EL QUE LLEGA**: saludo que se hace al huésped en el momento en que arriba, y al cual éste responde: Benditos sean todos los presentes.
- BUEN JUDÍO**: designación popular del tzadik.
- CABAÑAS**: véase SUCÁ.
- CABEZA DE TODOS LOS HIJOS DE LA DIÁSPORA** (exilarca, Resh Galuta): jefe secular de la judería babilónica en los tiempos talmúdicos y postalmúdicos.
- CANTO DE ELÍAS**: en alabanza del profeta. En él se designa a Elías como el buen auxiliador.
- CARROZA DE DIOS**: la visión de Ezequiel fue interpretada como el misterio de la revelación divina, uno de los principios fundamentales de la Cábala. (El otro principio es el misterio de la creación.)
- CARTA DE DIVORCIO** (quet): la única forma de divorcio permitida.
- CASA DE ESTUDIO** (Bet ha-Midrash): lo mismo, generalmente, que Casa de Oración. Es un lugar de estudio y devoción. Los viajeros sin alojamiento eran recibidos en la Casa de Estudio.
- CASA DE LA VIDA**: cementerio.
- CIDRA**: véase ETROG.
- CINCUENTA PUERTAS DE LA RAZÓN**: de acuerdo con la leyenda talmúdica, cuarenta y nueve de las cincuenta puertas le fueron franqueadas a Moisés.
- CONTRATO DE CASAMIENTO** (tenaím, condiciones): escrito y firmado en el momento del compromiso; antes del casamiento, la ketubá, un acuerdo financiero, es agregado.
- CORTINA**: el Talmud (Jaguigá 12b) habla de siete cielos y detalla sus nombres y funciones; la cortina es el más bajo de los cielos.
- CUERNO DE CARNERO**: véase SHOFAR.
- CHISPAS**: en la creación primigenia, antes de nuestro mundo, la ardiente sustancia divina estalló y las "chispas" cayeron en las profundidades inferiores llenando las "cáscaras" de las cosas y las criaturas de nuestro mundo.
- "DEBERES DEL CORAZÓN"** (Jovot ha-Levavot): importante obra popular de filosofía religiosa judía y ética escrita en árabe por Bajía ibn Pakuda en el último cuarto del siglo XI.
- DECIR TORÁ**: en la comida comunal con los jasidim, el tzadik pro-

nuncia una alocución sobre un tema de las enseñanzas jasídicas, basada generalmente en un pasaje de la Torá.

DÍA DEL PERDÓN: véase IOM KIPUR.

DIÁSPORA (Galut): la dispersión de Israel entre las naciones. De acuerdo con la tradición judía, la Divina Presencia comparte los sufrimientos del exilio y espera también la redención.

DIECIOCHO BENDICIONES: una de las partes más antiguas de la liturgia que se realiza en el servicio ordinario. El que reza, de pie, dice las plegarias para sí y, de acuerdo con la costumbre, con los ojos cerrados. Ninguna palabra profana debe interrumpirlas. Después el lector repite las bendiciones en alta voz.

DIVINA CARROZA (Merkavá): interpretación mística de la visión de Ezequiel (Ezeq. 1), base de la teosofía cabalística.

DIVINA NADA: la Escuela Jabad, que desarrolló las enseñanzas del Gran Maguid, sostenía que lo divino no tiene límites y se opone a todo lo que es "algo" y es, por consiguiente, limitado. Lo divino es la "nada", que subsume toda limitación y finitud.

DIVINA PRESENCIA: véase SHEJINÁ.

ELÍAS: después de su ascensión al cielo, el profeta Elías, de acuerdo con la leyenda, continuó ayudando e instruyendo al hombre dentro de sus funciones de mensajero de Dios. Aparece especialmente en cada fiesta de circuncisión y en cada séder. Verlo y recibir instrucciones de él se considera como la iniciación en los misterios de la Torá.

ELISHA: discípulo y sucesor del profeta Elias.

ELOHÍM: nombre de Dios que la literatura rabínica interpreta como referente al divino atributo del rigor.

ELUL: mes que precede a las altas fiestas de Rosh ha-Shaná y Iom Kipur. Está dedicado a la preparación interior y al examen de conciencia.

EMDEM, JACOB: rabí de Alemania (Emden y Altona) del siglo XVIII.

ETROG: "el fruto del árbol hermoso" (Lev. 23:40). *Citrus médica* sobre el cual, juntamente con ramas de palma, mirto y sauce se pronuncia la bendición de sucot.

EXI LARCA (Resh Galuta): título del jefe de la comunidad judía autónoma de la diáspora en Babilonia; oficio especialmente activo en el período comprendido entre los siglos VII y XI.

EXPULSIÓN DE LOS PECADOS: véase TASHLIJ.

EZRA EL ESCRIBA: líder de la judería palestina en el siglo V antes de la Era Común. Sus instituciones y ordenanzas influyeron grandemente en el desenvolvimiento del judaísmo tradicional.

FIESTA DE LA REVELACIÓN: véase SHAVUOT.

FIESTA DE LAS CABAÑAS: véase SUCÁ.

FIESTA DE LAS SEMANAS: véase SHAVUOT.

FIESTA DEL EXILIO (Iom Tov Shení shel Galut): las fiestas de Pesaj, de las Semanas y de las Cabañas se observan en la diáspora por un día más que en Israel. El día excedente de observancia se llama Fiesta del Exilio.

FIESTA DEL REY DAVID: véase SÉQUITO DEL SHABAT.

FILACTERIAS: véase TEFILÍN.

FRANJAS: véase TALET.

FRANK, JACOB: el último y más dudoso de los “falsos Mesías”. Iniciador de un movimiento sabatiano (véase SABATÁI ZEVI) radical en Polonia, activo más tarde en Offenbach, Alemania. El y sus discípulos abrazaron públicamente el cristianismo. (Falleció en 1791.)

GAÓN (Excelencia) DE VILNA: Rabí Elías de Vilna, renombrado erudito rabínico, líder de un movimiento contra el jasidismo (fallecido en 1797).

GLORIA Y FIDELIDAD: antiguo himno místico que muchos jasidim recitaban el shabat por la mañana, junto con las plegarias.

GOI, pl. GOÍM: “nación” (en la acepción concreta) gentil.

GRAN ASAMBLEA (Knéset ha-Guedolá): cuerpo legislativo de Palestina en tiempos del Segundo Templo.

GRAN PLEGARIA POR LA SALVACIÓN: entonada durante Hoshaná Rabá (Gran Salvación), en el séptimo día de la Fiesta de las Cabañas.

GRAN SHABAT: el shabat que precede a Pesaj.

GUEMARÁ: “resumen” de las enseñanzas. Es la parte más extensa del Talmud y consiste en la explicación y discusión de la primera sección, llamada Mishná. Existen diferencias entre la Guemará del Talmud de Babilonia y la del Talmud de Palestina o Jerusalén.

GUERRAS DE GOG: la profecía de Ezequiel (Ezeq. cap. 39) es interpretada como la visión de grandes guerras entre naciones en el tiempo que precede a la llegada del Mesías.

HAGADÁ (narración): colección de expresiones, interpretaciones escritas e himnos referentes al éxodo de Egipto, tal como se recita en el hogar durante el servicio de la noche de Pascua. Véase SÉDER.

HALEL (alabanza): conjunto de salmos que se recitan durante el servicio litúrgico en determinadas festividades.

HAVDALÁ (“separación” entre lo sagrado y lo profano): bendición pronunciada sobre el vino, las especias y la vela en la clausura del shabat y las fiestas.

HIJO DEL MANDAMIENTO: véase BAR MITZVÁ.

HILEL: gran maestro de la primera centuria a.E.C. Su vida y enseñanzas se basaron en la fraternidad universal.

HILEL Y SHAMÁI: maestros palestinos, fundadores de escuelas en la primera centuria antes de la Era Común.

HOSHANOT: plegarias por la ayuda y la salvación, que se recitan durante la Fiesta de las Cabañas.

IBN EZRA: véase ABRAHAM IBN EZRA DE TOLEDO.

INCLINACIÓN AL MAL: se opone a la “inclinación al bien”. No es considerada en sí como un mal, sino como un poder mal empleado por el hombre. Es más bien la “pasión” en la que se originan todas las acciones humanas. El hombre debe servir a Dios “con ambas inclinaciones”, dirigiendo su pasión hacia lo que es santo y bueno.

INMERSIÓN: el antiguo baño que en la Cábala y especialmente entre los jasidim, se convirtió en una importante ceremonia con signifi-

cados místicos. Realizar la inmersión en un río o en un arroyo poseía mayor valor que hacerlo en el baño ritual común.

IOJANÁN BEN ZAKÁI: de acuerdo con la leyenda talmúdica, este maestro principal de la primera centuria E.C., fue colocado en un féretro y llevado fuera de Jerusalén a presencia de Vespasiano a fin de asegurar el permiso para establecer una academia de estudios judíos después de la caída de Jerusalén.

IOJANÁN EL ZAPATERO: discípulo de Rabí Akibá.

IOM KIPUR: Día del Perdón. El último de los Días Austeros con que se inicia el Año Nuevo. Es un día de ayuno y de ininterrumpida oración por el perdón.

JANINÁ BEN TERADIÓN: uno de los "diez mártires", ejecutados por los romanos después de la rebelión de Bar Kojba, que rehusaron obedecer el edicto sobre el estudio de la ley.

JANUCÁ (consagración): festividad de ocho días que comienza el 25 de Kislev (noviembre o diciembre); conmemora la consagración del Santuario por los Macabeos (167 a.E.C.) y su victoria sobre los grecosirios que profanaron el Templo. En memoria de la Fiesta de las Luminarias se encienden velas en los hogares judíos cada una de las ocho noches, una vela la primera, dos la segunda y así sucesivamente.

JAZÁN: cantor, el lector de las oraciones en la sinagoga.

JERUSALÉN DE LAS ALTURAS: la Jerusalén celestial que corresponde a la Jerusalén terrena. De la misma manera, un santuario celestial corresponde al del Templo en Sión.

KÁDISH (santo): doxología que se recita especialmente en memoria de los muertos.

KAVANÁ, pl. KAVANOT (intención, devoción): la intención dirigida hacia Dios mientras se lleva a cabo una acción religiosa. En la Cábala las kavanot denotan las permutaciones del divino nombre que conducen a lograr la unificación de las fuerzas en el Mundo Superior.

KIDUSH (santificación): además de sus otros significados, este término designa la bendición pronunciada sobre el vino al comienzo del shabat y las fiestas. La ceremonia nupcial es también un kidush.

KLAUS: sala de oración en una congregación privada de religiosos (generalmente jasídicos).

KOL NIDRÉ (todas las promesas): palabras iniciales de la fórmula solemne de absolución por las promesas incumplidas e imposibles de cumplir, que se pronuncian en la víspera del Día del Perdón.

LAG BA-OMER: día trigésimo tercero en la cuenta que comienza en el segundo día de Pascua (Pesaj) y termina con la Fiesta de las Semanas (Shavuot).

LAMENTACIONES DE MEDIANOCHE: los piadosos acostumbran a levantarse de su lecho a medianoche y, sentados en el suelo, descalzos, con cenizas en la frente en señal de duelo, leen lamentaciones por la caída de Sión y rezan por la redención.

LECTOR: véase JAZÁN.

- LIBRO DE LA CREACIÓN** (Séfer Ietzirá): obra básica para la interpretación de los números y las letras del alfabeto. No es seguro si fue compuesto en los tiempos talmúdicos o postalmúdicos.
- LIBRO DEL ÁNGEL RAZIEL**: obra cabalística.
- LIBRO DE LAS LEYES**: véase SHULJÁN ARUJ.
- LIBRO DEL ESPLENDOR**: el Zohar, la obra principal de la primera Cabala (fin del siglo XIII). Véase G. Scholem, *Major Trends in Jewish Mysticism*, Quinta y Sexta Conferencias.
- LILIT**: demonio femenino que seduce a los hombres.
- LITUANIA**: los judíos lituanos de mentalidad más racionalista, fuertemente opuestos al jasidismo.
- LURIA, ISAAC**: véase ARI.
- MAESTRO DE CEREMONIAS**: véase BADJÁN.
- MAGUID**, pl. **MAGUIDIM** (predicador): los maguidim eran en parte predicadores errantes, en parte predicadores adscriptos regularmente a una determinada comunidad; estos últimos podían eventualmente servir como predicadores viajeros. El término se refiere también a un espíritu que se aparece a los elegidos y les revela secretos de las enseñanzas y del porvenir.
- MAKOM** (lugar): designación de Dios, en quien existe todo lo que existe.
- MANTO DE ORACIÓN**: véase TALET.
- MATZÁ**, pl. **MATZOT**: pan sin levadura que se come durante la semana de Pascua (Pesaj).
- MEIR**: sabio talmúdico de Palestina (siglo II). Las leyendas postalmúdicas lo describen como un "hacedor de milagros".
- MELAMED**: maestro de los niños.
- MENORÁ**: candelabro de siete brazos, especialmente el que se usa en la sinagoga.
- MESÍAS HIJO DE JOSÉ**: un Mesías que ha de preparar el camino reuniendo a todo Israel y restableciendo el Reino, y que morirá luego luchando contra los romanos dirigidos por Armilus. Otra tradición sostiene que reaparece con cada generación.
- METATRÓN**: nombre de un ángel mencionado en la literatura talmúdica y cabalística; entre otras funciones, cumple la de mediar entre Dios y el mundo material. Se lo llama "príncipe de la divina faz" o "príncipe de la cámara interior".
- MIDRASH**, pl. **MIDRASHIM** (exposiciones, interpretaciones): libros de los tiempos talmúdicos y postalmúdicos dedicados a la exégesis homilética de las Escrituras. Son ricos en parábolas, leyendas, comparaciones y sentencias.
- MINJÁ** (ofrenda): originalmente, sacrificio vespertino (Ezra 9:4). Más tarde, y como sustituto, la Plegaria de la Tarde.
- MISERICORDIA Y RIGOR**: los principales atributos de Dios.
- MISHNA** (repetición, enseñanza): la primera y fundamental parte del Talmud.
- MITNAGUED**, pl. **MITNAGDIM** (opositor, antagonista): los opositores declarados del jasidismo.

- MOISÉS BEN MAIMÓN:** notable pensador judío de la Edad Media, llamado también Maimónides o Rambam. Nació en Córdoba en 1135 y falleció en El Cairo en 1204.
- MUNDO DE CONFUSIÓN (Olam ha-Tohu):** región en la que permanecen las almas después de la muerte, hasta que son redimidas.
- MUNDO DE ILUSIÓN (Olam ha-Dimión):** región "en la que vagan las almas de todos los que murieron engañados por su vanidad".
- MUNDO DE LA EMANACIÓN:** de acuerdo con las doctrinas cabalísticas, el Mundo de la Emanación y de la Divinidad es el más elevado de los cuatro "mundos" que se encuentran entre el infinito y nuestro mundo terrenal.
- MUSAF (adición):** originalmente, un sacrificio adicional en el shabat y las fiestas. Más tarde, y como sustituto, un servicio adicional rezado después de la Plegaria de la Mañana.
- NEILÁ (clausura):** la plegaria final del Día del Perdón.
- NOTAS DE SÚPLICA (kvitel en idish):** escritas en un papel, contienen el nombre del suplicante, el nombre de su madre y el pedido.
- NOVENO DÍA DE AV:** véase TISHÁ BE-AV.
- PAN SIN LEVADURA:** véase MATZÁ.
- PASCUA:** véase PESAJ.
- PECTORAL DEL JUICIO (Joshen Mishpat):** una de las cuatro partes del Shulján Aruj, el código autoritario de la ley judía.
- PESAJ (Pascua):** festividad que dura ocho días (en Israel siete), previamente a la cual se realiza una renovadora limpieza de los hogares; comienza en el decimoquinto día de Nisán (marzo o abril) y conmemora el éxodo de Egipto.
- PLEGARIA DE LAS BENDICIONES:** oración central en el servicio sinagagal. Véase también DIECIOCHO BENDICIONES.
- PLEGARIA DE LA TARDE:** véase MINJÁ.
- PLEGARIAS DE PENITENCIA (Selijot):** oraciones recitadas especialmente en los días que preceden al Año Nuevo, en el período comprendido entre éste y el Día del Perdón, y también en este último.
- POZO DE MIRIAM:** cuenta una leyenda talmúdica (Taanit 9ª) que, debido a los méritos de Miriam, hermana de Moisés y Aarón, un pozo acompañó a los hijos de Israel a través del desierto.
- PRESENCIA DE DIOS:** véase SHEJINÁ.
- PRIMERA PUERTA (Baba Kamá):** tratado del Talmud.
- PRINCIPE ADÁN CHARTORISKI:** para conocer sus relaciones con el maguid de Koznitz, según se describen en la tradición legendaria, véase *For the Sake of Heaven*, Martin Buber, Filadelfia, Sociedad de Publicaciones Judías, 1945, pág. 195.
- PRÍNCIPE DE LA TORÁ:** el ángel que representa a la Torá en el cielo. Los elementos, las fuerzas de la naturaleza y las naciones (las que, de acuerdo con la tradición judía, son setenta) están representados por sus respectivos príncipes, que pueden ser ángeles o demonios.
- PRINCIPIOS DE LA FE:** parte de la Plegaria de la Mañana ordenada

de acuerdo con la formulación de los artículos del credo judío hecha por Moisés ben Maimón en el siglo XII.

PURIM (fiesta de las suertes): Esther 9:25. Celebración feliz que conmemora la derrota del perverso Amán. Se festeja con juegos y mascaradas.

QUEMAR LA LEVADURA: durante la Pascua no debe haber alimentos levados en la casa. En la noche que precede a la festividad la casa es limpiada a fondo y los remanentes de los alimentos levados son reunidos y quemados en un fuego especialmente encendido para la ocasión.

QUÓRUM (minian): el mínimo de diez varones mayores de trece años que se requiere para orar en común.

RAB (Aba Arika): maestro babilónico del Talmud, perteneciente al siglo III.

RABÍ: véase RAV.

RASHI: abreviatura de Rabí Salomón (ben) Isaac (de Troyes), el comentarista clásico de la Biblia y del Talmud de Babilonia (fallecido en 1105).

RAV (jefe, maestro): líder de la comunidad religiosa. Enseña la ley y, como "jefe del tribunal", supervisa su cumplimiento; rabí, en cambio, significa líder del grupo jasídico local. En algunas circunstancias el rabí era también rav de la ciudad.

RECUESTO DE LOS CINCUENTA DÍAS (Sefirat ha-omer): véase Levítico 23:15.

REGOCIJO EN LA LEY: véase SIMJAT TORÁ.

RESCATE: al visitar al tzadik, el jasid le entrega una suma de dinero junto con una nota de súplica. Esta suma es considerada un "rescate" por el alma del solicitante.

ROSH HA-SHANÁ (Año Nuevo): se observa el primero y segundo día de T'shrí (septiembre u octubre); son los días del juicio.

ROTURA DE LAS VASIJAS: véase CHISPAS.

SÁBADO DE LA CANCIÓN (Shabat Shirá): shabat durante el cual se canta la canción de los israelitas en el Mar Rojo (Exodo 15).

SÁBADO DEL ARREPENTIMIENTO (Shabat Shuvá): el que cae entre los diez días de penitencia que van del Año Nuevo al Día del Perdón.

SABATÁI ZEVÍ: figura central del mayor movimiento mesiánico en la historia de la Diáspora (fallecido en 1676). Inmediatamente después que Sabatái Zeví se proclamó Mesías, el movimiento se desmembró y su fundador abrazó el Islam. Véase G. Scholem, *Major Trends in Jewish Mysticism*, Octava Conferencia.

SABATIANOS: seguidores de Sabatái Zeví.

SAMAEL: nombre posbíblico de Satanás, el príncipe de los demonios.

SANTA HERMANDAD (jevrá kadishá, sociedad santa): sus miembros cuidaban del entierro de los muertos.

SANTIFICACIÓN DEL NOMBRE (de Dios): designa cada uno de los sacrificios que el hombre realiza y por medio de los cuales participa en el establecimiento del reino de Dios sobre la tierra.

SANTO HUÉSPED: se dice que los patriarcas visitan al devoto en la

- Fiesta de las Cabañas (véase SUCÁ). Este los recibe con una salutación especial.
- SANTOS NOMBRES:** todos los elementos del lenguaje sagrado son considerados como seres supraterráneos.
- SÉDER (orden):** cena festiva y liturgia doméstica que se realizan en la primera y la segunda noches de Pascua. En esta celebración cada sucesiva generación se identifica con las generaciones que hubieron de Egipto.
- SEFIROT:** la jerarquía de los diez poderes creadores emanados de Dios, mística y orgánicamente relacionados entre sí, y que constituyen, de acuerdo con el sistema cabalístico, los fundamentos de la existencia de los mundos.
- SENDERO DE LA VIDA (Oraj Jaím):** una de las cuatro partes del Shulján Aruj, el código autoritario de la ley judía.
- SÉQUITO DEL SHABAT:** comida que se hace al terminar el shabat. Se la considera destinada a despedir a la Reina Shabat y a escoltar su partida. También se la llama "Fiesta del Rey David". De acuerdo con la leyenda, Dios anunció a David que moriría un sábado; éste, por lo tanto, celebraba al final de ese día la continuidad de su existencia.
- SERIE DE CANTOS (Pérek Shirá):** compilación de los versículos bíblicos para ser dichos por toda clase de seres vivientes en alabanza de Dios, cada uno pronunciando el versículo especial que le corresponde.
- SERVICIO ADICIONAL:** véase MUSAF.
- SHAMAI:** véase HILEL Y SHAMAI.
- SHAVUOT (semanas):** festividad de dos días de duración (en Israel uno), siete semanas después de Pascua. Es la fiesta de las primicias y una época dedicada a recordar la revelación del Monte Sinaí.
- SHEJINÁ (inmanencia):** presencia inmanente de Dios en el mundo, que participa del exilio de Israel; Presencia Divina entre los hombres.
- SHOFAR:** cuerno de carnero que se hace sonar en la sinagoga, principalmente en año Nuevo. El cuerno de carnero anunciará la llegada del Mesías.
- SHULJÁN ARUJ (mesa puesta):** el libro de la ley judía codificado en el siglo xvi.
- SIETE BENDICIONES:** las que se recitan en la fiesta de bodas y también en los siete días siguientes si hay nuevos huéspedes presentes.
- SIETE DIAS DE LA FIESTA:** observados después del día del casamiento.
- SIETE PASTORES:** mencionados en la Biblia (Miq. 5:4) e identificados en el Talmud (Suká 52b) como Adán, Set, Matusalén, Abraham, Jacob, Moisés y David.
- SIMJAT TORÁ (regocijo en la ley):** festividad celebrada al día siguiente de Sucot. Los rollos de la Torá se sacan del arca y son llevados a través de la Casa de Oración por una procesión entusiasta.

SUCÁ, pl. **SUGOT** (cabaña): tabernáculos; una celebración de ocho días que comienza el quinto día después del Día del Perdón. Conmemora la época en que el pueblo judío erró por el desierto. Durante este período las casas son abandonadas y se vive en cabañas cubiertas de hojas.

TABERNÁCULOS: véase **SUCÁ**.

TALET: manto rectangular con franjas (tsitsit) en las cuatro esquinas, que se coloca sobre los hombros para rezar.

TANÁ, pl. **TANAÍM** (repetidor, maestro): los maestros de la Mishná.

TASHLIJ: ceremonia de "expulsar" los pecados en Año Nuevo. Migajas de pan que simbolizan los propios pecados son arrojadas al río.

TEFILÍN (filacterias): cajitas de cuero que contienen textos bíblicos escritos sobre pergamino. En cumplimiento del precepto contenido en el Deuteronomio (11:18), los tefilín se sujetan a la cabeza y al brazo izquierdo durante el servicio semanal de la mañana. Son el símbolo del pacto entre Dios e Israel. Un error en la escritura descalifica las filacterias. Existe una concepción talmúdica (Berajot 5) de las "filacterias de Dios". Se dice que esas filacterias contienen el verso II Samuel 7:23.

TEKIÁ, pl. **TEKIOT**: el sonido del cuerno de carnero (véase **SHOFAR**); en particular, uno de los sones prescriptos. La Cábala posterior prescribía una kavaná especial en los oyentes por cada uno de los sones del shofar.

TERCERA COMIDA: la comida principal del shabat, que se sirve después de la Plegaria de la Tarde y es acompañada por canciones en coro y una alocución del tzadik.

TIENDA DEL ENCUENTRO (Ohel Moed, Mishkán): santuario portátil (tabernáculo) construido por Bezalel para los israelitas cuando estaban en el desierto (Exodo 26, 27 y 35, 38).

TISHÁ BE-AV: el noveno día de Av (julio o agosto). Un día de ayuno y conmemoración en recuerdo de la destrucción del primer Templo por Nabucodonosor y del segundo Templo por Tito. Los devotos se sientan en el suelo, como en un duelo mortuorio, descalzos, en la Casa de Oración oscura y recitan versículos del Libro de las Lamentaciones. De acuerdo con la tradición, el Mesías nació el noveno día de Av y ha de reaparecer en ese día.

TODAS LAS PROMESAS: véase **KOL NIDRÉ**.

TORÁ: enseñanza, ley; se designa así tanto la escrita (bíblica) como la oral (tradicional).

TOSEFTA (adición): recopilación de leyes estrechamente relacionada con la Mishná, a la cual complementa.

TRATADO DE PRINCIPIOS (Pirké Avot): tratado de la Mishná referente a las enseñanzas éticas y a las sentencias en alabanza del estudio de la ley. Comienza con una genealogía de la tradición.

TREINTA Y SEIS TZADIKIM OCULTOS: el Talmud (Sucá 45 b) habla de treinta y seis hombres píos que agradecen la presencia de Dios cada día. Las leyendas posteriores los describen como santos humildes y desconocidos. Disfrazados de campesinos, artesanos o

mozos de cuerda, van por el mundo realizando buenas acciones. Constituyen el verdadero "fundamento del mundo".

TRIBUNAL DE LA LEY: el tribunal de la ley, que consta del presidente (av bet din, padre del tribunal de la ley) y dos jueces (daianim).

TZADIK: líder de la comunidad jasídica (véase RAV).

TZADIK OCULTO: véase TREINTA Y SEIS TZADIKIM OCULTOS.

UNIFICACIÓN: el triunfo sobre la separación de los poderes y principios en el Reino de Dios, que el hombre puede lograr por medio de actos religiosos y ceremonias sagradas.

UNIÓN SAGRADA: una estrecha y solidaria actitud hacia el prójimo. Promueve el acercamiento de las esferas celestiales separadas.

"UNO": el devoto, y especialmente los mártires, declaran al morir la unicidad de Dios expresada en la oración Shemá.

YHVH: tetragrama que representa el nombre de Dios, el cual, de acuerdo con la tradición, no debe ser pronunciado; por ello se lo reemplaza generalmente por Adonái (el Señor). En la literatura rabínica, YHVH se interpreta como referente al atributo divino de la misericordia.